Nº1

Estado, democracia y socialismo

Jorge Luis Cerletti

cuadernos tierra socialista ts

Cerletti, Jorge Luis
Estado, democracia y socialismo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones del Jinete Insomne, 2014.
230 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-29629-3-7

1. Ensayo. 2. Ciencias Políticas.
CDD 320

Talcahuano 256, piso 2, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
www.jineteinsomne.com.ar

Corrección: Francisco Godinez Galay
Diseño y diagramación: Patricia Peralta

www.tierrasocialista.com.ar

Presentación

El pensamiento socialista, en sus múltiples variantes, enfrenta en la actualidad numerosos desafíos, tanto en el plano intelectual como en el diseño de la acción política. Esto no debe ser visto como una "debilidad del pensamiento o de la acción", como algunas visiones superficiales pretenden hacerlo y, menos aún, como el resultado inevitable de la caída de la primera experiencia histórica a gran escala en el continente europeo. Al contrario, el pensamiento y la acción socialistas han adquirido ya una presencia social y política, que los obliga a reinterpretarse permanentemente y a imaginar, en el diálogo más rico y amplio posible con las estructuras sociales y económicas, las nuevas herramientas necesarias para la acción política y la crítica social. En definitiva, un pensamiento está muerto históricamente, precisamente, cuando ya no tiene que enfrentar nuevos desafíos.

Iniciamos hoy esta colección de Cuadernos de Tierra Socialista con la intención de volver accesibles y disponibles para la discusión colectiva textos que asumen, desde diversos enfoques, la tarea de enfrentar esos nuevos desafíos. Como todo trabajo de innovación, implica al mismo tiempo una relectura, una actualización de sus tradiciones.

El primer desafío –y los textos de Cerletti que constituyen esta primera entrega buscan dar cuenta de este problema– consiste en actualizar la tradición emancipatoria. Una tradición que nace enraizada con la liberación del individuo de la opresión estamental, propia del pensamiento ilustrado, pero que poco a poco incorporará una visión mucho más amplia, entendiendo que la emancipación individual que proclamaba el viejo liberalismo era sólo una ilusión sin los grupos, las clases, las naciones; en fin, los colectivos que le dan sentido a toda vida individual. Es cierto que en ese largo camino muchas veces se olvida que, finalmente, la emancipación personal, la libertad vivida en una vida singular, era un objetivo que no se podía olvidar. Pero lo cierto es que una vez que el viejo liberalismo inicial abandonó el proyecto de emancipación para la gran mayoría de la población, ha sido el socialismo la única tradición de pensamiento que tomó seriamente el problema de la libertad, como libertad de todos y no de un único sector social.

Hoy las necesidades de una vida emancipada deben ser pensadas de nuevo, frente a grupos sociales que habían sido olvidados; frente a una comprensión intercultural del problema de la libertad; frente a las estructuras de dominación enraizadas y admitidas en la vida familiar más cotidiana. De un modo u otro el proyecto emancipador debe tener la capacidad de ampliar los horizontes de la libertad humana, sin abandonar el principio que ha hecho de la tradición socialista una tradición libertaria: pensar la libertad en serio es siempre pensar la emancipación como tarea permanente, nunca alcanzada y es, siempre también, pensar la emancipación de todos. Así, la tradición emancipatoria es tanto acción política como crítica social, incluso de la propia acción política socialista.

El segundo desafío consiste en profundizar la crítica civilizatoria. Quizás esa frase todavía contiene demasiados supuestos; lo cierto es que el socialismo supo, en sus distintas versiones y etapas, mostrar que tras los problemas concretos del presente existía un problema en el modo en que los hombres pretendemos construir el mundo, o nuestro mundo. La irremediable y definitiva politización que produjo el fin de las concepciones sobre el orden natural, no siempre ha significado claridad acerca de las bases del mundo que construimos. Quizás sea en esta dimensión donde el pensamiento socialista ha quedado también atrapado en "concepciones de época" o el "espíritu del tiempo" que no pudo trascender. Enfrentar este desafío implica retomar le tradición de crítica al capitalismo, sin duda, cada día más feroz en su deshumanización, pero es también ahondar en la crítica a la sociedad de consumo que nos empuja a un uso de los recursos disponibles en el mundo con altísimas cuotas de irracionalidad. Pero debe ir más allá, incluso. Como señala Hans Jonas, la tradición política se ha circunscripto a debatir el modelo de organización de la sociedad política entre los seres humanos. En el mejor de los casos la "naturaleza" debía ser un escenario que debía respetar y cuidar. Hoy ya esa visión no es admisible: el hombre es "socio" en la empresa de vivir, con las personas "no humanas", con las demás especies vivientes y con un planeta que debe ser pensado como un todo viviente. Un socialismo que no asuma esta perspectiva, que continúe atrapado en un modelo industrialista simple, que conduce invariablemente a políticas extractivistas sin control, verá debilitada la crítica a un modelo de civilización que se expande pero que nos empuja hacia la destrucción de nuestros otros socios en la vida planetaria. Pasar de la simple sociedad con ellos a la fraternidad con el conjunto de la vida humana será, en consecuencia, el mayor desafío.

Un tercer desafío consiste en actualizar las relaciones con la democracia. El socialismo ha estado históricamente tensionado por la afirmación de una democracia real, igualitaria, y la crítica al modelo de democracia liberal, refugiado en el cumplimiento de ciertas reglas positivas, pero de uso restringido a ciertos sectores de la población. Esas tensiones no han desaparecido y es imposible pensar la democracia desde el principio de igualdad, sin pensar el problema de la permanente incorporación de sectores que se encuentran fuera del juego democrático formal, que reclaman una "institucionalización", por así decirlo, que aún no se les ha reconocido. Pero, si bien todavía no en la práctica, el pensamiento democrático también ha evolucionado también hacia visiones más amplias, vinculadas a todas las formas de participación directa que hoy la tecnología ha vuelto una opción posible de la política de corto plazo, y por ello no podemos quedarnos atrapados en las visones tradicionales de la democracia y su crítica. De todos modos, aún existe también una permanente sospecha, desde el pensamiento socialista, hacia el sistema democrático en su conjunto, que lo lleva, muchas veces, a aceptarlo simplemente como un "mal menor", pero sosteniendo, en el fondo, que las relaciones entre la democracia representativa y el capitalismo son tan estrechas que no pueden cumplir otra función que ser expresión, en el mejor de los casos moderadora, de la lógica capitalista. Esa sospecha pone barreras a una relación que debería ser más simple, clara y estrecha: si ha quedado claro que el capitalismo no es ni puede ser democrático, le compete al socialismo asumir la tarea de ser el centro de un pensamiento democrático superador de las viejas reglas. En esto hay que ser claros también: en mi opinión nada ganamos con tirar por la borda principios de control del poder y de respeto de minorías sin los cuales la democracia se vuelve simplemente plebiscitaria y cesarista. Un problema es la superación de los viejos moldes –muchas veces fuertemente hipócritas de las corrientes demo-liberales– y asumir la inclusión permanente de todos los sectores como el problema central de la democratización, y otra bien distinta es recrear el viejo caudillismo latinoamericano, que descree de todo control y se comunica directamente con un pueblo. Es bastante difícil, si no imposible, construir un proyecto verdaderamente emancipador bajo estos supuestos de dominación política y de liderazgo cesarista. La historia tiene demasiados casos del destino final de este tipo de regímenes. La diversidad de movimientos sociales, pueblos originarios, minorías activas en la lucha de sus derechos y, en general, una sociedad multicultural y variada obligan a una aceptación sin reservas del proyecto democrático que sólo el pensamiento socialista puede llevar a sus verdaderas profundidades.

El cuarto desafío consiste en repensar la acción de gobierno. A diferencia de lo que ocurría en el siglo XIX, el socialismo del siglo XXI lleva sobre sus espaldas una larga experiencia de gobierno. Ha gobernado países y regiones; ha tenido grandes logros de gobierno y grandes fracasos. Ha sentido el rigor del tiempo acotado de las políticas públicas y ha sentido la potencia del Estado para realizar transformaciones sociales. Si en los inicios le era dificultoso e imperioso elaborar una teoría del gobierno desde los principios e ideas, hoy puede elaborarla desde la práctica, además de los principios y valores. La eficacia de la acción de gobierno –un principio que el pensamiento socialista no tuvo problemas en asumir como rector de las políticas públicas– se ha debilitado y suele ser considerado, muchas veces de un modo superficial, como un tema de la derecha neoliberal. Nada más alejado de la tradición de la acción de gobierno de base socialista, haya sido radical o reformista, que demostró tener momentos de alta eficacia. Hoy un pensamiento de izquierda no puede dejar de pensar en la eficacia y transparencia de las políticas públicas. Si un proyecto emancipador e igualitario necesita de esa inmensa maquinaria que es el Estado, la lucha contra la cooptación del Estado por mafias o una burocracia boba e interesada en sus pequeñas sobrevivencias es una tarea central de la visión socialista del gobierno.

Finalmente, afrontar estos desafíos necesita una renovación conceptual. El pensamiento socialista no ha tenido problemas en dialogar con lo más actualizado de su entorno conceptual: lo hizo con la economía naciente del siglo XIX; lo ha hecho con la tradición filosófica; lo hizo con el movimiento positivista de principios del siglo pasado; lo ha hecho con la sociología, con el estructuralismo, con las teorías sociales críticas, con el psicoanálisis, con las distintas corrientes posmodernas, etc. No se le puede reprochar al pensamiento socialista cerrazón frente al diálogo con el mundo de las ideas. También, es cierto, cayó en dogmatismos fáciles que ahogaron el pensamiento creativo. Nada mejor que retomar la tradición de apertura frente a los nuevos saberes que pretenden dar cuenta de este mundo complejo y conflictivo.

Ojalá que esta colección, que lanzamos con nuestros modestos recursos, pueda ser una ayuda más al sostenimiento de la tradición socialista y colabore con quienes recuerden que las ideas y el pensamiento crítico, así como la pedagogía popular, han sido grandes herramientas para transformar la sociedad.

Alberto M. Binder

CEPPAS

Indice

Preliminar 9

Sobre los sujetos de transformación 11

La emancipación según Antonio Negri y Michael Hardt 29

Una política independiente del Estado 50

Necesidad y política en Sudamérica 56

¿Un nuevo campo emancipatorio? 72

Espiritualidad y política 88

El "campo" y los alcances de lo coyuntural 94

Crisis, volver a las fuentes 100

El peronismo: crónica de una metamorfosis 113

Estado, democracia y socialismo 135

"Utopía" y política 154

Cambia, todo cambia 166

Crisis, la razón de la irracionalidad 170

El 19 y 20: una interrogación al futuro 185

Sudamérica, socialismo y aperturas políticas 201

La transición... ¿hacia dónde? 215

Preliminar

La presente edición está compuesta por un conjunto de artículos que ordené cronológicamente y que se inicia con dos capítulos de mi libro inédito *El Estado des velado*. En la selección de los mismos preferí priorizar los matices y sesgos distintos por sobre ciertas recurrencias que se dan en algunos de éstos. La mayoría de dichos artículos se publicaron en la página de La Fogata y cuando salieron en otro medio, lo menciono explícitamente.

Transcurrieron más de diez años de la edición de *Políticas emancipatorias*, mi anterior libro. Obviamente, en ese lapso se produjeron diferentes sucesos, varios de los cuales se reflejan en los escritos que publico ahora. En ellos también aparece la importancia de la interrelación del corto y el largo plazo, pues en el desarrollo de los acontecimientos media una tensión que gravita sobre las diversas situaciones y las expectativas que se suscitan.

La orientación que guía a los trabajos expuestos gira en torno a la problemática de la emancipación. Desde esa prefigurada opción enfoqué los imprevistos fenómenos que en la última década se dieron en varios países de Sudamérica, incluido el nuestro, relacionados con el surgimiento de gobiernos contrapuestos al dominio casi absoluto del llamado "neoliberalismo", imperante en la etapa anterior.

La articulación político-conceptual de pasado, presente y futuro, atraviesa a los textos donde la cuestión del poder ocupa un lugar destacado pues, en mi opinión, constituye una de las grandes deudas de las políticas emancipatorias. Falencia que está ligada al arduo desafío que implica la hegemonía mundial del capitalismo. Y en medio de ese escenario hostil, resalto la emergencia de múltiples resistencias, ideas y embrionarias aperturas políticas que pugnan por la creación de nuevas vías anticapitalistas.

Jorge Luis Cerletti

Marzo de 2014

Sobre los sujetos de transformación (*)

1) Los conceptos de sujeto y de potencialidad revolucionaria

La consolidación de la hegemonía del gran capital en el mundo vino aparejada al fin de una gran ilusión que abarcó alrededor de la mitad de la población mundial. El siglo XX fue testigo de las grandes revoluciones como la de octubre en Rusia, que en sus albores anunciaba el advenimiento de un mundo más igualitario y justo. En él se pudo escuchar el ruido de "rotas cadenas" junto al fragor de las dos terribles guerras interimperialistas, mas concluyó su ciclo en un crepúsculo que no fue el de los dioses sino el de las experiencias que habían conmovido al orden burgués.

El capital, al imponer universalmente su ley, engendró lo que podría denominarse una "crisis de civilización" pues al expandir su dominio a todo el orbe y sin enemigos serios a la vista, agudizó el deterioro humano y del planeta afectando a todos los órdenes de la vida social y del medio ambiente. Esto ha creado una incertidumbre generalizada, alimentada por esta suerte de crisis "crónica" que no tiene plazos ni finales previsibles y donde la gravitación política de la clase obrera industrial, sujeto histórico para el marxismo, declinó notoriamente. Su rol revolucionario, fundado en el antagonismo burguesía/proletariado, hizo girar la política primordialmente en torno a la explotación con las características propias de la primera y la segunda revoluciones industriales. Mientras que hoy, el cambio producido en el modelo de acumulación capitalista y de su organización industrial junto a la implosión del campo socialista, tuvieron su correspondencia política en el eclipse de los presuntos sujetos de transformación del orden imperante, lo que se reflejó en la actual carencia de alternativas frente al poder hegemónico.

(*) Capítulo II de mi libro inédito *El Estado des velado* (diciembre de 2005)

Ante esa situación –y partiendo de conceptos ya expuestos–, creemos necesario un giro copernicano que resignifique las luchas emancipatorias y sus fuentes de inspiración para poder encarar las nuevas contradicciones y modificar esa situación adversa. Con ese propósito y dada su importancia, retomamos la categoría de **sujeto** y la cotejamos con la idea de "potencialidad revolucionaria" que nos parece más apropiada y fecunda. También habría que pensar si la que consideramos *crisis de civilización*, por su envergadura y amplitud, puede erosionar las bases del régimen capitalista diferenciándola de las clásicas y recurrentes crisis ligadas al ciclo del capital que resultan funcionales al sistema pues responden a su modo traumático de sanearlo. Y como es en el campo económico donde reside la máxima potencia del capitalismo y en el que se asienta el soporte fundamental de su poder político, se erige como su principal bastión. En consecuencia, para crear políticas efectivamente liberadoras, los sujetos que pretendan impulsarlas deberán correrse de su lógica económica y combatir la cultura mercantil que hace simbiosis con las modalidades del poder de la burguesía. Ejemplo de la importancia de tamaño obstáculo a superar se dio en el capitalismo de Estado que funcionó de hecho en los países del "socialismo realmente existente". Ese intento cobijó un germen doblemente antirrevolucionario: en lo económico, quedó preso de relaciones mercantiles y de la estructura jerárquica que patrocinó la producción; y en lo político, aportó al fortalecimiento del Estado.

Avancemos un poco más. Si se considera al sujeto según el lugar ocupado en la producción (distinción de clase en función económica) y se establece un antagonismo estructural que le atribuye a determinadas clases el protagonismo en la ruptura del orden social existente (la clase obrera por caso), queda fijada a priori en aquéllas la condición fundante de la transformación, más allá de que se la supedite al nivel de conciencia alcanzado. De ese modo se fetichiza el rol revolucionario con sus correspondientes atributos. Y si nos remitimos a la experiencia concreta, la clásica vanguardia (sujeto real) se nutrió de la intelectualidad con escasa incidencia proletaria. Ahora, para salvar esa externalidad teórico-práctica, la vanguardia se proclamó representante de la clase obrera y de su esencia revolucionaria –extrapolación del imaginario económico–, y creó una serie de representatividades que resultaron una ficción política derivada de los supuestos asumidos y que luego fueron desmentidos por los hechos. Ese desplazamiento no sólo oscureció el carácter real del sujeto sino, y lo que es peor, enmascaró la naturaleza del poder naciente. Entonces, si al sujeto se lo reconoce como tal en función de su potencialidad concretable en actos con independencia de su

soporte socio-económico, no se preadjudica el rol y éste asume un carácter condicional. Por eso hablamos de **potencialidad revolucionaria**.

De esto último se infiere que la extracción social, al ser engendrada en la matriz de la explotación, no alcanza para definir la categoría de sujeto que es esencialmente política. Pero aquí se presenta otro problema. Al desligar al sujeto de su condición económica (la "base material" que identifica a la clase), emerge el riesgo de la fragmentación que está latente en la diversidad social. Luego, para compensar esa relativización de la condición clasista de un sujeto plural se apelaría a un recurso imaginario: la mentada potencialidad revolucionaria. En contraposición, la vanguardia al investirse con "la representación" de la clase explotada, aparece como presunta garantía de unidad y cohesión de todos los oprimidos; pero esa investidura falló por atribuirse una representatividad que no era real.

En el segundo caso, se tiende a reproducir la decadencia de los procesos revolucionarios tradicionales en virtud de la concentración de poder en manos de sujetos privilegiados capaces de operar y regir los cambios "en nombre de". Mientras que en el primer caso, las dificultades surgen de las objeciones expuestas. Ahora, centrémonos en estas.

Sostener la condición social indefinida del sujeto en función de su potencialidad revolucionaria, sólo verificable en la consecuencia de sus actos, no significa anularlo. Simbólicamente, expresa un pluralismo incondicionado que apunta a neutralizar los privilegios que rondan a quienes impulsan la ruptura incorporando ese principio esencial en la misma definición de sujeto. Lo cual no supone desconocer la importancia de su papel como promotor-impulsor de las transformaciones pues eso conduciría a un determinismo estructuralista que lo sustituiría considerándolo meramente como "un efecto de estructura". Así, sin negar su papel de motor político, se plantea una condición interna y definitoria para que en la realización efectiva del rol asumido no se falsee lo que determina su razón de ser. Entonces, no correspondería hablar de sujetos revolucionarios mientras su oposición al sistema no incluya los recaudos necesarios como para impedir el surgimiento de un nuevo "amo rector del cambio."

Sintetizaremos la cuestión abriendo el siguiente interrogante: ¿en qué consistiría el carácter del sujeto (o sujetos) de la ruptura de las relaciones de dominación existentes sin que se erija en una nueva figura de poder opresor?

Frente a semejante problema, comenzaremos por distinguir dos niveles: uno, el relativo a todo proyecto político que cuestione los atributos inherentes al poder; el otro, la metodología de construcción de tales proyectos,

lo cual exige coherencia entre medios y fines. Y en la articulación de estos dos niveles podemos inscribir la categoría de potencialidad revolucionaria. Ésta debe constituirse, en todo momento, como praxis interna tensada por las acciones que se proyectan al exterior camino a la emancipación sin que dichas acciones regeneren nuevas formas de sometimiento. Vale decir que la potencialidad se irá concretando en tanto y en cuanto la realidad de lo actuado en las luchas ratifiquen y afiancen los objetivos del proyecto asumido. Y aquí aparece en escena el vínculo entre el sujeto(s) de cambio y **la metodología de construcción**.

¿Se trata de sujetos múltiples con funciones intercambiables capaces de enfrentar a los poderes constituidos sin erigirse en un nuevo poder alienante?

Si esto último se toma como el objetivo principal, queda definido todo el campo político y por tanto la necesidad de la referida concordancia entre medios y fines. De allí que la metodología sea indisociable de los medios empleados en correspondencia con el fin propuesto. La instrumentación en la práctica de la resolución concreta de las relaciones de poder internas y externas, no debe desvirtuar el objetivo señalado. Recíprocamente, es inviable cumplir tal fin si no queda incluido en el trayecto, o sea, en el proceso de construcción. Quede claro que no imaginamos a dicho proceso como un desarrollo lineal sino como una larga y contradictoria lucha creativa, como un duelo permanente entre las propias limitaciones derivadas de la cultura de la dominación que todavía nos involucra y tiende a erosionar tal determinación. Y desde esta óptica adquiere relevancia la propuesta de sujetos múltiples con funciones intercambiables pues plantea un curso de acción que responde plenamente al objetivo trazado.

De éste último dependerá entonces la pertinencia o no del interrogante expuesto que, tomado como disparador, se orienta a la creación de medios y vías para aproximarse a la finalidad buscada. En esa sintonía emerge el mencionado requisito entre la concordancia de medios y fines lo que, a título de ejemplo, configura la antítesis de la vieja consigna que enuncia "el fin justifica los medios". La que, en buen romance, postula que en aras de la revolución es válido emplear cualquier tipo de recurso.

De lo señalado se desprende un problema de fondo: cuál sería la política que calificaría a los sujetos de ruptura capaces de producir su futuro "vaciamiento" de poder, o más precisamente, de una política que evite que se erijan en nuevos agentes de dominación. ¿Esto implica una transición entre el antes y el después de la ruptura? Y de ser así, ¿qué es lo que evitaría reproducir las experiencias conocidas?

Aquí se presenta un terreno sumamente farragoso pues aparece la irresuelta problemática del Estado con todo el peso de su existencia actual e histórica. Es indudable que el antes lo incluye. Pero la respuesta marxista de la transición al socialismo como nexo hacia la extinción del Estado como fin, devino en una sucesión de experiencias fallidas. Creemos que es tan improcedente la acción política ignorando al Estado como la ilusión de su auto-extinción. De allí la crítica que ya hemos desarrollado a la concepción de la toma del poder del Estado como condición ineludible para el cambio del orden social capitalista. Pero esta negación nos sitúa frente a uno de los mayores dilemas políticos actuales y que más adelante retomaremos.

2) La personalización a priori de los sujetos revolucionarios

Antes de proseguir es necesario precisar nuestro concepto de **revolución**. Con ello nos referimos a los acontecimientos relativos a un cambio de orden social sin que eso signifique estatuir procedimientos ni privilegiar ninguna de las múltiples formas de lucha que tienden al cambio, tanto sean las que surgen de las experiencias acumuladas como de aquellas que la praxis humana va creando. Con lo cual queda abierta la problemática de la ruptura revolucionaria que, para nosotros, es realizable en situación, dentro de contextos históricos concretos y donde su resolución recién se puede determinar a posteriori. A su vez, todo proyecto político requiere objetivos y metodologías interrelacionadas, opciones que se dan en apuestas sin amparos deterministas cuyas "garantías" sólo responden a ilusiones imaginarias.

Precisado ese concepto que se asocia al de sujeto, observemos algunas variantes relativas a éste. Y aquí surgen, básicamente, dos visiones contrapuestas. Las que identifican a los sujetos a priori en función de determinadas cualidades y circunstancias que lo fundamentan o las que, como es nuestro caso, le atribuyen un carácter móvil a la condición de sujeto que sólo se define en situación y de acuerdo a lo actuado. Implícitamente, esto sugiere que el poder circule evitando su anclaje en determinados grupos y/o personas. Entre ambas posturas correspondería ubicar una intermedia, la de quienes cabalgan entre las dos opciones mencionadas.

Responde a la primera la personificación de la clase obrera como sujeto y a lo que ya nos hemos referido. Ejemplo de la intermedia, es la postulación de **la multitud** que ocupa ese lugar según Negri y Hardt y que con distintos matices, también propone Virno.

La ambigüedad a la que alude ese término la distancia del determinismo socio-económico prevaleciente en las principales vertientes marxistas. Sin embargo, nos parece una generalización necesitada de nominar antagonismos que llenen el vacío que deja la gran fluidez e incertidumbre que hoy se vive en el concierto internacional y en ese sentido es familiar al enfoque clásico. Esta figura adquiere relevancia a partir de la contradicción imperio-multitud que plantean Negri y Hardt y que ahora rozaremos tangencialmente al sólo efecto de referirnos a la última categoría.

Hoy, sustituir *pueblo* o *clase obrera* por *multitud* no aporta mayormente si no incluye una verdadera reformulación del concepto de sujeto que facilite resituarse frente a los desafíos actuales que exigen una cabal comprensión. Del mismo modo, tampoco ayuda llamarle *imperio* a la supremacía mundial capitalista para referirse a la "globalización" si ésta es concebida con el mismo bagaje conceptual que se critica. Y así apreciamos a esta concepción que le atribuye a la multitud un carácter revolucionario creando un antagonista ficticio del llamado imperio global y al que se le otorga un carácter universal que arrasa diferencias e iguala situaciones bien distintas. Este forzamiento no se aparta del modelo clásico que privilegió a la clase obrera, sólo que en el contexto histórico en que ésta fue exaltada, existieron fundamentos más consistentes comparados a los que se manifiestan en esta otra interpretación que diluye su lado positivo, la pluralidad implícita en la categoría, pues ésta se esfuma al encarnarse en una ficción. O sea, se le confiere una unidad arbitraria a la pluralidad en función de atribuirle un rol sustentado en una idealización. Eso la erige en sujeto universal al margen de las diferencias y de la problemática del poder que hoy acecha tanto a quien quiera aspire a ganar el lugar de sujeto emancipatorio como ayer afectó a la clase obrera que de sujeto teórico pasó a ser sujetada real. En el formato criticado, funciona el a priori que designa lo que debe ser como si ya fuera. Una construcción ideal que se rige por designación y que pretende dar respuesta a los desafíos que no pudo resolver el socialismo y que todavía se hallan "en espera" de resolución.

Qué significa entonces señalar como sujetos a los piqueteros, a la clase obrera, a los "excluidos", a la intelectualidad "pequeño burguesa", a la vanguardia con sus cuadros y militantes, al pueblo, a las masas, a la multitud, a...., si su fundamento real responde básicamente a una nominación. Todos ellos, hasta abarcar a la amplia mayoría de la sociedad, son "víctimas" de la explotación y la alienación capitalista y no por eso se "convierten" en sujetos de cambio. Es confundir la energía social que albergan y cuya liberación

es requisito ineludible para las rupturas que originen transformaciones de fondo, con la políticas emancipatorias capaces de generar situaciones revolucionarias y por tanto, indispensables para liberar y encauzar esa energía. Así tampoco se distinguen las necesidades elementales insatisfechas de la capacidad y voluntad para superarlas.

Y este es un punto crucial: a qué se apuesta en nombre de una causa emancipatoria. Porque como objetivos y sin riesgo de equivocación, siguen vigentes las tres banderas de la bicentenaria Revolución Francesa, tan exaltadas como pisoteadas y tan encubridoras como esperanzadoras. Por eso, e incorporando las experiencias del "socialismo realmente existente", cómo podemos discutir acerca de "sujetos" sin cuestionarnos la categoría en sí misma. ¿Qué significa hoy la idea de sujeto revolucionario después del colapso de las grandes revoluciones? ¿Puede considerarse ruptura a lo producido por sujetos sujetados? Mas, a falta de respuestas convincentes, cambiamos nombres sin alterar la sustancia.

En tren de generalizaciones y asumiendo nuestros propias insuficiencias, preferimos tomar a la **"sociedad civil"** como referente de sujetos revolucionarios. Si bien esta figura comporta tanta ambigüedad como la criticada multitud, la adoptamos porque se adecua a la apertura que ensayamos. Y para explicar esa elección, enumeramos algunas razones. Primero, establece una clara demarcación entre el aparato del Estado y los partidos políticos que lo replican diferenciándolos del conjunto de la sociedad. Segundo, plantea tácitamente la irresuelta contradicción entre una política emancipatoria y su relación con el Estado. Tercero, no privilegia a ningún sector ni erige sujetos a priori. Cuarto, referirse a la sociedad civil considerada como vivero de sujetos, no significa atribuirle a ella ese carácter. Quinto, por ese motivo deja abierta la cuestión política definitoria de sujeto(s) en sintonía con nuestro enfoque.

De acuerdo a lo argumentado, no pretendemos endilgarle a esta categoría el rol de sujeto por cuanto en su interior se dan las contradicciones que se buscan resolver. Tampoco queremos escudarnos en ella para disimular la carencia de alternativas que hoy aflige al campo popular y a nosotros como parte de él. Mucho menos ignorar las grandes diferencias, conflictos y tensiones inherentes a su existencia real. Simplemente nos resulta una figura cuya ambigua pluralidad contiene en potencia a sujetos revolucionarios, determinables en situación y sin prefiguraciones arbitrarias. Luego, la cuestión pasa por la toma de posición respecto de las políticas emancipatorias y según sean las apuestas y sus resultados recién se podrán calificar los protagonismos.

Ahora podemos retomar la importante cuestión que dejó boyando la pregunta formulada al final del punto 1). Nos referimos al tema de la ruptura y de la transición pero abordado desde un terreno más que complejo: la gravitación y la metamorfosis en curso del Estado y su incidencia con relación a las tendencias emancipatorias actuales.

3) Ruptura o evolución, niveles situacionales y relación con el Estado

Una divisoria de aguas para ubicarse frente a los desafíos del capitalismo deviene de la antinomia que existe entre asumir una **perspectiva de ruptura** o la adscripción a las concepciones afines al **evolucionismo**. A partir de esta disyuntiva se define una primera instancia desde donde concebir la política, un punto del que surgen rumbos divergentes.

Convengamos que hoy, en función del poder y la hegemonía mundial capitalista, aludir al concepto de ruptura pareciera un ejercicio de ciencia ficción. Sin embargo y si no se suscribe "el fin de la historia", plantear esa problemática es insoslayable para poder comenzar a definir qué se entiende por políticas emancipatorias.

El **evolucionismo** es un enfoque filosófico que proviene de la biología y que se refiere a un proceso de cambios que va de lo simple a lo complejo con un vector definido que incluye la idea de progreso. Los movimientos y alteraciones que se operan en la sociedad, signados por la complejidad de las relaciones humanas, se expresan en tiempos distintos a los de una ruptura y tienen una morosidad que puede tomarse como su opuesto. Esto conjuga con las visiones evolucionistas que rechazan la idea de ruptura y entienden las transformaciones sociales y políticas como pasajes graduales que modifican la naturaleza de un orden sin alterar las leyes que lo regulan. Pero **lo esencial de la diferencia consiste en la política que se asume frente a la legalidad del sistema** y eso no tiene que ver con el ritmo de los cambios, poco perceptibles en lo social pero acelerados y vertiginosos en los momentos de ruptura. Así, quienes despliegan su praxis cuestionando la legalidad del sistema, promueven su desestructuración para crear relaciones radicalmente distintas. Mientras que **los evolucionistas conciben su política como modificatoria de la estructura pero ceñidos a su misma ley.** Aplicando esta postura al capitalismo, proponen la alteración de

su carácter a poco que se lo despoje de sus "aspectos negativos", ya sea mediante la "humanización del capital" o de un "progresismo" barnizado de socialismo, lo que generará cambios en el sistema lográndose un nivel de mayor equidad y justicia.

Tampoco resuelve la disyuntiva apelar a la ley de la transformación de la cantidad en calidad pues, aunque formulada desde la dialéctica, funciona como un recurso mecánico y determinista al atribuir la dinámica de los cambios a una ley universal preestablecida. Prueba de ello fue lo ocurrido con el socialismo puesto que la sumatoria de contradicciones y conflictos que desembocaron en la revolución no produjeron realmente una "calidad" nueva. Como supuesto nuevo orden social, demostró que se puede resolver el problema de las necesidades fundamentales de cualquier sociedad carenciada, pero no pudo romper la lógica de la dominación y por ello pagó tributo con su propia implosión. En consecuencia, pensamos que **si se adhiere a políticas emancipatorias sin superar la contradicción entre necesidad y poder, sigue sin salvarse la distancia entre las necesidades a satisfacer y el poder que las resuelve.** Luego, al tiempo que se constituye un poder hegemónico que "soluciona" las necesidades materiales, surgen otras relacionadas con la concentración de las decisiones que suprimen libertades y se arrogan representaciones que rehabilitan el círculo vicioso del par dominación-explotación. Así, sin zanjar este problema, cualquier intento por bien inspirado que esté no tiene chances de superar al capitalismo, tenderá a ser fagocitado por éste y terminará siendo reproductor de lo mismo.

Acerca de este punto, se presenta la siguiente contradicción: por debajo de cierto grado de satisfacción de las necesidades fundamentales la crítica al Estado y los objetivos "antipoder" pasan desapercibidos o resultan intrascendentes. Mientras que en las sociedades en que mayoritariamente dichas necesidades se han sobrepasado con holgura como producto del desarrollo económico, se afianza el peso mercantil del sistema y la adicción al consumo por más superfluo que éste sea. Esta polarización de efectos eleva, a dos puntas, la inercia social que estimula y favorece al capitalismo al tiempo que oscurece el carácter del Estado. El primer caso puede explicar la importancia del Estado relacionado a los movimientos de liberación del siglo pasado, donde la agudización de las necesidades velaron la esencia reproductora de aquél y cuya posesión aparecía como un instrumento indispensable para operar los cambios sociales. En un sentido lo fue, pero a costa del contrabando que portaba. En el segundo, la elevación del nivel económico

adormece y empobrece conciencias, y a la par que concentra riquezas acentúa las desigualdades que tensionan la vida en el planeta.

En síntesis, **plantear la ruptura supone la constitución de un afuera en oposición al marco impuesto por el sistema.** Mientras que éste, por más dinámico y cambiante que sea, debe conservar y reproducir las propiedades esenciales que determinan su existencia. Por lo tanto, luchar contra el orden social impugnado implica liberarse de las condiciones que éste impone y romper con sus leyes de funcionamiento.

Mas, lo expresado sólo alcanza para diferenciar campos y determinar la orientación de los proyectos políticos que intentan desarrollarse. Y eso resulta tan claro como oscuro se presenta el panorama en tren de situarse frente al Estado y al poder del gran capital. Pero éste no es el desafío del evolucionismo dada su política de adaptación que es tan inoperante como funcional a la continuidad del orden existente. El desafío real es para las políticas emancipatorias que atacan los fundamentos del régimen capitalista. Y aquí surge un dilema para toda política independiente que busque desarrollarse al margen del Estado.

Ignorar la importancia e incidencia del mismo, semejaría entrar dentro de una jaula con un tigre hambriento actuando como si no existiera; y pretender cambiarlo sin alterar su naturaleza, sería como tratar de convencer al tigre de que se haga vegetariano.

Proseguiremos ahora con el enfoque de ese dilema pero explicitando previamente nuestra idea de situación que está asociada a la interconexión de distintos niveles.

La hegemonía mundial del capitalismo que ya hemos caracterizado, origina **una situación general** que sobredetermina a la multiplicidad de situaciones particulares. O sea, dicha situación englobante significa que, a partir del eclipse del socialismo, las relaciones sociales en el mundo están regidas de modo principal por las leyes inherentes al régimen capitalista y bajo la enorme presión del poder del gran capital. Debido a ello los innumerables conflictos y enfrentamientos que se producen localizadamente en el mundo y no obstante su inabarcable diversidad, presentan ciertos rasgos comunes que los atraviesan.

Entonces, debemos apreciar las tendencias que se manifiestan en el campo internacional para evaluar su incidencia sobre los Estados y establecer diferencias. De la consideración de cada uno de ellos, con los agrupamientos y semejanzas que pudieran corresponder, surgirán las determinaciones

que definen cada espacio situacional concreto. Y según su posición en el concierto mundial se podrá evaluar el grado de deterioro de la soberanía nacional alcanzado y aventurar, en cada caso, las posibilidades de reversibilidad o no de esta manifiesta tendencia. Es que las fuertes contradicciones que existen en el interior de una nación intervienen continuamente en el movimiento global del sistema, imponen una dinámica de cambios interactuantes que tensionan los mecanismos de regulación general y abren la instancia de lo imprevisible y de los acontecimientos que se leen "el día después". Y este es el terreno de lo conjetural y de la toma de partido.

Ahora si ponemos en foco al **Estado "Nacional"** (las comillas indican todos los condicionamientos que correspondan), **éste pasa a ser la situación general que enmarca e influye en las múltiples y dinámicas situaciones** que, a su vez y desde su interior, van actualizando su fisonomía y remodelando su perfil. Y allí se despliegan las luchas, los protagonismos, las interacciones, la imprevisibilidad y el azar que hacen al campo de la política que no admite destinos manifiestos.

De lo anterior se desprende la importancia de establecer qué situación es objeto de examen para determinar sus relaciones internas y externas en una serie que puede arrancar de lo micro y llegar hasta la esfera internacional o viceversa. Pero, una cosa es apreciar interrelaciones y otra muy distinta es hacer extrapolaciones. Por eso resulta erróneo descalificar a priori una situación coyuntural dentro de la esfera nacional argumentando las tendencias generales del sistema. Es preciso definir el nivel de análisis para poder extraer conclusiones, debatir acerca del carácter de las mismas y estimar sus proyecciones. Lo que incluye, necesariamente, el protagonismo de quienes actúan y modifican a su vez la situación como actores sustanciales de la luchas políticas.

Mas aún falta algo para completar el cuadro. Todo "intérprete-actor" (individual o colectivo) está a su vez situado. Por lo tanto, debe considerarse el lugar desde donde interviene, o sea, a qué intereses e ideas responden las prácticas que promueve. Y a esto aludíamos cuando hablamos de divisoria de aguas respecto de opciones políticas. En nuestro caso, lo que venimos desarrollando resultaría incoherente si no proviniera de una concepción que asume la ruptura con vistas a generar un proceso emancipatorio.

Acorde a lo expresado, definimos el plano de análisis desde el cual abordaremos el problemático asunto de las políticas emancipatorias con relación al Estado. Y según esa delimitación, **enfocamos el nivel nacional para identificar rasgos comunes**.

Determinada la situación mundial vigente y su incidencia sobre los espacios nacionales, tema presente a lo largo de nuestro ensayo, ahora nos referiremos a la tendencia igualadora que surge del sometimiento de muchos países al orden mundial capitalista. Con ese fin, haremos a continuación una síntesis que incluye algunos conceptos ya vertidos.

Primero: hoy, lo característico de los Estados-Nación dependientes es la igualación de políticas gubernamentales que, sometidas a presiones de fuerzas externas que se han internalizado, agudizaron su pérdida de autonomía. A su vez, la política que desarrollan los partidos de origen popular o que reivindican esa condición, busca hacerse de las riendas del Estado para, desde allí, producir cambios más afines a los intereses nacionales. Pero como se encuentran sujetos al poder de las grandes corporaciones y las potencias centrales, terminan haciéndose cargo de sus mandatos desgajándose cada vez más de los requerimientos populares. Así, las presuntas oposiciones se traducen en una aparente diversidad de gobiernos que, en verdad, funcionan como mandatarios del poder que los somete y unifica. Esto da cuenta del estado actual de **la democracia representativa** que se ha convertido en una cáscara vacía por defección de esta emergente corporación política cómplice y tributaria de intereses opuestos a la representación que se arrogan. Y referente a las excepciones que se apartan de la regla común o de las particularidades de cada caso, corresponde evaluarlas en función de su situación concreta.

Segundo: los gobiernos de turno deben conducir Estados cuya base económica se ha debilitado seriamente como resultado de la ola de privatizaciones padecida y que se hallan seriamente comprometidos por su dependencia tecnológica y financiera, producto de la situación internacional imperante. Su correlato ideológico se expresa en la hegemonía ejercida por "el pensamiento único" sustentado en el dominio político económico del gran capital. Esto condujo a un "posibilismo" de raíz económica que corrió aparejado a la declinación de la soberanía política de dichos Estados. De acuerdo a estas generalizadas circunstancias, francamente mayoritarias, se evidencia la "desterritorialización" de los Estados Nacionales subordinados y la declinación de su carácter "nacional" atado a relaciones internacionales que los regulan por "control remoto" según las exigencias de las potencias centrales y de los organismos mundiales que les son afines.

Tercero: la situación descripta refleja los cambios operados en los sectores más concentrados de las llamadas "burguesías nacionales" que unieron sus intereses a los del giro del gran capital internacional. Ciertamente, con contradicciones y tensiones que no desvirtúan la tendencia general ni la adscripción señalada.

Este marco de sometimiento ilustra la situación de la que debe partir cualquier intento de política independiente. Asimismo, denota el estrecho límite en que deben desenvolverse las propuestas que se ajustan a las leyes de funcionamiento de este sistema. Y también exhibe los grandes desafíos que enfrentan quienes bregan por crear alternativas con la mira puesta en la superación del orden imperante.

Aquí se bifurcan los caminos de oposición. Por un lado, están los que reproducen la teoría y práctica de los movimientos de liberación de filiación marxista-leninista que condujeron a las frustraciones ya señaladas. Por el otro, surge el abanico de expresiones contestatarias que intentan incorporar las experiencias originales que brotan de situaciones concretas pero que aún no logran gestar nuevos trayectos emancipatorios.

Asumida esta última opción, se presenta el arduo problema de concebir e impulsar transformaciones radicales que se desarrollen por fuera del Estado. Lo cual implica, para nosotros, explorar las posibilidades de una política independiente a distancia del Estado. Para ello contamos con el antecedente de varias experiencias pero en las que todavía prevalece la negatividad, o sea, el rechazo a las vías que se juzgan reproductoras de la situación que se busca cambiar.

Este es un problema de gran trascendencia de cuya respuesta depende, en buena medida, la suerte de esos emprendimientos dado que no se puede ignorar la importancia política del Estado ni el rol que cumple como organizador social.

Con el enfoque esbozado no intentamos incursionar ahora en la valoración de casos determinados sino que pretendemos fijar las coordenadas conceptuales políticas desde donde realizamos nuestras reflexiones.

A tal fin, planteamos las tesis siguientes que delimitan posiciones y sitúan la orientación de nuestra búsqueda de caminos alternativos: a) el Estado reproduce las condiciones de existencia de un sistema de dominación; b) la conducción del Estado deriva, a mediano o largo plazo, en la sujeción a las reglas que definen su carácter; c) por lo mismo, consideramos que la toma del poder del Estado es una vía muerta para eliminar las relaciones de explotación y de dominio que le son consustanciales; d) esto último plantea la cuestión irresuelta de la extinción del Estado y la pertinencia o no de etapas de transición; e) una política a distancia del Estado debe proponer vías de resolución de ese dilema.

De todos esos puntos se destaca, por su repercusión inmediata, la propuesta de **una política a distancia del Estado** que excluye a éste como

motor del cambio. Pero esta apertura lleva implícita la dificultad que encierra la incierta formulación de la "distancia".

El marxismo concibió el proceso de extinción del Estado como consecuencia del cambio de actores encargados de consumarlo. Para ello preveía dos fases signadas por el protagonismo de la clase obrera en su lucha contra la burguesía, lo que políticamente se expresaba en el antagonismo vanguardia proletaria versus partidos burgueses. La resolución del enfrentamiento sería el preludio del fin de las clases que haría innecesaria la existencia del Estado. Tácitamente, esto implicaba un auto movimiento engendrado por quienes lo conducían pero ya sin intereses de clase que defender. Doble error: desestimar el anclaje personal de los atributos del poder y desligar la dominación de los efectos estructurales del Estado sobre los llamados a transformarlo quienes, al actuar de acuerdo a sus reglas, quedaron prisioneros del dispositivo regenerador de lo mismo que combatían. Luego, el cambio de protagonistas dejó incólume al Estado como ciudadela de dominación.

Hoy y asumiendo esa experiencia, pensamos que **la extinción del Estado** devendrá de mutaciones internas de la sociedad que lo reducirán a una institución superflua debido al desarrollo de organizaciones autónomas generadoras de otro tipo de relaciones vinculadas a una cultura de la no-dominación. Mas esto deja en pie **la ardua problemática del "entre tanto"** la cual tiene que ver con la creación de una política independiente y a distancia del Estado. Aquí surge con fuerza la importancia de la situación. Si se piensa en soluciones macro operables desde el Estado, se cae dentro de su esfera y sujetos a ese arraigado patrón de comportamientos sociales en virtud de la ley que encarna y que es regulada y custodiada bajo su incumbencia. Y aunque funcione como representante en delegación de los designios de los grandes conglomerados, éstos no pueden ejercer su control político como no sea a través de la intermediación del Estado que los encubre. Terreno de lucha sí, pero destacado baluarte en el que se manifiesta la hegemonía del poder dominante.

Entonces y siguiendo nuestra idea central, apostamos a lo micro que deberá expandirse en tanto exprese el desarrollo de trayectos emancipatorios. De éstos dependerá la gestación de una nueva política impulsora de los cambios profundos que habiliten una ruptura. Y concebimos dicha política como un proceso asociado a **la resolución de conflictos en situación**, pero con una orientación común capaz de sumar energía social.

A esa orientación no la planteamos como unificación de mandatos ni la erección de un centro rector, sino como una construcción abierta derivada

de una práctica metodológica que ensaye formas de controlar las relaciones de dominio internas y que haga circular la capacidad de decisión. Aunque es previsible que la resolución de situaciones demandará, durante un tiempo indeterminable a priori, que ciertas personas, debido a su capacidad reconocida por el conjunto, sean reiteradamente convocadas a dirigir un colectivo. Pero será responsabilidad del colectivo crear condiciones favorables a la generalización de dichas capacidades de modo tal de impedir la fijación de lugares donde se ancle el poder. A este momento podríamos calificarlo como de transición lo cual exige, para poder avanzar, creatividad de medios y clara conciencia de los fines. De ese modo se irá consolidando el carácter colectivo de las nuevas organizaciones las que, sin cumplir con ese requisito básico, mal podrán generar nuevos trayectos emancipatorios.

Otro requisito indispensable para impulsar esta propuesta es ir concretando una política a distancia del Estado, lo que no excluye a quienes se desenvuelven como agentes del mismo. Esto parece una contradicción en sus propios términos, pero deja de serlo en la medida en que se subordine el lugar "geográfico" a la praxis que es lo determinante. O sea, en principio no es descartable poner al servicio de la política del colectivo emancipatorio las actividades desarrolladas en la esfera del Estado. Mas, lo opuesto surgiría de actuar sujetados a la política de Estado o convertirse en sujetos de la misma.

4) Los proyectos, la necesidad y los trayectos emancipatorios

Un proyecto no es sinónimo de garantía, pero sin proyecto ¿en base a qué se orienta la acción? Si se lo concibe como un diseño de la sociedad futura, se incurre en ilusiones deterministas. Mas, si enuncia objetivos y metodologías como soporte de apuestas políticas que deberán ser convalidadas por las acciones que promueve, se transforma en algo vivo.

Una práctica sin el sostén de proyectos políticos podría emparentarse al gravitante concepto de espontaneísmo atribuido, en exclusiva, a las masas o a la clase en sí, "sedes" privilegiadas del popular término. Hoy y ante "la crítica de los hechos", la unilateral adjudicación de espontaneísmo emerge como otra deuda pendiente de la óptica vanguardista. Y es otra razón que sumada a las anteriormente expuestas, revela la caducidad del proyecto político socialista que desarrollaron los revolucionarios de entonces. Justamente, por el vacío que éste dejó, se abrió paso la incertidumbre propia de nuestra época, lo que comporta su lado negativo. Mientras que vista desde

su ángulo positivo, denota el rechazo a las anteriores certezas que obstaculizaron los caminos de las políticas emancipatorias.

Asimismo, no compartimos la postura de quienes niegan la importancia de los proyectos por asociarlos a un determinismo esclerosante. Creemos que una política en situación no contradice la necesidad de contar con ellos. Y si bien descalificamos la idea de resolver situaciones de acuerdo a un molde fijo, sostenemos que un proyecto demarca el lugar desde donde se evalúan las coyunturas para poder orientar las decisiones que impulsan las prácticas correspondientes.

Hoy estamos frente a esbozos de proyectos que forman parte de apuestas cuyo destino es incierto. Pero esta es una característica inherente a la política que involucra a los proyectos, salvo que se imaginen las propuestas como sinónimos de realidad. Mas esto es propio de toda visión determinista que no tiene por qué ser la única concepción en que se basen los proyectos. Prueba de ello es la postura que aquí desarrollamos.

Ahora bien, para todo proyecto emancipatorio en un país subordinado o dependiente el problema de **las necesidades fundamentales** insatisfechas de gran parte de la población asume un carácter prioritario e insoslayable. Por lo tanto, la lucha contra la explotación pasa a primer plano. Entonces, las demandas perentorias ponen al Estado en el centro de los reclamos populares lo que acrecienta su influencia y fortalece su aparente rol de mediador constituido en la máxima expresión de la cosa pública. Así se mezclan las funciones que debiera cumplir con su condición real, lo que contribuye a erigirlo como inapelable representante de la sociedad. Esta situación demarca el escenario actual de la política partidista que gira alrededor del Estado. Y sin perjuicio de que se puedan obtener logros parciales, lo característico es la recurrencia a prácticas cortoplacistas ceñidas a la leyes del régimen capitalista que rigen al Estado y a sus mecanismos de regulación. Desfilan así las permanentes rondas electorales íntimamente vinculadas al asistencialismo y las corruptelas de todo tipo, las representaciones que no representan, el peso mediático como formador de opinión, los dobles discursos, la carencia de principios como no sea disputar lugares de privilegio para servirse de ellos, la falta de escrúpulos, la ambición y el egoísmo como patrones de conducta, etc., etc. Y aunque no todo el arco político responda a ese "modelo", el mismo define lo sustantivo de la corporación política actual.

Como se ve, los trayectos emancipatorios deben transitar por este campo minado en donde las necesidades fundamentales insatisfechas constituyen un referente obligado tanto para las "políticas" tradicionales

responsables de esta situación como para la creación y desarrollo de los mencionados trayectos. Así hemos expuesto, con toda crudeza, algunos de los graves efectos que hoy producen las políticas de Estado y las grandes dificultades que amenazan a los intentos de políticas independientes a distancia de aquél. Los que para prosperar deben resolver un cúmulo de contradicciones, comenzando por el manejo de los tiempos. Porque quienes proponen objetivos liberadores deberán construirlos desde el presente en que actúan con todos los desafíos que ello supone.

La independencia de una política respecto del Estado implica, no sólo desligarse de su poder prebendario y oponerse a sus fuertes condicionamientos como dispositivo de dominación, sino también y sobre todo, la creación de organizaciones que no se constituyan en réplicas del mismo. Desde esta concepción, el cómo es un interrogante abierto cuya resolución requerirá de apuestas que se jueguen en opciones que no deben reeditar la praxis de las vanguardias cuyo objetivo era la toma del poder del Estado. O sea, generar trayectos emancipatorios supone asumir los riesgos implícitos en toda decisión ligada al nacimiento de nuevas alternativas. Y no se trata de un curso único sino de los múltiples ensayos que, con esa orientación, puedan ir gestando un espacio emancipatorio que potencie las luchas que se libran.

En cuanto a la relación con el Estado, hay que diferenciar las presiones que se puedan ejercer sobre él, de las prácticas que pretenden transformarlo en algo distinto de lo que realmente es: un dispositivo histórico al servicio de la dominación.

Situándonos en nuestras experiencias recientes, digamos que los hechos vividos el 19 y 20 de diciembre de 2001 expresaron un generalizado repudio a las enormes falencias del orden político que hizo crisis en esos días. Acontecimiento que por su masividad terminó derribando al gobierno de entonces. Los sucesos posteriores no hicieron más que confirmar la ambivalencia que encierran los fenómenos de ese tipo. Por un lado, la extraordinaria energía que porta lo colectivo; por el otro, los límites de las acciones desvinculadas de trayectos emancipatorios (espontáneas, en el viejo lenguaje). Ésa es la gran dificultad de los movimientos masivos cuando no se crean alternativas que los potencien y den continuidad. Y esto se relaciona con los tiempos de la acción política y las confusiones a que se presta. Por ejemplo, quienes sostienen la toma del poder del Estado, vivieron esa situación como el preludio de un cambio revolucionario que ellos soñaban dirigir. En cambio, para la pragmática y acomodaticia corporación política, corresponsable de la tremenda crisis sufrida, el problema era encauzar el

aluvión colectivo restaurando el orden político anterior con los ajustes y maquillajes necesarios que permitieran recomponer el deteriorado aparato del Estado y preservar los privilegios adquiridos.

Como es de conocimiento, los políticos tradicionales lograron encarrilar la situación pero con un costo imprevisible para muchos de ellos como lo fue el ascenso de Kirchner a la presidencia de la Nación. Esto produjo un imprevisto giro político (dentro de las reglas del juego establecido) cuyos alcances están todavía por verse.

Ahora bien, ambos planteos presuntamente antagónicos, unos por oposición otros por asimilación al orden existente, están unidos por el mismo cordón umbilical: desarrollan su praxis alrededor del Estado con el afán de conducirlo, al margen de los distintos propósitos que los anima.

En cambio, quienes propiciamos una política independiente del Estado, nos hallamos frente a la paradoja de que la participación popular gestora de gérmenes promisorios de algo nuevo, a su vez se desgrana y se desgasta sin que todavía se consoliden alternativas que contribuyan a la emergencia de trayectos emancipatorios. Sin embargo, los sedimentos que dejó el fenómeno mencionado y a los que ya nos hemos referido, originó una doble instancia: la proliferación de los lugares de resistencia y el quebrantamiento del imaginario "único" que habían logrado instalar los dueños del poder. Pensamos que este espacio que se ha abierto es favorable al desarrollo de las tendencias que pugnan por romper con la política tradicional desligándose del cerco del Estado. Y constituye un suelo más apto para promover trayectos emancipatorios que asimilen las experiencias vividas y creen nuevas oportunidades encaminadas a vulnerar el orden "realmente existente".

Las ideas que hemos planteado apuntan a una visión abarcadora. En paralelo a la resolución de las urgencias inmediatas es imprescindible construir opciones que incluyan el largo plazo. Y esa contradicción permanente es una paradoja política a encarar en situación. Pero todo conflicto localizado se liga a su vez y en distintos niveles, con el marco general en el que se desenvuelven las acciones específicas. Y no obstante la diversidad de contextos político-sociales emerge un punto clave común: **la necesidad de crear organizaciones de nuevo tipo capaces de gestar trayectos emancipatorios.** Caso contrario, lo más probable es que se repita un ciclo conocido: inicio de una esperanza con gobiernos de corte popular, intentos de mejoras parciales desde la gestión de Estado y, finalmente, deglución de las intenciones de los gobiernos populares sometidos al poder hegemónico.

La emancipación según Antonio Negri y Michael Hardt (*)

"Téngase presente que éste es un libro filosófico. (...) nadie espere que nuestro libro vaya a resolver la pregunta `¿qué hacer?´, ni que proponga un programa de acción concreto."
[*Multitud,* p.19; de Antonio Negri y Michael Hardt (N y H)]

"Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo."
(Tesis 11 sobre Feuerbach; de Carlos Marx)

Aclaremos de entrada que este ensayo aspira a contribuir al debate de ideas y que en modo alguno significa cuestionar la trayectoria política de Antonio Negri y de Michael Hardt. Y si encabezamos con una cita de ellos y la Tesis 11 de Marx, es porque su comparación ilustra una modalidad muy extendida dentro de la intelectualidad opuesta a la opresión. Y sin desmerecer la importancia de la filosofía, pensamos que el eje de la cuestión pasa por la política, y que es imprescindible tener claridad acerca de las causas que desvirtuaron las luchas emancipatorias para poder abrir otros caminos hacia la creación de nuevas instancias superadoras que revolucionen a la política y a la sociedad.

En ese sentido vemos como un déficit de *Imperio* y *Multitud* de Negri y Hardt el empleo de ideas filosóficas que, por más ricas que resulten, al ser extrapoladas a la esfera política fundamentan conclusiones que no compartimos.

No obstante, valoramos en N y H la búsqueda de opciones que rompan el statu quo existente y también suscribimos varias de las ideas que exponen. Pero creemos que, en lo sustancial, la orientación de sus ensayos

(*) Capítulo IV de mi libro inédito *El Estado des velado* (diciembre de 2005).

tiende a una construcción ideal que no contribuye a despejar las incógnitas que presenta la actual crisis de alternativas. Asimismo, nos parece que sus análisis y propuestas no terminan de desligarse del enfoque de la cuestionada "vieja" política.

Dada la relevancia de los autores y la difusión de su obra, encararemos la crítica de algunos conceptos fundamentales para explicitar la opinión que hemos adelantado. Crítica que está relacionada con los temas que venimos tratando en nuestros ensayos.

A modo de anticipo queremos dar un indicio de lo que afirmamos, y que se desprende de la cita que figura en el encabezamiento. Según los autores, no plantear "qué hacer" o "un programa de acción concreto" explica el carácter filosófico que aducen. Pero eso no justifica que no se trate de un libro político pues según su desarrollo y sus objetivos podemos decir que sí lo es. Así, la reserva que hacen sobre el carácter filosófico de su obra nos resulta insustancial, salvo que por política asuman las tradicionales bajadas de línea de las elites en sintonía con la concepción leninista de las vanguardias. Entonces, y en nuestra opinión, desde el inicio queda flotando un estado de ambigüedad entre filosofía y política, y también entre la propuesta de un nuevo enfoque despegado de la concepción política clásica que sin embargo se insinúa a lo largo de su ensayo.

Desde esta interpretación y antes de entrar en mayores detalles, arriesgamos una "traducción" de lo que podría resultar una señal simbólica de la concepción clásica que anida en muchos pasajes del libro. En la página 20 afirman: "La multitud va a crear, a través del Imperio, una sociedad global alternativa". Si sustituyéramos multitud por clase obrera, Imperio por capitalismo y sociedad global por sociedad socialista, la afirmación cobraría un tinte conocido... Veamos ahora algunos tópicos trascendentes de *Multitud*.

a) El estado de guerra global

Tomando como eje *Multitud*, el último libro de N y H, cuestionaremos ahora el concepto de Imperio en función de algunas de las ideas que lo sustentan.

"La guerra se está convirtiendo en un fenómeno general, global e interminable" (pág. 23). Pero ésta es una característica de toda política de gran potencia, presente en el s. XIX y en especial en el s. XX que en eso no se diferencia de las actuales circunstancias.

Y más adelante (pág. 24) le confieren el carácter de "guerras civiles del Imperio" por considerar a los conflictos como partes de un solo ámbito global, el Imperio. Enumeran así una serie de conflictos armados (las llamadas guerras de baja intensidad) cuya identificación es, cuanto menos, una unificación forzada. Por ejemplo, el de Colombia, India/Pakistán, los Balcanes o los de Afganistán e Irak, no son fácilmente asimilables. Y el que en ellos jueguen directa o indirectamente los intereses de potencias capitalistas, en especial de los EE.UU., es algo que se ha venido dando a lo largo de la historia. Que hoy se verifique la hegemonía mundial de los yanquis no autoriza a darles a esos conflictos el carácter de "guerra civil" desvalorizando las contradicciones inter-capitalistas y las particularidades de los enfrentamientos locales. Y cuando se refieren a las especificidades de éstos es para subsumirlas dentro del Imperio global como partes de un bloque único. Para nosotros, esta generalización arbitraria obedece a que una vez establecido el molde todo sirve para incluirlo dentro del mismo.

Dicen "...la guerra se está convirtiendo en el principio organizador básico de la sociedad, y la política simplemente en uno de sus medios o disfraces" (pág. 33). Pensamos que se equivocan: el "principio organizador básico" no es la guerra, sino el gran capital. Las guerras que destacan responden a los casos donde el sometimiento a los intereses del gran capital asume formas violentas y se promueven en función de las relaciones de fuerza internacionales. Mientras que la política es el principal medio de dominación que expresa al poder económico y éste constituye la forma más generalizada de regulador mundial. Dichas guerras representan descarnadas agresiones para imponer el poder que las provoca y son la manifestación más aguda de los conflictos que engendra. Suelen enmascarar el control económico de riquezas de significación estratégica, tal el caso de Irak. Y cada situación concreta debe ser analizada estableciendo sus diferencias dentro del contexto de intereses en juego. Como ser, las contradicciones que genera en la esfera mundial la existencia de una única superpotencia emergente –los EE.UU.– respecto de los otros centros de poder del capitalismo. Lo que también debe incluir las disputas entre los distintos conglomerados de capital dentro de los EE.UU. y de los cuales la administración Bush representa a un sector, al más agresivo y ligado a la industria bélica y al petróleo.

"La guerra se ha convertido en la matriz general de todas las relaciones de poder y técnicas de dominación..." (pág. 34). Esta tesis improcedente está ligada a la subestimación del peso decisivo de las técnicas de dominación más productivas y sutiles como el empleo de los medios de comunicación masivos

o las emanadas de la vigencia de las democracias representativas por más que éstas se hallen en medio de una crisis aguda, lo cual constituye un tema aparte. Bastaría considerar en nuestro continente el pasaje de las dictaduras militares abiertas a las frágiles democracias actuales, para cuestionar los alcances de semejante afirmación. Y si consideramos al siglo XX, aún al margen de las dos guerras mundiales, aparece preñado del tipo de conflictos que N y H pretenden encasillar en su esquema. La diferencia que surge de la consolidación de una sola superpotencia, ante la extinción de la ex URSS, da pie al "unilateralismo" y agresividad de la administración Bush, pero esa política está originando tensiones entre distintos centros de poder mundial. "Congelar" coyunturas no suele ser un buen método. Vale recordar que apenas un par de décadas atrás, los mismos norteamericanos estaban sumamente preocupados por la expansión japonesa y estimaban que en 2025 los nipones los sobrepasarían económicamente. Hoy ya comienzan a preocuparse por China y veremos en el futuro hasta dónde llegan los acuerdos y desavenencias con Europa y Rusia. De lo que sí no hay duda es del cambio del orden mundial a partir de la implosión del campo socialista y de la fabulosa concentración del capital que se acelera vertiginosamente.

"La guerra global (...) se hace cada vez más indistinguible de la acción global policial, ahora tiende además a *lo absoluto*" (pág. 40). Recordemos el big stick de Theodore Roosevelt, Corea, Vietnam, Guatemala, Nicaragua, Santo Domingo, etc., y la doctrina de la seguridad nacional impuesta en América Latina por la "gran democracia del Norte", como para no absolutizar el "unilateralismo bélico-policial" del gobierno de Bush. Sus "guerras preventivas" representan la cara más feroz de un sector del gran capital norteamericano que pretende erigirse en patrón del orden internacional. Este momento de gran hegemonía ha generado fuertes contradicciones en el orden mundial que se está reacomodando en términos políticos dentro de los cuales las guerras localizadas son un instrumento más. En vez de absolutizar la situación actual habría que indagar cómo se van configurando las constelaciones de poder con sus interrelaciones y la potencialidad de las contradicciones emergentes dentro de este escenario mundial regido urbi et orbi por el sistema capitalista.

Quizá lo que mejor resume el pensamiento de N y H acerca de este punto es lo siguiente: "Lo específico de nuestra época (...) es el hecho de que la guerra, que antes era el último elemento de la secuencia del poder (...) pasa a ser el primero y primordial, el fundamento de la política misma." (pág. 43). Al poner a la guerra en el lugar de la política asimilan características

de distintos Imperios generados en otros contextos históricos diferentes al del capitalismo actual. Y el que EE.UU. tenga una incuestionable supremacía militar fundada en su parafernalia tecnológica, induce a error. N y H persisten en "fotografiar" la presente situación y la universalizan espacio-temporalmente desplazando a la política como campo fundamental de las relaciones de poder. No razonan en términos de hegemonía y así minimizan la dinámica de las contradicciones político-económicas y "aplanan" las características históricas del capitalismo donde sigue funcionando "la ley del desarrollo desigual".

En suma, toman a las guerras de baja intensidad actuales como un estado de **guerra permanente** y para apuntalar su concepto de Imperio, las convierten en partes de una **guerra civil mundial**. Y como hemos dicho, omiten que las guerras han sido una constante destacada del siglo XX que repercutieron en todo el planeta. Luego, sus argumentos confrontados al período anterior, no resultan convincentes ni tampoco la perdurabilidad de la violencia bélica como fundamento principal de la política de la etapa abierta. De allí que sus valiosos análisis referidos a la "revolución en los asuntos militares" y a "los conflictos asimétricos" (pág. 65 a pág. 89) se desdibujan al ser remitidos a la idea de Imperio.

Como ya hemos comentado en el capítulo II, todo esto responde a una lógica: la reducción de la multiplicidad de conflictos a un conflicto universal único, el Imperio enfrentado a la Multitud. Aunque para ello deban forzar interpretaciones y fundir también la diversidad del otro polo, la de la Multitud (tema que trataremos después). Es por eso que al reducir políticamente al mundo, diluyen lo particular de cada situación y exhiben cierto parentesco con lo que antes fuera proclamado como "internacionalismo proletario", concepto que encubrió grandes diferencias dentro de lo nacional y de lo mundial.

Lo que venimos diciendo no supone que consideremos al mundo un mosaico de particularidades desconectadas. Ya hemos formulado nuestra visión al respecto (además de este ensayo, ver *El poder bajo sospecha*, Editorial de la Campana; y *Políticas emancipatorias*, Editorial Biblos). Pero si insistimos sobre este aspecto es porque nos parece relevante tratar estas cuestiones que hacen a la determinación de perspectivas y campos de acción. Lo cual no quiere decir que no valoremos el esfuerzo de N y H ni los aportes de muchos pasajes de su obra. Sólo que, como hemos anticipado, ponemos el acento en lo que entendemos como línea principal de las ideas que desarrollan y que nos resulta importante debatir por su incidencia en el pensamiento emancipatorio actual.

b) Biopolítica, trabajo y producción inmateriales

Consideramos que el concepto de **biopolítica** que presentan como algo nuevo, en rigor no lo es tanto. Afirman: "La genealogía de las resistencias y las luchas de la posmodernidad, como veremos, presupone *la naturaleza política de la vida social* y la adopta como clave interna de todos los movimientos. De hecho, ese supuesto previo es fundamental para los conceptos de biopolítica y producción biopolítica de la subjetividad. Aquí las cuestiones económicas, las sociales y las políticas se entretejen inextricablemente. Y en este contexto, ya no tiene sentido el esfuerzo teórico de postular la autonomía de lo político, separándolo de lo social y lo económico" (págs. 106/107).

Estamos de acuerdo con el entretejido de las relaciones de campos diferentes pero ésta es una característica inherente a las diversas formaciones sociales de la historia. Atribuirle el nombre de biopolítica no sería objetable si sólo se tratase de una designación para referirse a dicho entretejido, mas disentimos cuando lo destacan como clave interna de la posmodernidad toda vez que "la naturaleza política de la vida social" se plasma a partir de la existencia del Estado.

Ahora bien, tanto la explotación como el sometimiento siempre han dejado huellas indelebles sobre el cuerpo y la psiquis, aunque sean variables los daños y sus niveles de intensidad. El problema surge al dirimir la preponderancia y la independencia relativa de cada campo, cuando se establecen los nexos y se jerarquizan las instancias en función de los contextos históricos que se consideren. Por ejemplo, para el marxismo clásico, lo económico era lo determinante "en última instancia". Y siempre que no se lo tome como factor excluyente, puede aceptarse referido al sistema capitalista donde el principal soporte del poder político y estructurante de las relaciones sociales es lo económico. En el feudalismo, lo determinante es lo político-ideológico, que es estructurante de las relaciones económicas y sociales. Pero en ambos casos, es el entretejido de relaciones atravesadas por la influencia del poder dominante y el imaginario social hegemónico lo que moldea a las subjetividades. Lo cual no supone la igualación de las subjetividades individuales ni esa generalización tampoco da cuenta de las particularidades que explican las hegemonías concretas. Por otra parte, las luchas y las resistencias de los oprimidos son una constante de todas las sociedades donde reina la explotación y el sometimiento.

Antes de entrar en las particularidades de esta época, queremos resaltar dos tipos de relaciones que enhebran las diversas formaciones sociales a lo largo del tiempo: las relaciones de explotación y las relaciones de dominio. El que estén imbricadas no significa que sean lo mismo. Según sean sus modalidades serán las características prevalecientes en lo social y pondrán su sello que, primariamente, distingue a unas sociedades de otras y que, a su vez, toman cuerpo en el complejo entramado de relaciones cuyo conjunto les confiere especificidad propia. Desde las relaciones emergentes de las tradiciones y costumbres, hasta las contradicciones y factores dinámicos que las modifican.

Para situarnos en esta etapa del capitalismo, es previo y fundamental establecer qué es lo que se conserva y define esencialmente a este orden social. Y esta característica brota de las relaciones específicas de explotación cuyo aspecto principal es la constitución de la fuerza de trabajo como mercancía y la ganancia como el motor del proceso de acumulación y concentración del capital. De allí surge la antinomia del capital y el trabajo que subyace en las distintas formas políticas del capitalismo. Este antagonismo, a veces larvado y otras explosivo, se manifiesta en las múltiples y polifacéticas luchas que se han librado y siguen librando, donde la creatividad y capacidad de los actores hacen variar los escenarios. Y en ese terreno, la política adquiere una relevancia sustantiva. Aquí entran en juego las relaciones de poder y la pugna por establecer las hegemonías que posibilitan la conducción de los procesos y que incide en la formación del imaginario social dominante. Cabe agregar que cuanto más desarrollado está el régimen capitalista mayor incidencia tiene lo económico como determinante de las relaciones de poder.

Reasumiendo el tema, luego del anterior paréntesis, entendemos que plantear la problemática actual en términos de biopolítica es una generalización que le sirve a los autores para forzar una distinción conceptual que forma parte del esquema que llevan adelante y que contribuye a su coherencia interna.

N y H dicen "...es evidente el gran error en que incurren las diversas teorías que tratan de presentar *lo político como autónomo de lo social*" (pág. 106). Pero, para descalificarlas, apelan a una fundamentación equívoca basada en el indiferenciado concepto de biopolítica y dejan abierta una importante cuestión que en la actualidad tiene que ver con el debate de si los cambios deben provenir de la política o de la intervención de los movimientos sociales. Mas, ese es otro problema que exigiría un análisis aparte acerca de cómo se entiende la "autonomía de la política".

Previo al tratamiento de los temas de la multitud y la democracia y debido a su importancia, analizaremos sintéticamente la crítica que efectúan a la ley del valor apoyados en los conceptos de trabajo y producción inmaterial.

Vayamos a algunas definiciones. "En los últimos decenios del siglo XX, el trabajo fabril perdió su hegemonía y en su lugar emergió el `trabajo inmaterial´, es decir, el trabajo que crea bienes inmateriales, como el conocimiento, la información, la comunicación, una relación o una respuesta emocional" (pág. 136). Más adelante aclaran: "El trabajo que interviene en toda producción inmaterial, subrayémoslo una vez más, sigue siendo material; involucra nuestros cuerpos y mente, igual que cualquier otra clase trabajo. Lo que es inmaterial es su producto. Admitimos que, en este aspecto, la expresión de `trabajo inmaterial´ es muy ambigua. Quizá sería preferible interpretar la nueva forma hegemónica como `trabajo biopolítico´, es decir, un trabajo que no solo crea bienes materiales, sino también relaciones y, en última instancia, la propia vida social. Con el término `biopolítico´, indicamos que las distinciones tradicionales entre lo económico, lo político y lo social y lo cultural se confunden cada vez más. Pero, por otra parte, el adjetivo `biopolítico´ presenta muchas complejidades conceptuales añadidas..." (págs. 137/8). "El trabajo inmaterial es una parte minoritaria del trabajo global y además se concentra en algunas regiones dominantes del planeta. Lo que sostenemos es que el trabajo inmaterial *ha pasado a ser hegemónico en términos cualitativos*, y marca la tendencia a las demás formas de trabajo y a la sociedad misma" (pág. 138). Estas afirmaciones impresionan como justas pero de su análisis surgen algunos matices que luego adquieren mayor rango.

En general estamos de acuerdo con las descripciones que marcan fenómenos ligados a la diferencia de etapa en el desarrollo capitalista y a la pérdida de peso del trabajo fabril cuyo correlato es la declinación del protagonismo de la clase obrera industrial. Vayamos ahora a los matices que luego se ahondan y se transforman en verdaderas diferencias.

En vez de *trabajo inmaterial* preferimos decir *trabajo intelectual* pues todos los atributos que caen bajo aquella nominación son tan propios de esta época como de la anterior. Pues nos resulta muy objetable la diferencia específica que hacen refiriéndola a lo que designan como *trabajo afectivo*. A éste lo vinculan, principalmente, con los recursos empleados para agradar al cliente, que es una manera de estimular las ventas. Algo que no se puede excluir de las relaciones comerciales y campañas publicitarias de 50 años atrás, por fijar un plazo comparativo, aunque los niveles de sofisticación actuales y la importancia de las marcas con sus "creativos publicistas" hayan

evolucionado notoriamente. Ni hablar de su aplicación al agobiante y efectivo papel de la TV, el gran instrumento "formador" de gustos y "opinión". Pero la potenciación de medios no implica un cambio de naturaleza del trabajo intelectual que los sustenta. En cuanto al producto, imaginemos cuán orgulloso estaría, "afectivamente", un propietario de un Ford T en 1927... (algo tan propio del mundo de la mercancía capitalista). Luego, el empleo de ese término se presta a confusión, cosa que no es casual debido a la especial connotación que le atribuyen.

También toman algunos aspectos del nuevo modelo de acumulación capitalista centrándolos en la preponderancia del trabajo intelectual, hegemónico en nuestros días, pero sin aludir a las nuevas formas de organización y, sobre todo, haciendo hincapié en los cambios tecnológicos que aparecen poco relacionados a las necesidades de acumulación del capital y al estancamiento de la tasa de la ganancia del período anterior. Conviene recordar que estos factores fueron siempre determinantes en los saltos productivos del sistema, lo que ha dado lugar al concepto de onda larga referido a los ciclos del capital. Pero estos "matices" adquieren significación luego.

Dicen: "La producción material –por ejemplo, de coches, televisores, prendas de vestir y alimentos– crea los *medios de la vida social*. Las formas modernas de la vida social no serían posibles sin esos artículos. En cambio, la producción inmaterial, que incluye la producción de ideas, imágenes, conocimientos, cooperación y relaciones afectivas, tiende a crear, no los medios de la vida social, sino *la vida social misma*. La producción inmaterial es biopolítica" (pág.177).

Aquí comenzamos a apreciar un salto. Porque "los medios de la vida social" sin ser lo mismo, están indisolublemente ligados a "la vida social misma". Esto es inherente a una sociedad donde "la vida social misma" está determinada por una cultura mercantil que, en la actualidad, se ha ido exacerbando extraordinariamente a la par del proceso de concentración del capital y la imposición mundial de su hegemonía. Podríamos preguntar si la máquina de vapor, o luego la "revolución" energética de la electricidad y el petróleo no "tendieron a crear", en su momento, a "la vida social misma".

Y el salto adquiere mayor relieve cuando hacen una crítica a la ley del valor en términos como los siguientes: "El trabajo vivo es una facultad humana fundamental, la capacidad para intervenir activamente en el mundo y para crear la vida social. Es verdad que el trabajo vivo puede ser capturado por el capital, pero el trabajo vivo siempre es mucho más que eso. Nuestras capacidades de innovación y creación siempre son más grandes que

nuestro trabajo productivo, es decir, productor de capital. En este punto nos damos cuenta de que esa producción biopolítica, por una parte, *no tiene medida*, porque no puede cuantificarse en unidades de tiempo, y por otra parte, siempre es *excesiva* con respecto al valor que consiga extraer de ella el capital, porque el capital nunca puede captar la vida entera. Por esta razón nos vemos en la necesidad de revisar la noción marxista entre el trabajo y el valor de la producción capitalista" (p.178).

Aclaremos de entrada que no nos oponemos a revisar la ley del valor de Marx y que no estamos sujetos a ningún tipo de idolatría. Pero entendemos que si es objeto de crítica, ésta debe encararse en profundidad y sostenerse con argumentos de peso.

Si nos referimos al trabajo vivo, es preciso examinarlo en términos económicos que son inherentes al régimen capitalista y no debemos desplazarlo a lo humano en general, razón que esgrimen, porque esa transposición está fuera de lugar. Aquí se comprende mejor que el concepto de biopolítica constituye un soporte tan forzado como necesario dentro de los planteos N y H. En sus justos términos, el control del trabajo vivo ajeno permite a los dueños de los medios de producción transformar la fuerza de trabajo en una mercancía más y apropiarse del trabajo excedente no retribuido (la plusvalía). Y esta es la única fuente que crea valor adicional dando lugar al proceso de acumulación del capital. Por más vueltas que se dé al asunto y mientras no se demuestre lo contrario, esto define la esencia del régimen capitalista de explotación.

Y cuando Marx habla del trabajo socialmente necesario, trabajo abstracto, plantea una "unidad de medida" ideal considerando a la producción en su conjunto que es regulada por la ley del valor que explica, básicamente, el funcionamiento del sistema. Luego, esto no significa que se refiera a una unidad contable que procesan los capitalistas concretos para formar sus precios sino que expresa cuál es el soporte último de la fenomenalidad de éstos. Lo que no supone negar la necesidad de enriquecer y profundizar el análisis estudiando las características actuales que ha ido asumiendo el sistema capitalista. Pero si se desvirtúa su esencia, se está hablando de otra cosa.

Obviamente, "el trabajo vivo es una facultad humana fundamental", pero lo importante del asunto es establecer sus diferencias según sean los órdenes sociales que se consideren, por ejemplo: el esclavismo, el feudalismo o el capitalismo, con sus cambios incluidos.

Que la producción de ideas y conocimientos sea hoy un componente insoslayable del desarrollo del capital, se traduce en la importancia de la ciencia

como factor clave del nuevo modelo de acumulación. Y basta observar las inversiones destinadas a Investigación y Desarrollo (I y D) de parte de las naciones y de las grandes transnacionales para evidenciar sus costos y también para tomar nota de la abismal distancia generada por la disposición de esos recursos que distinguen a los países del primer mundo de los demás.

Asimismo, la historia de la lucha entre "el capital y el trabajo" es un continuado enfrentamiento por expropiar el saber obrero de parte de la burguesía y cuyo primer eslabón significativo fue el paso de la manufactura al maquinismo. Y hoy prosigue, adecuado a las condiciones actuales, a través de las nuevas formas de organización de las empresas que fueron impulsadas por el toyotismo y donde los círculos de control de calidad o el kaisen ("mejoramiento constante") son buenos ejemplos.

En este punto conviene reflexionar acerca del fenómeno de la fetichización de la tecnología en la que incurre buena parte de la intelectualidad de "izquierda" y de la que no se hallan exentos N y H. Comencemos por precisar que el concepto de tecnología tiene una fuerte carga política y como sucede con otras luchas "intelectuales y/o lingüísticas", el poder dominante ha sabido imponer su hegemonía.

En primer lugar, la principal y casi excluyente línea del actual desarrollo tecnológico responde a los intereses que la impulsan, los del gran capital (y de la que Bill Gates es un fiel exponente). Pero no es la única posible ni el resultado de ninguna "ley natural del progreso". La privatización del conocimiento y su uso explotador y opresivo va desde el empleo de la cibernética y la diversidad de patentes con sus royalties, hasta llegar a la disputa por la apropiación del genoma humano y la pugna por el control de la energía atómica, ambas con sus temibles proyecciones. Eso no significa ignorar la manifiesta importancia de las creaciones científicas y de sus aplicaciones industriales que están modificando, y cada vez más aceleradamente, la vida en el planeta. Pero aquí empieza el segundo problema: quiénes y cuántos las usufructúan lo que va unido a los peligros suscitados por los graves daños inferidos al medio ambiente y a la naturaleza en general. Y para ponderar la situación es suficiente con apelar a las estadísticas que hablan por sí solas.

Como muestra de los equívocos que se pueden desprender de la mirada de N y H al respecto, nos remitimos a cuando dicen: "Y lo mismo que en aquella fase [la del trabajo industrial] tendieron a industrializarse todas las formas de trabajo y la sociedad misma, **hoy el trabajo y la sociedad se informatizan, se hacen inteligentes, se vuelven comunicativos y afectivos"** (pág. 138; remarcado nuestro).

Sostener que hoy el trabajo y la sociedad se hacen inteligentes resulta una conclusión muy discutible. El que se extienda el uso de las computadoras (sin hablar de porcentajes) no acredita un mayor nivel de inteligencia humana en general. Basta observar los niveles de nuestra educación y las falacias de la capacitación, para darse cuenta de que saber operar programas de computación es funcional a los intereses del capital que, a la vez que embrutece culturalmente a la mayoría de los usuarios, se sirve de ellos para tecnificar la producción y los servicios sustituyendo la inteligencia humana por la inteligencia artificial. Cualquiera que esté ligado a la educación puede dar fe de ello. Y salvando las diferencias, también se verifica en las poblaciones del primer mundo al margen de su nivel de ingresos.

Al revés de lo que afirman los autores, la informatización ha sometido mucho más al mundo del trabajo. Y en cuanto a que la sociedad y el trabajo se vuelven más comunicativos y afectivos, tal como están dadas las condiciones actuales, se puede aducir lo contrario. La cultura dominante tiende a la incomunicación, ya sea por exceso, banalización e indiferenciación de la información, como por la exacerbación del individualismo que tiende a sustituir los contactos humanos por las relaciones virtuales. Obviamente, eso influye negativamente sobre la afectividad, cada vez más autista e individualista. Pero, ¿podría ser de otra manera sometidos al reino del gran capital?

Y a propósito de ello, la proliferación de celulares y de PCs permanentemente "actualizadas" en círculos extendidos de clase media, son demostrativas de las feroces ofensivas comerciales que originan un verdadero desperdicio en términos sociales, pero que son muy "racionales" desde el punto de vista de la producción de mercancías y de las necesidades de realización del capital.

Anticipándonos a eventuales críticas por las "sacrílegas" consideraciones anteriores, resulta una indiscutible evidencia que los formidables avances de la ciencia y la tecnología crean insospechadas posibilidades a nuestro género. Pensando en positivo y si hacemos abstracción de los actuales dueños del poder que dirigen y usufructúan el curso de este proceso e imaginamos un orden social más justo, los logros obtenidos prometen un futuro venturoso. Sólo que como todos los instrumentos, según sean los fines de quienes los empleen y la forma en que se los use, así serán los resultados. Esto forma parte de las luchas que se libran en el seno de la sociedad. Por poner un ejemplo actual, así como el uso de Internet permite pingües negocios y la circulación del capital las 24 horas del día, en manos del zapatismo se convierte en un herramienta liberadora.

c) Multitud y democracia

El hilo conductor de las ideas que exponen N y H en su libro *Multitud, guerra y democracia en la era del Imperio* es demostrar que todo el planeta es escenario del enfrentamiento de dos contendientes: Imperio versus Multitud. Acerca del primero ya hemos expuesto varias consideraciones. Ahora deberemos enfocar al otro protagonista. Pero antes queremos señalar la intencionalidad política de su ensayo cuyo objeto es abrir rumbos liberadores que, respondiendo a la bipolaridad tal como la presentan, dependen de las luchas que deberá librar la Multitud para poder lograr la emancipación mundial.

Digamos que el trabajo intelectual que realizan y la finalidad que los anima es muy plausible. Que quede claro que no es eso lo que objetamos. Lo que realmente nos preocupa es que, según nuestra apreciación, ellos desarrollan un diagnóstico que acomodan a su propuesta política que necesita tal fundamento. O sea, cierran el círculo del cual partieron para arribar a conclusiones políticas cuya orientación nos resulta desacertada y que devienen de la caracterización de sus dos polos.

Es conveniente tomar algunas definiciones previas para entender mejor el concepto de Multitud y las contradicciones que encierra.

Dicen: "`El pueblo´ es una forma de soberanía que lucha por reemplazar la autoridad estatal dominante y tomar el poder. En realidad, esta moderna legitimación de la soberanía es el resultado de una usurpación, incluso en el caso de los movimientos revolucionarios. Con frecuencia, `el pueblo´ sirve de intermediario entre el consentimiento dado por la población y el mando ejercido por el poder soberano, pero más habitualmente la palabra designa una pretensión orientada a validar la autoridad dominante" (pág. 107).

Suscribimos plenamente estas ideas. Sólo que, y como veremos a continuación, no logran despegarse totalmente de lo que critican.

"Con el término de multitud (...) designamos a un sujeto social activo, que actúa partiendo de lo común, de lo compartido por esas singularidades. La multitud es un sujeto social internamente diferente y múltiple, cuya constitución y cuya acción no se fundan en la identidad ni en la unidad (ni mucho menos en la indiferenciación), sino en lo que hay en común" (pág. 128).

Si leemos atentamente la definición, surge la pregunta de cuál sería la diferencia con el concepto de pueblo. Porque éste fue pensado de manera

semejante por las fuerzas políticas que actuaron en su nombre. Lo común y compartido del mismo era su condición de explotado y oprimido. Y tampoco negaron las diferenciaciones internas, vale recordar "las contradicciones en el seno del pueblo" tratadas por Mao. En cuanto a que la multitud no se funda "en la identidad ni en la unidad sino en lo que hay en común", nos deja perplejos, pues es justamente lo común lo que da coherencia a una pluralidad de individuos identificándolos. Con el mismo derecho se puede asumir como plural al pueblo integrado por los distintos estratos del campesinado, de la clase obrera o de los vastos sectores medios que lo componen. Y ya desde el inicio se advierten contradicciones cuando designan a la multitud como "**un** sujeto social activo" (¿podría ser pasivo el carácter de un sujeto de cambio?). El pueblo, en su acepción política tradicional también lo es, entonces, en qué radica la distinción de los conceptos. Concluimos que es una toma de partido por nombres que se califican discrecionalmente o si se prefiere, "filosóficamente". Sigamos adelante.

"(...) Una de las verdades recurrentes de la filosofía política es que sólo uno puede mandar: el monarca, el partido, el pueblo o el individuo. Los sujetos sociales que no están unificados, sino que permanecen múltiples, sólo pueden ser mandados pero no mandar." (...) "El concepto de multitud desafía esa verdad aceptada de la soberanía. La multitud, aunque siga siendo múltiple e internamente diferente, es capaz de actuar en común y, por lo tanto, de regirse a sí misma" (p.128).

En verdad, el problema consiste en saber cuál es el significado de "regirse a sí misma" porque aquí entra en juego la cuestión del poder. Y si no se desentrañan las contradicciones que se generan al interior del campo emancipatorio, en términos reales pasará lo mismo que con el concepto de pueblo que fuera justamente criticado por N y H apoyándose en la experiencia acumulada que demostró las distorsiones que cobijó ese nombre. En suma, sigue tan abierto como antes el interrogante de cómo lograr unidad de acción o sumatoria de energía social para generar una ruptura que no signifique construir nuevos núcleos de poder que enajenen las decisiones del conjunto.

Y el problema se acentúa cuando afirman: "... debe quedar claro desde el principio que el desafío de la multitud es el desafío de la democracia. La multitud es el único sujeto social capaz de realizar la democracia, es decir, el gobierno de todos por todos. O dicho de otra manera, la apuesta es sumamente alta" (pág. 128).

Lo de la apuesta vale, pero el tema de la democracia se las trae puesto que mientras "el gobierno de todos por todos" hoy suena a idealización, la democracia -además de lo teorizado- tiene una historia muy concreta. Luego retomaremos este punto.

Pero la duda sigue flotando si registramos algunas afirmaciones que figuran en páginas posteriores pues no sabemos si éstas traducen la idea de poder de N y H o si están referidas a un desarrollo de remate oscuro. "Nos hallamos en una época de transición, o mejor dicho, un interregno." (...) "Habrá momentos en que el poder esté más ampliamente distribuido, o momentos en que se hallará repartido entre dos o varios mandatarios, pero lo único que no puede existir nunca es una ausencia total de poder, un vacío." (...) "**Lo único que permanece siempre presente y nunca desaparece de la escena política es el poder mismo"** (pág. 193, remarcado nuestro).

En la primera interpretación, uno se pregunta, ¿cómo se compadece esto con "el gobierno de todos por todos"? Porque si todos gobiernan se pierde el sentido del poder político conocido hasta el presente que es la capacidad de decidir por otros. Así, lo que propugnan entraría en franca contradicción con la perpetuación del carácter tradicional del poder que se desprende de la cita anterior. Aquí proponemos una distinción de importantes proyecciones y que creemos digna de reflexión: el poder no es sinónimo de ley. Ésta, como reguladora social, no implica necesariamente sometimiento, o sea, el poder de unos sobre otros. Depende de qué tipo de sociedad la sanciona. Pero hasta ahora y bajo la existencia del Estado como órgano funcional a la explotación y la opresión, la ley configura un instrumento indispensable para la dominación. Representa la justicia de la injusticia, más allá de las luchas y resistencias que le arrancan concesiones al poder. Y N y H tampoco discriminan la diferencia interna entre el "poder hacer" y "el poder sobre", tratada por Holloway y otros, que abre una perspectiva distinta para reflexionar sobre este tema.

Respecto de lo que podría aclarar cómo entienden "el gobierno de todos por todos", nos remitimos a lo que dicen en página 385: "Lo que necesitamos entender, y éste es verdaderamente el punto central, es cómo puede llegar la multitud a tomar una decisión." Después intentan respuestas en las que se suceden aspectos neurológicos, económicos, lingüísticos y cibernéticos que suenan a disgresiones y extrapolaciones que no rozan "el punto central". Y no es que demandemos programas políticos ni fórmulas acerca de qué hacer. Es que a lo largo de todo el libro no consideran el problema de **las relaciones de dominio al interior de la multitud,** cuestión decisiva si se trata de un poder liberador.

Pero pensamos que este no es un lapsus sino algo inherente a su concepción. Esta convicción se afirma al observar el tratamiento que hacen de la democracia. Y más allá de instructivos pasajes sobre su historia que, no obstante, suelen dejar en la penumbra su característico rol de régimen político encubridor de dominación, aparecen ciertos núcleos duros que confirman nuestra lectura.

En tal sentido, tiene especial significación la forma en que descalifican a la democracia directa. Dicen: "Dado que la producción biopolítica es económica y política al mismo tiempo, y que sienta las bases de un poder constituyente, ahora podemos entender que **la democracia de la multitud** no guarda semejanza con la `democracia directa´ según se entendía tradicionalmente, en la que cada uno de nosotros dedicaba parte de su tiempo y de su trabajo a votar incesantemente todas y cada una de las decisiones políticas. (...) La producción biopolítica nos ofrece la posibilidad de crear y mantener relaciones sociales en colaboración utilizando las mismas redes de comunicación y cooperación de la producción social, sin perder las tardes en interminables reuniones asamblearias. (...) Esa democracia en la que todos creamos y mantenemos colaborativamente la sociedad por medio de nuestra producción biopolítica es a la que llamamos `absoluta´" (pág. 398, remarcado nuestro).

Según nuestra opinión, fundada en la crítica que ya hemos realizado, **la "producción biopolítica"** es un "comodín" conceptual que no diferencia sustantivamente la etapa actual de la anterior del capitalismo y que funciona como un importante soporte de las ideas que desarrollan N y H. Pero aquí cobra mayor relieve pues fundamenta la visión política de los autores acerca del "poder constituyente", o sea, de lo nuevo y en gestación de las futuras transformaciones. Y su conclusión de "democracia absoluta" a la que aspiran resulta tan inconsistente y ambigua como cuando deben responder al significado del "gobierno de todos por todos".

Ocurre que la democracia es un sistema de gobierno que presenta dos variantes fundamentales: la directa y la representativa. Descalificar a la primera por el tiempo que puede insumir su concreción es eludir el problema. Porque el nudo de la cuestión es crear alternativas para que no se concentre el poder y que la capacidad de decidir asuma formas colectivas para dar un salto en lo referente a la emancipación. En cuanto a "las redes de comunicación y cooperación de la producción social" junto a los extraordinarios avances tecnológicos actuales, sientan las bases que permiten concebir formas de democracia directa mucho más operativas. Pero el obstáculo no consiste

precisamente en problemas de eficacia (relación tiempo–decisiones) sino que éste emerge de la cultura y hegemonía política dominantes que construyen un imaginario social que obstruye acciones, ideas y hasta a la imaginación misma condicionando a la sociedad, a nosotros y también a los autores. Y para éstos, la situación es aún más comprometida porque privilegian lo "súper macro", donde el mundo se divide en Imperio vs. Multitud subordinando los cambios micro que nos parecen lo constituyente. Toda transformación de fondo debe sustentarse en nuevas subjetividades y este es un terreno de lucha que va desde lo individual hasta lo colectivo y cuyas disputas alcanzan al conjunto de la sociedad.

Pero son tan ciertos los obstáculos que presenta la democracia directa, y que algunas experiencias cercanas testimonian, como que la representación hasta ahora ha resultado una barrera insalvable en la lucha contra la opresión.

Sin embargo, N y H que critican la representación, en especial cómo fue desvirtuada en el socialismo y el comunismo, en el fondo no parecen despegarse de la democracia representativa. Tomemos algunos conceptos que vierten.

"El fin de la guerra fría estaba llamado a ser la victoria definitiva de la democracia, pero ahora el concepto y las prácticas de la democracia han entrado en crisis en todas partes" (pág. 267). "En el mundo posterior a la guerra fría, el concepto de democracia perdió esos anclajes [se refieren a las justificaciones de los bloques en la guerra fría, aclaración nuestra] y quedó flotando a la deriva. Quizá por ese motivo existe cierta esperanza **de que recupere su significado originario**" (pág. 268). "Desde 1968 todos los movimientos sociales radicales han puesto en tela de juicio **esas corrupciones del concepto de democracia**, que lo transforman en una forma de dominación impuesta y controlada desde arriba. La democracia sólo pude surgir *desde abajo*, insisten. Quizá la crisis actual del concepto de democracia, debida a su nueva escala global, pueda proporcionar la oportunidad de devolverla a su sentido antiguo como gobierno de todos por todos, una democracia sin adjetivos, sin peros ni cortapisas" (pág. 274, remarcados nuestros).

Así, cuando hablan de la democracia y de sus crisis flotan en la indeterminación pues la historia real, desde la Revolución Francesa, es la de la democracia representativa. Por momentos es como si se refirieran a un estado de gracia política y no de una creación histórica resultante de las luchas por imponer intereses concretos, más allá de los planteos teóricos y de las buenas intenciones que siempre fueron desvirtuados por obra de

los antagonistas reales que, a su vez, construyeron la significación de tal "concepto" y lo utilizaron de acuerdo a sus propios fines. Y esto en modo alguno tiene que ver con la "corrupción" del concepto de democracia. Es sencillamente expresión de la lucha política que lo involucra y que fuera cuestionada por los movimientos del 68.

Tratemos ahora de esclarecernos acerca de los alcances que N y H atribuyen a la "nueva escala global": "El problema que tenemos nosotros con la democracia, sin embargo, es diferente. Ante todo, hoy la democracia se enfrenta a un salto de escala, de la del Estado-nación a la planetaria, que la desarraiga del sentido y las prácticas tradicionales de la modernidad" (pág. 273) .

No es el "salto de escala" lo que desarraiga "las prácticas tradicionales de la modernidad" sino los cambios operados en la democracia representativa (que traducimos como democracia burguesa). Ésta, tal y como se ha desarrollado hasta hoy, con sus matices incluidos, sigue configurando el imperio de las minorías que usufructúan el poder que han sabido instaurar. Y que sea la forma más "benigna" de dominación no significa que deje de serlo; antes bien, resulta la forma política más legitimante del orden capitalista. Asimismo, el cambio de escala en este período está en función de la hegemonía semi absoluta del gran capital a nivel mundial reflejada también en la supremacía norteamericana, su modalidad más agresiva. Y el que haya casos dignos de estudio, como algunas democracias en países nórdicos, no desvirtúa lo que prevalece a "escala" planetaria ni subvierte su naturaleza, sólo que ahora emerge con mayor transparencia.

En otro pasaje dejan abierto un tema candente que incluye a todos los que intentamos nuevas vías hacia la emancipación: "Necesitamos concebir formas diferentes de representación, o tal vez nuevas formas de democracia que superen el paradigma de la representación" (pág. 293).

El planteo de la necesidad de resolver el problema de la representación puntualiza la profunda crisis de la democracia representativa actual que brota de la hegemonía mundial que ejerce el capital súper concentrado. Y es precisamente el peso de su poder el que ha desvirtuado "las prácticas tradicionales de la modernidad" por cooptación o exclusión de los partidos políticos cuyos intereses estaban más ligados a los mercados internos de las naciones y, por tanto, resultaban más plurales y permeables a los requerimientos de los sectores populares internos. Luego, el cambio de escala apunta en sentido contrario del que N y H parecen prever hablando de la democracia en abstracto y en términos globales.

Entendemos que las limitaciones que surgen del tratamiento del tema de la democracia, tienen que ver con que no indagan a fondo el vínculo histórico entre la representación y el poder, clave común de las distintas formas de dominación.

Para cerrar este sintético recorrido a través de la obra de N y H vamos a hacer una breve reflexión acerca del concepto de multitud en lo referente a su composición interna y al modo en que fundamentan el pluralismo y lo común.

Plantear un conjunto de singularidades como componentes plurales de **la multitud, propuesta como sujeto universal,** presenta una primera y gran dificultad que es establecer lo común de dichas singularidades constitutivas de en **un nuevo sujeto**. Porque si se trata de singularidades, no se pueden soslayar quiénes las integran, los lugares donde actúan ni las situaciones concretas en que libran sus luchas. Relativo a ello, realizan una reseña que alude a la intifada, al EZLN, al movimiento anarquista, Seattle, Génova, etc., etc., donde queda en suspenso la cuestión, salvo que se refieran a la lucha contra la explotación y la opresión común a todas las épocas históricas, y de allí no se puede inferir **una nueva identidad.** El que aquí también enfoquen a las redes como opción política sustantiva, idea que compartimos en general, nos induce a hacer un breve paréntesis referido a este punto importante.

En nuestra opinión, **la redes** como formas organizativas, se adaptan muy bien a los requerimientos de formas favorables a que circule el poder y se controlen, atemperen o eliminen las relaciones de dominio. Pero como estructura relacional también se avienen a las necesidades de las grandes empresas capitalistas que hoy las emplean asiduamente. Luego, su funcionamiento y fines definirán su carácter libertario o no. Dependerá de las luchas que se libren (y ya se están librando) para que sean piezas sustanciales de una nueva concepción política y de su puesta en acción. Y para que se conviertan en un instrumento emancipatorio, deberá resolverse cómo funcionan las relaciones al interior de los nodos y de éstos entre sí. Lo que supone dilucidar el tema de la representación y la adopción de procedimientos que aseguren que la toma de decisiones sea resultado de la voluntad colectiva. Lo cual constituye un desafío abierto y es objeto de apuestas políticas.

Volviendo al carácter de la multitud, señalan: “Cuando decimos que la transformación del trabajo en algo común es una condición central necesaria para la construcción de la multitud, tal vez se pueda interpretar que

los excluidos del trabajo asalariado –los pobres, los desempleados, los no asalariados, los sin techo, etc.- quedan por definición excluidos también de la multitud. Sin embargo, no es así porque tales clases están de hecho incluidas en la producción social. Pese a la infinidad de mecanismos de jerarquía y subordinación, los pobres expresan continuamente una capacidad vital y de producción enorme. (...) En resumen, reconocer que los pobres son víctimas del orden global del Imperio" (pág. 160).

En primer lugar, homologan distintas clases de pobres y les atribuyen una "vida productiva en sí" que poco tiene que ver con realidades concretas. Ponen en el mismo paquete a marginados del circuito laboral y omiten el gravísimo problema de generaciones divorciadas del trabajo efectivo y los engloban bajo el término de pobres que, por ejemplo, bien pueden ser asalariados y más adelante también incluyen a los indígenas. Todo lo cual les permite corporizar su categoría de multitud como unidad de lo diverso, acorde con los conceptos clásicos que atribuían el protagonismo de las transformaciones a un sujeto, llámese clase obrera o pueblo. Y rematan en la página 164: "... podemos decir que *los pobres encarnan la condición ontológica, no sólo de la resistencia, sino también de la vida productiva en sí.*"

Nuevamente, los conceptos filosóficos transferidos a la política. Es que recurren a ellos pues deben justificar la indiferenciación de los pobres atribuyéndoles identidades comunes ("encarnan la vida productiva en sí") para sostener su concepto de multitud. Corresponde agregar que los pobres no sólo "son víctimas del orden global del Imperio", sino que a lo largo del tiempo y de los distintos órdenes sociales han sido las "víctimas" de la explotación y la opresión.

Una muestra más de generalización arbitraria surge cuando dicen que "El capital necesita a la multitud..." (pág. 120). Al contrario, se puede afirmar que en lo fundamental y en términos económicos, el capitalismo actual prescinde de buena parte de la multitud, los llamados "excluidos". Porque lo que realmente le interesa al capital es quienes están dentro de su circuito, la denominada demanda solvente. Y ésta es una de las contradicciones fuertes del sistema que deja "afuera" a contingentes humanos cada vez más numerosos. Sólo les preocupa que no molesten políticamente, para lo cual apelan desde la represión hasta el asistencialismo social.

Y para finalizar, veamos otro exponente del "método" filosófico aplicado a la política: "El vínculo que establece Virno entre las performatividades lingüística y económica subraya una vez más la triple relación de lo común: nuestra facultad de hablar se fundamenta en lo común, es decir, en

el lenguaje compartido; cada acto lingüístico es producto de lo común: y el propio acto de hablar se realiza en común, a través del diálogo, de la comunicación. Esa triple relación con lo común, aquí ilustrada con el lenguaje, es característica del trabajo inmaterial."

Esta determinación de "lo común", ¿en qué diferencia al "trabajo inmaterial" del material? Es más, en qué diferencia a cualquier actividad en que intervienen seres humanos. Incluso, respecto de la comunicación, la telemática y las nuevas tecnologías, a cuántos integrantes de la multitud les alcanza. ¿También a los que están desprovistos de los más elementales medios? Por otra parte, el habla, el lenguaje compartido y el propio acto de hablar, son patrimonio de todas las sociedades de la historia y rasgo distintivo de nuestro género.

Como es lógico, para formarse opinión de las críticas desarrolladas y valorar el sentido con que están hechas, es importante leer el libro *Multitud*. Nos parece muy útil su lectura pues permite enfocar muchos de los puntos e interrogantes abiertos en el debate contemporáneo, tan necesario para estimular el pensamiento y las búsquedas políticas hacia nuevos horizontes. Y a pesar de las grandes dificultades que se presentan, somos optimistas. Quince años atrás prácticamente no se hablaba de estos temas. Hoy, aunque todavía se limite a círculos relativamente reducidos y el desarrollo de nuevas experiencias aún sea incipiente, esta problemática se extiende por distintos lugares del mundo y se van sembrando ideas y produciendo hechos que apuntan a modificar el statu quo existente.

Estamos viviendo un proceso cuyos tiempos son imprevisibles pero pensamos que se está saliendo de la parálisis que trajo aparejado el colapso del socialismo. Comienza así a emerger otro tipo de subjetividad que está creando un lenguaje político ajeno al de los esquemas tradicionales y que, paralelamente, impulsa el desarrollo de culturas políticas que irán debilitando la poderosa influencia de la cultura "globalizadora" que promociona y difunde el poder hegemónico.

Una política independiente del Estado

Promover una política independiente o a distancia del Estado es quizás el mayor desafío que enfrentan las nuevas tendencias que afloran hoy. Es que la construcción de otro tipo de organizaciones que impulsen la emancipación presenta una doble exigencia. Crearlas en oposición a la ancestral cultura de poder, potenciada por el capitalismo que la expande en todo el mundo, y lograr despegarla de la gravitante influencia del Estado. Como éste constituye el principal dispositivo macro reproductor de dominio que organiza la vida social, se plantea una conflictiva convivencia durante un tiempo impredecible. Esto configura un obstáculo mayúsculo porque la sociedad, en general, está reglada por sus instituciones y la gran mayoría ve al Estado como la única forma posible de organizar la convivencia humana.

Antes de proseguir, vamos a señalar una diferencia importante: una cosa es **el Estado** y otra son **los gobiernos** que alcanzan su control. Mientras que el primero consiste en una creación histórica que permite sostener la dominación, los segundos, surgen de las luchas sectoriales y de clases para imponer su hegemonía a través del control del Estado. En ese interjuego se da la variedad de la vida misma. Mas el Estado, en su carácter estructural, semeja un molde que asimila contenidos variables que engendran diversos "productos", pero todos emergen de la misma matriz. Esto plantea una permanente e irresuelta contradicción entre las políticas tradicionales que remiten al Estado y que aparecen como insoslayables en el presente, toda vez que intenten políticas tendientes a la emancipación.

Asimismo, la interrelación Estado-gobiernos se manifiesta en las distintas coyunturas (el "momento actual" según Lenin) cuya evaluación es relevante

para el desarrollo de las luchas políticas y la apreciación del papel que cumplen los diferentes actores. Éste es el lugar de las interpretaciones que, traducidas en acciones, comportan apuestas y riesgos. Son luchas que influyen directamente en la existencia cotidiana de la sociedad, de allí la importancia del presente para toda construcción con proyecciones emancipatorias.

Para quienes planteamos que sujetos al marco estatal y a las reglas del capitalismo es imposible terminar con la dominación, el desafío es construir alternativas que conduzcan a una ruptura de dicho orden. Eso supone gestar formas de organización política constitutivamente diferentes del Estado. Pues estamos convencidos de que funcionar a su imagen y semejanza conduce, a mediano o largo plazo, a reproducir la dominación tal y como demostraron, de modo concluyente, las experiencias socialistas y de los movimientos de liberación nacional cuando accedieron al poder. Este enfoque presenta situaciones complejas, como ser la ubicación ante gobiernos de "izquierda", "progresistas" o como se los quiera designar, cuando enfrentan la contradicción entre la hegemonía del gran capital y las necesidades populares y plantean morigerar las condiciones de explotación realmente existentes.

Entendemos que una diferencia sustancial entre los nuevos movimientos emancipatorios de los que se desarrollaron en el pasado es la cuestión del poder y su visión acerca del Estado, porque esto define la orientación de la construcción política. Pero consideramos idílico pretender que en un breve lapso se pase de culturas estatal-jerárquicas a otras en las que sea superflua la existencia del Estado y prevalezcan formas de organización donde circule el poder y se eliminen o estén controladas las relaciones de dominio. De allí la importancia de la gestación de una nueva subjetividad y de las prácticas que se desarrollen en los espacios en que cada uno deba actuar.

Un cambio de tal magnitud requiere una gestación desde abajo que multiplique y articule las experiencias micro y cuyas redes vayan alterando la constitución del tejido social existente producto de la hegemonía actual del capitalismo. Ese cambio sustancial, que seguramente no será "químicamente puro", demandará un largo proceso de luchas y de desarrollo cultural-político para poder generar una ruptura con el régimen capitalista. Esto no significa una "espera" hasta que llegue "la buena nueva" sino que exige desde ya un protagonismo individual y colectivo en construcciones que desde su génesis impliquen rupturas micro como prefiguración de una transformación social profunda. Y en ese proceso de creación, que denominamos trayectos emancipatorios, se irán resignificando luchas anteriores a la vez que se irán desarrollando otras originales expandiendo

una nueva metodología y concepción política. Y abundan experiencias con características afines a este nuevo modo: en primer lugar el gran aporte del zapatismo, y también de los movimientos sociales de Bolivia, de varios emergentes de la crisis de 2001 en Argentina, de la movilización del pueblo de Gualeguaychú en defensa del medio ambiente y de tantas expresiones micro políticas que se orientan en tal sentido.

El desarrollo y la expansión de las ideas que ya circulan y que se reflejan en las diversas experiencias que se están realizando en distintos ámbitos del escenario mundial, generarán un prolongado período de tensión con y dentro de las instituciones estatales. Y como es previsible, la gravitación de dichas instituciones y de la política tradicional perdurará por mucho tiempo.

A este interregno aludimos con el difuso término del **"mientras tanto".** Pero si se lo interpreta como un paréntesis indefinido producto de las condiciones y prácticas existentes tomadas como lo "único posible", y se deja para el futuro la construcción de organizaciones de nuevo tipo, en la práctica se eterniza "el mientras" y los nuevos intentos por la emancipación asumirán el carácter de bellas utopías irrealizables.

En cambio, el campo abierto por quienes impulsan nuevas políticas hacia la emancipación está creando un espacio inédito con diversidad de matices. Y dentro del mismo se presenta el problema de cómo situarse frente a la emergencia de varios gobiernos que reivindican su pertenencia al campo popular. Al respecto pensamos que es erróneo no diferenciar los momentos y los distintos actores políticos perdiendo de vista las contradicciones que generan y su incidencia en la sociedad. Esto no significa renunciar a los principios constitutivos de esta nueva concepción que está madurando, ni confundir lo coyuntural con la política propia que promueve otras ideas y cursos de acción. Dicha política se desvirtúa si se asumen gestiones estatales incorporándose a proyectos ajenos en función de presuntas "ventajas" coyunturales quedando así prisioneros de la política tradicional y, de hecho, renunciando a abrir nuevos caminos hacia la emancipación.

En concordancia con lo anterior surge la propuesta de **una política independiente del Estado**. La cual supone gestar organizaciones independientes que practiquen una metodología donde circule el poder, o sea, que las decisiones no se concentren en cúpulas que se perpetúen en la conducción, sino que roten en función del crecimiento y protagonismo de sus miembros. Sin duda será un proceso azaroso, con marchas y contramarchas y donde, entre otras cosas, habrá que ir resolviendo el problema de la representación. Pero si no se define la direccionalidad de los esfuerzos y dónde

emplear el mayor caudal de energía, mal se puede pensar en gestar algo nuevo que tienda a la emancipación.

Es por ello que se hace necesario **reformular los conceptos de vanguardias y cuadros políticos** que privilegiaron la construcción desde arriba y soslayaron la diferencia entre las masas y quienes se destacaron por su capacidad, resolución y formación. Ciertamente esas cualidades fueron decisivas en los procesos que cristalizaron en las revoluciones triunfantes y en la conducción de los movimientos revolucionarios en general. Mas el ejercicio del poder en las organizaciones que crearon giró alrededor de niveles jerárquicos que funcionaron mediante la representación, o sea, con una configuración semejante a la del Estado. Y eso produjo el efecto nocivo de distanciarlas de la mayoría de la población.

Sin embargo, es indudable que durante mucho tiempo subsistirán los grandes desniveles socio-económicos y culturales que explican en buena medida el surgimiento de líderes y dirigentes quienes, a pesar de sus buenas intenciones, reproducen jerarquías que obstaculizan la socialización de la política. Tengamos en cuenta que esa característica está encarnada tanto en los que mandan como en los que obedecen estimulando la naturalización de lo que es un efecto estructural de la dominación.

Debemos considerar entonces que la perduración de esos desniveles fomentarán continuamente la existencia de las "vanguardias" tradicionalmente elitistas. Y para que éstas asuman un nuevo rol que supere la experiencia pasada y que desdiga lo que el propio término alude, se deberá librar, desde su constitución inicial, una lucha sostenida contra todo formato político que instaure lugares de poder estables como patrimonio de individuos y/o de grupos. Luego, concebimos como principio irrenunciable de una vanguardia de nuevo tipo la gestación de condiciones para que se socialice el poder haciendo que circule y roten las funciones en un proceso cada vez más amplio. En suma, que el desarrollo de esa praxis sea parte de un abajo que se irá reconfigurando y que absorberá a las circunstanciales vanguardias que se negarán como tales en un trayecto que dará lugar al creciente protagonismo de la sociedad.

Ahora bien, un punto clave a resolver es el de **la representación**, máxime cuando hoy **la democracia representativa** se ha transformado en uno de los principales instrumentos al servicio del gran capital que ha impuesto su hegemonía en el mundo. Esto produjo un notable divorcio entre los representantes y los mandatos a los que se supone debían fidelidad. El sistema político y los intereses a que responde no solamente encubren ese divorcio

sino que garantizan su existencia fundando su legitimidad sobre una imagen ideal que funciona como un espejismo que es desvirtuado en los hechos. Ésa es la tendencia general que no excluye momentos ni situaciones que expresan el ascenso de las luchas populares reflejadas en el surgimiento de gobiernos que, presionados por éstas, deben hacer toda suerte de equilibrios frente al poder del gran capital. Y éste es el espacio de lo coyuntural que debe ser analizado en concreto.

Al considerar esta cuestión podemos quedar prisioneros de los hábitos adquiridos o de las urgencias. Lo primero, por la vigencia de las prácticas que desligan, en los hechos, la representación de los mandatos. Lo segundo, al dejarse llevar por los deseos pretendiendo instalar en un breve lapso un cambio sustancial generalizado que requiere una construcción sin plazos prefijados y una paciente lucha cultural política. De lo uno, sobran los ejemplos. De lo otro, podemos reflexionar acerca de muchas experiencias originales que resultaron cooptadas o que se fueron diluyendo en la inoperancia. Sin embargo, si sostenemos que los sujetos de cambio son plurales en cuanto a su origen de clase y su pertenencia es con los de abajo, nos apartamos de la figura tradicional de un gobierno clasista que representa a todos los oprimidos y nos orientamos en un sentido diferente: el de **crear un nuevo horizonte donde los gobiernos deberán ser de y para los de abajo.**

Para una tal política emancipatoria, la representación aparece como un problema harto difícil frente a la necesidad de coordinar contingentes humanos numerosos, en particular en las ciudades. Pero hoy resulta una cuestión abstracta excluir la delegación de mandatos en representantes.

Pensamos que la representación todavía es tan necesaria como de alto riesgo su ejercicio. Acerca de esto último ya hemos expuesto la contradicción que surge del divorcio entre el poder que recae en un representante y el mandato que le confiere un colectivo. Por eso nos parece productiva la formulación que se ha hecho de sustituir el término de representante por el de **vocero**. Y no es meramente un problema semántico debido a la carga que porta el primero, sino que busca fusionar la representación con el mandato como expresión de la voluntad colectiva.

Digamos que sobre esa cuestión puede haber puntos de contacto, en realidad de confrontación, entre las construcciones de nuevo tipo y las emergentes de la política tradicional. Estas últimas hoy se ven enjuiciadas por gran parte de la sociedad por su nivel de corrupción y de connivencia con los grupos de poder concentrados que generan la hegemonía imperante. Por supuesto que el descrédito alcanzado no es total ni definitivo, en

todo caso depende de las alternativas que se creen. Sí traduce el deterioro de los partidos políticos que responden o resultan dóciles, en mayor o menor medida, a los designios de las grandes corporaciones y de las potencias rectoras. Luego, exigir transparencia a las gestiones de gobiernos "progresistas" o que se precien de tales, es un planteo que puede ligarse a un nuevo enfoque de la representación. Y con el mismo fin, sumar la demanda de la revocabilidad de los mandatos es un modo de enjuiciar la característica saliente de la "política" electoral y que ya forma parte del folklore instituido: cuando son tiempos de campaña, llueven las promesas; después, se suceden las componendas y "el realismo" que las entierra.

Impulsar esas exigencias contribuye a desenmascarar la falaz retórica dominante que oculta lo que debiera constituir una verdadera democracia y confrontarlo a las políticas emancipatorias que desnudan las trampas de la representación. Pero para que dichas políticas maduren deben desarrollarse organizaciones de nuevo tipo donde la representación deje de ser un trampolín para la dominación y se transforme en un servicio al alcance de todos. El zapatismo sintetizó esa cuestión con la consigna de "mandar obedeciendo". Y nosotros, con igual intención, podríamos sugerir un complemento: "servir, rotando la conducción".

21 de marzo de 2007

Necesidad y política en Sudamérica

"Las cosas menos duraderas son las necesarias para el proceso de la vida."
(La Condición Humana - *Hannah Arendt)*

El epígrafe alude a **la necesidad** y sirve como disparador acerca de la influencia del nivel vital sobre la política. A ese fin, se puede considerar a la pobreza como estadio aproximado a la supervivencia (el proceso de vida). Asimismo, la "estadística económica" es el instrumento oficial con el que se miden las necesidades elementales relacionándolas con el consumo (las cosas menos duraderas). Esto se traduce en la canasta de componentes que monetariamente definen el ingreso necesario por debajo del cual se establece la categoría de la pobreza. Tal construcción realizada en base a un listado de mercancías, configura un procedimiento propio de la razón capitalista. Y al margen de los discutibles cánones técnicos que se empleen, cabe destacar el carácter mercantil del criterio que la informa que es naturalizado aún por los críticos de la pobreza. Vale decir, algo vital se "mide" por la capacidad adquisitiva.

Expuesto ese trasfondo invisibilizado, consideramos aquel parámetro como referencia de las **necesidades elementales** vigentes en nuestras sociedades al solo efecto de distinguirlas de las necesidades en sentido amplio que surgen del desarrollo económico-social de cada país o región.

Es evidente que ceñidos a la satisfacción de las necesidades elementales, éstas tienen poca incidencia política en las sociedades "opulentas" mientras que en las sociedades "carenciadas" adquieren su máximo relieve. En éstas, el variable rango de las carencias dependerá de los contextos que se consideren pero eso no altera su gravitación política, sea como fuente energética de rebeldía o como aletargador de la misma. Lo cual no representa una novedad aunque conviene insistir en este punto dada la situación política actual en América Latina.

Lo señalado apunta a la conflictiva relación entre necesidad y política. Y un ejemplo ilustrativo de esa relación se desprende del derrumbe del campo socialista, el mayor acontecimiento político del último cuarto del siglo XX. En los países donde triunfó la revolución se produjo un notorio salto adelante en sociedades que padecían desigualdades y privaciones de todo tipo que afectaban a la inmensa mayoría de sus habitantes. Sin embargo, las grandes revoluciones que enfrentaron al capitalismo no pudieron desprenderse de su herencia y, casi sin excepciones, se reconstituyó dicho orden. De modo tal que el eclipse del socialismo ha dejado un gran vacío en torno a las políticas contrarias al capitalismo y a la vez ha motivado la búsqueda de nuevos caminos emancipatorios. En este sentido, la principal experiencia contrapuesta a la política tradicional es la que desarrolla el zapatismo con su política independiente del Estado que prioriza la construcción "desde abajo". Fieles a esa modalidad, apelan a las necesidades elementales insatisfechas del pueblo mexicano como factor de cohesión anticapitalista e impulsan el desarrollo de formas de autoorganización (la otra campaña).

Por otra parte, la implosión del campo socialista que involucró a numerosos países, afectó a más de la mitad de la población mundial y a los diversos movimientos de liberación nacional del "tercer mundo", demostró que no alcanza con la solución de las necesidades elementales si no se resuelven las contradicciones que engendra la concentración de poder en las conducciones revolucionarias y se gestan otro tipo de subjetividades. De allí que minimizar semejante fenómeno sea injustificable si se aspira a la emancipación. Y también, que asumir el socialismo no supone reproducciones mecánicas sino que es algo vivo que necesita de la creación y de la alerta vigilia de sociedades activas y protagónicas.

Dilema de los gobiernos "progresistas" en Sudamérica

Con ese encuadre abordemos ahora la situación que se presenta actualmente en Sudamérica. La misma abarca un territorio donde prevalecen las necesidades elementales insatisfechas y, a la vez, configura un espacio en el que las luchas populares tienen una rica historia con variadas características según sean los momentos y países de que se trate. Y al calor de esas luchas se produjo una apertura que ha generado expectativas contrarias a la aplastante hegemonía neoliberal de finales del siglo XX y que en estos

últimos años se tradujo, a nivel institucional, en la emergencia de varios gobiernos con esa impronta.

Referente a las políticas estatales que contrarían al neoliberalismo y sin abordar cada realidad nacional, corresponde marcar una diferencia significativa, sobre todo por sus alcances simbólicos. Esa diferencia se da entre los que se adecuan a las reglas del capitalismo buscando atenuar sus efectos nocivos, respecto de quienes reivindican al socialismo. O sea, entre los que propugnan un capitalismo "humanitario" y quienes propician el socialismo como solución que apunta a otro orden social. Sin embargo, existe un factor común problemático: tanto unos como otros asumen al Estado como eje fundamental de su construcción política.

Desde luego, la cuestión va mucho más allá de las necesidades elementales y abarca un complejo panorama político con una urdimbre de relaciones vinculadas al Estado y a la gravitante presencia del gran capital en el mundo. Pero aquellas necesidades son relevantes por su íntima relación con el proceso de vida y por involucrar a gran parte de la población latinoamericana. Así, los gobiernos dispuestos a satisfacer sus demandas tienen que pugnar por el manejo de los resortes de poder que brinda el Estado. Disputa atravesada por los condicionamientos que impone la gran burguesía con sus flujos de capital que son sustanciales para toda economía capitalista. No obstante, en los períodos de expansión económica mejoran potencialmente las posibilidades de negociación con los sectores más concentrados. Y para quienes desde el campo popular pretenden aprovechar esas circunstancias, se ha abierto un espacio propicio para conceder mejoras a las condiciones de vida de los sectores postergados y también para ampliar su base electoral.

Luego, en esta etapa, **al debilitarse la supremacía política neoliberal** por causa de la crisis de su modelo y de la creciente resistencia popular, se reanimaron las posibilidades para quienes intentan revitalizar al Estado Nacional. Esto ha oxigenado al sistema político tradicional que en la etapa precedente mostró a los principales partidos como dóciles intérpretes de los intereses del gran capital. Mientras que ahora aquel debilitamiento y las múltiples luchas de los de abajo originaron, por arriba, pases y "reconversiones" de todo tipo buscando acomodarse a la nueva situación y también alentaron la emergencia de otros actores. Esa compleja combinatoria alimenta el debate acerca de los alcances de las políticas "nacionales" de algunos gobiernos y de la propuesta del Socialismo del Siglo XXI de otros.

Sin entrar al análisis pormenorizado de los diferentes casos, se hace necesario evaluar las características del Estado Nacional de los países periféricos

hoy. Y un punto sustancial es visualizar la trama de intereses que inciden en el marco estatal objeto de las referidas políticas nacionales. Aquí el papel del capital industrial y financiero con su alto grado de interpenetración interno-externa es fundamental y es patrimonio del sector del capital privado más concentrado quien aporta lo sustantivo del PBI y, por lo tanto, constituye el principal motor que interviene en el proceso de acumulación capitalista, decisivo a mediano y largo plazo en el desarrollo económico-social. Y frente a ese poder tienen que gestarse las acciones del Estado destinadas a controlarlo.

Los gobiernos que pretenden hacerlo, respaldados en el apoyo popular, deben afrontar la fuerte contradicción de intereses que demanda tal gestión y para ello cuentan con los recursos que provee el Estado al que es preciso fortalecer sensiblemente luego del grave deterioro padecido. Es posible que durante un lapso variable y auxiliados por la situación arriba señalada, dichos gobiernos puedan manejar la situación absorbiendo las tensiones del conflicto de intereses pero, en perspectiva, se hallan ante **una disyuntiva de hierro: enfrentar al gran capital para favorecer al campo popular o relegar a éste en beneficio del primero.** Es que los equilibrios y acuerdos duraderos en países dependientes como los nuestros resultan muy frágiles cuando los gobiernos que los impulsan están sujetos a la legalidad capitalista. No es casual que las experiencias de corte desarrollista que se realizaron en las naciones subordinadas de América Latina, al contribuir a la concentración del gran capital, generaron el deterioro de las posiciones populares.

El proceso actual

El proceso actual plantea una triple dimensión a los interrogantes abiertos en torno a la configuración y desarrollo de las políticas gubernamentales que, de modo indisociable, deben incluir a sus proyecciones. O sea, las políticas en curso tienen que referenciarse a las interrelaciones entre los ámbitos nacionales, latinoamericano y mundial. Y deben resolver las contradicciones de esos ámbitos si asumen la causa común de la independencia latinoamericana desde los intereses populares. Objetivo que enlaza las diversas necesidades nacionales de nuestros países que son opuestas a los intereses de los representantes del gran capital cuyo horizonte es el de mejorar sus negocios y sus posiciones en el campo internacional. Y si esta apertura no engendra una hegemonía favorable a los de abajo, es presumible que el momentáneo debilitamiento político “neoliberal” resulte muy efímero.

Hoy y simplificando, se puede decir que hay dos concepciones opuestas para encarar la problemática existente (interrelaciones aparte). Una responde a la variada gama de intentos que promueven otro tipo de organizaciones al margen de los partidos tradicionales y con independencia del Estado y en la que se inscriben varios movimientos sociales que desarrollan políticas de tipo autonómico. Para los que impulsamos esta vía, el problema principal consiste en que su construcción debe realizarse en un campo desconocido. La otra, que es la opción general y clásica, recurre a políticas de corte tradicional dependientes del Estado. Quienes siguen este camino marchan sobre un terreno conocido pero, por la misma razón, no deben constituirse en una versión desmejorada de abortados ensayos anteriores. Luego, el relativo retroceso político de los sectores capitalistas dominantes, hoy forzados a ceder la iniciativa para preservar sus negocios y potencialidad económica, tiene que consolidarse en un proceso político de signo contrario. Ambas opciones radicalmente divergentes, transitan por un espacio indefinido que, según las coyunturas, presenta áreas de coincidencias.

Ahora bien, la cuestión de la necesidad exhibe **un doble rostro**. El de **lo inmediato**, las urgencias que demandan soluciones perentorias; y **el mediato** que las trasciende y que exige una política que cambie las relaciones de poder existentes y que cree una nueva subjetividad. Y estos dos planos están en tensión permanente. Luego, en la resolución de las coyunturas, las acciones que se desarrollan deben dar cuenta de esa tensión. Cualquiera de esos aspectos que se excluyan de las praxis en situación conducen a mutilar las posibilidades políticas, sea por practicar un actualismo miope o por incurrir en un futurismo virtual. Y ésta es una contradicción clave con la que se tropieza reiteradamente.

Yendo al campo social, los vastos sectores que sufren carencias elementales deben priorizar su satisfacción y tienden a quedar pegados al asistencialismo. En cambio los sectores medios disfrutan de los avances tecnológicos, en especial de los que provienen del exterior, y son en general seducidos por la capacidad productiva del capitalismo. Esta divisoria, a un lado u otro de la línea de pobreza, no excluye la variable gama social propia de cada país, pero sirve como aproximación al modo en que opera la receptividad de los discursos políticos. Y un punto de confluencia, demostrativo de la fuerza unificadora del sistema, se verifica en que ambos y a su manera viven deseando el mundo de las mercancías, el gran señuelo de este orden social.

Ampliado el registro, es preciso entonces sobrepasar los límites de las necesidades elementales e introducir **las necesidades en sentido amplio**

vinculadas al modo de vida que las induce y al carácter de la cultura y la producción de subjetividades (qué seres humanos engendra). Y en este nivel gravita la incidencia político-ideológica de los sectores medios por su acceso a los bienes culturales y su papel en la realización del capital ligado a su capacidad de consumo.

Vayamos ahora al polémico asunto de los gobiernos que han surgido como variantes opositoras (o que lo parecen) a la ola "neoliberal" que arrasó múltiples conquistas sociales.

Aquí emergen dos cuestiones decisivas respecto de la emancipación que remiten a las políticas de los gobiernos en su relación con el Estado y con el poder del gran capital en esta etapa de la "globalización". Una, si es posible o no transformar al capitalismo existente de modo que, desde esa transformación, se viabilice un proceso de liberación nacional; dos, quiénes serían los protagonistas de semejante fenómeno.

Previamente y en orden a lo nacional, es necesario deslindar los campos porque **gobierno** no es sinónimo de Estado. Aquel surge de las luchas de clases y sectoriales por hacerse del control del **Estado**. Éste, comporta una estructura relacional que se constituye como el principal ordenador de la vida social y que históricamente hizo viable la dominación de las minorías sobre las mayorías.

Si es válida esa premisa, todo gobierno que defiende o intenta defender los intereses de la mayoría de la población navega sobre un barco que tiende a arribar al puerto de la dominación. Y el Estado actual no es una excepción a la regla sino que representa un entramado de relaciones en el que prevalece la hegemonía del gran capital que impone su poder y su ley, la de la acumulación y la ganancia. Mas, una de las cuestiones que moviliza el debate actual son los trayectos mismos, o sea, el carácter de la praxis a desarrollar hoy más allá de "puertos" de llegada que aparecen sumidos en la niebla. Y continuando con la metáfora, si se pretende navegar en las procelosas aguas de la emancipación es imprescindible fijar el rumbo, o sea, definirse acerca de si la emancipación es viable dentro del orden capitalista o no. Y esto deriva al modo en que se construye y no a los azares del viaje representado por las inagotables y variadas situaciones que se presentan y/o se promueven.

La historia muestra que las concesiones que se le han arrancado y se le arrancan al capitalismo provienen de las luchas populares. Esa enseñanza es útil para interpretar el significado del giro político actual que involucra a varios gobiernos de nuestro subcontinente. El primer aspecto a considerar

es precisamente el que se refiere a las necesidades elementales insatisfechas. Luego, comparando el perfil de los gobiernos "progresistas" de hoy con los que en décadas anteriores desembozadamente respondieron a los intereses del llamado "neoliberalismo", cabe afirmar que se ha producido un cambio favorable y, en cierta medida, algo inesperado. Qué representa entonces esta suerte de "progresismo" que se desenvuelve en medio de dos polos antagónicos, el gran capital y los intereses populares.

La vía capitalista y Argentina

Planteada así la cuestión digamos que no son lo mismo los gobiernos de Lula, Tabaré, Bachelet o Kirchner pues exhiben diversos matices. Pero a pesar de ellos, son **los que asumieron expresamente la vía capitalista**, condición que los emparenta. Asimismo, una característica importante es que llegaron como emergentes de las luchas populares apelando a los recursos de la política tradicional que sumió a la democracia representativa en una formulación vacía desvinculada de los intereses que debía representar. Y el relativo giro producido por dichos gobiernos se manifestó, en mayor o menor medida, en las mejoras de las condiciones de vida devastadas en la etapa anterior y en las expectativas que despertaron al respecto. En función de ello y de una revalorización de lo "nacional" en la conducción de la política estatal, revirtieron el tremendo desgaste de la representatividad devaluada en la consideración pública, lo que originó un notorio repunte en el respaldo social.

Ahora bien, **referente al "resurgimiento" del Estado Nacional** y a su presunta soberanía, surgen fuertes interrogantes. Considerando la opción de quienes transitan la vía capitalista, apartémonos del clásico balance entre los más y los menos de las gestiones que son agigantadas en uno u otro sentido según sean los intereses que se defienden (o las creencias que se sostienen). Tampoco nos detendremos en un enfoque cortoplacista acerca de la mejoría en la satisfacción de las necesidades elementales que, sin duda, resultan prioritarias para gran parte de la población y para los intereses electorales de sus gestores. Pero, a partir de ese umbral, es indispensable evaluar una política que las trascienda y que resignifique las perspectivas "nacionales". Atento a ello, se presenta una doble cuestión: por un lado, los alcances del Estado Nacional hoy y por el otro, qué implica el giro actual para los procesos de liberación. Y en esto no corresponde discutir acerca

de la lógica del "mal menor" sino situarse frente a los sucesos que se están produciendo en América Latina.

El "neoliberalismo" es la expresión política que responde a los intereses del gran capital: el de las transnacionales y también de los grupos de origen nacional que son notorios gestores de la internacionalización del capital. Esa política, producto del poder que la sustenta, es hegemónica en el mundo y trasciende las fronteras. Y no es que anteriormente el desarrollo del capitalismo no hubiera vulnerado fronteras, lo nuevo es que semejante "permeabilización" se internalizó involucrando y doblegando a múltiples actores que en la etapa anterior luchaban por la independencia nacional, una de cuyas consignas radicalizadas en nuestro país fue la del "socialismo nacional". Luego, para evaluar el actual significado de lo nacional deben apreciarse los distintos momentos y contextos y captar el sentido de las variaciones producidas. Y remitiéndonos a nuestras propias experiencias, lo simbólico resulta bastante ilustrativo, puesto que aquellos que ayer levantaban la bandera del "socialismo nacional" hoy y en el mejor de los casos, resucitan lo "nacional y popular" como la solución para estos tiempos. Y no es que esté mal en sí mismo sino que el problema consiste en establecer cuáles son las diferencias entre las distintas etapas, quiénes sostienen la recuperación propiciada, y con qué metodología y horizonte político se actúa.

Recordemos que en el activismo político de la militancia hasta mediados de los setenta, gravitaba decisivamente la pasión y la idea de la liberación nacional y del socialismo con la fuerte influencia de las experiencias generadas por la resistencia peronista y, a nivel internacional, por la importante incidencia de la Revolución Cubana y el ejemplo de lucha del victorioso pueblo vietnamita. En tanto que el peronismo, como movimiento de masas y bajo la figura unificadora de su líder, con inclusión de sus contradicciones y graves enfrentamientos internos, representaba "el frente del pueblo" cuya potencia no había podido ser digerida por el poder económico que apeló a los sucesivos golpes y dictaduras militares. Y recién la última logró aplastar al movimiento popular generando un punto de inflexión en nuestra historia y el réquiem para la declinante "sociedad de bienestar" instaurada a finales de los cuarenta.

Mientras que en la Argentina de hoy, que puede tomarse como caso testigo de los gobiernos de inspiración "progresista" que asumen el capitalismo, la liberación nacional (y ni qué decir el socialismo) pasó a ser una consigna "utópica" sustituida por el "realismo" de un "capitalismo serio". Pues bien, situados en países "dependientes", la cuestión gira en torno al

significado de lo nacional bajo la dinámica del nuevo modelo de acumulación capitalista. O sea, países que para independizarse debieran subordinar el papel decisivo del gran capital interno-externo forzándolo a aceptar condiciones que beneficien a la mayoría de la población. En esos términos, no se vislumbran los protagonistas capaces de impulsar la independencia nacional desde gobiernos que permanecen sujetos a la lógica política del capitalismo realmente existente. Ni tampoco se avizora una voluntad política que propicie un proceso de reconstitución de las fuerzas favorables al ascenso político-social de los de abajo promoviendo su activa participación y que, en definitiva, es lo que le confiere sentido a lo nacional.

Si se piensa que lo anterior es una cuestión "utópica" queda fuera de discusión el fondo real de la independencia y, por supuesto, de la emancipación. Caso contrario, las objeciones son pertinentes por más que se alegue la problemática de los tiempos. Porque una cosa es reconocer las dificultades para producir cambios sustanciales inmediatos y otra distinta es posponer indefinidamente las acciones que posibiliten alterar las condiciones de su existencia.

Remontándonos un poco a nuestras experiencias, digamos que a partir de 1955 tomó cuerpo la fisura institucional entre la hegemonía política del movimiento popular encarnado por el peronismo y el poder económico real. Lo cual generó, durante casi veinte años, una persistente inestabilidad política que se reflejó en los reiterados golpes militares que culminaron con el advenimiento de la dictadura genocida de Videla y Cia., que abrió paso, a sangre y fuego, a la hegemonía neoliberal.

Caída la dictadura y ya instalado el proceso democrático y mediando momentos de transición e inestabilidad, se selló aquella fisura al producirse la legitimación política de los personeros del gran capital en función del ascenso electoral del "peronista" Menem seguido por el continuismo del radical De la Rúa y del Frepaso. Luego llegó el desbarranque final de este gobierno y de la credibilidad del sistema político que pudo pilotear la gestión de Duhalde.

El posterior e imprevisto triunfo de Kirchner volvió a tensionar la relación entre política y economía pero ahora, en lugar de fisura, se diría que estamos frente a un desacomodamiento relativo de esos dos órdenes. Para sintetizar, convengamos que este gobierno no surgió del "riñón" de los grupos de poder dominantes, aunque muchos de sus funcionarios de allí provengan. Y su política económica que negocia y regatea con distintos sectores del gran capital, no varió su poder real ni el grado de concentración

existente y aquéllos continuaron realizando sus jugosos negocios. Esto tiene que ver con el importante auge económico de los últimos años que al mismo tiempo posibilitó la reanimación de sectores industriales medios y también mejoraron los postrados salarios en blanco, las jubilaciones, los niveles de empleo reduciendo la pobreza y la indigencia, aunque sin alterar el reparto de la riqueza. Luego, disminuyeron las necesidades elementales insatisfechas comparadas al período anterior en el que se produjo el descalabro que le cambió el rostro social a la Argentina.

Asimismo y aparte de los "negocios" de siempre, se tendió a fortalecer organismos del Estado, favorecidos por el aporte venezolano, de modo de recuperar algo del rol regulador y de factor de crecimiento que tuvo el Estado en épocas pretéritas.

Lo expresado no responde al propósito de hacer un balance del gobierno actual sino que pretende situar, mínimamente, la problemática del Estado Nacional respecto de quienes hoy plantean el resurgimiento de lo "nacional y popular" valiéndose de un capitalismo regulado por el Estado al servicio de los intereses locales. Sin embargo, lo hegemónico dentro de estos intereses proviene del sector empresario que asocia su destino al giro del capital internacional y para quienes lo nacional significa aprovechar las burbujas que brinda el mercado interno sobre todo relacionado con el mercado mundial. Esto define el carácter de lo nacional para dichos sectores que conservan su poder y juegan al desgaste del gobierno que, con su política de equilibrio, les arranca concesiones al tiempo que funciona como contenedor del conflicto social.

La nación, nacida de las entrañas del capitalismo, configura una delimitación territorial regida por una institucionalidad jurídico-política sujeta a las disputas que dirimen el ejercicio del poder. Y hoy más que nunca, está atravesada por relaciones internacionales cuya gravitante incidencia varía según sean los que prevalecen en las luchas que definen su grado de independencia. Lo decisivo entonces es quiénes ejercen la hegemonía interna para medir los alcances de lo nacional, entendido esto de acuerdo a los atributos nominales de soberanía y reales de capacidad de decisión política y económica propia. Y lo común en la mayoría de los países "periféricos" es que sus economías estén reguladas por los intereses del gran capital internacional e interno de modo que su soberanía política está decisivamente condicionada por dichos intereses. Eso resultó muy evidente en la etapa anterior pero como hemos visto, hoy emergen en Sudamérica y en Argentina en particular, situaciones híbridas que han recreado expectativas

favorables. Lo que presenta un panorama político inestable marcado por los conflictos intersectoriales.

Esta situación catapultó, en un amplio sector de la militancia, el reverdecimiento de la vieja consigna de lo **"nacional y popular".** Pero para que ésta tenga consistencia de acuerdo a los preceptos clásicos en los que se apoyó, dependerá de que sus protagonistas respondan a los intereses de las mayorías postergadas por las minorías dominantes. Lo cual exige una oposición real a las **trans**nacionales (justamente trans) y a los grupos económicos, si no la "hibridez" durará mientras la reanimación económica subsista. El tiempo puede variar en función del grado de compromiso con la causa popular, pero si se mantiene la indefinición como política, el final será el mismo.

Precisamente, el protagonismo es esencial para evaluar las perspectivas actuales de lo nacional cuyos alcances anteriores están perimidos, al menos en nuestro país (léase peronismo histórico). Pues las construcciones "desde arriba" propias de la política tradicional, hasta ahora y de acuerdo a la historia vivida, terminaron cooptadas o derrotadas por el poder hegemónico del gran capital. Y quienes hoy aspiran al desarrollo de un capitalismo autóctono, deberán buscar con un microscopio electrónico a una "burguesía nacional" cuya gravitación política-económica sea capaz de sostener un proceso semejante. Porque hace rato que sus más destacados descendientes constituyen la corporación de la burguesía concentrada e íntimamente vinculada al giro del capital internacional. Y no hay que confundirse con la proliferación de una burguesía menor cuyo número es inversamente proporcional a su peso económico. Integra el amplio espectro poblado por los sectores medios que, mayoritariamente en Argentina, mostraron su alto grado de versatilidad de acuerdo a las conveniencias de ocasión, desde su apoyo tácito o expreso al menemismo en sus momentos de auge, pasando por los cacerolazos de la crisis de 2001/02, hasta la reanimación actual del mercado interno que los vuelve a oxigenar y sumir en el conformismo.

En síntesis, que lo nacional tenga entidad propia y se constituya en un escenario político que sea expresión de las mayorías populares, dependerá de un proceso donde las construcciones políticas de abajo gesten una nueva potencialidad a la liberación nacional y social, tanto de la dependencia externa como de los grupos internos. Y eso no se le puede pedir a gobiernos que, sujetos a las reglas del juego de la política tradicional, intermedian entre intereses antagónicos. Sí es esperable, aunque sea transitoriamente, que reduzcan las necesidades elementales insatisfechas y que mejoren las condiciones de negociación con los representantes del gran capital.

A propósito, vale considerar un aspecto contradictorio del kirchnerismo. Por un lado, rompió con el discurso único neoliberal que supo naturalizar la hegemonía del gran capital y presentarla como algo inexorable y cuya mayor y grosera condensación se vio reflejada en la consigna del "fin de la historia". Por otro, relegitimó la política tradicional con sus prácticas viciosas y corporativas que justamente habían llevado a desacreditarla públicamente. Pero en su descargo digamos que esto seguirá ocurriendo, cualesquiera sean sus intérpretes, si no se crean alternativas emancipatorias.

El Socialismo del Siglo XXI

En otro andarivel hay que ubicar a los gobiernos que según sus matices y contextos propios, proclaman su adhesión a una perspectiva de corte socialista. Allí se pueden ubicar a los gobiernos de Venezuela, de Bolivia y, al parecer, también ahora al de Ecuador. Para juzgar con seriedad sus alcances habría que interiorizarse cabalmente de cada situación concreta. No obstante y desde una mirada externa, se pueden arriesgar algunas apreciaciones acerca de ellos.

Primero, todos se desenvuelven dentro de relaciones capitalistas que exhiben, históricamente, graves necesidades elementales insatisfechas. Segundo, los sectores dominantes cuestionados están representados por los partidos políticos tradicionales y aquellos sectores califican como "burguesías compradoras". Tercero, el Estado se redujo a un coto cerrado operado en función de los intereses de las transnacionales y de la corruptela de la partidocracia. Cuarto, los movimientos sociales tienen una fuerte incidencia política y se desarrollan desde hace tiempo. Quinto, el sistema político tradicional padece una larga crisis y profunda inestabilidad.

Frente a esa situación, los gobiernos emergentes reivindican al socialismo y expresan la respuesta más radical de las políticas estatales alcanzada en la presente etapa. Asimismo, son los mayores impulsores y exponentes de un realineamiento continental que les dé el oxígeno suficiente como para desarrollarse en medio de las desfavorables relaciones mundiales y en particular, que los cubra de la agresividad del imperio del norte. Por la misma razón, realizan acuerdos y negociaciones con los gobiernos más tibios del continente pero que exhiben contradicciones con el actual ordenamiento internacional y que, dentro de ese marco, buscan reacomodarse alcanzando cierto protagonismo propio "sin sacar los pies del plato".

Así, el Socialismo del Siglo XXI es la consigna que lanzó el Movimiento Bolivariano que encabeza Chávez y que, en rigor, individualiza la experiencia nacional que están protagonizando. El efecto simbólico de esa nominación excede por ahora sus alcances reales y sus fundamentaciones "teóricas" que resultan débiles y contradictorias. Y también la promueven los gobiernos de Bolivia y de Ecuador conformando un frente común con Cuba quien ha logrado romper el cerco regional impulsado por los yanquis.

En aquellos países hermanos siguen vigentes las relaciones capitalistas que han sido puestas en tensión ante la emergencia de nuevos gobiernos sensibles a la requisitoria popular. A su vez, los compromisos emanados de "la razón de Estado" y su respectiva estructura burocrática generan no pocas contradicciones respecto de las demandas que protagonizan los movimientos sociales cuyo accionar posibilitó el encumbramiento de estos gobiernos que reivindican al socialismo. A eso se suma la fuerte presión de los factores de poder mundial y locales que operan para destruirlos y/o desestabilizarlos. No obstante, a todos ellos se les puede adjudicar un real fortalecimiento del Estado Nacional ligado íntimamente al ascenso de las luchas populares de cuyo destino, y a pesar de las contradicciones, depende su futuro que constituye un desafío abierto.

El fenómeno descrito es una originalidad que "nos trae" el siglo XXI que no hace más que confirmar que la historia la escriben día a día los protagonistas y que nunca terminará de producir sorpresas. Y una no menor es el papel cumplido por las vertientes socialistas clásicas que accedieron al gobierno del Estado en los últimos años. Tanto el ex obrero metalúrgico y presidente Lula, mentor del PT; Tabaré Vázquez con su Frente Amplio a cuestas y Bachelet como representante de la izquierda chilena anti pinochetista, son diversas expresiones que proceden de aquellas mismas raíces. Sin embargo, todos a su manera, han resultado funcionales a los designios del gran capital. Y hasta el poder de una sola transnacional fue suficiente para torcer el brazo y las promesas pre-electorales del presidente de Uruguay, líder de la corriente socialista más abarcativa de Sudamérica representada por el Frente Amplio con su rica tradición. Más sorprendente aún resulta que figuras históricas y de irreprochable conducta moral como el ex tupamaro José Mujica afirmara: "si no fuera ministro, marcharía contra Bush". Eso bastaría para preguntarse qué significa hoy el socialismo para todo ese espectro y también para poner en evidencia las mutaciones que origina la "razón de Estado".

Sin embargo, paradójicamente, un militar en Venezuela, un indígena en Bolivia y en Ecuador un economista graduado en Harvard, levantan la consigna del Socialismo del Siglo XXI en su condición de primeros mandatarios. Lo que comporta una auténtica demostración de las mencionadas sorpresas y una refutación práctica de la inutilidad de los esquemas y de la relatividad de las "pertenencias". Pero ésta es una historia abierta cuyas respuestas dependerán de las luchas de los respectivos pueblos.

Lo anterior es útil para impugnar las imitaciones y para valorizar la originalidad y la creación en la lucha política. Si no fuera así, nunca se podría salir de un sistema ni generar rupturas de un orden social injusto y opresor. Tampoco cabría intentar nuevos caminos. Hoy, las fuerzas sociales en los países hermanos están alterando las reglas del juego impuestas por el capitalismo en momentos en que su hegemonía parecía inconmovible. De allí surgen nuevas experiencias populares en sintonía con otras que se producen en Latinoamérica y también en nuestro país, aunque todavía resulten larvadas. Y significan un estímulo para persistir en ellas en lugar de reproducir fórmulas gastadas o de sucumbir al "realismo" de ocasión. Podríamos decir que recién se están empezando a construir otras formas de hacer política. Formas que tendrán que depurarse del pesado lastre del poder como patrimonio de unos pocos que legislan la vida de los demás.

Reproducción o creatividad

Los gobiernos que proclaman hoy el socialismo, por más positivos que sean, representan un techo de la política estatal y más allá de sus conquistas, para avanzar, se necesita la participación activa de la sociedad. En la medida que aquéllos la potencien, crecen las expectativas favorables, mientras que la delegación en líderes que se perpetúan muestran las falencias del campo popular. Permanente obstáculo si no se movilizan las energías del conjunto de modo tal que la función de aquéllos sea un momento de un proceso que marche a sustituirlos mediante el protagonismo colectivo. Y no es por desmerecer la capacidad y condiciones de los líderes, sino para evitar el riesgo de que se tornen contrafiguras de la causa por la que se jugaron. Eso demanda la tarea colectiva de reasignar funciones y aprovechar virtudes. Pero hasta ahora, esa carencia de movilidad socio política hizo perder vitalidad a las revoluciones contemporáneas y terminaron por minarlas. Es obvio que

estamos inmersos en un océano de capitalismo, pero si no se crean nuevos caminos que respondan a la exigencia mencionada es inoperante seguir hablando de socialismo. Pues si aspiramos a la socialización de los recursos humanos, ¿cómo se explica que no se socialice el poder? ¿O habrá que aceptar la excusa, madre de la dominación, que lo plantea como un imposible producto de "la esencia humana" indesligable de "los goces del poder"?

Tendremos que revalorizar lo que todos y cada uno podemos generar en el ámbito que nos toca actuar. Asumir lo micro como espacio de construcción y multiplicar las conexiones y los aprendizajes. Luchar contra el propio ego y confraternizar con los demás. Es una de las formas de contribuir a la producción de nuevos trayectos que canalicen la potencialidad de las energías populares.

Entonces, debemos voltear la mirada hacia nosotros mismos, hacia quienes cuestionamos las limitaciones y las falencias de las variantes espejos del Estado. Pues la crítica si no es homologada por construcciones políticas independientes del cerco estatal e impulsadas desde abajo, será siempre reabsorbida por el peso de la política tradicional que canaliza continuamente valiosas energías sociales. Hay que tener en cuenta que la cultura capitalista dominante, multiplicada por los medios de difusión masivos, ha deteriorado los vínculos solidarios de nuestra sociedad y ha ido gestando una subjetividad mayoritariamente egocéntrica, exitista y consumista que funciona como un muro invisible contra el que chocan los intentos por alterar el status quo.

Es obvio que el Estado resulta un referente insoslayable para la vida en sociedad y probablemente lo sea durante mucho tiempo. Pero irá perdiendo gravitación si se construyen otros lugares de referencia. Lugares que ya están emergiendo en virtud de múltiples experiencias creativas que se apartan de aquel tutelaje. Sean movimientos sociales, luchas de género, rebeldías locales, expresiones asamblearias, ambientalistas, etnias que exigen autonomía...

La tarea es tan difícil e importante como múltiples los escenarios para desarrollarla. Y la crítica del orden "realmente existente" tiene que servir para practicar otro modo de hacer política, donde la representación y el poder circule en cada experiencia micro y en cada lugar donde se actúe, no importa si dentro o fuera del Estado. Porque el lugar sea o no institucional, no prescribe la praxis de cada uno. Y si se asume "la militancia" como un servicio hacia y desde lo colectivo, se pueden ir conformando espacios

nuevos aún dentro de las mismas instituciones "viejas". Lógicamente que éstas condicionan, pero la cuestión pasa por ir gestando otro tipo de relaciones. En cada lugar se tendrán que resolver las modalidades, con todos los errores y aprendizajes que se quiera, pero impulsando la independencia política y los principios que la sostienen. Y toda vez que las coyunturas presenten sesgos positivos, habrá que potenciarlos potenciando al mismo tiempo la nueva praxis. Lo que en vez de aggiornar la crítica deberá obrar como estímulo al remitirla a un horizonte emancipatorio invisibilizado por las políticas de Estado tradicionales.

8 de mayo de 2007

¿Un nuevo campo emancipatorio?

La problemática

La situación actual en Latinoamérica y en Argentina reactualiza los problemas que enfrenta el campo de quienes promueven construcciones políticas independientes de la política tradicional. Para enfocar esos problemas partimos de la formulación de algunas tesis como referencia de nuestro lugar de reflexión. Varias de ellas resultan polémicas en este campo emancipatorio en formación pero, si deseamos superar el estado de fragmentación actual, es bueno alentar debates productivos y sin prejuicios que sean útiles al desarrollo de la praxis colectiva. Quienes impulsamos estas aperturas solemos ser remisos a gestar lo común por temor a sacrificar diferencias que, bien entendidas, debieran aportar a la construcción de dicho campo si se pretende que éste sea plural, creativo y expresión de una nueva política con miras a la emancipación.

Tesis (a modo de referencia):

- *El capitalismo* reina en el planeta y constituye el principal obstáculo para desarrollar procesos emancipatorios.
- Los dueños del capital concentrado y el peso del capital extranjero en los países periféricos los convierten en protagonistas principales de su funcionamiento económico. Así, su gravitante incidencia acota y tiende a asfixiar gestiones de gobierno que beneficien al campo popular en esos países.
- Hoy *la política tradicional y la democracia representativa* son funcionales al orden existente más allá de logros circunstanciales y efímeros.

- *El Estado* es un dispositivo estructural que a mediano o largo plazo inhibe la potencia de los movimientos que luchan por la emancipación y que a él se sujetan.
- La *emancipación* hoy debe ser resignificada a partir de lo que produjo el socialismo. Sus objetivos siguen vigentes pero entraron en colisión con lo incubado al interior del poder revolucionario que devino en una contradicción en sus propios términos. Vale decir, sufrió un proceso de transformación conservadora que revirtió sus conquistas y que condujo a la implosión del campo socialista.
- La *representación* es uno de los obstáculos que según sus características actuales e históricas obstruye el acceso al gobierno de "los de abajo".
- La mutación del orden existente depende de *la ruptura* de su legalidad interna y resulta un acontecimiento impredecible.
- El desarrollo de políticas no tradicionales que promuevan la emancipación demanda, como condición necesaria, revolucionar el propio pensamiento y generar un nuevo cuerpo de ideas.

Estos puntos de vista remiten a una transformación radical de la política habida cuenta que su ejercicio tradicional supone el control del Estado y los partidos políticos que se lo disputan están organizados a su imagen y semejanza. Sus estructuras jerárquicas favorecen el gobierno de las minorías a través de cúpulas dirigentes que concentran poder. Asimismo, las formas clásicas de la representación legitiman la desvinculación real entre los que conducen y los representados al desvirtuar el lazo que debiera unirlos. Situación conflictiva que se puede ejemplificar con palabras de Romano Prodi: "En la democracia no se puede hacer política sin partidos". Sólo que según nuestra mirada hay que invertir el sentido de esa afirmación. **Una democracia real** no la pueden protagonizar los partidos vigentes pues su "política" produce un falso espejismo democrático que es funcional a los poderes que nos someten.

Sin embargo, la historia muestra multiplicidad de procesos y también de momentos donde la proximidad entre dirigentes y dirigidos sintonizaron con grandes conquistas revolucionarias. Pero, al calor de la estructura estatal, hasta ahora siempre devinieron en otras formas de dominación no obstante las rupturas que posibilitaron la emergencia de distintos órdenes sociales. Y en este período en que el capitalismo se impuso en el planeta condicionando y regulando a los Estados, las políticas tradicionales ligadas

a éstos han perdido su potencialidad revolucionaria por más que quienes pugnan por su control involucren también a diversos actores favorables a la causa popular. Esto nos sitúa en el umbral de lo desconocido aún sin haber asimilado suficientemente la crisis de los fundamentos teóricos en los que se apoyaron las mejores expresiones del pasado. Mas hoy reiterar sus supuestos resulta una traba. Y no se trata de renegar de ese pasado revolucionario sino de conferirle un nuevo sentido que enriquezca su legado con una vitalidad acorde a las exigencias del tiempo que nos toca vivir. Aventurarse en ese territorio, tan promisorio como inexplorado, es el desafío al que deberán responder quienes aspiran a que la emancipación se convierta en una posibilidad real sin contar con el amparo fácil (o desamparo) de la política tradicional.

Este desafío incita a la **creación de una nueva política emancipatoria**, lo que implica dos aspectos conexos que la tensionan. Uno, alude a una falta que convoca a la creación de lo que aún no existe. Dos, para que esa falta no se traduzca en una invocación vacía, se tienen que plasmar sus formas de concreción. De allí la importancia de poner en acto las nuevas políticas ya que lo uno sin lo otro resulta una formulación especulativa.

Evidentemente el segundo aspecto es decisivo y nos somete a la prueba de los hechos que por ahora resulta el "talón de Aquiles" de lo que comienza a perfilarse. Dentro de ese marco surgen distintos ensayos y trayectos que buscan abrir caminos en medio de una realidad hostil. Y para potenciarlos es importante determinar e impulsar lo que tienen de común asumiendo sus aciertos y superando sus dificultades.

Cuando hacemos mención a la prueba de los hechos no aludimos a producir cambios sustantivos de la sociedad en momentos en que la omnipresente hegemonía capitalista ha moldeado a aquélla de acuerdo a sus intereses y sus principios. En este período la apuesta política emancipatoria pasa, prioritariamente, por el desarrollo de su vitalidad interna. Lo que requiere salirse de aquel molde para promover una nueva subjetividad, ir construyendo su propio campo en el seno de la sociedad y ejercer protagonismo en las situaciones donde se interviene. Eso supone un proceso abierto y azaroso sin finales ni plazos predeterminados. Y es el reto que motiva nuestras reflexiones en procura de contribuir al debate que nos debemos. Deuda que exige el aporte colectivo de ideas y experiencias innovadoras junto a una imprescindible capacidad de escucha deteriorada por las enajenantes voces del poder y menguada por la carga que venimos arrastrando gracias a nuestro pasado cultural-político. Pasado pletórico de divisiones y de "verdades" blindadas.

Las aperturas en nuestro tiempo

La crítica a *"la política realmente existente"* es tan necesaria como insuficiente. Lo primero resulta obvio dada la postura que sostenemos. Mientras que lo problemático del asunto deriva de nuestras insuficiencias y allí enfocaremos la atención.

Las tesis expuestas cuestionan el orden capitalista que se ha consolidado en términos económico-políticos y cuyas principales fisuras se manifiestan en lo social. Por ahora los conflictos y contradicciones en los dos planos mencionados no comprometen su existencia ni hacen peligrar su perdurabilidad. En tanto que las profundas tensiones sociales que engendra son reabsorbidas o acotadas por los recursos de la política tradicional y el Estado. Lo cual nos alcanza de lleno ya que éste es el escenario en nuestro país y en Latinoamérica en general. Luego, las aperturas que promueven la emancipación rechazando la política tradicional y corriéndose de las concepciones que inspiraron las luchas precedentes, deben enfrentar situaciones paradojales.

Algunas paradojas referentes a las actuales aperturas:

- Para oponerse al poder súper concentrado del capital es preciso construir un poder fuerte que engendre el protagonismo real de *"los de abajo"*. Y para crearlo se necesita el concurso de los militantes más destacados, lo que puede favorecer el desarrollo de la histórica fisura que distancia a dirigentes de dirigidos y que ponen en peligro el protagonismo al que se aspira. Luego, la necesidad de construir un poder fuerte presenta las acechanzas de las relaciones de dominio en su interior.
- Una política capaz de producir cambios de fondo plantea el dilema de *acumular poder* para cumplir con ese fin. Y ese dilema se puede ilustrar recurriendo a la misma terminología. Acumular es un término indisociable del capital en la esfera económica, o sea, relativa a la explotación. Si se la traslada al terreno político, resulta que hasta ahora quienes acumularon poder se hicieron cargo del destino de los demás. Y por esa vía los de abajo acumularon poder para los de arriba.
- *La política tradicional* y la vigencia del *Estado* imperan urbi et orbi y regulan las relaciones de poder de las diversas sociedades bajo el control

directo o indirecto del gran capital. Mientras, las nuevas simientes se están desarrollando en *los espacios micro* de variable extensión. Pero estos brotes corren el riesgo de no poder configurar un campo propio con las suficientes interconexiones que le permitan gravitar en el ámbito nacional sin perder su independencia política.

- Los *movimientos autonómicos* tienden a conformar "islas" vulnerables a las presiones y al poder de cooptación de las políticas gubernamentales. Y los que resisten y mantienen su individualidad lo hacen preservando sus características sin todavía llegar a generar proyectos comunes que los potencien y amplíen su horizonte.
- *Lo local* remite a espacios aptos para producir cambios dentro de su esfera. Mas éstos deben desarrollarse inmersos en la situación general impuesta por el capitalismo en el mundo. O sea, las luchas localizadas se desenvuelven en medio de la situación dominante "universal", lo que interfiere en la independencia relativa de aquéllas.
- Otra cuestión problemática se refiere a los alcances y significado del socialismo hoy, lo que plantea el polémico tema de l*os proyectos*. Es que la potencia mundial del capital ha absorbido la crítica marxista que desnudó su esencia explotadora y su modo de funcionamiento. Ahora, despojados de la visión determinista de dicha crítica a la luz de los fenómenos producidos, subsiste el problema de los proyectos comunes por más que éstos constituyan una referencia abierta. Por un lado, el prediseño de la sociedad puesto en acto, engendró una criatura deforme pero, por el otro, la asunción del irrenunciable principio de libertad, justicia y equidad aparece como una guía política abstracta. Mientras el capitalismo, a pesar de sus contradicciones y crisis se muestra como opción única, la negación de este sistema no genera alternativas en tanto no se desarrollen políticas positivas que lo superen.

La necesidad de constituir un nuevo campo emancipatorio

Si aceptamos que la concentración de poder en pocas manos, la subsistencia del Estado como dispositivo de dominación y las notorias desventajas culturales que sufren los de abajo son -en perspectiva- un serio obstáculo para que se produzca un salto adelante en la emancipación y para que el socialismo -despojado de sus lastres- aflore como opción real, habrá que persistir en el empeño de ir generando políticas que superen esas barreras,

demande el tiempo que sea. Políticas que comienzan a prefigurarse a través de variadas experiencias y de múltiples ideas que constituyen un terreno fértil para la formación de un nuevo campo emancipatorio.

Por contraposición, la política tradicional hoy ofrece un panorama yermo de ideas como no sean las asociadas a los avatares que giran alrededor de acomodarse lo mejor posible a las reglas del juego que impone el capitalismo. Los márgenes de maniobra dentro de ese estrecho marco sitúan a la emancipación como una cuestión marginal "fuera de la realidad". Pero ésta no es una fatalidad sino que concierne a la actuación de todos aquellos que intervienen modificándola dinámicamente. Y quienes hablan en nombre de **"la realidad"** y se proclaman sus intérpretes como voceros de lo dado –en defensa de sus intereses o por impotencia-, la congelan y la desvirtúan al negar su movimiento que es una de sus principales características. En verdad, se trata de un viejo recurso político que introduce ese convencimiento para convalidar el statu quo y desalentar a sus opositores.

La constitución de un nuevo campo emancipatorio debe sortear múltiples acechanzas y una de estas es la posición que ocupa "el intelectual progresista" por su incidencia en el ámbito de las ideas. Habrá que prevenirse no sólo de la situación de privilegio que suponen las ventajas que otorga participar del poder simbólico, algo que en mayor o menor medida nos alcanza a todos, sino también y principalmente, porque **en la actualidad *el progresismo "de izquierda"* predominante se ha convertido en un factor que legitima el orden existente.** Una evidencia de este fenómeno es que sus posturas "críticas" están subordinadas a las conveniencias personales o de grupo, lo que se refleja en su participación pública y mediática que es directamente proporcional a su nivel de adecuación a las condiciones imperantes. De manera tal que la línea divisoria que debiera separar a "la izquierda" de "la derecha" se ha transformado en un patio común donde se intercambian los roles de acuerdo a un pragmatismo de ocasión.

Conviene recordar que el conocimiento no es aséptico, tiene inscripción política por más que se alegue su independencia. Si bien la política no es un saber, ***el saber*** es un instrumento de aquélla, vale decir, del poder. Y en el presente es el capital quien se beneficia sustantivamente de ese instrumento a la vez que lo modela. El formidable desarrollo tecnológico que engendró está a su servicio y ahonda el abismo que separa a quienes no tienen acceso a esos recursos. Esta característica histórica inherente a la dominación, hoy se ha potenciado sensiblemente. Aunque, como ha ocurrido en todas las épocas, se filtran por los resquicios las posibilidades que brinda

a los que luchan contra la dominación. Resquicios que, según los momentos, fueron aprovechados por quienes protagonizaron procesos revolucionarios. Pero ahora y según hemos señalado, gran parte del progresismo de "izquierda" dejó de ser un vivero de rebeldía para asumir un rol conformista transformándose en lo contrario de lo que aparenta. Y esto es producto de la gran hegemonía que padecemos y de la incertidumbre que prevalece en este período donde lo nuevo por nacer aún permanece en gestación.

Luego, es tan necesario como incierto **crear un nuevo campo emancipatorio** que no reproduzca las estructuras piramidales de las organizaciones clásicas. Es que éstas facilitaron el encumbramiento de distintos amos que impusieron condiciones al conjunto de la sociedad. Y aunque aquellas fueron eficaces herramientas políticas para acceder al poder del Estado, resultaron inoperantes para terminar con la dominación. Por eso las nuevas tendencias que alientan la emancipación deben impulsar el protagonismo real de los oprimidos generando la circulación del poder. Pero justamente esa "tarea", por demás ímproba, es la que instala grandes interrogantes. Y uno de ellos es el que se refiere a la fragmentación que exhibe caracteres grupales "autistas" que van en desmedro de lo común. Paradoja que concierne a lo plural cuando conspira contra la efectividad que exige la complementación de esfuerzos y la producción de ideas que abran horizontes en vez de amparar conductas sectarias.

No es cuestión de resignar la singularidad de los diversos intentos sino que en éstos se vaya afianzando la convicción de que el aislamiento frena el desarrollo del campo emancipatorio y por lo tanto, de la construcción de un poder popular de nuevo signo.

Como aspecto prioritario en esta etapa y de acuerdo a lo que venimos diciendo, se desprende la necesidad de construir otro tipo de organizaciones. De allí que la idea de campo que expusimos intenta instalar otra mirada que ayude a superar el parcelamiento de las ricas experiencias que se están desarrollando sin que ello implique la imposición de unas sobre otras, algo tan afín a las estructuras jerárquicas y a sus proverbiales bajadas de línea. Lo singular de cada situación y el rol determinante de quienes la viven, tienen que ir constituyendo un entramado que potencie sus acciones a la par que enriquezca el acervo colectivo capaz de abrir caminos comunes hacia la emancipación.

Hoy vivimos en Latinoamérica un proceso complejo. Se ha abierto, en general, una instancia política donde varios gobiernos hablan un lenguaje que no es del agrado del poder súper concentrado que bajo el nombre de

"neoliberalismo" hizo estragos en nuestro continente. Dichos gobiernos se desenvuelven condicionados por las potencias rectoras y las transnacionales que disfrazan su dominación tras el eufemismo de la "globalización". Y mientras ese poder pone límites a las "rebeldías" de acuerdo a las circunstancias, la diversidad de luchas emanadas de la resistencia popular le otorgó una tonalidad propia a este imprevisto y desigual giro. Por un lado, los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, generan expectativas por sus políticas más radicalizadas. Por el otro, están aquellos que, a pesar de sus matices "progresistas", garantizan el statu quo. Visto en perspectiva, los caminos se bifurcan y dependerá de lo que generen los movimientos populares para no ser subsumidos y esterilizados por las políticas dependientes de "la razón de Estado" cuyo "realismo" empieza o termina por legitimar el orden existente.

Las particularidades de cada país y su nivel de condicionamiento exterior ofrecen características distintas que deben encararse en situación. Aprovechar contradicciones y desenvolverse en medio de ellas, dependerá de la capacidad que se tenga para romper los cercos que nos aprisionan. Uno de éstos -que funciona internamente-, es el precinto que ciñe las ideas al conformismo de lo "inmodificable" o a su equívoca contrafigura, las concepciones de la "izquierda" fosilizada que sigue actuando de acuerdo a cánones que poco tienen que ver con los cambios producidos en el mundo. Los representantes de estos sectores suelen ampararse en los hábitos adquiridos apoyándose en la historia pasada que es reducida a una iconografía insustancial. Y al empobrecerse el pensamiento político, impermeable a la renovación de ideas, se asfixia la creatividad y se obstaculiza "por izquierda" la transformación que el poder dominante presenta como "inmodificable".

"Poder Popular" de quiénes y hacia dónde

En nuestro caso, buena parte de la militancia que apoya al kirchnerismo lo hace convencida de que la política que desarrolla posibilita gestar un poder popular que marche hacia la liberación nacional.

Soslayamos por un momento referirnos al significado actual de un proceso de liberación nacional para señalar dos posturas acerca del Estado que inciden en las definiciones políticas. Y aunque nadie omite su gravitación decisiva, surgen notorias diferencias según sea el enfoque sostenido. Diferencias que están en el centro de las polémicas que originan orientaciones

encontradas de acuerdo a cómo se conciben el Estado capitalista en particular y el Estado en general. Al respecto, resulta irrelevante discutir acerca del **"mal menor"**, tema coyuntural que debe ser resuelto en situación y que nada aporta a las definiciones de fondo, salvo para quienes fundan su política en ese lema cerrojo de cualquier intento propio.

Ahora bien, mientras la gravitación del Estado suma interrogantes para los que lo cuestionamos como eje de construcción política fundados en los razones ya expuestas, los interrogantes se revierten sobre quienes lo asumen y lo asocian con la expectativa de generar un proceso liberador.

Para evaluar los alcances de la disyuntiva es conveniente partir de un término de referencia. Y según entendemos, el mismo surge de la pregunta de si es viable un proceso liberador sujeto a las reglas del juego del capitalismo.

Si se coincide en la negación, la disyuntiva toma cuerpo pues se sienta una base común para debatir ideas en torno al significado de un poder popular que luche por la emancipación.

Asumida esa referencia, consideremos las implicancias de "la liberación nacional" aceptando, provisoriamente, una terminología que se adecua tanto a la situación actual como a la falta de palabras para designarla.

En primer lugar, tal consigna nos recuerda la discusión en nuestro país sobre las antinomias del siglo XX: imperio vs. Nación o burguesía vs. proletariado. O sea, prioridad del factor nacional o del antagonismo de clases. No vamos a retrotraernos a ese debate en función de la experiencia vivida. Porque, por un lado, la mayoría de los promotores del antiimperialismo que impulsaba lo nacional mutaron a la política imperial internalizada en la nación y, por el otro, el socialismo que expresaba el antagonismo de clases se eclipsó de la escena política. Y ambos fueron desplazados por la hegemonía semi absoluta del gran capital que oprime a las naciones y que se adueñó del ex campo socialista.

Lo anterior no significa renunciar al antiimperialismo ni al socialismo, pero ambos deben ser pensados en función de los cambios producidos. Y si pretendemos revertir tal hegemonía, debemos rever las concepciones que nos inspiraron y que cumplieron un papel protagónico en los movimientos revolucionarios más trascendentes del siglo XX. Así podremos retomar su impulso sin reincidir en las causas que generaron su ocaso.

Convengamos que los equilibrios que practican gobiernos como el argentino en la esfera internacional significan una mejoría respecto del sometimiento a los designios imperiales vivido en los noventa. Mas, imaginar

que han abierto un nuevo horizonte para la liberación es tan ilusorio como falso. En primer lugar, porque no se lo proponen; su lógica política se ciñe a las relaciones capitalistas que engendraron la hegemonía del gran capital que es quien concentra el poder decisivo en nuestros países.[1] También, y no es un dato menor, porque su metodología de construcción refleja el deterioro sufrido por la política tradicional como consecuencia de la mencionada hegemonía. De allí que se hayan potenciado los acuerdos sin principios, la corrupción, el asistencialismo, el individualismo exitista, el travestismo político, etc. En suma, los males que se pueden constatar a diario tras la cortina mediática de la política espectáculo.

Entonces, creer que se puede generar un proceso de liberación dentro de semejante estructura en la que se desenvuelve la política tradicional, nos resulta una opción ingenua y errónea de parte de los compañeros que, de buena fe, intentan ese camino. Otra cosa muy distinta es cómo situarse frente a las variables coyunturas que se presentan y a las contradicciones y matices que ellas suponen. Para lo cual no hay recetas pero sí una condición irrenunciable: **sostener la independencia política propia cuya construcción es prioridad principal.**

Pensar en los viejos términos de liberación nacional sin una política que se emancipe del capital ligada a una profunda transformación social y al desarrollo de una nueva subjetividad, es retrotraerse al pasado por incapacidad de ir construyendo desde el presente alternativas para el futuro. A propósito, es sugestivo que en los procesos más radicalizados de nuestro subcontinente se levante la consigna del "Socialismo del Siglo XXI"; esto dicho al margen de las polémicas que la misma suscita.

Las características comunes a las del período anterior hoy están atravesadas por transformaciones profundas que originan una situación diferente. El Estado Nacional y el de nuestro país en particular, ha sufrido cambios significativos ligados al grado de penetración e influencia del capital internacional y a la consolidación del poder económico de los grupos internos de mayor concentración. Así, la autonomía relativa del Estado como factor económico

1 *El 72% de las empresas que más venden en Argentina son extranjeras*, 360 sobre 500 líderes. En 1993 eran 219; en 2000 eran 318; en 2004 eran 335. Entre los diez grupos industriales que más facturan 8 son extranjeros y los otros dos de capital argentino, pertenecientes a Techint. En los ochenta *la inversión extranjera* representaba sólo el 2,6% del P.B.I. Veinte años después esa misma relación llega al 35,3%. *En 2003 las empresas transnacionales manejaban más del 84% de las exportaciones*. Diez años antes esa participación era de 66%. (*Clarín*, 8/10/07)

y base de sustentación de gobiernos populares como lo fue el peronismo en su momento, sufrió un severo deterioro. Enumeremos algunos de los fenómenos que incidieron en ese proceso. Primero, fue privatizado su aparato económico perdiendo su capacidad de regulador de la economía nacional. Segundo, los partidos que antes propiciaron políticas antiimperialistas fueron reconvertidos en gestores de lo mismo que combatieron conservando sólo el nombre como una reminiscencia de su vaciada tradición histórica. Tercero, el sector principal que motorizó las energías populares, la clase obrera industrial, perdió peso social y gravitación política.

Estos dos últimos aspectos son decisivos respecto del primero y replantean la problemática de los sujetos. Luego, los cambios producidos y la ponderación de las experiencias vividas exigen reflexionar hoy en torno al significado de un poder popular en aptitud de gestar un proceso de emancipación que trasciende lo nacional.

Por ello no se puede pensar en una reconstrucción del campo popular y una recuperación de los resortes estatales que estén a su servicio sin evaluar sus alcances actuales. Lo que incluye, de modo indisociable, a los sujetos de cambio, a las formas de organización y al rol del Estado dependiente de relaciones internacionales que limitan sensiblemente su soberanía. Así, mientras el Estado Nacional continúa siendo el escenario principal donde se libran las luchas que inciden de modo directo en la vida de la población, las proyecciones de éstas resultan doblemente mediadas. Una, por su condicionamiento exterior, y otra, por la naturaleza misma del Estado como instrumento de liberación cuestionado por los resultados obtenidos en virtud de las experiencias del socialismo en el poder.

A todo esto, la actividad política se desarrolla según las praxis que operan en una escala desigual: lo local desde lo micro y las políticas estatales internas y externas en el orden macro. Del primer ámbito emergen varios protagonistas que ensayan ideas y prácticas políticas renovadoras pero todavía con escasa repercusión general. En el segundo, de amplia incidencia en la sociedad, se desenvuelve la política tradicional supeditada al capitalismo realmente existente. Y en este plano, es importante advertir que el momentáneo y aparente repliegue de la política neoliberal no se corresponde con su peso económico que sigue siendo determinante de las relaciones sociales internas. Mas ese repliegue posibilita, en lo inmediato, algunos logros parciales de contenido popular que no alteran ni comprometen el orden capitalista vigente ni los negocios de sus principales exponentes.

Esta situación transitoria, de incierta duración, fuerza a reflexionar en torno a los sucesos que se están produciendo hoy en Latinoamérica y que generan expectativas de variable tenor. En algunos países hermanos, por caso Venezuela, Bolivia y Ecuador, se impulsan desde sus aparatos estatales políticas ambivalentes que encierran contradicciones dignas de consideración. En tanto se oponen a las oligarquías tradicionales en colusión con los intereses imperiales, abren cursos favorables al campo popular pero, simultáneamente, al desenvolverse dentro del marco de Estados capitalistas que no han dejado de serlo, están en tensión con lo más activo y promisorio de los movimientos populares, que expresan fuerzas sociales que promueven políticas propias. Así, mientras el aspecto positivo de aquella ambivalencia subsista, su resolución futura dependerá de la capacidad de las fuerzas populares emergentes para construir políticas emancipatorias que superen las limitaciones estructurales que encorsetan las mejores intenciones.

Los otros gobiernos que se manifiestan progresistas o de "izquierda", son funcionales al orden vigente en la medida en que lo legitiman apelando a cambios menores que los benefician electoralmente sin modificar el statu quo. Las diferencias entre ellos no alteran sustancialmente la hegemonía impuesta aunque, frente a la misma, varían los niveles de condicionamiento.

Entonces, la situación en Latinoamérica presenta una problemática común que plantea fuertes interrogantes. Y entre ellos se destacan los referidos a la orientación política adoptada para la creación de alternativas emancipatorias. Lo que, a su vez, remite a la metodología de construcción que ensayan los potenciales sujetos.

Desde esa problemática, debemos interrogarnos por el significado actual de la vieja consigna de **"poder popular"**. Porque centrando el esfuerzo en construir un poder capaz de vencer al enemigo haciendo eje en el dispositivo estatal y en los mecanismos clásicos de la representación, es posible que se alcance un poder transitoriamente popular pero, atentos a la historia conocida, se volverán a reproducir los condiciones internas de un devenir que conduce a la dominación.

La misma formulación de poder popular encierra un doble problema. **Poder**, ¿que sea realmente de "los de abajo"? **Popular**, ¿expresa la constitución de nuevos sujetos? ¿Y con cuáles características?

Responder a esos interrogantes forma parte del quehacer colectivo que comienza a perfilarse. La "masa gravitacional" del Estado capitalista y de las políticas tradicionales con sus recurrentes ciclos electorales dependientes

de la política espectáculo, dispersa y distrae continuamente las energías de la sociedad inmersa en las relaciones sociales que convalida al mismo tiempo que la asfixia.

Vivimos un período en el que la dinámica explotadora del capitalismo ha producido una revolución tecnológica comparable a las de sus mejores épocas. Pero asimismo, ha polarizado la cuestión social a extremos semejantes a los de fines del siglo XIX. Sólo que ahora la población "excedente" ha alcanzado dimensiones aberrantes y su máxima expresión se da en los países periféricos. Población cuya marginalidad es proporcional a su mínima incidencia en el ciclo del capital. Situación agravada por la devastación ecológica del planeta como resultado de la priorización de los negocios por encima de la preservación de aquél. Y en la era de las grandes corporaciones transnacionales, los Estados tienden a erigirse en custodios de sus intereses. Por eso las reacciones de algunos gobiernos de los Estados Nacionales sometidos no podrán sostenerse en el tiempo sin una movilización popular que vaya construyendo una institucionalidad esencialmente distinta.

De allí la importancia de una política independiente de los condicionamientos del Estado y de la política tradicional. Pero dicha política no puede gestarse de la nada sino que se tiene que ir desarrollando durante un largo período de convivencia con el Estado e inmerso en las relaciones capitalistas que modelan a la sociedad. Y para impulsar esos procesos deberán surgir nuevos sujetos de cambio que impliquen otra constitución de sujeto.

No es casual entonces que los ensayos más fecundos con esa perspectiva, procedan de lo micro y de las múltiples resistencias que responden a situaciones concretas y que esbozan otras formas organizativas donde se tiende al protagonismo real de los que actúan. Fenómeno lógico dado que en el orden macro la hegemonía cultural política que nos oprime es muy poderosa y ni qué decir en el plano económico. Los tiempos de maduración de lo que está naciendo son impredecibles pero mal se puede lograr lo que no se intenta.

No existen formas de lucha privilegiadas ni recetas para la acción; éstas van surgiendo de acuerdo a los momentos y a las coyunturas que se presentan. Lo que no puede quedar librado a dichas circunstancias es la concepción política que debe orientar las prácticas que se desarrollen.

En tal sentido delineamos nuestra visión exponiendo varias ideas como referentes políticos de lo que concebimos como nuevo campo emancipatorio. A tal fin, exponemos nuestra concepción acerca del poder popular, de los sujetos protagonistas de la emancipación y de los proyectos.

Un poder popular de nuevo tipo debe resignificar el rol de las vanguardias. Las indudables diferencias cultural-políticas operantes en el seno de la sociedad tienen que ir reduciéndose a partir de **la formación política** que incluye, como primer requisito, a quienes por sus condiciones y acervo cultural ejerzan mayores responsabilidades de conducción. Esto implica asumirse como promotores de la socialización del poder, formando y formándose en la lucha contra la inamovilidad de la representación y el ancestral hábito de la delegación sea por falta de compromiso o de imaginación. La prueba de los hechos muestra que la socialización de los medios de producción sin la socialización del poder es un camino de retorno al capitalismo por más que se lo haya combatido.

El ejercicio de la democracia directa es una vía abierta hacia cambios políticos sustantivos pero no es el único modo. Es necesario superar la contradicción entre operatividad y participación real que es uno de los grandes desafíos a resolver. Nuestras sociedades masivas presentan una distancia abismal respecto de la que originó el primigenio invento griego, tan grande como la que media entre el orden esclavista y el capitalismo desarrollado. Por lo tanto, enfrentar la cultura política hegemónica será una tarea creativa y de largo aliento que debe comenzar por los ámbitos en los que cada uno actúa. De allí la importancia de lo micro para ir produciendo pequeñas rupturas que vayan sedimentando el camino hacia nuevos procesos de emancipación.

En cuanto a los **sujetos** de cuyo accionar dependen los cambios, pensamos que no surgen de un modo prescriptivo del tipo de la tradicional óptica clasista que erigió a la clase obrera industrial como "el sujeto". Esto no significa que no existan intereses y comportamientos clasistas, sino que los mismos no alcanzan para definir políticas que, tradicionalmente, emergieron de las vanguardias que actuaron en su nombre. Hoy, la complejidad de las relaciones capitalistas han desdibujado antiguos roles y generado desplazamientos dignos de consideración. Por ejemplo, ha perdido fuerza el proletariado surgido de la primera y segunda revolución industrial y han ganado importancia sectores de servicios vinculados a la revolución tecnológica en marcha y al notable crecimiento del aparato administrativo.

Las relaciones de explotación que erigieron a la clase obrera en protagonista principal, resultan una insuficiente explicación para los fenómenos relativos a la emancipación. Pues, si las formas de explotación definen la naturaleza de un orden social, su superación es inescindible de la política capaz de transformarlo. Y no es porque los grandes movimientos revolucionarios no lo hayan comprendido y mucho menos puesto en práctica. Sólo

que en el corazón de la política late la cuestión del poder que también funciona al interior de los procesos revolucionarios. Fenómeno mal valorado y peor resuelto antes y también ahora.

En consecuencia, **concebimos a los sujetos en términos de potencialidad y de constitución plural.** Descreemos de las definiciones a priori ya que los sujetos irán surgiendo de los efectos que produzcan los trayectos políticos que se ensayen y en estrecho vínculo con sus principios y metodología de construcción. Esto funda su campo de probabilidad, mientras que sus acciones concretas determinan la realización o no de su potencia. Porque como decía Mao, de un huevo puede nacer un pollito pero nunca de una piedra. Lo anterior no debe ser visto bajo el prisma del exitismo, sí de lo que aporten a la ruptura del orden capitalista existente. Sus simientes son lo sustantivo del asunto ya que los procesos remiten a apuestas políticas sin garantías previas y no a meras adivinanzas.

La pluralidad de los sujetos tiene que ver, indirectamente, con la enorme movilidad del capital y su gran capacidad productiva gestora del exponencial flujo de necesidades que genera la plétora de mercancías que expele. Lo cual tiende a igualar, en la diferencia, a los peores atributos del ser humano. Porque alcanza aun a quienes carecen de lo más elemental al verse acuciados por el deseo de lo que se les muestra y no pueden consumir. Mientras que el vasto espectro de sectores medios que gozan del privilegio de un buen nivel de ingresos, viven bajo la presión de conservarlos enajenados por las mercancías que consumen y los transforman en un jugoso mercado para el capital. Traducido, la opresión es distinta pero las personas que crea y recrea tienen el mismo sello.

No obstante, lo más significativo proviene de los cambios operados en la contradicción básica entre el capital y el trabajo. La formidable movilidad del primero unido al avance de la inteligencia artificial en la producción, ha subordinado al segundo a tal extremo que la principal reivindicación sindical de nuestros días es la preservación de los puestos de trabajo y la generación de los mismos. O sea, pasa a primer plano reivindicar la condición de asalariado cuya existencia depende del capital. Y prácticamente se ha borrado del imaginario social la real dependencia de los factores de la producción invirtiendo sus términos. Ejemplo de esto es la notable explotación de los obreros chinos, novísimo reservorio de las transnacionales, que presiona a los sectores asalariados de cualquier rincón del mundo. ¡Nada menos que China, la patria de la gran Revolución Cultural Socialista, devenida en gran potencia que disputa los frutos del trabajo en el mercado mundial!

Hoy más que nunca, la constitución de los sujetos ya no se puede explicar meramente por su procedencia de clase. Las rebeldías políticas son las que determinan a los sujetos pues su lugar en la producción es tan incierto como variable. Son excepcionales los trabajos de por vida ya que la fábrica puede mutar rápidamente a cualquier lugar del planeta que mejores oportunidades ofrezca para las ganancias. Obviamente, las necesidades elementales insatisfechas son una fuente de conflicto. Pero sin políticas de emancipación pueden derivar tanto al narcotráfico como al asistencialismo más pedestre.

La problemática de los **proyectos,** inmediatamente remite a la cuestión del socialismo, a sus realizaciones y frustraciones junto al aporte de sus geniales pensadores. Sus grandes objetivos, tan vigentes como incumplidos, exigen una práctica política innovadora junto a la producción de ideas creativas que sean fertilizantes del campo emancipatorio.

Referido a esa cuestión distinguimos dos términos que suelen asociarse. No es lo mismo proyecto que modelo. **Entendemos por proyecto una guía para la acción**, mientras que un modelo en su acepción clásica, sugiere un diseño estático con fuerte componente de definición a priori. Y en tanto ese atributo sea lo que lo caracteriza, congela lo vivo de la política restándole importancia a la praxis creadora que se constituye mediante el ensayo-error de lo que se practica. Y el alimento de todo proyecto son las experiencias que brotan de las luchas populares cuando éstas logran desprenderse de los límites que impone el poder dominante. Proceso plagado de contradicciones, avances y retrocesos, pero cuyos sedimentos abonan el suelo de lo nuevo.

Hoy un proyecto socialista se ancla fundamentalmente en la negatividad, o sea, en el rechazo al orden capitalista. Mientras su positividad, relacionada con otro tipo de relaciones humanas y sociales, está emergiendo de lo micro, de los lugares donde se está incubando otra forma de hacer política. Y esto por más localizado que sea, trasciende las fronteras. De allí la importancia del zapatismo, del MST en Brasil, de lo que están protagonizando los pueblos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, y en nuestro ámbito, de las experiencias piqueteras, de las fábricas recuperadas, del movimiento asambleario, de las luchas ambientalistas como las de Gualeguaychú y, en general, de las múltiples expresiones de rebeldías y resistencias de los oprimidos. Cualquiera sea el nivel de sus aportes, todos suman como prefiguraciones de lo que está naciendo. Los tiempos de esta construcción son distintos y mucho más lentos de los que incumben a la política tradicional. Pero de ellos depende que los proyectos se hagan realidad.

3 de noviembre de 2007

Espiritualidad y política

La entrevista que el 10/03/08 le hizo Página 12 a ***A. Compte-Sponville*** *[A.C-S](“La nueva mirada de un viejo discípulo de Althusser”) fue el disparador de este artículo. En la misma se aborda la “espiritualidad” pero emitiendo juicios sobre sucesos y políticas, revolucionarios en su momento, que lejos de impulsar una crítica superadora, aportan al imaginario dominante.*

La entrevista comienza con este planteo: “...creo que estamos amenazados por dos peligros simétricos: por un lado, el fanatismo, el integrismo y el oscurantismo, y por otro, el nihilismo. Y tengo la impresión de que la civilización occidental no sabe muy bien qué hacer ante estos dos peligros”.

Es cierto que el integrismo significa una forma de oscurantismo toda vez que la fe religiosa se mimetiza con la política y ésta promueve un fanatismo generalizado que alimenta las jerarquías correspondientes y que, en el caso del islamismo, la encabezan los ayatollás. Los Estados teocráticos representan su modelo más puro y su influencia, enhebrada por la fe religiosa, abarca al mundo árabe y diversidad de movimientos.

Sin embargo, la cuestión es mucho más profunda a poco que se abandone la mirada eurocéntrica que patrocina a **“la civilización occidental”**. Que quede en claro que no nos referimos a la historia del pensamiento ni a comparaciones impropias entre las culturas de Occidente, la musulmana o la oriental. Aquí enfocamos, fundamentalmente, el campo de la política y sus repercusiones socio económicas e ideológicas.

Civilización es un término con fuerte carga política que la antropología hoy cuestiona por su sesgo discriminatorio propio de la óptica del evolucionismo eurocéntrico. Y bastan unos pocos ejemplos para refutarla, como ser: el genocidio de las etnias aborígenes a manos de la conquista de América bajo el signo de la cruz y la espada; la oposición *civilización o barbarie* de

Sarmiento con su consigna de *"no ahorrar sangre de gauchos"* que provino de las "luces" y no del oscurantismo y ni qué decir de las dos guerras mundiales en las que se masacraron las naciones "civilizadas" de Occidente.

Ahora, si se habla de *civilización occidental* y de *integrismo* es preciso enfocar la situación mundial actual. Que se sepa, Bush hijo, Tony Blair, Berlusconi y Aznar, son o fueron hasta hace poco, máximos dirigentes de naciones líderes de la civilización occidental, autoproclamada fuente principal del *"progreso"*. Pues bien, la feroz guerra de Irak que ha cobrado cientos de miles de víctimas inocentes de ese pueblo, se hizo en nombre de la democracia, estandarte de Occidente, y en base a mentiras que no llegaron a tapar el siniestro trasfondo de los intereses petroleros y de la industria bélica.

Entonces, ¿de dónde proceden los peligros para la Civilización Occidental que preocupan a A.C-S? Bush, con sus menguadas luces, ¿no se apoya en el oscurantismo religioso de vastos sectores del pueblo norteamericano junto a su fuerte tradición bélica? El moderno laborista Tony Blair, "lúcido" socialdemócrata de la tercera vía, ¿no fue el alfil de semejante empresa? Y el patrón Berlusconi, ¿no simboliza la cultura mediática deshumanizante cuyo cuasi monopolio ejerce? Y el señorito Aznar, ¿no es hijo aggiornado del falangismo confesional? ¿Y esto no es oscurantismo?

Ahora bien, los "oscurantistas" musulmanes (calificativo por demás genérico) viven en la más cruel indigencia cercados en Gaza y los palestinos en permanente guerra frente al poder de los EE.UU. que apañan a su lugarteniente, el Estado israelí, cuya ferocidad suele ser bastante mayor a la de los "terroristas árabes", aunque más no sea por su poder de fuego. Y obviamente no estamos aludiendo a las desventuras de ambos pueblos, si no que exponemos el sentido político que encierra el término oscurantismo tras un falaz mensaje "progresista". Porque las casi tres mil víctimas inocentes de las Torres Gemelas y las más de doscientas de Atocha, tendrían tanto derecho a vivir como los cientos de miles asesinados en Medio Oriente.

Es que hablar en nombre de *la civilización occidental* sin distinción de contextos y protagonistas, enmascara su intencionalidad política. Porque, por ejemplo, ¿qué tienen de común Sastre y Petain, o Rosa Luxemburgo y Hitler? Y aquélla no es una apelación inocente pues silencia la explotación y la opresión que ejercen los poderes hegemónicos del capitalismo. A éstos sí les preocupan las resistencias islamitas que incluyen también al irracionalismo terrorista tan repudiable como el que protagonizan los patrones de Occidente. Claro está que no se enjuicia del mismo modo a los reaccionarios y oscurantistas jeques petroleros que les garantizan suministros a

Occidente y pingües negocios a las transnacionales a expensas del sufrimiento de sus pueblos.

Lo curioso del asunto es que A.C-S. critica al *"nihilismo"* de quienes *"no les interesa nada más que su pequeña trivialidad, sea el sexo, el dinero, el lujo."* Y precisamente, esta cultura de raíz mercantil brota del vientre del capitalismo en su etapa actual que la ha impuesto urbi et orbi como correlato de la expansión de las grandes corporaciones.

Mayor contrasentido encierra el siguiente alegato que hace de una "espiritualidad laica": "En la defensa de los grandes principios que la historia ha seleccionado como valores de progreso, desde el `no matarás´ del cristianismo hasta los valores de igualdad y libertad de la ilustración. No se trata de inventar una nueva moral, sino de transmitir la moral que hemos recibido y que se ha ido elaborando a lo largo de milenios." Y remata diciendo que "esto ha terminado por conformar una civilización."

En esa "defensa" pone a la historia como sustituta de su interpretación. Y en ella no distingue las épicas luchas por la liberación de la historia de la dominación producto de los poderes hegemónicos que flagelaron a sus pueblos y que también impusieron a tantos otros países que sometieron. Y muy a pesar de los "principios", la historia de la dominación exhibe el rapaz despojo que supuso la acumulación primitiva del capital, las posteriores depredaciones del colonialismo, del imperialismo y del actual proceso de "globalización". ¿Esa es la historia que "selecciona" los valores del progreso"?

Qué tienen que ver las luchas del cristianismo primitivo con la Iglesia como institución o los crímenes de la Inquisición con el "no matarás" bíblico. O la historia del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo con la de las altas jerarquías eclesiásticas. Y los valores de la Ilustración, igualdad y libertad, confrontados a quienes los desvirtuaron a lo largo del tiempo imponiendo su poder y que hoy el llamado "neoliberalismo" invoca a la vez que pisotea. Resulta que "la moral que hemos recibido (...) ha terminado por conformar una civilización". ¿Será la que exalta la trivialidad, el sexo, el dinero, el lujo...? Porque los principios de igualdad, fraternidad y libertad, inmortalizados por la Revolución Francesa, sintetizan la lucha de los oprimidos de todas las épocas contra quienes los sometían.

Afirmar después que "...la humanidad es lo más preciado que tenemos y hay que preservarla a pesar de sus debilidades", disimula un mensaje cínico. Porque hablar de debilidades sin enjuiciar al sistema responsable del deterioro de la humanidad y de la agresión al planeta, es mantener en la

penumbra al verdadero oscurantismo que rige en nuestros días. Y esto se desprende de sus propias palabras. Al asumirse como hombre de "izquierda" proclama "estar del lado de los más pobres y de los más débiles." Pero luego se define como "liberal de izquierdas" fundamentando que "...si el mercado favorece a los pobres más que el Estado, ser de izquierdas es estar a favor del mercado." Para después explicitar su condición de liberal "...porque incluso para los más pobres, la economía de mercado es más favorable."

Lo anterior en boca de representantes de la derecha es por demás coherente. Pero lo grave del asunto es el "progresismo" que sugiere su condición de ex discípulo y amigo de Althusser mientras expone ideas que reniegan del pasado sin una crítica que apunte a superarlo. Todo lo contrario, se suma al discurso del poder que antaño cuestionó aportando su cuota de confusión que favorece a aquél y que tiende a desarmar la gestación de nuevas subjetividades orientadas hacia la emancipación. Y éste tipo de discursos y sus múltiples variantes, engañan mucho más que el de los abiertos defensores del statu quo.

No resulta casual su comentario acerca de su maestro y amigo Althusser que se detiene principalmente en sus trastornos psíquicos. Y cuando se aparta de lo anecdótico, critica su "idea de que el marxismo era una ciencia" para desvalorizar luego su producción intelectual con un lapidario: "Resulta trágico pensar que se ha estado trabajando 50 años para llegar prácticamente a nada." La rica obra de aquél, a pesar de limitaciones tales como la que critica este ex discípulo, se ha ganado un lugar en la historia del pensamiento marxista y es suficiente mencionar sus aportes en torno a los aparatos ideológicos del Estado para desmentir semejante descalificación. Qué implica entonces "llegar". ¿Es obtener la aquiescencia y el respaldo de los poderes que debieran enfrentarse? ¿Vender las ideas en busca de gratificaciones mediáticas?

Para aclarar el significado de su mirada histórica, vale acudir a su interpretación del M**ayo del 68** al que agrega un juicio donde junta a dos grandes revolucionarios con un símbolo de la decadencia del socialismo. Acerca de Mayo del 68 que conmocionó a Europa, a su burguesía, a las izquierdas esclerosadas, a la intelectualidad y a la Academia, concluye: "...en el fondo, fue una crisis de adolescencia de la sociedad francesa." Y propone que "hay que superarla, y sólo hay dos formas de hacerlo: volver a la infancia, al infantilismo, o seguir creciendo para alcanzar la madurez." Nuestra opinión acerca de tal madurez surge de nuestros comentarios precedentes.

Más demostrativo aún de los alcances de este tipo de pensamiento se refleja en esta afirmación: "...los de la generación del 68, que eran más bien libertarios, acabaron adorando a dictadores como Lenin, Stalin, Mao." Pero que se puedan establecer núcleos problemáticos dentro de la concepción revolucionaria de entonces, no significa identificar figuras trascendentes que lucharon por la liberación como lo fueron Lenin y Mao con el negro período encabezado por Stalin. Tal procedimiento supone borrar de un plumazo lo mejor de la tradición socialista bajo la apariencia de una democracia que, "en el fondo", responde a la dictadura del capital.

Según nuestra opinión, esas ideas presuntamente de "izquierda" prestan un inestimable servicio a la causa de la dominación. Y se hallan tan extendidas en cierto campo político intelectual que se precia de "progresista" que han motivado estas reflexiones críticas.

Mas, antes de terminar, queremos referirnos a la **"espiritualidad"** que es un tema importante que hace a la constitución ética de las personas y que está íntimamente ligado a nuevas formas de sentir y de entender la emancipación.

A propósito de dicho tema, A.C-S. Apunta: "...me considero aliado de todos los espíritus libres, abiertos y tolerantes, crean o no en Dios." Enunciado que suscribimos plenamente pero de acuerdo a una óptica distinta.

Por empezar, *espiritualidad* es un término con una carga que genera equívocos. Porque espíritu conlleva una fuerte connotación afín a la creencia religiosa de la existencia del alma independiente del cuerpo. Absolutamente válida para quienes sienten la fe propia de cualquier religión. Pero ese concepto se presta a confusión para los que, desde otro lugar, se asumen como materialistas, laicos y humanistas.

La afirmación de que "no es necesario creer en Dios para estar ligados a unos valores morales", es una verdad que nos mueve a expresar un concepto distinto, el de **subjetividad.** Pues esta expresión comprende tanto a los creyentes como a los que no profesan una fe religiosa. Las semejanzas o diferencias en las conductas, reflejan los principios que se sostienen y la ética que los respalda. Tan cierto es, que el ámbito de las creencias, patrimonio de cada uno, no define la calidad humana de cada cual. Sobran los ejemplos, dentro y fuera de las religiones, del ejercicio de grandes virtudes así como de las peores perversiones. Luego, visto en términos políticos, la fidelidad a los principios de igualdad, solidaridad, justicia y libertad, divide aguas entre los que sostienen la causa de la emancipación y quienes expresan los intereses de la dominación.

Si desde esa perspectiva valorizamos la solidaridad, el combate al egoísmo (del que no estamos exentos), "un mundo donde quepan otros mundos", una democracia genuina construida por la comunidad, una distribución equitativa de la riqueza, el disfrute de la vida sin disociar el interés personal del colectivo, el cuidado del planeta para nosotros y los que nos sucederán, es evidente que estos valores son incompatibles con el orden social que impera hoy en el mundo. Y para vaciarlos de contenido, el recurso más común entre los beneficiarios del sistema y de aquellos que han resignado su rebeldía, es atribuir dichos valores a una utopía irrealizable. Como se trata de la gestación de subjetividades y políticas que tiendan a la emancipación, no figuran en el manual de aquellos que las rechazan y que bloquean los intentos que aspiran a realizarla. Tarea tan inconclusa como necesaria.

Finalmente y para pensar en la *espiritualidad laica* a que remiten las ideas que sostiene A.C-S., consideremos su conclusión final: "...nos damos cuenta de que lo mejor que podemos hacer es disfrutar al máximo de la vida que tenemos."

21 de abril de 2008

El “campo” y los alcances de lo coyuntural

Desde hace tres meses la opinión pública gira en torno al enfrentamiento que lideran sectores agropecuarios, exponentes del gran capital, frente al gobierno que les recorta una parte de sus superganancias y de la renta diferencial de la tierra. Y a pesar que aquéllos poco tienen que ver con la gente de campo que vive de su trabajo, pudieron sumarlos a sus filas aprovechando falencias del gobierno. Reflota así su larga historia antipopular por más que la tecnificación del agro actualice su presente e incorpore a “recién llegados”.

Puede desconcertar la alianza de las cuatro instituciones agrarias donde, al decir de Discepolín, aparecen juntos “la Biblia y el calefón”. Pero la Federación Agraria lejos está de sus orígenes, del Grito de Alcorta de los arrendatarios superexplotados de entonces. Su actuación refleja intereses de nuevos actores que crecieron al calor del desarrollo capitalista del agro lo que se une a sus disputas internas. Es cierto que nuclea también a pequeños productores a quienes los cuatro exhiben como las víctimas mientras los grupos hegemónicos usan sus reivindicaciones para preservar sus enormes ganancias que se hallan a sideral distancia de los ingresos de aquéllos.

No hace falta ser muy doctos para visualizar el pedigree de las otras tres organizaciones y en especial de la Sociedad Rural. Ni tampoco demasiado sagaz, miopías aparte, para darse cuenta de las implicancias políticas de este conflicto que va mucho más allá de los “reproches” económicos que se lanzan los “contendientes”.

La decisión del gobierno de recortarles ganancias extraordinarias a los sectores hegemónicos sin alterar las bases de su poder económico, es una

muestra de sus limitaciones y de las contradicciones que encierra toda política coyuntural sometida a las férreas amarras del sistema capitalista en la misma medida en que se lo asume. Pero en momentos en que la derecha se reagrupa para embestir algunas conquistas del gobierno, resulta una "ironía progresista" combatir a aquél como al enemigo principal prestando, se quiera o no, "servicios políticos" a lo más retrógrado de nuestra sociedad.

Establecida esa línea divisoria que hace visible esta coyuntura, aparece en escena el problema de fondo. Y de este lado de la frontera, surge la necesidad de ahondar en la cuestión cuya resonancia pública partió de las famosas retenciones. Se abrió así una instancia favorable para amplificar las voces de los verdaderos damnificados por el orden existente. Tarea difícil frente a la prédica cotidiana que realizan los poderosos medios de difusión masiva. Medios que, aliados y también parte de la gran burguesía agro-exportadora, resultan la principal fuente de desinformación que fogonea su causa mediante sus "formadores de opinión" y su bombardeo escrito y televisivo.

Aquí vale la pena detenerse un momento acerca del empleo del término "campo" que es de la misma entraña a la de muchos otros en boga. Configura un procedimiento típico con el que las clases dominantes se enmascaran y promueven subjetividades colectivas afines a sus intereses. Dicha palabra, de apariencia neutral y de economía verbal, oculta la diversidad de protagonistas y sectores de poder real que se apropian de la mayor parte de la riqueza social lo que es velado por la indiferenciación de los sujetos a quienes sustituye, en este caso, con el sustantivo "campo". Así, los explotados peones rurales y los empobrecidos y despojados pequeños campesinos pasan a ser "campo" al igual que los señores de la Sociedad Rural y los grandes oligopolios agro-exportadores.

Y si deseáramos seguir profundizando, convendría reflexionar que dicho término diluye las implicancias de otro más comprometedor: la tierra. Esta precondición básica de la alimentación humana, es un bien natural indispensable para la vida que debiera ser patrimonio común de la sociedad y no otro de los objetos a merced de la voracidad del capital. Claro, de ese modo estaríamos tocando un nervio vital como lo es la propiedad privada y pasaríamos de la coyuntura a lo sistémico...

Pero soslayemos por ahora las "cualidades" del capitalismo y repasemos sintéticamente algunos efectos de este conflicto que hoy plantea un debate abierto en nuestra sociedad. Y entre ellos brotó con fuerza el tema de la

redistribución equitativa del ingreso y paralelamente, el carácter de la explotación agropecuaria actual con sus devastadores alcances sobre el medio ambiente. Fenómenos que no son nuevos en nuestra historia pues ha sido una característica de la gran burguesía "argentina" aprovechar las "burbujas económicas" generadas por circunstancias ajenas y en detrimento del patrimonio común.

La línea divisoria coyuntural que señalamos anteriormente nos lleva a reflexionar "fronteras adentro" pues conocemos de sobra la índole de los dueños reales del poder. También la del famélico espectro de quienes les hacen el juego, la llamada "oposición" cuya principal ambición es la de llegar a ocupar el lugar del gobierno en tanto que sus "principios" se rigen en función de las debilidades que el mismo presenta. Y ya que las mencionamos, anotemos a la mayoría de los integrantes del P.J. cuya "fidelidad" depende del lado que sopla el viento en tanto oxigene sus parcelas de poder.

En verdad, las "debilidades" van más allá de lo circunstancial y tienen que ver con las políticas de Estado bajo la dominación del gran capital que impone su dinámica de acumulación y concentración económica. Y cuando surgen gobiernos que llegan a controlar algunos resortes del Estado y que pretenden morigerar los efectos de tal dominación, sufren el acoso de los dueños del sistema dentro del cual aquéllos realizan su gestión.

Pues bien, el gobierno transita por esa frágil cornisa sobre la cual las medidas de corte popular por limitadas que resulten (dejamos para otros los "balances"), le granjean la disconformidad, cuando no la oposición abierta del establishment. Pero éste, mientras siga beneficiándose con suculentos negocios, tiene el pragmatismo y veteranía suficientes como para suavizar su oposición cuando les conviene y golpear donde duele cada vez que se le presenta la ocasión. Recordemos que viene de una derrota política producto del desastre social que generó el libre curso de sus intereses bajo los gobiernos de Menem y el trunco período de la Alianza. Sin embargo, su poder económico sigue intangible y no olvidemos que en el capitalismo es la principal fuente de poder político. Y también que el kirchnerismo nació de ese debilitamiento relativo que culminó con las puebladas de diciembre de 2001 y del conjunto de las luchas populares.

En este punto se pueden hacer dos lecturas controvertidas, al margen de otros enfoques y posibles variantes. Una, que el kirchnerismo significó la relegitimación del sistema político en crisis para que éste volviera a encauzarse. Dos, que representa el renacimiento de un movimiento nacional y popular. La primera, es una evidencia ante las todavía frágiles opciones

opuestas al sistema político imperante. La segunda, es motivo del debate que se está desarrollando. Y según sea la posición asumida, se lo verá como un resurgimiento de "lo nacional y popular" o en caso contrario, se lo valorará como funcional al poder dominante.

Esa dicotomía divide a buena parte de la militancia pero también sirve para plantear la cuestión desde otro lugar. Lugar, todavía embrionario, que tiene que ver con la formulación de una política independiente de la "razón de Estado" y que se está gestando con todas las dificultades que se quiera. Mas, el devenir de la historia se escribe todos los días en virtud de las luchas que nunca cesan por más eclipses y períodos oscuros que aparezcan. Y las luchas se corporizan en lo coyuntural que resulta un desafío permanente e ineludible para toda construcción a largo plazo.

Visualizar los límites de las políticas estatales no significa ignorar la gravitación del Estado ni minimizar las luchas que se libran a su alrededor, seguramente perdurables durante mucho tiempo. Pero sí tiene que ver con la metodología de construcción y la independencia exigible a toda política que aspire a la emancipación. Vale decir, las que se refieren al antagonismo capital-trabajo (el orden de la explotación) y las que remiten a las luchas por el poder (el orden de la dominación).

Y desde ese plano, crece la importancia del modo como se encaran y resuelven las coyunturas. Desestimarlas actuando el presente como si fuera futuro, es transformar a éste en una ficción inocua. Pero adscribirse al "actualismo" es sacrificar los proyectos emancipatorios en aras de un "realismo" que no hace más que reproducir el orden existente. Y para no hablar en general, retornemos al origen de estas reflexiones.

Como decíamos, el conflicto ha lanzado a primer plano los temas de la redistribución del ingreso y la destrucción del medio ambiente y el deterioro humano que suponen la explotación agropecuaria, minera y petrolera. Las inequidades con sus graves consecuencias de pobreza e indigencia sobre amplios sectores de la población, unido a la depredación sojera y minera de la tierra, son resultado del poder económico que ejercen los sectores hegemónicos, extranjeros y "locales". A todo esto, la política económica del gobierno restableció algunos resortes del Estado favorables a su autonomía e impulsó una gestión de corte industrialista que posibilitó una recuperación relativa del ingreso del sector asalariado y de la clase pasiva. Mas, en el segundo aspecto, consintió y convivió con la devastación minera y con el proceso de "sojización" de la tierra que incluyó la expansión de su frontera a expensas del despojo de numerosos pequeños campesinos. Luego, cuando

puso límites a la voracidad del "campo", se encontró con esta feroz oposición que compromete el "equilibrio" surgido de concesiones mutuas y que hoy alcanzó gran virulencia política.

Lo original del asunto es que el módico mejoramiento del ingreso de los sectores populares no está en correspondencia con una redistribución de la riqueza que se ha ampliado a favor del capital. Esto se explica por el fuerte crecimiento del PBI. durante más de cinco años consecutivos lo que tiene que ver con la política económica del gobierno y también con factores externos (por ej., precios internacionales). Curiosidades de esta situación: el "efecto derrame", falaz bandera de los popes neoliberales, aunque anémico y notoriamente insuficiente, se produjo aplicando recetas de signo contrario. Y como el logro que le da mayor sustento al gobierno es el crecimiento económico sostenido, advirtamos que éste es el terreno en el que pisa fuerte el establishment.

Ahora pasemos de esta coyuntura a su inscripción de sentido, o sea, al que se refiere a la construcción de un movimiento popular que impulse la liberación. Y más allá de las discusiones que giran alrededor de ese concepto político, la materialización del mismo plantea nuevas exigencias. Porque en esta etapa de hegemonía mundial del capitalismo, gestar un fuerte movimiento popular que no se adecue a las reglas del juego que aquél impone, precisa construirse en oposición al gran capital y a su lógica mercantil. Esto lo sitúa por fuera de los compromisos de Estado que lo condicionan y subordinan. Y para validar esa afirmación, contamos con una rica experiencia en torno a las construcciones desde arriba, provinieran del Estado o no. Es que la delegación en cúpulas y liderazgos, así como produjeron momentos de alza popular y de valiosas conquistas, terminaron en frustraciones conocidas. Seguramente generar otras alternativas supone un largo proceso de ensayo-error, pero si no se lo intenta habrá que conformarse con reproducir los mismos vicios pero en peores circunstancias.

Luego, abrir otros horizontes y promover políticas innovadores más que un deseo es una necesidad. Y su gestación resulta inasimilable a una construcción verticalista, basada en aparatos y con ínfima participación efectiva de las bases. Semejante praxis favorece la formación de subjetividades afines a las que crea la cultura hegemónica o, en el mejor de los casos, engendran pasividad y dependencia.

Demandarle al gobierno el cumplimiento de sus mejores enunciados y presionarlo para que responda a los justos reclamos de los amplios sectores postergados de la sociedad, constituyen prácticas indeclinables de toda política que asuma la emancipación. No obstante, atribuirle a la política del

gobierno ese carácter conduce a equívocos que se manifiestan de dos maneras opuestas: la de quienes creen que éste puede cumplir ese rol, o la de aquellos que niegan sus acciones positivas juzgándolas a priori desde una concepción política que le es ajena.

Esa tarea de largo aliento es exigible a quienes impulsan la emancipación como parte de un movimiento político en gestación que incursiona por caminos muy poco explorados. Y tanto en nuestro país como en otros lugares del mundo, se ensayan experiencias de distinto tipo que abren nuevos senderos y otro modo de hacer política. Asimismo, las aperturas que hoy exhiben algunos gobiernos en Latinoamérica que perturban la omnipotencia del "Imperio" y a pesar de sus contradicciones y disímil importancia, ofrecen una oportunidad para el campo popular. La cuestión pasa por si se agotan en sí mismas o si la aprovechan quienes propician el protagonismo de "los de abajo".

Pensamos que potenciar ese escenario desde dentro o por fuera del Estado no traza una frontera infranqueable. Lo que sí marca cursos divergentes es la construcción de políticas independientes del Estado que no implican lugares "geográficos" para la acción ni el desconocimiento de la fuerte gravitación del mismo. Resulta tan imprescindible luchar por satisfacer las necesidades elementales de los vastos sectores populares como impulsar el lento proceso de deconstrucción del imaginario dominante en pos de la gestación de nuevas subjetividades favorables a la emancipación. Desde esa óptica, lo coyuntural de las aperturas abiertas, evaluables en situación, deben resolverse inscriptas en el desarrollo de los movimientos antisistémicos.

Un paso en esa dirección es despojarse del "vanguardismo" que supimos cultivar en base a una praxis dogmática y valorar hoy las distintas esferas y variados protagonismos convergentes como lo son los que provienen de la cuestión de género, la preservación de los recursos naturales, el combate de los pueblos originarios, la lucha de clases en general sin sujetos preestablecidos, junto a tantas otras rebeldías que nacen en los poros de la sociedad contra la injusticia y la resignación. Y parte del mismo afán es desmitificar la "realidad" que ofrecen los discursos conformistas que la presentan como si fuera un objeto de su patrimonio y al margen de los sujetos que la construyen.

9 de junio de 2008

Crisis, volver a las fuentes (*)

"La estabilidad mundial está en tela de juicio"
(del director gerente del FMI, Dominique Stauss-Kahn)

Esta verdad de Perogrullo, dicha en medio de la conmoción económica actual, sólo tiene relevancia en función de quien la dijo: el director de la alicaída institución mundial que patrocina los intereses del gran capital y de las naciones hegemónicas.

La ininterrumpida marea de información da cuenta de los desastrosos efectos de la resonante crisis del sistema capitalista mundial y de los esfuerzos por ponerle freno de parte de los gobiernos implicados. Paralelamente, las "críticas" de los responsables del desmadre financiero expresan un cínico mea culpa para capear la tormenta en defensa de los negocios que ellos representan. Discursos engañosos del poder dominante que enmascara su verdadero rostro sin poder ocultar los conflictos que se agravan y las sordas luchas por ver quiénes y cómo se pagan los costos. Remembranzas del crack del 29/30 que responde al mismo código genético que portan los sucesos actuales. Muestras superlativas de los recurrentes procesos cíclicos que van del auge a la depresión -de distintos grados de intensidad y extensión-, consustanciales a la economía capitalista que es el alma de la política vigente hoy en el mundo.

Esta crisis económica y sus proyecciones en el campo político y social tiene alcances tan impredecibles como extraordinaria es su magnitud. Los reacomodamientos a que dé lugar y las perspectivas abiertas inquietan a sus gestores que pretenden adivinar el curso de los acontecimientos soslayando la matriz que los nutre. Matriz que motiva nuestras reflexiones y que se

(*) Publicado en Rebelión (rebelión.org)

expresa en los fantásticos números en danza que exhiben las agudas contradicciones del capitalismo. Y aunque todavía no se avizoran alternativas reales al mismo, la importancia de la crisis actual estimula el desarrollo de los embriones que anidan en las distintas sociedades y que alimentan nuevas políticas opuestas al deletéreo imperio del capital.

Algunas cuestiones teóricas y los números "indigeribles"

"En épocas de crisis, en que el crédito se reduce o desaparece en absoluto, pronto el dinero se enfrenta de pronto de un modo absoluto a las mercancías como medio único de pago y como la verdadera existencia de valor. De aquí la depreciación general de las mercancías, la dificultad, más aún, la imposibilidad de convertirlas en dinero, es decir, en su propia forma puramente fantástica." ("El Capital" de Carlos Marx, T.III, p. 484)

"La crisis capitalista es una crisis de ***sobreproducción de valores de cambio****. Se explica por la insuficiencia, no de la producción o de la capacidad física de consumo, sino de* ***la capacidad de pago del consumidor****. Una abundancia relativa de mercancías no encuentra su equivalente en el mercado, no puede realizar su valor de cambio, resulta invendible y arrastra a sus propietarios a la ruina." ("Tratado de economía marxista" de Ernest Mandel, T.I, p. 320).*

El formidable despegue del capital financiero especulativo respecto del capital productivo está en la raíz del estallido de la burbuja que comenzó con el derrumbe de los créditos hipotecarios en los EE.UU. que ilustran la avidez por la ganancia fácil, sin sustento real, propio de los mercados derivados (los que operan sin un valor intrínseco). El capital financiero nace del ahorro de la parte no consumida del producto social transformada en capital dinero por los bancos y que también incluye el valor excedente del capital fijo no empleado en su renovación hasta que se completen las amortizaciones que habilitan su reposición. Esta es la base real en que se asienta el crédito, indispensable para impulsar el proceso de acumulación capitalista. Condición sistémica al margen de los complejos instrumentos financieros que potencian los recursos disponibles. Pero cuando éstos se independizan de dicho soporte y de la producción de mercancías reales generando una masa de valores ficticios, tarde o temprano emergen las crisis que evidencian las contradicciones internas del sistema y cuya magnitud surge a posteriori según sean los factores que intervienen en cada caso.

Ellen Brown en su artículo "¿Por qué el Banco Federal va al rescate de la más grande compañía de Seguros del Planeta?" del 26/9/08, publicado en el blog de Repro, dice: "...el negocio de los papeles derivados ha crecido en forma exponencial, y en este minuto es mayor que la entera economía global. (...) El producto doméstico bruto de todos los países del mundo es solamente cercano a los 60 trillones de dólares. (...) Ellos (los jugadores) pueden apostar el dinero que no tienen y ahí aparece el riesgo." [Un trillón es igual a un millón de billones, o sea, la unidad seguida de 18 ceros.]

Consideremos ahora sucintamente conceptos teóricos que desnudan la esencia del sistema capitalista y que hacen inteligible la marea informativa con las abismales cifras que nos abruman.

La teoría del valor de Marx ha sido ignorada cuando no vilipendiada por la derecha, algo razonable en función de sus intereses, pero también ha sido cuestionada por izquierda con argumentos nada convincentes como los aportados por Toni Negri. Mas esta es una discusión de otra índole que cae fuera del objeto de este artículo.

No pretendemos deificar la ley del valor ni negar los trabajos que la puedan enriquecer. Sencillamente consideramos que sus fundamentos constituyen una base sólida para interpretar el funcionamiento del capitalismo. Fundamentos que, por cierto, se deben adecuar a los análisis de las situaciones concretas y a la dinámica de cambios del sistema. Pero justamente por tratarse de un sistema y en la medida en que no cambie su naturaleza, el eje vertebral de sus conceptos sigue teniendo vigencia. Otra cosa es su transplante al campo político que dio lugar a diversas interpretaciones como las que alentaron un determinismo economicista que fue desmentido por los hechos. Lo cual, en cierta y menor medida, también comprende al mismo Marx.

Los momentos de crisis, indisociables de los ciclos capitalistas, permiten apreciar los aciertos de su edificio teórico. Y como es imposible sintetizar en unas pocas líneas semejante construcción, sólo apuntaremos algunos núcleos que ayudan a visualizar las entrañas del despegue que venimos comentando.

El funcionamiento de la reproducción ampliada del capitalismo se asienta en el capital productivo que es el único que genera valor. El capital mercantil y el capital dinero (base del financiero) son momentos del ciclo del capital en su conjunto y no añaden valor sino que participan de la plusvalía en virtud de la ganancia comercial y del interés. Ese plusvalor nace de una mercancía muy particular, *la fuerza de trabajo* cuyo precio lo expresa el salario con que el capital paga la potencialidad del trabajo del obrero que se pone en acto a

través de la producción. Pero lo que compra no es el equivalente de lo que produce aquél sino la parte que repone los medios de subsistencia del trabajador (variable según las características de cada sociedad y los momentos históricos). En realidad, compra la capacidad de realizar trabajo y no lo que éste rinde efectivamente. De esa diferencia brota *la plusvalía* apropiada por el capital y que, en buen romance, expresa la explotación propia de este orden social. Explotación invisibilizada por la transmutación del trabajo que esconde la parte gratis que los obreros ceden involuntariamente a sus patrones. Semejante escamoteo, naturalizado en el imaginario social por obra de los capitalistas, le otorga legitimidad al sistema.

Ahora bien, en la composición de valor del *capital productivo* intervienen: *el capital constante* (inversión en medios de producción), más *el capital variable* (destinado al pago de salarios), más *la plusvalía* (el valor agregado generado en la producción y que se expropia a los trabajadores). Así, del proceso de producción salen las mercancías preñadas de nuevo valor que, para realizarse, necesitan ser vendidas. Y como consecuencia de la división del trabajo social, se diferencian el capital mercantil y el financiero, otras formas de expresión del capital que integran el ciclo económico en su conjunto.

Esta somera reseña muestra en qué se funda la creación de valor y a la vez da una idea aproximada de la matriz del sistema que abarca a todas las ramas de la producción. Cuando se genera una sobreproducción que por diversas razones no puede ser absorbida por el consumo y/o crece desproporcionadamente el capital financiero especulativo superando ciertos límites, se engendran las crisis que comportan una enorme destrucción de valor traducidas en quiebras, corridas bancarias, semiparalización del crédito y, finalmente, una plétora de mercancías irrealizables. Del lado del capital, sobreviene un salto en la concentración económica donde los más fuertes hacen pingües negocios con la falencia de los más débiles. Del lado del trabajo, implica caída de salarios, desocupación, extensión de la pobreza y de la marginalidad.

> *"Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. No sólo difieren en cuanto al tiempo y al lugar, sino también en cuanto al concepto. Unas se hallan limitadas solamente por la capacidad productiva de la sociedad, otras por la proporcionalidad entre las distintas ramas de producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero ésta no se halla determinada ni por la capacidad productiva absoluta ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo a base de las*

condiciones antagónicas de distribución que reducen el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo susceptible sólo de variación dentro de límites muy estrechos." ("El Capital" de C. Marx; TIII, p. 243)

La fuerte crisis actual, a pesar de sus particularidades, responde a los cánones clásicos que sintéticamente esboza esta cita. Así, el desplazamiento del crack financiero a la "economía real", el capital industrial productor de mercancías, se manifiesta en que éstas al almacenarse sin poder venderse, se desvalorizan frenando la producción. Pero los afligidos "gurúes" nada hablan de cómo y dónde se crea valor pues, lo que tan bien explica Marx, conduciría a reconocer la explotación inherente al régimen capitalista.

Cuando se precipita la crisis, se produce la estampida de los patrones del sistema que corren presurosamente a refugiarse en valores "reales", se trate del oro, promesas "fiables" como los bonos del tesoro de los EE.UU., o de activos que suponen amparados por su "solidez" económica, en rigor reblandecida por la crisis. Lo cual se refleja en la caída de las Bolsas de casi todo el mundo que incineran formidables masas de valor con el vertiginoso derrape de las acciones, fenómeno que exhibe el "espanto" que preludia la proliferación de mercancías invendibles inherente a la expansión de la crisis. Así, en 2008 la Bolsa de Tokio perdió casi el 40%. Ésta acumulaba en valor de todas sus empresas más de US$ 4 billones y en los últimos tres días de la primera semana y media de octubre perdió US$ 700 mil millones. Mientras que los inversores de Wall Street perdieron 44 billones de dólares por la caída del mercado bursátil entre septiembre de 2007 y el mismo mes de 2008. Estas astronómicas cifras dan idea de la magnitud del despegue financiero así como de la formidable fluidez en curso que los socorros estatales intentan estabilizar. Es que el valor monetario de los papeles de los activos de las compañías que cotizan en Bolsa, en tiempos de zozobra se "enloquece" al compás del miedo que es su combustible. Fiel testimonio de ese voluble "estado de ánimo" es el notable repunte que registraron las Bolsas al día siguiente en que quince países de la zona del euro concretaran el compromiso de rescate concertado en la reunión de París del 12/10 para caer nuevamente dos días después. Pero los bruscos y enormes saltos que se producen no hacen más que evidenciar la fragilidad que los sostiene, directamente proporcional a los niveles de especulación que crecen desmedidamente en tiempos de bonanza para caer estrepitosamente cuando se desata la crisis.

"La crisis de confianza" (el terror a las pérdidas) es el "mal" que se propaga bajo la amenaza de devastar a todo el sistema bancario. Desde los grandes especuladores hasta los pequeños ahorristas, corren a retirar sus depósitos para salvar lo que puedan desfondando la liquidez del sistema y por tanto arrastrando en la caída a grandes bancos que a su vez se desconfían mutuamente congelando los préstamos interbancarios. Lo que tardará en frenarse este proceso, aún con el auxilio de los formidables aportes estatales, no se puede medir a priori pero sin duda la recesión económica en marcha castigará a la mayoría de los países aunque varíe su intensidad según los casos. Ergo, nos hallamos ante la "globalización" de los quebrantos que en lo fundamental se transfieren al conjunto de la sociedad.

Todo esto (y mucho más) es absolutamente coherente de acuerdo a la esencia del sistema y a la racionalidad del mismo. Sólo que mirado desde otro lugar, o sea, con una lógica que considere el bienestar de los seres humanos sin distingo de clases ni de etnias, se transparenta su monstruosa irracionalidad. Porque el capitalismo no se mueve en función de esa lógica sino que responde al móvil de las maximización de las ganancias sin que importen los medios ni el tendal de víctimas que deje a su paso. Su motor es la codicia, no la solidaridad, ni la equidad, ni la justicia.

Los "números" de la economía aplicados a la política y a lo social

> *"Es mucho lo que el gobierno federal puede hacer por la economía. Puede otorgar más beneficios a los desocupados. Puede facilitar ayuda de emergencia a los gobiernos locales. Puede recomprar hipotecas y renegociar las condiciones para que las familias puedan quedarse en sus casas. Lo responsable en este momento es darle a la economía la ayuda que necesita.* ***No es momento para preocuparse por el déficit."*** *(de Paul Krugman, en Clarín del 18/10/08)*

Esta opinión de un "gurú" de moda es muy elocuente. La aparente preocupación por las víctimas remite a la reanimación de la economía, o sea, dineros públicos para "ayudar" a los capitalistas mientras que de las personas sólo importa su "propensión a consumir".

Luego, es menester traducir el imperio de la economía al lenguaje de la política y de lo social. Vale decir, apreciar la cuestión del poder y los efectos

depredadores del sistema. Tarea que incluye desnudar a la tecnocracia cuyos "expertos" están al servicio del gran capital pontificando desde la economía como si se tratara de una "ciencia" autónoma, imparcial e inapelable. Desde este ángulo, la cabalgata de los "números" adquiere una dimensión distinta, lo mismo que el rol del Estado.

Cinismos aparte, es innegable que los salvatajes del sector financiero son el salvavidas de los conglomerados de capital que hacen agua. Y es tan cierto que se pretende destrabar el funcionamiento del sistema como que el poder político emplea los recursos públicos para rescatar del abismo a las grandes corporaciones financieras en grave riesgo. Para quien quiera verlo, se transparenta la relación entre la política y los intereses económicos, así como que de estos últimos brota el poder que sostiene a la gran mayoría de los gobiernos que vienen a ser sus operadores desde el Estado. Nunca como ahora se ha internacionalizado el poder de las grandes corporaciones que constituyen una red de intereses mundiales que liga a las más diversas naciones y cuyas jerarquías son directamente proporcionales al peso de aquéllas. También se hace visible que hoy los une más el espanto que la competencia y las disputas hegemónicas. Pero éstas subyacen y también emergen como por ejemplo cuando Alemania, la mayor potencia de Europa, se resistió a integrar fondos comunes en la UE pues eso la obligaba al pago de una cuota mayor en beneficio de salvatajes ajenos. O al comienzo, cuando se jugó una carrera por ver quién ofrecía mejores garantías a los inversores y al público para frenar la caída de sus propios bancos absorbiendo las fugas de los otros.

Acudamos nuevamente a la feria "numérica" para ponderar su significación y avanzar un poco más por sobre la superabundante y fluctuante información disponible.

El monto de la quiebra del fondo de inversión Lehman Brothers que ocupaba el 4º lugar en USA, fue de 639 miles de millones de dólares. Algo más que la sumatoria de los PBI de Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Perú. Al margen de lo inflado o ficticio de semejante capital financiero, ¿cómo subestimar el nivel de influencias y capacidad de presión de tales "cíclopes" sobre los Estados, y en particular sobre los periféricos? ¡El producto íntegro del trabajo humano de todo un año de los países señalados era inferior al equivalente de la masa de capital de aquél gigante caído!

Tomemos ahora los rescates prometidos por EE.UU. e Inglaterra. De los iniciales 700 mil millones de dólares aprobados por el primero -dos veces el PBI de Argentina-, 500 mil millones están destinados a sólo cuatro grandes

corporaciones financieras maestras del "apalancamiento". El de Gran Bretaña, por su magnitud relativa, es más impactante aún. Se trata de 850.000 millones de dólares, casi el 35% del PBI de ese país y cuyos principales auxiliados son sus dos mayores bancos comerciales. Y si de "astronomía" se trata, rondarían 1,7 billones de euros comprometidos por los Estados en el auxilio del sistema bancario del conjunto de los países de la UE. En todos los casos los dinerillos provendrán del erario público y de la "capacidad productiva" de fabricar moneda, mientras que las promesas de futuro resarcimiento nos recuerdan la teoría del derrame. Sólo una fracción de tamañas sumas alcanzaría para solucionar el problema del hambre y la salud en el mundo en lugar de salvar a los especuladores.

Prosigamos ahora pero centrándonos en términos cultural-políticos. Para sintetizar la cuestión nos valdremos de dos ejemplos, uno exterior y otro interno. Se estima que en EE.UU. el 75% de la población destinó sus ahorros a la compra de acciones (no importa si en parte o totalmente). El famoso "consumismo", la contracara de la realización del capital, en el plano del ahorro asumió un carácter especulativo notable que se hizo carne en el ciudadano de a pie. ¿Dónde quedó la cultura del trabajo y el ahorro de otras épocas? ¿Qué tipo de personas está pariendo este capitalismo de las grandes corporaciones? Porque además del desenfreno por el consumo superfluo que paga el resto del mundo y el deterioro del planeta, la avidez por la ganancia fácil o la timba financiera si se prefiere, ha ganado el imaginario y la práctica de importantes masas humanas. Éste es un aspecto sustantivo para cualquier cambio social que se precie. Y aunque se trata de la principal potencia capitalista del orbe y no de un país periférico, ¿acaso nuestros vastos sectores medios no padecen de ese virus?

Antes de referirnos a ello, una muestra sustantiva del exacerbado consumo del "primer mundo" y de la especulación que lo acompaña. Hablamos de la caída del precio del petróleo a bastante menos de la mitad del máximo alcanzado. Dos caras del mismo fenómeno: el enorme despilfarro energético implicado en el desquiciante consumo y la formidable ganancia extraordinaria que vinieron embolsando los oligopolios petroleros.

Vayamos ahora a nuestra experiencia reciente. La resolución 125 sacudió al país que durante un mes y medio vivió pendiente de los enfrentamientos que lo acompañaron hasta la "no positiva" derrota del gobierno. Aquí la especulación pivotó sobre otro plano, la del comercio exterior vinculado a los precios de las comodities y en particular, los de la estrella del momento, la soja.

La caída del precio de la soja a casi la mitad de su valor pico puso en evidencia tanto la burbuja económica como la voracidad de la plana mayor del "campo" que "enlazaron" a la sociedad argentina con su "heroica batalla" en defensa de los grandes intereses agropecuarios, y este es el punto que nos interesa destacar aquí. Sin contar a los trasnochados grupos "izquierdistas" que los apoyaron, lo preocupante apunta a los vastos segmentos de nuestra clase media que se hizo eco del discurso del "sacrificado trabajo" agrario "saqueado" por el gobierno, como si lo retenido al capital privado no integrara parte del erario público. Si bien entraron en la volteada pequeños productores, hoy más perjudicados que antes del fin de la resolución cuestionada, nadie se conmovió por los peones rurales, los verdaderos explotados del campo, ni por las numerosas familias campesinas despojadas de sus tierras debido a las expropiaciones sojeras. La fuerte ofensiva de las cúpulas dirigentes del agro amplificada por "los medios" cómplices y asociados (y favorecida por el torpe manejo del gobierno), logró encolumnar a buena parte de los sectores medios de las ciudades. Y en el teatro de la "batalla", el campo, la especulación creció al ritmo de los pools de siembra y de los arrendamientos, los que suplían la "transpiración" por los elevados intereses y los jugosos alquileres de las tierras. Es que la seducción por la ganancia fácil pareciera que se ha hecho carne en los sentimientos y el bolsillo real o deseado de buena parte de "la gente." Periféricos, subdesarrollados o como se nos quiera llamar, portamos el mismo virus que circula en las entrañas del primer mundo, la cultura mercantil del capitalismo.

Los cantos de sirena de "los mercados" han ido generando una subjetividad política y cultural que no se condice con la que prevaleció en las tres décadas anteriores al triunfo de la dictadura genocida. Mas hoy que rebrotan evocaciones de aquel pasado, las grandes expectativas de vastos sectores populares en torno al Estado omite que, bajo el amparo de esa misma institución, actúa gran parte de la dirigencia política que ayer fue cómplice de la devastación económica y social más formidable de nuestra historia. Lo cual no significa negar los aspectos positivos que introdujo este gobierno sino que pone en primer plano la importancia que tiene la conformación de los sujetos en la gestación de políticas favorables a la emancipación que promuevan el desarrollo de una nueva subjetividad. Por ello confundir los términos y los protagonistas porta la amenaza de que todo lo rescatable del presente vuelva a desembocar en otro "canto del cisne".

El Estado versus el mercado

Ahora esbozaremos algunas conclusiones vinculadas a lo que venimos exponiendo.

El entramado de relaciones capitalistas mundiales constituye una red que transmite sus impulsos a cualquier punto de la misma y en la que predomina netamente el poder de las grandes corporaciones que trascienden los límites territoriales de las naciones. Cuanto más grande es la masa económica de las corporaciones y de las naciones centrales, mayores son los efectos de sus movimientos a escala internacional y al interior de los países. No obstante, el Estado Nación sigue siendo una organización macro insustituible para el capitalismo que lo originó pues liga los intereses económicos con el orden jurídico político que rige las relaciones sociales. A su vez, el control del Estado refleja las luchas sectoriales por imponer la hegemonía política en tanto que el peso del gran capital establece límites y condiciona a esas pugnas. Estas conclusiones que reflejan nuestra visión, nos conducen hacia la problemática del Estado y a las polémicas que giran alrededor de los márgenes de autonomía de las naciones. Tema candente que remite a las políticas que plantean la domesticación del "capitalismo salvaje" promoviendo una suerte de neo desarrollismo de "rostro humano". Y si bien los efectos que produce el capitalismo pueden variar de acuerdo a las luchas políticas y la presión social, su esencia es inmutable: hay un sólo sistema capitalista por más que existan distintas variantes según los países y las diferentes etapas. Es que la legalidad interna de este orden social admite gran diversidad de manifestaciones -mientras no se impulse su ruptura-, pero su matriz permanece inalterable. Lo cual no implica ignorar las situaciones favorables a la satisfacción de las necesidades de amplios sectores de la población, algo más que atendible. Ahora, si pensamos en aportar al cambio de este injusto orden social, no debemos pasar por alto que la radicalidad protagonizada por el socialismo en el mundo no evitó su posterior implosión. Vale decir, aprender de la historia para luchar por un futuro mejor hace insoslayable entender las causas de lo acontecido con "el socialismo real", cuestión que no termina de saldarse.

Retornando a la coyuntura actual, pensamos que la crisis va a ser superada por el capitalismo con todos los ajustes y cambios que recompongan el sistema financiero, algo que ya está en marcha, estableciendo nuevas reglas como en su momento ocurrió con Bretton Woods después del descalabro

de la Segunda Guerra Mundial. Los enormes daños que acarree y los niveles de hegemonía subsiguientes se verán más tarde. Pero mientras no surjan nuevos protagonismos y políticas emancipatorias que asimilen experiencias y superen a este orden social, el mismo no caerá por sí solo. El tema es quiénes y cómo aprovechan las grandes fisuras que presenta.

En función de lo expuesto y referente a los debates actuales, es importante considerar la consigna *Estado versus mercado* -que ha prendido con fuerza- pues creemos que tal oposición confunde conceptos.

El Estado no es sinónimo de gobierno. Es la estructura jurídico-política que organiza el funcionamiento de la sociedad y cuyo control posibilita el ejercicio del poder. Sólo que dicha estructura se adecua y es producto del orden social que la determina. En cambio, los gobiernos son la expresión política de las luchas sectoriales que responden a diversos intereses de clases y/o distintos segmentos de las mismas.

En tanto que *mercado* es el lugar (físico y/o virtual) donde se realizan los intercambios de mercancías incluidas las distintas formas en que se manifiesta el valor (dinero, acciones, bonos, etc.). Así, el uso del término "los mercados" resulta el eufemismo con que los capitalistas se ocultan cosificando a los sujetos reales. Además, el Estado forma parte del mercado toda vez que incluye empresas bajo su control. Luego, se trata de una falsa oposición que induce a errores políticos cuando se confunde Estado con gobiernos.

Esa confusión incide en la valoración política de los Estados nacionales, cuestión polémica dado el proceso de concentración y centralización del capital y la poderosa influencia político-económica de las corporaciones que operan en todo el planeta. Las controversias remiten a si las políticas de sesgo popular en los países periféricos pueden recrear su independencia relativa respecto de los centros de poder mundial y regenerar en el presente estadios anteriores. Lo cierto es que ante la ausencia de alternativas emancipatorias gravitantes, se han abierto expectativas favorables a varios gobiernos que intentan despegarse de la hegemonía actual. Pero dichos gobiernos se desenvuelven en medio de una estructura estatal dependiente del gran capital en un período donde su poder económico está más interrelacionado y también más consolidado que antes.

Por lo tanto, la equívoca oposición Estado versus mercado debe encararse en otros términos que es preciso sincerar. Porque distinto es optar por el desarrollo capitalista de los países periféricos a plantear un cambio de sistema. Esto trasciende lo coyuntural y sus tiempos y plantea la orientación

política y la forma de construcción de las opciones que se asumen. A su vez, dicha orientación define los lugares de interpretación de las coyunturas y la praxis correspondiente.

El Estado, esta gran estructura de poder, nunca se extinguió. Ni con el "neoliberalismo" ni con el socialismo. Esa creación histórica albergó procesos liberadores como lo fueron la Revolución Francesa, la Comuna de París y las grandes revoluciones socialistas del siglo XX. Pero a la luz de los hechos, constituyó un dispositivo indócil que terminó amparando la explotación y la dominación. Así, la experiencia socialista, promesa de cambio sustancial, se ancló en otra versión del capitalismo de Estado que, por otra vía, produjo un atípico proceso de acumulación capitalista.

¿En qué sentido el "socialismo real" resultó un capitalismo de Estado? En lo fundamental, porque el excedente económico generado por los productores directos quedó bajo el control y la administración de quienes conducían el aparato estatal, o sea, los que en definitiva eran quienes asignaban los recursos y la distribución del producto social y manejaban el aparato jurídico ideológico que regulaba las relaciones humanas sin llegar a sustituir el carácter mercantil de su economía. Luego, bajo el control inicial del aparato del Estado por fuerzas opuestas al capitalismo, crecieron las formas invisibilizadas de la dominación enquistadas al interior de las vanguardias y del Estado, antesala del retorno de la explotación que se plasmó con el correr de los años. O sea, la lucha contra le explotación extendió una garantía ilusoria sobre la política llamada a erradicarla.

En la actualidad, después del nefasto período de supremacía absoluta del capitalismo en el mundo con los EE.UU. como potencia hegemónica, surgieron en Latinoamérica diversas manifestaciones que expresan las resistencias que se fueron incubando en su seno. Y sin entrar al análisis de los distintos gobiernos producto de la presión y las luchas populares, vamos a rescatar lo que nos parece realmente valioso dentro del variable espectro que componen. En primer lugar, la potencia de los movimientos sociales de signo político que proliferan en el subcontinente, en particular en Bolivia, Ecuador y Venezuela. Y no es casualidad que en esos países hermanos surgiera la consigna del "Socialismo del Siglo XXI", un modo de convalidar sus grandes objetivos unido al intento de conferirle una nueva identidad. Intento que no consideraremos aquí pero que exhibe un notorio contenido simbólico. Sólo destacaremos algunos rasgos del fenómeno boliviano que nos parecen originales y dignos de tener en cuenta, más allá de cómo deriven los acontecimientos. A saber: la articulación de los movimientos sociales

con la conducción del Estado; las enseñanzas que brinda el nexo y las tensiones entre ambos mediados por la cultura de los pueblos originarios; el efecto simbólico de un presidente indígena; el proceso de nacionalización profunda en contra de las grandes empresas transnacionales y los designios del imperio aliado a las "roscas" oligárquicas; y sobre todo, el grado de participación popular en una democracia en formación que busca salir de las trampas de la democracia representativa que instrumenta el sistema de opresión capitalista.

Tal fenómeno que obviamente no va a modificar el tablero de poder mundial, muestra posibilidades y alternativas que no figuran en la agenda de dicho poder y que se incorpora a otras experiencias alentadoras. La historia continúa y las luchas del campo popular, con sus contradicciones incluidas, instauran oportunidades para el desarrollo de nuevas políticas y nuevos protagonismos que reviertan las nefastas consecuencias de la crisis mundial parida desde el centro del poder capitalista de Occidente. No se trata de transpolar ni de copiar, cada quien construye su propio camino. Y transitando por ellos, deberemos aprender de las enseñanzas del pasado y sumar los aportes del presente para establecer los necesarios lazos entre quienes impulsan la emancipación.

Nadie puede adivinar el futuro pero esta gran crisis, producto de la insaciable voracidad del capital, convoca al desarrollo de nuevos sujetos cuyo horizonte sea la superación de este orden social que la engendró.

Octubre de 2008

El peronismo: crónica de una metamorfosis

1) El período fundacional

En el período 1944-1955 nace y se desarrolla el peronismo como movimiento político construyendo su identidad histórica que signó la política nacional desde entonces hasta la fecha. Durante sus 65 años de vida sufrió profundos cambios internos y externos asociados a los distintos momentos de la realidad argentina y mundial y aún se mantiene como eje polémico de un inacabado debate.

El 17 de octubre de 1945 fue un punto de inflexión que incorporó en términos políticos la presencia activa de las masas humildes. Ese día hicieron abortar la asonada impulsada por los sectores de poder para liquidar la experiencia que iniciara Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Confinado en la isla Martín García, fue liberado gracias a la famosa pueblada de "las patas en la fuente" en apoyo a su política favorable a los sectores oprimidos y en particular, de los trabajadores ninguneados hasta entonces.

Ese punto de inflexión se consolidó a partir del triunfo electoral de febrero del 46 frente a la Unión Democrática, coalición hegemonizada por la derecha que incluyó desde la participación activa del embajador yanqui –Braden- hasta el Partido Comunista.

A continuación expondremos una somera revisión, en tres niveles, de lo que nos parece más destacable de esta etapa fundacional del peronismo

En lo económico:

Desde el control del Estado se propició una política de estímulo a la industria nacional y desarrollo del mercado interno (en 1955, el 78% del conjunto de la producción agropecuaria concurre al mercado interno). Se

impulsó la nacionalización de empresas para lo cual se crearon organismos como el D.I.N.I.E. (Dirección Nacional de Industrias del Estado). Se nacionalizaron los ferrocarriles, los puertos, el sistema de seguros y reaseguros, todas las empresas de gas, las empresas alemanas radicadas en el país y el grupo monopolista Bemberg. Se diversificó y expandió la producción de "Fabricaciones Militares" y se incrementó en más del 70% la producción petrolífera de Y.P.F. Se crearon la Flota Aérea Argentina, la Flota Mercante Argentina, Agua y Energía Eléctrica y la telefónica estatal. Tuvo un gran impulso la obra pública, en particular la referida a los sectores de menores ingresos con un fuerte estímulo al acceso a la vivienda por los ventajosos créditos otorgados por el Banco Hipotecario. En materia financiera se repatrió la deuda externa, se nacionalizó el Banco Central y se creó el Banco de Crédito Industrial. Se rompió el monopolio del comercio de exportación e importación que ejercían los grandes trusts cerealeros a través del I.A.P.I (Instituto Argentino de Promoción e Intercambio). Además, en la Constitución de 1949 se declararon imprescriptibles e inalienables los recursos del subsuelo argentino.

En lo social:

Se generó una redistribución de la riqueza donde alcanzó el mayor nivel histórico la participación del sector asalariado en el PBI en paralelo al desarrollo del sindicalismo. Se consagraron los derechos del trabajador y el estatuto del peón de campo. Se impulsó la previsión social de las clases subalternas en la educación, la salud, la niñez, la tercera edad y el acceso a la vivienda. Se proclamó el voto femenino, verdadera conquista de género de manifiesta importancia política. En el imaginario social, ocupó un lugar privilegiado la dignificación del trabajador que desplazó la concepción jerárquica y la sumisión impuestas por los sectores de poder tradicionales. Este fenómeno que produjo el peronismo en la Argentina dejó profundas y durables huellas que dividió a la sociedad entre peronistas y antiperonistas. Curiosamente, la crítica por izquierda de que su política fomentaba "la conciliación de clases", en los hechos partió en dos a la sociedad durante tres décadas lo que dejó en las capas populares una resonancia de fondo de signo peronista que aún perdura.

En suma, el capitalismo de Estado que impulsó el peronismo con sus características propias, representó lo que en otras latitudes se llamó "Sociedad de Bienestar" ligada a la etapa fordista del proceso de acumulación del capital.

En lo político:

A nivel internacional promovió la "Tercera posición" entre el capitalismo y el comunismo. Esto condujo al enfrentamiento con los EE.UU. (los dueños del "patio trasero") por llevar adelante una política independiente. Y esa postura en la etapa de la "Guerra fría" también incubó las posteriores luchas internas entre sectores opuestos.

En el orden nacional, la emergencia del peronismo generó la firme oposición de las grandes empresas industriales, agropecuarias y financieras que arrastraron tras de sí a vastos sectores medios. Es en esta etapa que se acuña la categoría de "clase media" implementada para enfrentar políticamente la fuerte presencia de las masas trabajadoras y desposeídas exaltadas desde el advenimiento del peronismo. Y bajo esa bandera se logró encolumnar a la mayoría de los partidos políticos, la UCR en primer lugar, sumando un amplio espectro que incluyó al Socialismo y al PC. Se alentó así la confrontación entre los "cabecitas negras" (despectivo término de carácter racista y menosprecio social) y las masas "instruidas y decentes" asociadas a la "clase media". El resultado de esa operación fue incorporar a su causa ese segmento social y político explotando los desaciertos del peronismo al respecto. A ello se sumó una campaña descalificadora que reducía su política al "populismo" y a la "demagogia". Aunque según se mire, el primero podría tomarse como un elogio dado su apoyo a las mayorías oprimidas y la segunda carecería de valor ateniéndose a sus realizaciones concretas.

De otro lado, la construcción política que patrocinó Perón fue la concentración de poder alrededor de su indiscutido liderazgo que prohijó una estructura burocrática obsecuente que se hizo cargo de los principales resortes del Estado. En el área militar obtuvo la anuencia de la mayoría del Ejército y la Aeronáutica y en el plano sindical gestó una CGT adicta desarrollada al calor del Estado la que, salvo algunos conflictos aislados, lo apoyó sistemáticamente casi sin fisuras.

El carácter personalista de la conducción de Perón obstaculizó el flujo de cuadros creativos que tuvieran un protagonismo real en su gobierno. Esto se reflejó en que nadie pudo crecer a su sombra con la sola excepción de **Evita** que se constituyó en la figura más combativa y jugada a favor de las masas populares, cosa que nunca le perdonó el establishment ni los amplios sectores medios que éste supo manipular.

Otra característica de Perón fue su proverbial pragmatismo que se mantuvo a lo largo del tiempo. Haciendo una metáfora, siempre barajó

con la izquierda y con la derecha según las conveniencias inmediatas de su política. Su "tercerismo" llegó a albergar figuras poco afines que instrumentó según la ocasión. Desde conservadores como Quijano hasta socialistas como Borlenghi en su primera etapa y delegados como John William Cooke y después el mayor Alberte en contraposición al Paladino filo lanussista del "Gran Acuerdo Nacional". Fenómeno agravado en los 70 con el antagonismo entre las corrientes favorables "al socialismo nacional" y la que personificó López Rega, inspirador de la parapolicial "Triple A" que operó tras la muerte del líder. Simbolizando, su aforismo de que "la organización vence al tiempo" devino en que "el tiempo venció a la organización" considerando el vaciamiento de su tradición histórica, tema que trataremos más adelante.

En síntesis, a pesar de las contradicciones y falencias del peronismo, sus tres banderas: "justicia social, independencia económica y soberanía política", resumen lo mejor de su legado político ideológico cimentado en este período.

2) El final del gobierno y otro principio

Las formas capitalistas de Estado que convivían con distintas empresas del gran capital, chocaban con dificultades internas y externas que se agudizaron a partir de 1952. La fuerte sequía que perjudicó al campo, acentuó los efectos de la caída de los precios internacionales de las materias primas alimenticias junto a la suba de los precios de los artículos elaborados. Esto afectó a la masa de divisas necesaria para el reequipamiento industrial y en especial del sector de bienes de producción. A la vez, el restablecimiento y expansión posbélico del campo capitalista hegemonizado por los EE.UU. presionaba en términos económicos y políticos. Por otra parte, el frustrado golpe de Benjamín Menéndez de 1951 fue un anticipo de fisuras en el ejército mientras que la oposición crecía y se consolidaba en su política de erosionar al gobierno.

Los contratos petroleros con la California yanqui y la venida al país de Milton Eisenhower evidenciaron el paulatino estrangulamiento económico y debilitamiento político que sufría el gobierno. Pero lo que tuvo un peso sustantivo en su derrocamiento fue el conflicto con la Iglesia a partir de 1954, año en que se creó el Partido Demócrata Cristiano, de signo opositor.

La Acción Católica y distintos organismos eclesiales y civiles redoblaron su campaña encabezando a los vastos sectores medios antiperonistas. El creciente distanciamiento se precipitó el 11 de junio del 55 en la festividad de Corpus Christi con la masiva concentración en la Catedral y Plaza de Mayo de fuerte tono opositor. Cinco días más tarde se produciría el levantamiento de la Marina que bombardeó la plaza histórica dejando un tendal de 300 muertos y unos 700 heridos. La inmediata represalia con la quema de varias iglesias exacerbaría aún más el enfrentamiento cuyas principales líneas de fisura se expresaban, en ese momento, en torno a la Iglesia y a la carcomida unidad de las Fuerzas Armadas. Así la mesa quedó servida para el triunfante golpe del 16 de septiembre que coronaría días más tarde aprovechando la débil resistencia que le opuso Perón. Éste no movilizó a la masa adicta en tanto que sus vacilaciones en el frente militar contribuyeron al triunfo de los "libertadores" cuya situación en Córdoba era crítica ya que Lonardi estaba al borde de la derrota y el bloqueo de la Marina no podía incidir en el territorio. Final: Perón refugiado en la cañonera camino al exilio del Paraguay. Y aquí empieza otra historia. Historia marcada por la resistencia y contraofensiva popular que dieciocho años más tarde derribaría las proscripciones y llevaría al líder al poder por la vía electoral.

El rápido desplazamiento del sector nacionalista católico de Lonardi por los liberales Aramburu y Rojas abrieron paso a la represión abierta y a la proscripción total del peronismo. No nos detendremos en sus "realizaciones" y sólo mencionaremos un par de hechos ilustrativos de su "fe democrática" que dejaron profundas huellas en la memoria popular. El 9 de junio de 1956 se produjo el alzamiento de los Generales Valle y Tanco que terminó con los fusilamientos del primero y del Teniente Coronel Cogorno (hecho inédito en Argentina en el S.XX) y que dio lugar a que se rebautizara a la "Libertadora" como la "Revolución Fusiladora". En el mismo año se produjo "La operación masacre" (inmortalizada por Roberto Walsh, otra futura víctima en el 76) donde se consumó el asesinato a mansalva en los basurales de José León Suárez de varios militantes por el delito de ser peronistas.

Aquí no vamos a hacer un racconto pormenorizado de esos excepcionales 18 años de luchas populares sobre los que abundan múltiples y variados materiales. Sólo señalaremos sucintamente algunos acontecimientos que nos resultan más trascendentes para comprender y evaluar el cambio de época producido desde 1983 hasta la actualidad, a partir de la devastación operada por la dictadura genocida sobre el campo popular y sobre el peronismo en particular.

Aclaremos previamente que centrarnos en el peronismo, principal objeto de este trabajo, no implica desconocer y mucho menos subestimar las múltiples resistencias provenientes de otros sectores como las corrientes sindicales encabezadas por Agustín Tosco, por poner un ejemplo.

Daremos ahora nuestra interpretación acerca de dos ejes de acción política en continua tensión y discusión dentro del peronismo expresados en la dualidad movimiento-partido. El primero resumía la vitalidad y participación de las masas y de los mejores cuadros surgidos de sus filas, el otro, respondía al aparato político del PJ.

Hasta 1973 Perón vivió exiliado en el Paraguay de Stroessner, luego en la Venezuela de Marcos Pérez Giménez y terminó en la España de Franco (todas dictaduras al gusto de la derecha peronista). Desde esos lugares ejerció la conducción del movimiento a distancia y el partido estuvo proscripto hasta 1972, salvo el frustrado ensayo frondizista del 62 que abortó al triunfar Framini en la provincia de Buenos Aires. Pero por más proscripciones que padeció el peronismo, en su conjunto no llegaron a neutralizarlo toda vez que la resistencia popular no sólo estaba viva, sino que crecía. En cambio el partido tenía poca relevancia en la clandestinidad amén de albergar a los sectores más conciliadores y menos dispuestos a la lucha. Por ese entonces la dirigencia sindical era gravitante dado que el movimiento obrero aún constituía "la columna vertebral del peronismo".

Este período se caracterizó -desde lo institucional- por la sucesión de golpes de Estado abiertos o encubiertos tales como los numerosos planteos militares que sufrió Frondizi hasta su derrocamiento en 1962. Electo gracias al pacto con Perón, viró de inmediato a la oposición dando curso al desarrollismo. Luego, el 28 de junio de 1966 cayó el tibio y frágil gobierno radical de Illia surgido de una elección espuria (obtuvo el 23% de votos) por la proscripción del peronismo que votó en blanco. Se instaló así la llamada "Revolución Argentina" del general Onganía, vencedor en el enfrentamiento entre azules y colorados y quien "suprimió" la política. Estas dos fracciones militares, coincidentes en su antiperonismo, tenían diferencias ideológicas y de intereses que remataron en la fractura. Pero no obstante los matices, *la sucesión de golpes tenían su matriz en que no se lograba "domesticar" al peronismo despojándolo de su contenido popular y que el arco opositor no podía legitimarse a través de elecciones libres por lo que el poder detrás del trono –léase los personeros del gran capital y políticos afines- recurrían a las cúpulas militares como sus representantes más fiables.*

En el largo y frondoso historial de las luchas populares emergió la resistencia peronista que alcanzó un punto álgido con la toma del frigorífico Lisandro de la Torre en enero de 1959. En los primeros años (el de los "caños" caseros) donde prevalecía una militancia clandestina e inorgánica, se foguearon muchos cuadros que luego alcanzarían gran protagonismo. En este breve racconto, en lo fundamental, no vamos a dar nombres de esa extensa lista porque sería una injusticia cualquier omisión por involuntaria que fuere y porque no respondería a los propósitos de este esbozo que es el de exponer el cuadro político cultural que marcó a toda esa época.

En el desarrollo de esos dieciocho años existieron diversos campos de acción, variadas opciones y múltiples tensiones y contradicciones entre las distintas corrientes. Pero el factor aglutinante de esa mixtura lo constituyó el liderazgo de Perón de modo tal que no se rompió el frente del pueblo a pesar de los duros enfrentamientos internos que presagiaban un futuro poco promisorio.

El campo sindical se escindió entre el colaboracionismo de Alonso, el vandorismo del peronismo sin Perón, apoyado en el poder de los metalúrgicos y la CGT de los Argentinos que expresaba a los sectores políticamente combativos del sindicalismo al igual que la FOTIA tucumana. Ese cuadro variopinto, plagado de defecciones disimuladas o no, pudo ser controlado e instrumentado por Perón.

En la esfera insurreccional se dieron distintos cursos de acción. La lucha armada tuvo su primera manifestación orgánica en la guerrilla de los Uturuncos procedente del peronismo "ortodoxo" que emergió y fue aplastada en 1959. Luego, hacia fines de 1968, surgió la experiencia guerrillera de Taco Ralo protagonizada por las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) rápidamente desbaratada pero que resultó precursora de la explosiva aparición de distintos grupos guerrilleros (peronistas y no peronistas) hegemonizados a posteriori por los Montoneros. Entre ellos, a quienes reivindicaban su figura, Perón los designó como las "formaciones especiales".

El campo específicamente político mostró una gama de agrupamientos que iban desde sectores más radicalizados (algunos afines a la guerrilla) hasta los que preconizaban la lucha de masas articuladas con el campo sindical. En general, todos disputaban la vanguardia del movimiento popular incluyendo a los que reivindicaban expresamente al marxismo. El conjunto fue catalogado por las "fuerzas del orden" como "subversivos".

Durante ese proceso se verificó un corrimiento cultural político en el que vastos sectores medios asumieron el peronismo revirtiendo su anterior filiación opositora y que contó con una creciente participación de la juventud. En el mismo sentido, hacia 1967 se formó el singular movimiento de los Sacerdotes del Tercer Mundo que rompió lanzas con la jerarquía católica engrosando las filas del movimiento (algunos asumieron la lucha armada) quebrando el anterior frente eclesial que había jugado un rol protagónico y propiciatorio del golpe de 1955. En este profundo cambio influyeron el Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Medellín de los que se nutrió la Teología de la Liberación.

En los 60 la Revolución Cubana, "el faro de América", influyó poderosamente mientras se desarrollaba el pensamiento marxista en la mayoría de la militancia de esa época abarcando tanto a ateos como a creyentes. La guerra de Vietnam y el proceso de Liberación Argelina junto al modelo cubano y las figuras de Fidel y el Che calaron hondo en el imaginario generacional que a pesar de la represión y las persecuciones crecía ostensiblemente. Esa oleada subterránea y "subversiva" se agitó fuertemente al interior del peronismo generando duros enfrentamientos con los grupos de la derecha. También se dio que muchos que provenían de este campo se pasaran a la causa de la liberación, como los desprendimientos de Tacuara. Y ya estamos en el apogeo de los 70.

3) Cara y cruz de los 70

Ese formidable impulso, descripto en las líneas anteriores, tomó cuerpo en diversas organizaciones que lucharon contra la dictadura que terminó presidiendo el General Lanusse, quien se hizo cargo de la conducción militar-política. Producto del desgaste de la llamada "Revolución Argentina", aquél promovió el Gran Acuerdo Nacional apoyándose en figuras del radicalismo como Mor Roig que fue su ministro del Interior. Su objetivo implícito era neutralizar al peronismo apostando a deslegitimar a Perón al que "no le daría el cuero" para regresar a la Argentina, así que estableció puentes con los sectores conciliadores proclives a acuerdos de contenido desmovilizador. Ya se habían producido el "Cordobazo", el "Rosariazo" y distintas manifestaciones de lucha popular en el interior del país engendrando la inestabilidad del frente militar que a partir de 1969 vivió las sucesivas renuncias de los

generales Onganía y Levingston. Dentro de ese marco se produjo la captura de Aramburu y su posterior ajusticiamiento por obra de los Montoneros, que gracias a esa acción inaugural ganaron prestigio en el campo popular; tal era la polarización y los niveles de violencia provocados por las consabidas represiones golpistas. Luego, los montos terminarían hegemonizando a las distintas variantes de la izquierda peronista impulsando la movilización de la Juventud Peronista (JP) que organizaron y controlaron.

Perón había intentado retornar en 1964, intento piloteado por la dirigencia sindical que fue frenado en Río de Janeiro gracias a los servicios prestados por la dictadura brasileña. "El retorno de Perón" se había transformado en una convocante consigna de lucha para el conjunto del movimiento que pobló los muros con PV (Perón Vuelve). Después, en pleno desarrollo del GAN, el viejo líder desarticuló la jugada de Lanusse arribando a Ezeiza el 17 de noviembre de 1972 lo que generó la reacción del ejército que bloqueó los caminos impidiendo su contacto con la masa adicta. Durante un breve lapso vivió vigilado y cercado hasta su regreso a España. En el ínterin, el 22 de agosto de ese año, se produjo la horrible y despiadada matanza de numerosos guerrilleros presos en la base militar de Trelew lo que desgastó aún más al gobierno de la dictadura y constituyó un referente sustantivo para la militancia revolucionaria en general.

Para ese entonces Perón había desplegado una estrategia dialoguista que convocó a distintas fuerzas políticas que cristalizaron en el Frejuli (Frente Justicialista de Liberación) que fue el sello electoral que lo llevó al triunfo en 1973. La apertura incluyó el famoso abrazo de Perón-Balbín que dio por terminado el antagonismo de casi tres décadas que enfrentó encarnizadamente a peronistas y radicales.

Desarticulado el proyecto lanussista y ya en franco repliegue la dictadura, ésta se vio forzada a admitir el concurso del peronismo en el llamado a elecciones para el 11 de marzo del año siguiente. Mediante artilugios legales se impidió la candidatura de Perón y éste recurrió a su delegado personal impulsando la fórmula Cámpora-Solano Lima. El triunfo con más del 49% de los votos instauró una situación compleja y contradictoria que explotaría después de su muerte, el 1 de julio de 1974. Su desaparición fue el preludio de los traumáticos sucesos que desembocaron en el feroz golpe genocida del 24 de marzo de 1976 que al principio contó con el tácito aval del vandorismo.

El gobierno de Cámpora había sido influido por el ala izquierda, en particular por los Montoneros, estableciéndose una lucha sorda con los

políticos "ortodoxos", la CGT de Rucci y la extrema derecha enquistada en el peronismo. En medio de esas disputas resonaron las consignas de "la patria socialista" contra "la patria metalúrgica" por un lado y "ni yanquis, ni marxistas" por el otro.

Los episodios de mayor valor simbólico durante la breve presidencia de Cámpora lo constituyeron el acto de asunción del mando, el 25 de mayo, con la Plaza histórica colmada bajo el exclusivo control de la JP. Sumado a ello, en la jura se dio la presencia de Salvador Allende y del presidente cubano Dorticós en contraste con el bloqueo que impidió la concurrencia del dictador civil uruguayo Bordaberry. Asimismo, el general Lanusse debió soportar, en el acto de traspaso, la marcha peronista con la V de la victoria en sus narices retirándose de la Casa Rosada en helicóptero. Dos días después el P.E. promulgaría la ley de amnistía general de los presos políticos, guerrilleros incluidos. Pero el mismo 25 a la noche se instaló una multitud alrededor de la prisión de Devoto que reclamaba y obtuvo la inmediata liberación de los presos políticos. En ese marco, las troneras del presidio se convirtieron en escenario de los discursos de los militantes y guerrilleros ante la perplejidad de los guardia cárcel y de la policía.

El retorno definitivo de Perón al país se produjo el 20 de junio, día en que se manifestaron las agudas contradicciones que portaba el movimiento. En las explanadas de Ezeiza se concentraron más de dos millones de personas, por lejos la más numerosa en la Argentina y quizás también en Sudamérica. Las disputas por la proximidad al puente-palco fueron el detonante del enfrentamiento a balazos entre las columnas de la JP-Montoneros y las fuerzas de choque ocultas en las ambulancias dirigidas por Osinde. Finalmente Perón, anoticiado de los enfrentamientos, arribó a la Base Aérea de Morón. La confusión, el desconcierto y la amargura de aquel día remató en el discurso del líder esa misma noche donde además de criticar a la JP, los Montoneros y la izquierda en general, esbozó sus lineamientos poco afines al "socialismo nacional" que les diera letra a aquéllos y que esgrimiera Perón en su confrontación con Lanusse.

Se acababa el "veranito de San Juan" y rápidamente comenzó la ofensiva para obtener la renuncia de Cámpora en el interregno de la elección que en octubre conduciría, por última vez, a la presidencia del viejo líder. Los manejos de su secretario privado, López Rega, había logrado desplazar al "tío" consiguiendo que asumiera el interinato su yerno Lastiri, a la sazón presidente de la Cámara de Diputados.

El triunfo con el 62% de los votos de la fórmula Perón-Perón (¡¡Isabel como vice!!) abrió un compás de espera respecto del futuro y trágico desenlace. El proyecto de Perón no era el de los grupos revolucionarios ni tampoco el de la derecha. Planteaba un capitalismo "integrado" de corte industrialista con el control del Estado que privilegiaba el mercado interno y que se expresó en la gestión de Gelbard (ex presidente de la CGE) como ministro de Economía.

Apenas veladamente, el vanguardismo de los Montoneros, de concepción jerárquico-militar, le disputó el poder al declinante general. Poco duraron los gobernadores afines, Oscar Bidegain y Obregón Cano, en las gravitantes provincias de Buenos Aires y Córdoba. El asesinato de Rucci (casi segura operación de la M. que no fue asumida) resultó una provocación al líder que pasó de retar públicamente y por TV a los ocho diputados de la JP hasta la descalificación lisa y llana en el acto del 1º de mayo, lo que originó la salida de los contingentes de la Juventud. A esa altura era evidente que Perón, en su clásico movimiento pendular, había girado a la derecha cuyo exponente de ese momento era su secretario privado, José López Rega, abroquelado en el Ministerio de Bienestar Social, enclave base de sus operaciones. En esos meses la conducción montonera lanzó "la teoría del cerco" que planteaba el aislamiento del General en virtud de la nefasta influencia del "brujo" con el apoyo de Isabel. Semejante "visión" política que, además de irreal, implícitamente aludía a la decrepitud del "viejo", no hizo más que confundir a su militancia, estimular el distanciamiento del líder y fortalecer a sus enemigos.

El panorama se complicó todavía más debido a las acciones del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), de extracción trotskista, que siguió operando bajo la presidencia de Perón y que produjo el ataque a la Base de Caballería Blindada de Azul en enero del 74, mientras que en junio lanzó la guerrilla rural en Tucumán, sumando así más argumentos para la ofensiva de la derecha que a partir de la muerte de Perón crecería inconteniblemente bajo el desastroso y reaccionario gobierno de su esposa y "heredera" Isabel.

En el sindicalismo, se había consolidado en la CGT oficial el peso de los metalúrgicos, ahora comandados por Lorenzo Miguel, debilitado la CGT de los Argentinos y también el movimiento obrero de Villa Constitución y de Córdoba. Además, los grupos afines al "brujo" como la Juventud Sindical Peronista provocaba y generaba confusión y enfrentamientos. Luego vino el "Rodrigazo", un ajuste neoliberal bajo el sello peronista, en medio de las acciones de la tristemente célebre "Tres A" que impuso el terror y sus

crímenes. Dentro de ese panorama, poco significó la manifestación de la CGT que logró la expulsión de López Rega. El movimiento estaba quebrado y a la deriva.

A todo esto, cabe una mención especial sobre la realidad latinoamericana que incidió notoriamente en la subjetividad y la política de los 70. A la fuerte impronta de la Revolución Cubana, se sumó el triunfo de la "vía pacífica al socialismo" de Salvador Allende en Chile, el gobierno popular de Torres en Bolivia, y la Revolución Peruana de Velazco Alvarado. En tanto aumentaba el descontento y la resistencia popular en varios países hermanos, recrudecía la lucha de los movimientos de liberación nacional con las FARC y el ELN en Colombia, los Tupamaros en Uruguay, la memoria fresca de la lucha del Che en Bolivia y del mayo del 68 europeo, unido a la repercusión que tuvo la figura y las ideas de Mao y la Revolución China que, además, fuera levantada por Perón cuando enfrentaba a Lanusse. Obviamente, semejante cóctel en el "patio trasero" no podía ser tolerado por el imperio. La sangrienta contraofensiva de los ejércitos golpistas, con sus oficiales adoctrinados en la "Escuela de las Américas" y en colusión con los establishment locales bajo los auspicios de las respectivas embajadas yanquis, lograron hacia mediados de los 70 "apagar el incendio" de acuerdo a los momentos y situaciones concretas de cada caso. Lo devastador de ese proceso alimentó la ola neoliberal de fines de los 80 -potenciada por el derrumbe del campo socialista- cuyo pleno impacto se verificó en la década de los 90.

4) La recuperación de la "democracia"

Mucho se ha dicho y escrito acerca del terrorismo de Estado y de la dictadura genocida de Videla y Cia., eufemísticamente autotitulada "Proceso de Reorganización Nacional". Por lo tanto, soslayaremos ese trágico período salvo para mencionar lo que nos parece de mayor incidencia en el proceso democrático abierto en 1983. Tampoco haremos una crónica de éste pues lo que nos interesa determinar, a grandes rasgos, son las transformaciones producidas en el orden mundial y en nuestro país. Y justamente uno de los temas que integran los debates actuales se refiere al peronismo y su asociación con el significado actual de "lo nacional y popular".

Los cambios mundiales e internos modificaron sensiblemente el entramado de las relaciones sociales, económicas y políticas engendrando una subjetividad hegemónica acorde a esta etapa del capitalismo.

En Argentina, el arrasamiento que generó el terrorismo de Estado, con sus treinta mil desaparecidos, muertos, exiliados y quebrados, creó un agujero negro en nuestra cultura política que originó una subjetividad radicalmente distinta a la de la época anterior. Produjo un corte generacional, un vaciamiento de la memoria colectiva y de las mejores tradiciones de lucha, unido a un elevado nivel de fragmentación social y de corrosiva indiferencia pública. Como excepción y a contrapelo de aquellos trágicos sucesos, surgió el inédito acontecimiento de "las madres de plaza de mayo" que solas, en medio de la represión y en virtud de su valentía y férrea determinación, alteraron el silencio impuesto exponiendo una resistencia que se hizo oír en el ámbito internacional.

Agotado el Proceso y contradictoriamente, ***la apertura democrática*** *portó ese lastre. Resultó hija de una doble derrota. Primera, la del campo popular de la cual ya hemos hablado. Segunda: la del Proceso militar.* Pero ésta tuvo su particularidad en que provino esencialmente de sus propios errores. Eligieron mal al enemigo que fabricaron creyendo que su presunto éxito les permitiría sostenerse indefinidamente en el poder. La opción bélica que manejaron fue la de enfrentar a su pares chilenos pinochetistas o al viejo imperio británico en posesión de las Malvinas. O sea, apelar al conflicto de límites con el país hermano o recuperar las islas del latrocinio colonial. La mediación papal y el mal cálculo que los hundió, evitaron felizmente la guerra con Chile.

Imaginaron que los ingleses no combatirían o al menos que no serían apoyados por los EE.UU. Craso error. La sólida entente pesó mucho más que la triste figura de paladines del "Mundo Libre" convencidos de que su intervención en Nicaragua respaldaría su jugada que sería tolerada por el imperio. Y esto derivó en el fin del régimen con los "salvadores" a los cuarteles y los soldados caídos, silenciados u olvidados.

Aquella doble derrota tiñó de entrada el proceso democrático no obstante las masivas manifestaciones a Plaza de Mayo a favor del mismo. *Otros eran los protagonistas y el vacío se hizo sentir.* Un tibio partido radical de tinte progresista conducido por Alfonsín, quizá su mejor dirigente contemporáneo, frente a un "partidocrático" PJ que candidateó al almidonado jurista Ítalo Luder quien había firmado, en su interinato presidencial de 1975, la orden de aniquilación del ERP en Tucumán. Las dos masivas e igualmente numerosas manifestaciones preelectorales en la 9 de Julio, contribuyeron a inclinar la balanza gracias a la "valiosa" intervención de Herminio Iglesias que, desde el palco, teatralizó la quema de un ataúd con la insignia radical. Ergo, ganó

Alfonsín. Consignemos de paso que en esta lid el PC apoyó por primera vez al peronismo repitiendo su viejo hábito de marchar a contramano.

Más allá de los avatares del gobierno radical capeando los residuales conatos militares de los "Carapintadas", empezó a afirmarse el proceso democrático con los juicios y condenas a las cúpulas de la dictadura. Se hizo público el genocidio destacándose el exhaustivo informe "Nunca más" y se generalizó el repudio y desprestigio de la casta militar que terminó de perder su gravitación política a comienzos de los 90. No sin antes evidenciar las flaquezas del gobierno de Alfonsín con su ley de "obediencia debida" destinada a morigerar el descontento en los cuarteles acerca de los juzgamientos. Luego, incorporaría a su currículum la célebre frase "la casa está en orden" que defraudó las expectativas antigolpistas de la multitud reunida en Plaza de Mayo.

Los planteos iniciales de corte progresista del alfonsinismo se fueron diluyendo aunque alcanzaron para granjearse la antipatía del establishment que desató la mega inflación del 89 que concluyó anticipando el fin de su mandato. Esta suerte de golpe económico-civil ofrece dos ángulos de lectura. Por un lado, exhibió la fortaleza del proceso de concentración del capital, tanto de origen extranjero como interno, y los nexos de sus diversos intereses. Por otro, ilustró tanto la pérdida de la base social que diera pie a los golpes tradicionales como la consolidación del bloque de poder dominante que los hizo innecesarios (al menos por ahora). Y ya estamos en la antesala del menemismo que traslada el eje de la cuestión al campo del peronismo. Pero antes vamos a señalar lo que entendemos como factor común del actual sistema político imperante, lo cual no implica desconocer ni subestimar las diferencias entre sus distintas expresiones.

Pensamos que *la tendencia dominante en los partidos de raigambre popular post dictadura, es la de convertirse en aparatos cada vez más distantes de sus bases para privilegiar la propaganda mediática y sus agencias de marketing, donde la imagen sustituye a los principios y el dinero a la militancia que les dio encarnadura.*

Como parte de ese fenómeno, *la democracia representativa* se fue transformando en territorio de lobbies, enjuagues, corruptelas y un lugar de negocios donde los grandes empresarios hacen valer su influencia. Metamorfosis que acompañó el formidable proceso de concentración del capital privado en aptitud de manejar las variables económicas por sobre el debilitado rol del Estado. Y cuando éste fue controlado en forma directa por los personeros del poder hegemónico, funcionó como agencia de sus intereses. Inherente a ese

proceso se verificó el debilitamiento de los sujetos populares, como es el caso de la clase obrera, lo que se vincula a la falta de alternativas innovadoras capaces de romper las reglas del juego de esta engañosa democracia. Y de nuevo ya nos hallamos ante la problemática del peronismo.

La política de Menem en sus dos gobiernos significó el vaciamiento de todo lo que le dio entidad histórica al peronismo y la consumación del objetivo buscado por el establishment a lo largo de cuatro décadas y media. Establishment que con sus cambios internos ligados a los del ámbito internacional, buscó siempre destruirlo pero, sobre todo, cooptarlo y fagocitarlo.

En consecuencia, el PJ desarrolló sus prácticas oportunistas y claudicantes y se fue convirtiendo en un aparato clientelar, basado en el asistencialismo, que parió una estructura de poder recreada a través de un pragmatismo mercenario que contabiliza votos y dinero sin importarle los principios fundacionales que resultan un anacronismo contrario a sus intereses. Sí aprovecha el sonido de fondo de la vieja tradición que les sirve de mercadotecnia para lo cual resucitan la marcha y algunas desteñidas consignas toda vez que necesitan captar la "demanda" electoral.

Fácil es denunciar a Menem por lo visible de su política entreguista y "neoliberal". Sin embargo, la cuestión es mucho más profunda. Recordemos su reelección en que lo votó el 51% de la población conociendo lo obrado en su primer gobierno y ya blanqueada su política retrógrada y sus "relaciones carnales" con el imperio. Sin embargo, para apreciar el verdadero carácter del PJ y no responsabilizar sólo a Carlos Saúl, basta remontarse a 1988 en que éste ganó la interna frente a la "Renovación" y observar la posterior trayectoria de los máximos referentes que por entonces lo enjuiciaban. El insigne Cafiero negociando su senaduría para sumarse al riojano; De la Sota, devenido numen conservador de Córdoba; y Grosso, el muchacho de la valija, eyectado por corrupto. Y esto es sólo una muestra de la descomposición a que ha llegado el partido que se mostraba y se muestra (!!!) como genuino representante de lo popular. Claro está que hay numerosos peronistas que mantuvieron una actitud digna a través del tiempo pero con poca o ninguna incidencia en el PJ.

El colapso del gobierno de la Alianza Radical-Frepaso de De la Rúa, debido a la crisis del modelo "neoliberal" y al descrédito de los partidos, generó distintas derivaciones. El 2001/2002 dejó una marca indeleble en el sistema político. En primer lugar, las movilizaciones populares y la consiguiente represión originaron la renuncia del "aburrido" y su séquito. A la vez, mostraron la deslegitimación del sistema político ante la opinión pública cuyo

símbolo fue la consigna "que se vayan todos". En esas circunstancias, emergieron distintas expresiones por fuera de los partidos como las asambleas barriales que ensayaron formas de democracia directa, el fenómeno de las fábricas recuperadas, los movimientos piqueteros de gran empuje y la proliferación de escarches. En medio de tal escenario, tambaleó el modelo "democrático" sustentado en la representación de la "partidocracia". Ya no se trató de un golpe militar sino de una sublevación popular ante un orden político desgastado pero sin que aparecieran alternativas reales ni proyectos integradores. Es que la marea rebelde supuso un mosaico sectorial de variados intereses. Verbigracia, las cacerolas que resonaron no eran las de ollas populares sino la de amplios sectores medios afectados por el corralito.

Eduardo Duhalde, ex cómplice de Menem, asumió la presidencia como producto de las trenzas parlamentarias tras sucesivos y frustrados interinatos. Y fue recomponiendo el juego político tradicional virando hacia una línea económica más afín al mercado interno mientras propició un crudo asistencialismo basado en una política clientelar que realimentó la putrefacción del PJ. La ola neoliberal, con sus recurrentes ajustes, especulación financiera y enorme absorción de la riqueza, dejó tras de sí la inigualada desfiguración social que sufrió la Argentina y que llevó a más del 50% de la población por debajo del límite de la pobreza que incluyó un 40% de indigencia.

La profundidad de la crisis económico-social desatada, generó una situación política inestable que desembocó en la elección que llevó a la presidencia a Néstor Kirchner quien produjo un imprevisible giro respecto del período anterior. Curiosidades argentinas, "ganó" saliendo segundo con el 22% de los votos detrás de Menem que obtuvo algo más del 25%. Esto debido a que el riojano desistió del balotaje ante su segura derrota y que Kirchner lideró el apretado pelotón en el que figuraron Lilita Carrió, López Murphy y Adolfo Rodríguez Saá.

5) La situación actual. Incógnitas y debates.

No haremos el inventario de las medidas de gobierno, ni positivas ni negativas, porque detallarlas nos parece innecesario para determinar lo sustantivo de la situación actual. Trataremos de evaluar lo que está en juego en esta etapa contradictoria que incluye la aparición en Latinoamérica de otros gobiernos de signo popular de distinto calibre. Previamente,

mencionaremos algunos sucesos relevantes y aspectos del sistema de dominación mundial que, si bien conocidos, confieren un marco a lo que desarrollamos y sirven para situar la actual hegemonía capitalista de acuerdo a nuestra interpretación.

1º) El capitalismo se impuso en el mundo y no obstante la gravísima crisis actual, nada hace predecir su fin cercano. A la vez, el proyecto socialista que alimentó a las grandes revoluciones que lo encarnaron se eclipsó a la sombra de la implosión del campo socialista. Sin embargo, resulta un referente insoslayable en las luchas anticapitalistas.

2º) Lo impensado de ese fenómeno es que, en lo fundamental, el Socialismo de Estado (concebido como "transición al socialismo") no pasó de ser una forma de Capitalismo de Estado. Blanqueado y dirigido en China por el propio PC y en Rusia por conversos dirigentes de la Nomenclatura de la ex URSS. Mientras que el "hombre nuevo" que se gestaría en los procesos revolucionarios, símbolo de una cultura superior, resultó un imaginario que en la práctica devino en conducciones divorciadas de las masas o más grave aún, en mafias de poder (casos aparte de Cuba y Vietnam).

3º) La derrota de los movimientos de liberación nacional del tercer mundo abrieron paso a la ofensiva del gran capital, flagelo que castigó a los países dependientes en las dos últimas décadas del siglo XX. De resultas de ello, se incrementó la pobreza y el desamparo social a niveles insospechados en la etapa fordista.

4ª) El nuevo modelo de acumulación capitalista con su salto tecnológico y enorme concentración del capital, organiza la vida en la gran mayoría de las naciones en tanto que las potencias y grandes corporaciones controlan las relaciones internacionales y manejan a la opinión pública instrumentando los poderosos medios de comunicación.

5º) La naturaleza del orden capitalista, desenmascarada por Carlos Marx, agudizó su carácter depredador del planeta y de los seres humanos. Asimismo, la cultura mercantil que impuso, ha elevado el grado de alienación social e individual, legitimado la inequidad y la acumulación de la riqueza, fragmentado a la sociedad, recrudecido el individualismo y la competencia exacerbando la adicción al consumo.

6º) El agotamiento de las políticas revolucionarias que durante más de un siglo enfrentaron al imperio del capital generando grandes victorias, plantea la problemática del poder y del Estado, el carácter de las vanguardias y las organizaciones, los proyectos y la metodología de construcción

(temática de trabajos anteriores nuestros). Surgen así nuevos interrogantes y desafíos para las tendencias que impulsan la emancipación.

A pesar del cuadro hegemónico descripto, las luchas por modificarlo no se detienen. A inicios de este siglo, creció en Latinoamérica la resistencia popular a la opresión de las burguesías dominantes ligadas al imperio, lo que provocó un cambio de situación. Las puebladas en Bolivia y Argentina derribaron a sus gobiernos como parte de las diversas luchas populares en nuestro continente, cada cual con su especificidad, alterando la postración política de los noventa. Y a nivel gobiernos, se produjo un giro de corte popular del que fue precursor Hugo Chávez, vencedor en la elección de 1998 en Venezuela. Después en Sudamérica, a excepción de Colombia y Perú, surgieron un conjunto de gobiernos que alteraron el vasallaje anterior siquiera en parte y no obstante sus respectivas limitaciones. Espectro al que debe sumarse en Centroamérica, a los de El Salvador, Nicaragua, Honduras (hasta el golpe restaurador) y obviamente el de Cuba.

Lo apuntado señala el cambio de clima político operado respecto del período anterior. Sin embargo en todos gravita e incide, en diverso grado, el sistema de dominación mundial que empieza a erosionar a los mencionados gobiernos a medida que los sectores del privilegio se van recuperando del desastre que produjo la ofensiva neoliberal que propiciaron. Dentro de ese escenario, ahora nos centraremos en nuestro país retomando la cuestión del peronismo por su gravitación en nuestra historia y su metamorfosis, procurando evaluar el alcance actual de lo "nacional y popular". No sin antes señalar la seria dificultad emergente de *la contradicción entre lo coyuntural y la construcción a largo plazo toda vez que se divorcian esos dos términos*. Lo cual se presta a equívocos, polémicas estériles y constituye una fuente de fragmentación.

Hecha la aclaración, abordaremos ahora el espacio político abierto e inexistente en la era menemista, al que intentaremos caracterizar someramente apartándonos de los balances interesados de panegiristas y detractores. El kirchnerismo nació de la debilidad pero se fue consolidando a favor de la recuperación de algunos resortes del Estado que le dificultaron a los grupos monopólicos el control en exclusiva de los mecanismos de regulación de la economía nacional y que perturbaron su "discurso único". En esa línea, jerarquizó la importancia del mercado interno y alentó una política industrialista que morigeró la especulación financiera. Paralelo a ello, recuperó simbólicamente banderas históricas del peronismo y haciendo pie en los derechos humanos rescató valores de la tradición setentista. Y si bien

no cambió las relaciones de poder preexistentes ni alteró la concentración de la riqueza, sí fue suficiente para enemistarse con el establishment y para que buena parte de la militancia afín reviviera la consigna de "lo nacional y popular". A esto debe sumarse, en la arena internacional, su acoplamiento a la "movida" latinoamericana en procura de una relativa independencia del imperio, tan dispar como lo son los distintos gobiernos que la componen.

En definitiva, rozó algunos intereses de los sectores dominantes sin socavar realmente su poder. Prueba de ello es la ofensiva que lanzó la cerril oposición de la patronal agropecuaria y de los trust cerealeros. Momento inicial del debilitamiento del gobierno que se acentuó tras la elección del 28 de junio de 2009 que exhibió su desgaste y el avance de la derecha. Entonces, resucitaron muertos políticos, se tonificaron otros, se catapultó la triste y falaz figura del vicepresidente y tomó alas la diáspora en el PJ que, fiel a su descomposición, lo único que conserva de "nacional y popular" es la escenografía de una tradición a la que apela para negarla en los hechos.

Y a propósito del PJ, Kirchner asumió su presidencia renunciando luego cuando ya no podía controlar ese corrompido aparato. Volteretas oportunistas de una conducción cerradamente cupular cuyo máximo absurdo fue el apoyo a Saadi y Barrionuevo (¡¡sic!!) en la elección de Catamarca, "acuerdo" que estalló no bien se conoció el resultado.

Pero a pesar de todo, el kirchnerismo frente a la patética oposición de derecha, la única en condiciones de desplazarlo del gobierno, surge como un imprescindible salvavidas. Ahora, si miramos un poco más allá y apreciamos su forma de construcción, los poderosos intereses intocados, su objetivo de "capitalismo serio" en medio de los Biolcati y la AEA, el reinado de la política espectáculo bajo el predominio del poder mediático y la corrupción sistémica que alcanza a oficialistas y opositores, el futuro parece poco promisorio.

Esbocemos ahora algunas situaciones paradojales.

En lo inmediato, combatir al gobierno favorece a la derecha. Mientras que batir el parche oficialista es quedar pegados a un proyecto sin perspectivas o, al menos, ajeno a la emancipación. En cuanto al arco "progresista" que con sus críticas quiere crecer dentro de las reglas del juego de la política vigente, tiende a quedar atrapado en la red de poder que pretende combatir y a convertirse en funcional a ella. Sobran testimonios de frustraciones "progresistas" y, peor aún, las de la izquierda radical, como Lula con su PT o el Frente

Amplio de los ex tupamaros, por citar los casos más notorios. Pero también resulta inocuo pregonar la ruptura de este orden si no se tiene la capacidad de generar las condiciones que la posibiliten. Mas, tampoco se la puede imaginar caída del cielo si, como requisito mínimo, no se trabaja por ella. Lo cual no prescribe las formas de lucha sino que plantea la necesidad de construir una política sustantivamente diferente. Y ése es el nudo del problema.

Como parte de esta situación paradojal, surge la cuestión del actual significado de una *política nacional y popular* que en nuestro país tuvo su máxima expresión en el peronismo. Y según se desprende de nuestra interpretación, el peronismo ha perdido entidad y la vitalidad de sus mejores momentos atravesado por las contradicciones y el vaciamiento padecido. En cuanto al PJ, aventuraríamos que se halla en camino de reproducir la trayectoria del PRI mexicano adaptado a las características de la Argentina.

No obstante este crudo diagnóstico, el sonido de fondo que aún perdura en la memoria colectiva no es despreciable ni poca cosa. Puede resultar un punto de apoyo para quienes, desde sus filas, promueven un genuino proceso emancipatorio. Y en ese sentido, tiene inscripción el tema de lo nacional y popular.

La nación ya no es la del 45 ni la del 73. El mundo, en lo fundamental, está integrado dentro del orden capitalista. Caído el campo socialista, la tercera posición resulta un eufemismo. Luego, se actúa resignados a las relaciones capitalistas asumidas como algo inmutable o se marcha en otra dirección, por más incierta y ambigua que resulte.

No se trata del deseo o el capricho de "nostálgicos". Porque la "utopía" no es combatir al capital desde la debilidad y la incertidumbre actuales. La verdadera utopía es imaginar un capitalismo de contenido "humanista" y popular en el mundo de hoy y en particular en los países periféricos. Si es que por popular entendemos la participación activa de las masas oprimidas en oposición al "asistencialismo" contenedor de pobres y excluidos como lubricante del funcionamiento del capitalismo realmente existente. No hay que confundirse en la evaluación de las situaciones coyunturales, de distinto tenor según los casos. Aprovechar espacios favorables como los que surgieron en Latinoamérica no es lo mismo que ilusionarse con los gobiernos "progresistas". Las burguesías de origen local, vinculadas estrechamente al capital internacional y al mercado mundial, momentáneamente retrocedieron, en términos políticos, pero conservan intacto su poder económico y por lo tanto, su rol hegemónico en este sistema. Todo lo que obstruya sus designios vale como línea de defensa pero no hay dique que resista si no

está bien fundado. Intentar otros caminos es parte de la paciente tarea de construcción de alternativas superadoras sostenidas en la constitución de nuevos sujetos y de una subjetividad colectiva solidaria. Tarea tan irrenunciable como ardua.

En esa búsqueda fueron surgiendo aperturas políticas a distancia del Estado Y no es poco lo que se ha avanzado atentos a experiencias como la del zapatismo, los sin tierra en Brasil, los movimientos sociales que alcanzan contenidos y formas políticas, el resurgimiento del protagonismo de los pueblos originarios, las luchas de género que albergan nuevas formas culturales del mismo modo que las expresadas por la actuales corrientes ecologistas y los movimientos llamados "globalifóbicos". Son aperturas que expresan otro modo de pensar y hacer política. Y así como la internacionalización del capital somete a las naciones, el desarrollo de las corrientes mencionadas resignifican el sentido de lo nacional.

Desde esa óptica, *lo nacional resulta indisociable de lo popular si se entiende a éste como el mundo de los de abajo.* Porque una cosa es la nación para los de arriba, de lo cual es un claro ejemplo "el Brasil de Lula" que se postula como potencia de segundo orden, y otra muy distinta es la nación de la población explotada y oprimida cuya perspectiva real para dejar de serlo es la emancipación.

Esta mirada que remite al largo plazo, es devuelta en espejo por la inmediatez de la situación presente. Pues carece de sentido el largo plazo si no se construye en el día a día de la acción política. Y pareciera un límite infranqueable que se confundan términos y que se apele a los recursos del pasado. Por cierto que no es negativo asumir lo mejor de las tradiciones, lo malo es quedar prisioneros de ellas y reincidir en lo mismo que condujo a la derrota que aún gravita sobre nuestros hombros. Hablar del socialismo o del peronismo, hoy vaciados de contenido, lo menos que exige es un pensamiento crítico que asimile experiencias y promueva cambios políticos de fondo. Uno de los secretos del poder imperante ha sido y sigue siendo colonizar las banderas y la historia de sus enemigos y ni qué decir de sus "representantes". Cual grotesco ejemplo, basta oír a los amos de nuestro país mentar la justa distribución de la riqueza que precisamente ellos han expropiado. Pero lo verdaderamente serio es la cooptación o esterilización de movimientos y de protagonistas surgidos de las manifestaciones contestatarias de 2001/2002, hechos que convocan a la reflexión de quienes cuestionamos las organizaciones jerárquicas e impulsamos la participación activa de quienes las conforman.

En síntesis, la situación actual hace más acuciante aún el debate de ideas que nos debemos. Y uno de los interrogantes fuertes es cómo sumar energías y evitar la fragmentación tan típica de nuestra tradición. Porque si queremos desarrollar una red política solidaria y plural que articule esfuerzos que tiendan a la emancipación, tarea de largo plazo, debemos impulsar otras formas de organización que impidan la esclerosis de las vanguardias y de su militancia para poder resolver la contradicción entre la horizontalidad democrática y la efectividad de la acción conjunta. Esto supone "arriesgarse" a abandonar la comodidad del sectarismo y el dogmatismo y aprender a escuchar y a transmitir ideas.

Agosto de 2009

Estado, democracia y socialismo (*)

1) Introducción

A partir de las derrotas de los movimientos de liberación nacional en los setenta y de la implosión del campo socialista con su preludio simbólico en 1989, año de la caída del muro de Berlín, se consolidó la hegemonía del neoliberalismo como expresión del gran capital que dominó el escenario mundial, fenómeno llamado "globalización".

A comienzos de este siglo, en varios países de Sudamérica se produjeron distintos sucesos que alteraron los niveles de sometimiento padecidos durante el período previo. Producto de tales sucesos se abrieron diversas expectativas y creció con fuerza el debate político en la región. Parte destacada del mismo lo ocupa la significación del ***Estado***, la ***Democracia*** y el ***Socialismo,*** categorías atravesadas por la cuestión del poder que es fundamental para su evaluación política y para apreciar el lugar de interpretación.

Con el propósito de apuntar algunas ideas acerca de la tríada señalada y de ponderar sus alcances en la etapa actual, exponemos las siguientes definiciones generales que sitúan nuestro punto de vista:

El Estado *es la principal institución macro destinada al ejercicio del poder. A lo largo de la historia resultó una creación política al servicio de sectores minoritarios que, directa o indirectamente, detentaron su control e impusieron sus intereses a sus respectivas sociedades. Los interregnos emergentes de las grandes rebeliones y luchas populares, aun en los momentos de importantes logros*

(*) Publicado en la revista Tierra Socialista, papeles sobre democracia, socialismo y ecología política, Nº 2.

emancipatorios, no pudieron revertir el carácter de dispositivo de dominación inmanente al Estado.

Sus instituciones constituyen un producto histórico propio de cada orden social y no obstante las notorias diferencias de época y de las particularidades de cada caso, el Estado conserva dos cualidades fundamentales que lo singularizan: ser el principal organizador jurídico-político de las relaciones sociales y a la vez el garante del mantenimiento del orden frente a los conflictos generados por la explotación y la dominación que invisibiliza. Acorde a ello, se naturaliza su poder como única forma de preservar la convivencia social y se legitima su manejo del aparato represivo.

***La Democracia** es una forma de organización política para ejercer el gobierno del Estado. Originaria de Grecia (varios siglos a. de C.), literalmente significa "dominio o poder del pueblo". Sus distintas manifestaciones presentan dos formas básicas: la democracia representativa y la democracia directa. La primera plantea que "el pueblo" gobierna a través de sus representantes. La segunda demanda asambleas abiertas con participación colectiva y plural para tomar las decisiones que afectan al conjunto, sin intermediarios. Aquélla rige a los Estados modernos autotitulados democráticos en tanto que la última enfrenta los problemas que derivan de poblaciones numerosas y de la cultura jerárquica dominante. Por eso aparece como incompatible para gobernar el aparato del Estado con su organización piramidal en tanto que históricamente se mantiene la representación que implica delegación de poder.*

***El Socialismo,** en su vertiente marxista-leninista, impulsó una política revolucionaria que luchó por instaurar un orden social superador del capitalismo. Buscó poner fin a la explotación y la dominación y tuvo principio de ejecución en los inicios de las grandes revoluciones del siglo XX. Propugnó la socialización de los medios de producción y en su fase superior, la extinción del Estado. Sin embargo, el devenir de dichas revoluciones desembocó, crudamente o de modo subrepticio, en fenómenos de regresión capitalista y en formas de dominación tradicionales.*

Esas categorías forman parte de la lucha política por su importancia simbólica que juega un rol sustantivo en el debate actual. Apropiárselas adecuando su significación a los fines propios, resulta un valioso recurso para las disputas en el campo de las ideas. Y cuando se consolida la hegemonía cultural política de los sectores dominantes, éstos consiguen legitimar su discurso y desactivar la resistencia de los oprimidos. En contraposición, desmitificar ese discurso y gestar tendencias contrahegemónicas es una de las tareas insoslayables para quienes impulsan la emancipación.

2) Contradicciones y expectativas en torno al Estado

El sistema capitalista, considerando su historia, es una vía que no conduce a sociedades más justas, equitativas y en las que la vida digna esté al alcance de todos. Al contrario, sus antecedentes exhiben un panorama de depredaciones humanas y ecológicas que se pretenden enmascarar naturalizando el desarrollo de las fuerzas productivas[1]. A ello aporta el deslumbramiento por los impactantes avances materiales debidos a la revolución científica y tecnológica en curso. Fenómeno que alimenta el espejismo sobre la engañosa idea de "progreso" cuya fuente energética es la ambición más despiadada tras la ganancia. Como si ése fuera el único camino posible y resultara ajeno al envilecimiento ético y al deterioro de nuestra especie al calor de quienes hacen de su rapacidad una virtud.

Este señalamiento es sólo una primera aproximación a la compleja problemática contemporánea. Dado que el capitalismo hegemoniza las relaciones sociales del planeta, las resistencias a su voracidad asumen distintas formas. Lo común son las pujas para modificar el grado de sometimiento y disminuir los niveles de explotación mejorando las condiciones de vida de la población subalterna. Esto es parte de la lucha de clases que bajo la hegemonía actual dista mucho de originar una mutación del orden existente. Sin embargo, en los poros de la sociedad vieja surgen protagonistas y brotes de lo nuevo que abren posibilidades de futuras transformaciones. Y sobre esos dos andariveles, lo viejo y lo nuevo, se anudan los desafíos de la emancipación cuyo rumbo tiene que ver con las creaciones políticas capaces de gestar opciones reales.

Reconocer que hoy el capitalismo reina urbi et orbi, evidente realidad, plantea desde el inicio contradicciones e incongruencias pues su imperio, en rigor, muestra una unidad fragmentada. La diversidad cultural, política, económica y social planetaria presenta distintas formaciones capitalistas y regímenes de gobierno. Cabe preguntarse entonces: ¿dentro de qué márgenes y perspectivas se proyectan esas diferencias?

Acotando geopolíticamente la cuestión, tomaremos principalmente a Sudamérica y a nuestro país como principales escenarios para encarnar las

1 "...el desarrollo de las fuerzas productivas no es una mera operación técnico-científica, supone las relaciones de poder que la atraviesan." (*"El poder bajo sospecha"*, J.L.Cerletti, pág.119, 1997, Editorial de la Campana.)

categorías objeto de este ensayo que, por su alto contenido político y peso histórico, influyen decididamente en las polémicas del campo popular. Comencemos por referirnos al **Estado** en esta etapa.

En la última década se ha restablecido una fuerte corriente política en el subcontinente que rescata la importancia del Estado. Y para evaluar sus posibilidades aceptemos como hipótesis inicial que los gobiernos "populares" que controlan el Estado quieren limitar el poder de las grandes corporaciones y atenuar la influencia de los centros de poder mundial. En esa sintonía se inscriben varias medidas, desde las más radicalizadas hasta las más tibias, pero que responden a ópticas dispares y confusas si se observan las manifestaciones políticas de sus gestores.

Ejemplifiquemos lo dicho con una secuencia descendente respecto de los cuestionamientos a los dictados del poder hegemónico e indiquemos las formulaciones ideológico-políticas respectivas: "Socialismo del Siglo XXI", "Capitalismo Andino", "Capitalismo 'Serio' de orientación industrialista" (neodesarrollista) y agreguemos, según nuestro criterio, a los que designamos como "Capitalismo endeble" y "Capitalismo corporativo de tradición nacional-expansiva". Aquí excluimos a los gobiernos que asumen expresamente los mandatos del gran capital, hoy los de Colombia, Perú y Chile. Complementamos aquella secuencia siguiendo el orden de los países que la encarnan: Venezuela y Ecuador; Bolivia (mezcla de las dos primeras formulaciones); Argentina; Uruguay-Paraguay; y finalmente Brasil.

Referirnos a aquellas variables emblocándolas bajo el término "populismo" nos parece erróneo por más que esté de moda y sea del gusto de quienes lo descalifican como de los que lo asumen de buen grado. Pensamos que resulta un término que no ayuda a esclarecer la situación que transitamos. Remite a otros períodos en que pivotaba entre capitalismo y socialismo mientras que en esta etapa sólo sirve de muleta político conceptual por ausencia del campo socialista.

Empecemos por no confundir gobiernos con Estado. Aquéllos surgen de la luchas políticas sectoriales que son de carácter contingente mientras que el Estado es una macro institución estructural y estructurante. La capacidad de maniobra de un gobierno se desenvuelve, metafóricamente hablando, dentro de dos cercos o anillos limitantes, uno corresponde al orden social que confiere su particularidad al Estado; el otro, a su cualidad histórica como dispositivo de dominación (ver Introducción). Los espacios políticos delimitados por esos cercos son flexibles en función de las

luchas de clases y sectoriales inherentes a cada sociedad. Pero mientras la ruptura del primer cerco implicaría un cambio de orden social, la ruptura del segundo aún constituye una deuda pendiente de las políticas de emancipación. Es que el Estado sigue rigiendo y la duración de su existencia (probablemente longeva) resulta impredecible tanto como su anclaje en la cultura que tenemos incorporada.

Dentro de ese cuadro el orden capitalista subsistirá de no mediar una verdadera ruptura. Las experiencias que produjo el llamado "socialismo real", eufemismo que desacopla el proyecto socialista de sus efectos no deseados, desdijeron lo que se creyó constituía una ruptura. O sea, el fenómeno de descomposición interna de esas sociedades exhibió el enorme obstáculo que significa sobrepasar el segundo anillo. Y ésta no es una mera especulación teórica sino la evidencia concreta que dejaron los sucesos de fines del Siglo XX. Ocurrió todo lo contrario de la extinción del Estado prevista por Marx y Lenin refutando sus ideas al respecto[2]. Es que el presunto Estado Revolucionario, con su concentración de poder, resultó uno de los grandes promotores de la implosión del campo socialista, tema que ya hemos abordado en otros textos. Lo imprevisto y negativo de ese acontecimiento dejó sin sustento a la concepción marxista del Estado y fogoneó la búsqueda de nuevos horizontes.

Ahora, trasladados al presente, aquel fenómeno inimaginable en los inicios de los 70 llama a la reflexión sobre las acechanzas que conlleva la propuesta de "recuperar el Estado", política que hoy impulsa la corriente mencionada en varias de las naciones sudamericanas. Piénsese que a pesar de sus notorias diferencias, el factor común de mayor peso es que, en lo fundamental, todas funcionan en base a relaciones capitalistas. Aparecen entonces contradicciones entre el grado de independencia relativa de los países y su inserción en el mercado mundial y entre los márgenes de maniobra que otorga el control del aparato estatal y el peso de los grupos de capital concentrado. En última instancia, los límites que presenta la situación

2 "La posibilidad de esto está garantizada por el hecho de que el socialismo reduce la jornada de trabajo, eleva a las masas a una nueva vida, coloca a la mayoría de la población en condiciones que permiten a todos, sin excepción, ejercer las 'funciones del Estado´, y esto conduce a la extinción completa de todo Estado en general." ("*El Estado y la Revolución*", V.I. Lenin, pág.104, - 1917 - Editorial Anteo). "...surge inevitablemente ante la humanidad el problema de cómo pasar de la igualdad formal a la igualdad de hecho, es decir a la realización del principio 'de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades´. A través de qué etapas, por medio de qué medidas prácticas llegará la humanidad a estos objetivos elevados, es cosa que no sabemos ni podemos saber." (Ibid. Pág. 88).

actual remiten a las leyes del sistema. Sin embargo, las luchas políticas de los distintos actores generan tensiones de variable magnitud y crean posibilidades de transgresiones y de rumbos imprevistos.

Es que en esta década se abrió en Sudamérica un espacio cuyas proyecciones no deben tomarse a la ligera. Está gestándose un polo regional integrado por varios países que, como dijimos, se desarrollan dentro del marco del capitalismo. Lo cual supone que el proceso de concentración, la pugna por la ganancia y el reparto de la riqueza junto a las disputas competitivas, pondrán a prueba las políticas de los gobiernos más radicalizados en la medida en que pretendan frenar la dinámica de la concentración y ni qué decir si plantean un cambio de sistema como los que responden a la consigna del Socialismo del Siglo XXI.

Como señalamos, los límites estatales de la política de emancipación quedaron claramente expuestos en función de las experiencias vividas en el siglo XX por el comunismo y los movimientos de liberación nacional. Es más, nuestra propia experiencia también lo corrobora si apreciamos la historia del peronismo real. Pero hablar de límites supone una perspectiva estratégica lo cual no excluye que se transiten momentos favorables a los intereses populares dentro del marco del sistema. Sólo que si esa perspectiva se circunscribe al desarrollo capitalista y no se gestan políticas que lo desborden, tarde o temprano se producirá la regresión de dichos momentos.

Esto último presenta otro tipo de interrogantes que sintéticamente los podríamos dividir en dos niveles interrelacionados. El primero se vincula con los alcances actuales del Estado-Nación, en particular en países subalternos como los sudamericanos, incluido Brasil cuya fortaleza relativiza el adjetivo. El otro, es el referente a las resistencias de los de abajo que resultaron fundamentales para el ascenso de los mencionados gobiernos. Y en especial, las luchas que portan semillas de lo nuevo, como ser las de 2001/02 en Argentina, el Caracazo en Venezuela, las "guerras" de El Alto en Bolivia, las rebeliones populares en Ecuador, el zapatismo en México (aunque pertenece a América del Norte, lo incorporamos por su importancia e influencia).

Del seno de esas experiencias, directa o indirectamente, nace otra concepción acerca del Estado y otro modo de hacer política. Se cuestiona el principio clásico de la "toma del poder" y se promueven **políticas**

independientes o a distancia del Estado[3]. Se trata de crear y de impulsar organizaciones independientes donde circule el poder, vale decir, que las decisiones no se concentren en cúpulas que se perpetúen en el mando, sino que sean rotativas en función del crecimiento y protagonismo de sus miembros. Desde luego implica un proceso azaroso, con marchas y contramarchas y donde, entre otras cosas, habrá que resolver el arduo problema de la representación. Pero impulsar una política a distancia del Estado no quiere decir ignorarlo ni desentenderse de las acciones que de él derivan y que tiñen las distintas coyunturas.

Según cómo se encare esta cuestión surgen divergencias y polémicas entre los que propiciamos políticas independientes del Estado. Existen interrelaciones entre lo viejo y lo nuevo que no nos parecen descartables ni ajenas a la construcción de una política emancipatoria. Esto supone captar los momentos que favorecen la incubación de lo nuevo a pesar de los conflictos y las sustantivas diferencias con las políticas estatales. Y en ese plano ubicamos esta movida de los gobiernos que intentan desplazar el eje de las decisiones político-económicas al ámbito local y quieren recuperar los mecanismos de regulación económica del Estado. Así se da la contradicción sobre el papel atribuido a un mismo Estado, lo cual expone las disputas sectoriales y vuelve a plantear, en otra instancia, los alcances y perspectivas de los Estados-nación subalternos. Tal situación implica la problemática de los tiempos que es indisociable de cualquier trayecto emancipatorio.

Lo novedoso de esta coyuntura no es el intento en sí mismo sino que se da luego de la formidable ofensiva neoliberal de los noventa y sin la existencia del "segundo mundo" socialista como factor internacional equilibrante. También que se mantiene no obstante la gran crisis mundial capitalista iniciada en 2008 con epicentro en los países del primer mundo. Y como la misma cae fuera de la temática de este trabajo y ya la abordamos en artículos anteriores [4], no nos detendremos en ella.

---

3 "...que sedimenten trayectos políticos que deterioren la hegemonía del poder dominante y que, sin renunciar a arrancarle concesiones concretas, creen subjetividades distintas que se den nuevas formas de organización sin reproducir el doble papel que cumple el Estado bajo su unívoca apariencia de organizador social. Luego, su extinción no es un objetivo en sí mismo sino una posibilidad dentro de un proceso hacia la gestación de nuevas relaciones y otro modo de organizar la actividad colectiva. Para lo cual no existen fórmulas ni plazos, sólo la convicción acerca del impedimento que representa el Estado en el ánimo de quienes se proponen erradicar la dominación." (*"El Estado des...velado"*, J. L. Cerletti, diciembre 2005, obra inédita.)

4 *"Crisis, volver a las fuentes"* (27/10/08); *"Sensatez y sentimientos"* (14/04/09). Artículos publicados en La Fogata.

En cuanto a la construcción de un polo regional traccionado por una subpotencia como Brasil, pareciera brindar la posibilidad de un desarrollo político-económico con cierta independencia de los factores de poder mundial (a eso le llamamos neodesarrollismo). No obstante sus avances no le vemos una perspectiva promisoria por las contradicciones de intereses entre las respectivas burguesías dentro de las que se pueden incluir las burocracias estatales. Sin embargo, comparado con el período de la feroz ofensiva neoliberal y ni qué decir con las dictaduras genocidas, esta etapa emerge, en el más modesto de los casos, como "un veranito de San Juan". Y a pesar de los riesgos implícitos, creemos que ese espacio político abre posibilidades aprovechables para los gérmenes de lo nuevo.

Uno de los problemas irresueltos de éstos es su alto grado de aislamiento respecto del conjunto de la sociedad. Es que las contradicciones emanadas de la política tradicional no tienen que desestimarse en base a un finalismo abstracto sino que deben servir para potenciar la política propia en las coyunturas que lo justifiquen. Máxime si se piensa que el futuro se construye desde el presente. Lógicamente las distintas interpretaciones motivan polémicas. Pero lo que nos parece erróneo es igualar situaciones de manera indiscriminada cualquiera sean las circunstancias que se den.

Como es obvio, mientras exista el Estado capitalista las políticas que giran alrededor del mismo continuamente tenderán a cooptar a todo lo que escapa a su esfera de influencia. Es otro de los problemas a resolver porque resulta unilateral externalizar los males que nos aquejan cuando lo primero que tendríamos que hacer es interrogar a nuestra praxis. En ese sentido surge una pregunta disparadora: ¿por qué se diluyó la potencia del movimiento asambleario de 2001/2002? Deuda pendiente para quienes nos movilizamos tras nuevos horizontes.

En la misma proporción que la política se sumerge en lo inmediato, crecen las dificultades para concebir una construcción tendiente a la emancipación que es de carácter estratégica. Y la necesidad de articular ambos niveles corre a la par de la exigencia de contar con proyectos que orienten la praxis y generen trayectos que vayan aportando nuevas opciones.

Esa exigencia eleva a primer plano el tema de la democracia y el socialismo por su rol histórico y su alto contenido político estrechamente ligado a la "muleta embrujada" del Estado. Sostén que posibilita dar pasos pero del que debemos prevenirnos pues orienta por caminos que tienden a alejarnos de los principios y fines de la emancipación.

3) La democracia y los espejismos del discurso hegemónico

*Espejismo: "Ilusión óptica debida a la reflexión total de la luz cuando atraviesa capas de aire de densidad distinta, con lo cual los objetos lejanos dan una imagen invertida,...//**2. ilusión...**" (diccionario de la Real Academia Española)*

La democracia representativa es la estrella política en el firmamento de Occidente. Los fulgores de dicha estrella encandilan generando ilusiones y esperanzas. Pero cuando se contrasta con los hechos la imagen que ofrece el discurso hegemónico, comienzan a esfumarse los espejismos que distorsionan su verdadera naturaleza. Espejismos valorizados en el imaginario social de nuestros países por contraposición a los horrores de las dictaduras militares que asolaron nuestras tierras.

Sabido es que la modernidad acuñó el concepto de democracia, afín a gobierno popular, lo que fue sintetizado en la frase emblemática: "**Gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo".** La que tuvo encarnación en la República en el orden institucional y en la democracia representativa como forma de gobierno.

Obviando aquí las interpretaciones que suscita el término pueblo[5], ahondemos en la significación de **la democracia representativa** que patrocinan los mentores y beneficiarios de las potencias occidentales y que ahora, en lo que va del siglo, alcanzó vigencia en nuestro continente pero incorporando ciertas señales de rebeldía.

Digamos que entre el "*del*" y las preposiciones *"para"* y *"por"* existe una tácita contradicción. Enunciar el gobierno "*del*" pueblo no se aviene con el "*para y por*" pues remiten a la delegación. En cambio, si el gobierno fuera efectivamente "*del*" pueblo, la delegación resultaría una mención carente de sentido. Es que el lenguaje, por ser polisémico, se presta a los equívocos y a las trampas en su empleo.

La democracia representativa ostenta una larga historia pero el "gobierno *del* pueblo" es un eufemismo que evidencia el espejismo que crea esa idea ya que el pueblo, en verdad, es el gobernado. Luego, quedan disimuladas las

5 "*Pueblo* es un significante de vieja data que sufre distintas metamorfosis según sea quien lo invoca. Pero conserva la cuota de dominio a cuya apelación remite. Se trate de la 'espiritual´ enunciación del 'pueblo de Dios´ o la terrena consigna de la democracia como gobierno del pueblo". "Pone ficticiamente en él los atributos del poder que están en otro sitio: en el de sus representantes. ("*El poder y el eclipse del socialismo*" pág. 65, J. L. Cerletti, 1993, Centro Editor de América Latina.)

luchas por el poder que fundamentan la susodicha democracia. Aquí coexisten dos sesgos diferentes aunque íntimamente relacionados. Uno, los obstáculos reales que supone el autogobierno de sociedades numerosas. El otro, de hondo significado político, la problemática de *la representación*.

"La representación es una figura milenaria inherente a los Estados que instrumentan los gobiernos y las organizaciones en general. Desde las teocracias esclavistas del lejano oriente pasando por las monarquías absolutas del siglo XVIII hasta llegar a las actuales repúblicas democráticas, la representación resulta el embudo que transvasa el poder de las mayorías a las minorías y que permite sobrellevar los conflictos posibilitando el funcionamiento colectivo. Conviene recordar que esta figura ha salido airosa de las crisis y revoluciones más profundas de la historia cualquiera fuese la forma con que emergió después de cada colapso."

"Entendemos que la representación no es sinónimo de poder, luego debemos establecer la diferencia. La representación indica delegación de poder en alguien pero asimismo presupone que esa delegación de poder está ceñida a un mandato conferido por otros. O sea, el poder de decisión de alguien, en tanto no se independice de los otros, indica una atribución otorgada voluntariamente que le concede un poder relativo y acotado. En cambio el poder es la capacidad de decidir por otros, de imponer la propia voluntad per se. Y no se trata de una diferencia de grado puesto que la voluntad que debiera expresarse a través de la representación es la de los otros mediada por el representante. Y aquí, en la mediación, aparece el nexo y el principio de trastocamiento."

"Lo que tienen de común consiste en el desplazamiento del sujeto de poder velado por la mediación. Como producto de ello se efectiviza el poder que representa lo que no es para imponer su realidad oculta. Se manifiesta así la operatividad de la figura constituida en vía regia para el ejercicio del poder lo cual es sustancialmente funcional a todas las organizaciones jerárquicas."[6]

La representación acarrea una tensión permanente entre representantes y representados que oscila entre la armonización de intereses hasta su franca adulteración, pero siempre conservando la diferencia de poder entre unos y otros que es el vivero de la dominación.

---

6 *"Las relaciones de dominio como lazo social"* (págs.13 y 14, J. L. Cerletti, 1999, edición propia y limitada). En el texto transcripto se sustituyó "representatividad" por "representación" para adecuarlo a los términos actuales.

Si introducimos ahora estos conceptos generales en la conflictiva actualidad aparece un núcleo dominante que se distribuye y a la vez disputa el poder en el mundo. Quizá lo más ilustrativo resulte apreciar las jerarquías de poder que atraviesan el planeta junto a la fachada institucional con que se exhiben. EE.UU., Alemania, Inglaterra, Francia y Japón, potencias rectoras del capitalismo, asumen la democracia representativa con sus diferencias y matices y la erigen en el modelo que deben seguir los demás. Dentro de ese grupo de potencias centrales está claro que la gran burguesía (diferenciaciones internas aparte) ejerce la hegemonía en sus respectivas naciones y áreas de influencia. La excepción a nivel potencias es China conducida dictatorialmente por el Partido Comunista. Pero "milagros" de estos tiempos, el PCCH. gobierna esa nación "socialista" impulsando una economía capitalista que conlleva su poderosa matriz cultural.

Lo anterior se complejiza cuando se introduce a las grandes corporaciones en la ecuación de poder mundial, porque sus intereses permean a los países dominantes aportando la savia de sus políticas que se expanden y condicionan al resto del planeta. Esto amplía el enmascaramiento de la representación en virtud de la injerencia de instituciones privadas, ajenas en apariencia a la política pública, que controlan al Estado realmente y lo subordinan a sus negocios. Sea mediante el concurso de gerentes en puestos importantes de gobierno, funcionarios que pasan a cargos ejecutivos de las corporaciones, usufructo del erario público, presiones de lobbys empresariales, etc., etc. Todo lo cual no es más que un efecto del formidable proceso de concentración y centralización del capital. Quizás el ejemplo más instructivo de lo que significa la democracia representativa para la política hegemónica resulte la guerra que desataron las grandes potencias en Irak. Invadieron a ese país alegando que lo hacían para derribar a un peligroso dictador que comprometía la paz de la región y para llevar la democracia a la sufrida población. Mintieron alevosamente pues las armas nucleares que dijeron tenía el dictador, publicitada causa de la invasión, tuvieron que desmentirla. Además, pocos años antes armaron al mismísimo régimen de Hussein en su guerra contra Irán, en tanto que la "democracia" injertada resultó una mezcla de ejército de ocupación y de corrupción mientras el pueblo "salvado" padeció una agresión bélica que dejó un enorme tendal de víctimas civiles. Y como colofón de tamaño cinismo, los verdaderos beneficiarios y motores de la guerra son los trust petroleros y armamentistas.

Ahora cambiemos de escenario y volvamos a Sudamérica. La historia de la democracia en el subcontinente y en nuestro país, es muy conocida. Pero

aquí nos interesa señalar los cambios del imaginario político-ideológico en este período en que el discurso hegemónico exalta a la democracia como forma de vida idílica y al margen del orden social que la cualifica y sostiene. Empezando por su identificación con la democracia representativa "realmente existente" ligada a la política espectáculo. En ese sentido, los efectos hegemónicos se reflejan en el hecho de que su discurso prendió en vastos sectores del voluble espectro llamado "progresista", otrora impugnadores de la democracia desde distintos posicionamientos "revolucionarios".

Como es obvio, no se trata de un giro meramente individual sino que se produjeron dos acontecimientos correlativos determinantes del "cambio de época": el triunfo de las dictaduras militares genocidas sobre los movimientos populares y la desestructuración del socialismo, a nivel Estados y de ideologías. En este último aspecto, con el adjetivo de burguesa antes caracterizábamos y descalificábamos a la democracia. Algo tan cierto como inexacto pues lo que realmente generaba los conflictos y grandes resistencias masivas de entonces era la proscripción lisa y llana del peronismo, el mayor movimiento popular argentino. Sólo que el mismo expresaba un frente clasista.

Pues bien, desde el punto de vista de las clases que controlan y usufructúan estas democracias, la supremacía de la burguesía hoy es tan vigente como antaño. Pero en el caso de nuestros países subalternos y en las actuales circunstancias, tal calificativo es insuficiente por varios motivos. Enumeremos algunos: el alcance de la categoría *clases sociales* está en discusión que abarca también a la teoría marxista; hoy no existen en el mundo opciones emancipatorias como expresión de una clase; la burguesía está tan fragmentada como el resto de la sociedad y la hegemonía de las grandes corporaciones no inhibe alianzas sectoriales que le disputen el control del Estado a pesar de su incuestionable dominio económico. Aunque este breve punteo resulte incompleto, plantea incógnitas acerca de las posibilidades que brinda el Estado y la democracia representativa como soportes de los sectores subalternos. En ese plano, un tema candente y polémico son las perspectivas políticas de los Estados nacionales y de los agrupamientos regionales respecto de los centros de poder mundial.

Pensando en la situación actual de Argentina, promover una política "nacional y popular" que recupere el control político-económico del Estado dentro del marco capitalista, pareciera un *revival* poco promisorio. Aclaremos de entrada que las fuerzas políticas que se desenvuelven en el terreno electoral se han polarizado. Que en esa oposición binaria no incluimos a

la llamada centroizquierda cuya ambigüedad y peso electoral han tenido variados altibajos a lo largo del tiempo, al igual que sus propuestas "progresistas" adaptadas a la legalidad del orden capitalista (Chacho Álvarez dixit). Y lo hacemos no sólo por los contradictorios alineamientos de este sector sino porque los mismos nos parecen de menor envergadura política que la del oficialismo como para tomarlos de referentes de las políticas estatales. En cuanto a la "izquierda" anquilosada, la descartamos pues, aunque pueda molestar, representa la inocua negación sistémica del sistema.

Quizás el mayor mérito de la conducción cupular del gobierno sea su capacidad táctica, tanto en la promoción de sus iniciativas como para reaccionar frente a sus errores. Desde junio de 2009 a la fecha ha transcurrido un lapso pródigo en ejemplos que lo atestiguan. Y aquí se abre una doble instancia para el debate que también comprende a las experiencias afines que se dan en Sudamérica no obstante sus notorias diferencias.

Tomando a nuestro país como caso testigo "intermedio", si se evalúa al gobierno comparado con la ola neoliberal de los noventa, no existen mayores dudas acerca de su carácter positivo (soslayamos a los que hacen "su agosto" criticándolo). Y si nos ceñimos a la lógica de las políticas estatales, el kirchnerismo representa lo más potable de "lo posible" que es lo tolerable dentro de las reglas del sistema.

Pero la cuestión cambia de color cuando se piensa en sus proyecciones y en su metodología de construcción. Son otros los requerimientos y aquí no sirven las comparaciones con la pobreza de la "oposición", servil a los grupos de poder que a la vez están preocupados por la incapacidad y mezquindades de aquélla para construir un frente común.

Pareciera que "el modelo" que procura llevar adelante el kirchnerismo apunta a gestar un segundo Estado de Bienestar, proyecto que muestra un lejano parentesco con las políticas del primer gobierno peronista dadas las distintas circunstancias actuales producto del proceso de acumulación capitalista y de su inserción internacional.

No hay dudas de que el capital concentrado interno y externo es económicamente hegemónico en el país. ¿Cómo se concilia esto con el presunto Estado de Bienestar? Porque la burguesía nacional, llamada a darle sustento productivo a un proyecto "nacional y popular" con vistas al desarrollo del mercado interno, hoy es muy endeble comparada con la que existía en los años 40/50 y por más que entonces fuera mayoritariamente refractaria al peronismo. Y justamente ese poder hegemónico se opone a asignarle al Estado

el papel de regulador de la economía por más que en los últimos años el crecimiento económico del país, en función de aciertos del kirchnerismo y de condiciones favorables del mercado mundial, oxigene tal perspectiva política.

Cabe una reflexión sobre tal perspectiva en el marco de la democracia representativa vigente. Ya expusimos básicamente nuestra interpretación acerca de ésta y en cuanto a gestar políticas independientes, sobrepasar los límites de la representación tradicional exige articular el presente con el futuro desde otra praxis. Esto supone un lento proceso de construcción política que genere subjetividades autónomas del poder del Estado y que abran nuevos espacios favorables a su acción. Proceso que debe ir creciendo a partir de lo local y que implica transitar por una delgada cornisa que separa autonomía de autismo. Porque negar la política estatal omitiendo sus contradicciones y desconociendo por principio sus hechos positivos, es encerrarse en una postura que inexorablemente conduce al aislamiento. Y esto, en verdad, perjudica el desarrollo de políticas a distancia del Estado dificultando la expansión de la participación popular que de por sí tiene que remontar el enorme contrapeso de la cultura dominante.

Un ejemplo concreto de lo que queremos decir surge de la Ley de Medios que contó con una genuina participación ciudadana en su elaboración. La difusión del debate expuso el manejo mediático de los grandes grupos económicos, la gravitación política de sus "formadores" de opinión, la manipulación informativa de la autodenominada "prensa libre" y la importancia de la transparencia. Y aunque el gobierno no resulte ajeno a los manejos que critica, esa movida contribuye a generar conciencia en la sociedad en sintonía con reivindicaciones afines a la emancipación. Mas, para que ésta tenga encarnadura deben desarrollarse opciones políticas propias.

4) El socialismo y las paradojas del poder

"...si no logramos des-privatizar la política, entendiendo, de manera muy simple ésta como la manera de auto-regular la convivencia común, de dialogar, de confrontar, de decidir y de ejecutar'". ("Palabras en el 2º viento" de Oscar Olivera)

En cuanto se plantea la emancipación con un horizonte post capitalista emerge una paradoja de nuestro tiempo. La historia de la lucha de clases y la cultura política que tenemos interiorizada nos hacen asumir, casi como acto

reflejo, la necesidad de acumular poder como precondición de cualquier transformación del orden social. E inmediatamente se asocia al Estado con la gran palanca de cambio y objeto de aquella acumulación. Del examen e interpretación de la lucha de clases nació la convicción revolucionaria de la "toma del poder" o sea, de la toma por asalto del aparato del Estado. Pero, luego del triunfo, los sucesos posteriores sorprendieron con una novedad paradojal: la historia reciente demostró que semejante palanca terminó constituyéndose en un instrumento al servicio de la dominación.

En la cita que transcribimos se plantea *"desprivatizar la política"* y esta sintética formulación contiene un significativo potencial para las nuevas ideas que vienen circulando desde la implosión del campo socialista y de la profunda crisis político-ideológica que acompaña a dicho acontecimiento.

Reflexionemos sobre esa original formulación. Privatizar habla de relaciones económicas y proviene de una matriz indisociable del régimen de explotación capitalista: la propiedad privada. En tanto que la política es el campo en el cual se dirimen las luchas por el poder. En esos dos planos se verifican, respectivamente, relaciones de explotación y relaciones de dominio que en forma indirecta asocia el enunciado. Porque desprivatizar la política supone que ésta es objeto de apropiación como lo es la que se ejerce sobre el trabajo ajeno, o sea, la explotación. Ese lazo virtual sugiere los fines de la emancipación: terminar con la explotación y con la opresión. Y fue la teoría marxista la que desnudó la estructura capitalista basada en la explotación y la dominación y la principal fuente donde abrevaron los revolucionarios en procura de lograr una sociedad más justa, igualitaria y libre. No obstante, la certera crítica a la política burguesa no percibió las falencias propias que quedaron fuera de su campo visual. Así se llevó a la práctica la idea política de "la dictadura del proletariado" [7] como medio para la construcción de una sociedad liberada ("sin clases"). En realidad, en esa línea y sin proponérselo, se estaba vulnerando el íntimo nexo entre la explotación y la dominación. Es que, por un lado, la socialización de los medios de producción fue una bandera indeclinable de las revoluciones socialistas y requisito básico para terminar con la explotación. Mientras que de otro, el eje vertebral de su política fue la dictadura de clase y no la socialización

7 "Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1) que *la existencia de las clases* está vinculada únicamente "a f*ases particulares, históricas, del desarrollo de la producción*; 2) que la lucha de clases conduce "necesariamente a la *dictadura del proletariado*; 3) que esta misma dictadura sólo constituye la transición a la *abolición de todas las clases* y a una *sociedad sin clases*." ("*Carta de Marx a Weydemeyer*", 5 de marzo de 1852; págs. 56 y 57 , Correspondencia, Editorial Cartago).

del poder.[8] Obviamente se pueden alegar muchas justificaciones históricas pero lo concreto es que esa política condujo a las dictaduras de los aparatos y, por esa vía, a la restitución de la explotación capitalista.

Hoy se puede afirmar que los puntos 2 y 3 de los tres extractados de la carta de Marx (ver nota 7) que señala como sus aportes originales y que da por demostrados, no se cumplieron y desembocaron en la comprobación opuesta. Lo cual en nada empaña el talento de Marx que fue el máximo referente durante casi 150 años de la lucha en el planeta contra la explotación y el sometimiento. Pero una de las deudas pendientes fue el fallo implícito en la cuestión del poder, tema irresuelto hasta nuestros días y eje principal de las ideas y experiencias innovadoras en el presente. En ese sentido, lo que expresa Olivera en el final de la cita coincide con nuestra orientación e integra el amplio espectro de quienes buscamos romper los condicionamientos del orden existente que nos maniata desde afuera y también, en cierta medida, por dentro.

Cuando se enfoca la situación actual para establecer rumbos favorables al desarrollo de las experiencias que promueven la emancipación, surge la paradoja comentada. La concentración de poder pareciera el camino para producir cambios de envergadura dadas las condiciones vigentes, entonces ¿qué sería necesario crear para no reproducir las experiencias propias y ajenas al respecto? Porque como hemos visto, la movida política que se desarrolla en Sudamérica, sin excepciones, gira en torno al control del Estado. Y contrariamente a lo acontecido con los golpes militares, el ascenso de los gobiernos de tinte popular provino de elecciones limpias que, a primera vista, constituyen la base de su poder. Mas, fueron las grandes pueblades las que posibilitaron la mayoría de esas victorias, al menos en los casos de Bolivia, Venezuela, Ecuador y Argentina. Y no es casual que en los tres primeros se levante la consigna del Socialismo del Siglo XXI ya que existe una notoria correspondencia con la profundidad de las rebeliones populares.

Su fuerte carga simbólica, en este período de "globalizador" conformismo capitalista, tiene relevancia en tanto contribuye a que se piense lo

---

8 "...un primer paso para despojar a la representación de su carácter de medio para usufructuar el poder es obturar el desplazamiento e `intervenir´ la mediación. Creemos que es una tarea insoslayable y que hoy está al alcance de grupos reducidos aunque constituya un gran esfuerzo cultural-político." (...) "Y actuar sobre la mediación para nosotros significa hacer circular el poder. Que dicha mediación, en tanto sea necesaria, se renueve en el tiempo y en las personas ya que es preferible resignar temporariamente capacidades a que esas capacidades terminen resignando al conjunto como ocurrió con el revolucionario `asalto al poder´ que terminó en un despojo a la emancipación." (Ibid. "*Las relaciones de...*", pág. 18).

inmediato ligado a proyectos de futuro. No obstante, el audaz lanzamiento de esa propuesta de amplia repercusión en nuestras latitudes, entendemos que presenta una significativa semejanza con el socialismo del siglo pasado. Esto entra en contradicción con el propósito de rescatar el potencial transformador del socialismo, hoy sumido en profunda crisis. Situación que demanda reflexionar y debatir en torno a las ideas y propuestas que procuran abrir nuevos cauces hacia la emancipación. Y como ésa es la intención de quienes propician el Socialismo del Siglo XXI y en razón de las expectativas que despierta, merecería un análisis pormenorizado cuya extensión desbordaría los límites de este ensayo. Luego y a título ilustrativo, aquí sólo apuntamos algunos juicios que exponen nuestra interpretación referida a varios de sus fundamentos teóricos.[9]

En consecuencia, las opiniones siguientes son sintéticas referencias críticas acerca de los fundamentos que no compartimos. A saber: a) la concepción de la vanguardia y del poder es análoga a la que caracteriza a la praxis tradicional; b) tiene una mirada evolucionista y positivista al igual que sus ideas sobre la ciencia; c) la "economía de equivalencias" que plantea como modelo, a pesar de sus aportes tecnológico-científicos, no rompe con la teoría del valor y se basa en un economicismo que desvaloriza a la política; d) la democracia participativa que propone, valioso aporte, está en contradicción con la concepción del poder que sostiene; e) según lo anterior y considerando las antecedentes históricos, las proyecciones de esta política no rebasan las barreras del capitalismo de Estado.

Ahora bien, lo más valioso de esta etapa son las movilizaciones populares que produjeron resultados importantes, como ser: la visibilización social y el ascenso político de los pueblos originarios, la defensa de la vida y de la naturaleza en el planeta, la crecientes luchas de género y contra toda forma de discriminación, la independencia política que alcanzaron varios movimientos sociales con su otro modo de concebir el poder, la valorización de la democracia directa, expresiones significativas de políticas de signo emancipatorio que se diferencian y a la vez presionan al Estado. En ese marco, las contradicciones que se generan con los gobiernos de tinte popular alcanzan distintos niveles según los casos. Sin embargo, opinamos que no hay que antagonizarlas pues Sudamérica vive una situación de futuro incierto en la que se deben preservar los espacios que puedan favorecer a

9 Para quien se interese en una exposición teórica acerca del Socialismo del Siglo XXI puede consultar: *"Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI"*, Heinz Dieterich, 2005, Editorial Nuestra América. Hay una edición posterior además de numerosos artículos del mismo autor.

las nuevas tendencias que precisan desarrollarse en la sociedad. Éstas tienen que superar la tendencia a la fragmentación que beneficia a los sectores minoritarios cuyo poder emana de la concentración de la riqueza. Luego, es necesario estimular y preservar aquella savia que recorre "las venas (aún) abiertas de América Latina" y que circula a distancia del Estado sembrando experiencias que apuntan a la socialización del poder. Lo cual demanda tiempo de maduración y de aprendizaje para llenar nuevas páginas que recién se están escribiendo.

Si se impulsa el socialismo como vía superadora del capitalismo, habrá que rescatar sus principios e ideas perdurables pero potenciándolos desde otro lugar. Hoy se puede afirmar que la socialización de los medios de producción sin la socialización del poder fue una causa clave de la frustración que supuso no superar la barrera del capitalismo de Estado. Clave soterrada por la explicación economicista de que en los grandes procesos revolucionarios "no estaban dadas las condiciones materiales" para zafar de relaciones capitalistas. El grado de verdad que pudo encerrar esa idea ocultaba la cuestión del poder inherente a la política que atraviesa a la estructura económica. Y hoy carece de fundamento sostener que "no estén dadas las condiciones materiales" para que se desarrolle el socialismo, vale decir, un orden social que respete y beneficie tanto a la naturaleza como a los seres humanos. Para satisfacer sus necesidades y rebatir aquella falacia, sobran holgadamente los presupuestos mundiales destinados al armamento y al tráfico de drogas, tan dañinos como inservibles. Pero como la economía es el soporte principal del poder en el capitalismo y la obtención de ganancias su razón de ser, resulta ingenuo imaginar la cuestión en términos de "racionalidad económica". Es la lucha política la llamada a subvertir el statu quo. Solo que para lograrlo se debe comenzar por resignificar y subvertir los propios conceptos relativos a la política para que ésta se transforme en promotora de la emancipación.

Mientras tanto vivimos un período paradojal. En nuestro país y en el subcontinente, surgen acciones positivas frente al avasallamiento que produjo la ofensiva neoliberal. Sin embargo luego de varios años de luchas y resistencias, hoy aquí, el protagonismo principal pasa por los partidos y sus dirigentes que reproducen la praxis tradicional que disputa el control del Estado. Fundamentalmente se trata del mismo elenco de figuras que fueron repudiadas en la crisis de 2001/02, por más que existieran diferencias entre ellas lo que sumado a las reconversiones originaron el proceso kirchnerista. Mientras, lo nuevo que prometía advenir después de la crisis, aparece desdibujado y en retroceso.

Esta situación nos tiene que hacer reflexionar particularmente a quienes apostamos a este nuevo horizonte emancipatorio. Habrá que debatir en profundidad los alcances del Estado, la democracia representativa y el socialismo. Porque a esta democracia, hija de las graves heridas que infligió la dictadura genocida a nuestra sociedad, se la presenta como lo mejor de lo posible con la graciosa concesión de que es perfectible, como si se tratara de un problema de ajustes. En cambio, las elecciones resultan un mecanismo encubridor en tanto no habilitan una genuina participación de la sociedad y no se crean formas reales de transparencia y revocación de mandatos. No es casual entonces que se afiance la cultura de la delegación que alimenta toda suerte de agrupamientos corporativos, comenzando por los políticos. Detrás o delante de ellos, según se prefiera, operan las grandes corporaciones de capital que junto con el poder mediático y el confesional son verdaderas fábricas de subjetividades. En contraste, quien denuncia tal situación es pasible de ser juzgado como "antidemocrático".

Para corrernos de ese lugar desde otra inteligencia del socialismo, habrá que reformular la cuestión del poder y por tanto, revisar las viejas tesis a la luz de la experiencia acumulada para impulsar una verdadera democracia, justa e igualitaria. Mas, esa es una tarea de largo aliento que tendrá que sedimentar en subjetividades que se opongan al orden establecido y que gesten políticas capaces de producir semejante acontecimiento. ¿Quién puede prever las luchas y feroces resistencias que engendrará? Mas, lo único cierto es que nada se logra si no se empieza por intentarlo. Y seguramente habrá que convivir mucho tiempo con el poder del Estado y con todas las variantes que se quiera respecto de sus inquilinos. Por eso desarrollar una política independiente del Estado constituye un gran desafío y exige nuevas formas de concebir y de llevar a la práctica lo colectivo.

1 de septiembre de 2010

"Utopía" y política

1) Absolutismo del capital y opciones en este período

"El desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo jamás conducirá a las puertas del comunismo, pues la naturaleza de los productos, la técnica y las relaciones de producción excluyen, al mismo tiempo que la satisfacción duradera y equitativa de las necesidades, la estabilización de la producción social a un nivel comúnmente aceptado como suficiente. *La idea misma de que un día pueda haber lo* suficiente *para todos y para cada uno y que, por ende, la búsqueda de lo `más´ y `mejor´ pueda ceder ante la búsqueda de valores extraeconómicos y no mercantiles, esa idea es ajena a la sociedad capitalista. En cambio ella resulta esencial para el comunismo."* ("André Gorz – Ecológica"; ed. Capital Intelectual, art A. Gorz/año 1980, pág. 82)

El derrumbe estatal del socialismo, el que surgió del insoslayable legado de Carlos Marx y que inspirara a las grandes gestas revolucionarias del siglo XX, nos sumergió dentro de una neblina política que aún no se ha disipado. Y como se desprende de la cita, Gorz se anticipaba a la implosión del campo socialista tocando un nervio sensible de lo teórico.

Previamente, en nuestro país se había frustrado la radicalización política de los 70 a raíz del golpe militar de Videla que exterminó a buena parte de la militancia. La cual, con sus variantes y distintas procedencias ideológicas, había asumido la causa del socialismo. Aquella represión genocida produjo un profundo corte generacional en nuestra sociedad y creó condiciones internas que favorecieron el imperio del gran capital.

Hoy el capitalismo reina en casi todos los Estados del planeta y los poquísimos gobiernos que se declaran socialistas manejan sus economías según relaciones mercantiles de carácter capitalista. Empero, la supremacía

absoluta del sistema capitalista no impide sus contradicciones ni sus crisis. Al calor de las luchas populares surgen oposiciones de distinto tenor y dentro de ellas distinguimos dos opciones políticas que transitan por senderos bien diferenciados.

Están los que apelando al *"realismo"* buscan atemperar la explotación capitalista disminuyendo sus niveles de inequidad y de injusticia social, prospectiva que subestima las leyes del sistema que van en sentido contrario. A comienzos de siglo esta opción tomó impulso a favor del ascenso de diversos gobiernos latinoamericanos "progresistas", entre ellos el de Kirchner. Éste generó varios hechos de tinte popular y una creciente ilusión que reanimaron la política tradicional que estaba en terapia intensiva a raíz de los sucesos de 2001/02.

El kirchnerismo que sufrió los reveses políticos de mediados de 2009, después se repuso y contragolpeó. Últimamente y como parte de ese proceso, ganó considerables segmentos de la juventud que sintieron que se abría un espacio de presunto protagonismo. Es que para las nuevas generaciones los sucesos de los 70 resultaban un fenómeno lejano cuando no desconocido, en tanto que la mediocridad política de la partidocracia "democrática" los había mantenido indiferentes.

La otra opción la integramos los que seríamos los adictos a la *"utopía"*, vale decir, quienes sostenemos que si no se supera la frontera del capitalismo se bloquean las políticas de emancipación hacia sociedades más justas, libres e igualitarias. (Aquí no incluimos a la "izquierda" sectaria porque reproduce lo que condujo a la frustración del socialismo).

Entre una y otra visión se dan diferencias cualitativas pero también existen coincidencias según el carácter de las fuerzas en pugna, los momentos y los escenarios. Es que la dominación del capital provoca graves carencias e injusticias que demandan respuestas perentorias lo que a su vez incentiva la tensión entre lo inmediato y lo mediato.

Esa disyunción se acrecienta dado que aún no se han gestado alternativas anticapitalistas que superen el eclipse del socialismo y que potencien las ricas experiencias locales, suelo nutricio de lo nuevo. Concientes de esto y adaptando la sentencia de Gramsci, diríamos que lo viejo aún no muere y lo nuevo no termina de nacer. Vale decir, todavía no hemos salido de nuestra propia crisis.

En síntesis, la construcción de opciones que enfrentan al gran capital siguen senderos diferentes. No da lo mismo pretender mejoras sustantivas

sin salirse del sistema que sostener la imposibilidad de plasmar cambios de fondo sujetos a la lógica sistémica. Éste es un punto clave de divergencia entre las opciones mencionadas. Y como adeptos a la *"utopía"*, partiremos del significado que le atribuimos al término comparándolo al de *"realidad"* y luego apuntaremos, en trazos gruesos, nuestra óptica en torno a la situación actual enfocando la problemática que nos alcanza.

2) Utopía y realidad

"La escisión entre sueño y realidad no es perjudicial, siempre que el que sueñe crea seriamente en su sueño, siempre que observe atentamente la vida, siempre que compare sus observaciones con sus quimeras y siempre que labore concienzudamente en la realización de lo soñado. Si se da un punto cualquiera de contacto entre el sueño y la vida, puede decirse que todo está en orden." ("El principio esperanza", T.1, de Ernst Bloch. En pág. 34 expone esta cita de Lenin extraída del *¿Qué hacer?*)

"La categoría de lo utópico, además del sentido corriente, justificadamente peyorativo, posee otro sentido, que no es de ninguna manera necesariamente abstracto o está divorciado de la realidad, sino, al contrario, dirigido centralmente a la realidad: el sentido de un adelantamiento del curso natural de los acontecimientos." (Op. Cit., pág. 36)

Esas citas reflejan el sentido que le damos al término "utopía" al despojarlo de su connotación fantasiosa contraponiéndolo a un "realismo" miope prisionero de una inmediatez que lo desvirtúa.

Consideremos algunos sesgos del resbaladizo concepto de *realidad* que, en política, suele funcionar como derecho de autor que justifica cualquier postura y que se emplea como razón inapelable para descalificar las ideas de quienes disienten.

La diferencia entre interpretación y realidad suele invertir los términos de una presunta antítesis. Así, un "realismo" trivial que sólo ve la apariencia de un fenómeno es tan inocuo como una utopía idílica. Mientras una utopía que proyecta futuro asimilando la experiencia vivida, sugiere una formulación realista. Algo semejante ocurre con la idea de apuesta política en oposición al "realismo científico" del determinismo mecanicista que confunde proyectar con garantizar.

Trasladando este enfoque al tiempo, la interrelación del pasado-presente-futuro muestra una complejidad que implica un desafío para las

interpretaciones lineales. Es que el devenir, paradójicamente, ya no se explica sólo como una sucesión sino también como un doble movimiento que puede ser de ida pero también de vuelta. Tal inversión, para nosotros, tomó encarnadura real en las fallidas experiencias de los procesos revolucionarios socialistas. Las mismas desmitificaron la idea de un triunfo inexorable garantizado por "la dialéctica ascendente" de la lucha de clases. En cambio, el insólito salto atrás la desdijo mostrando que el formidable acontecimiento revolucionario terminó dejando en reversa "el reloj de la historia".

Lo anterior trae a colación el principio de "la práctica como criterio de verdad". Es que recién a posteriori y según los efectos, cabe juzgar los aciertos y/o falencias de las apuestas y de las concepciones políticas. Aunque el "a posteriori" depende de lo que esté en juego para evaluar la temporalidad que le corresponde. Obviamente no es lo mismo la gestión de un gobierno que la transformación de un orden social. Tampoco es una novedad que el tiempo político histórico-social puede alcanzar desde un ritmo vertiginoso hasta el transcurso de siglos.

3) Dos concepciones, dos problemáticas políticas

Retomando lo que decíamos al principio, la dominación actual del capitalismo no ofrece mayores dudas pero no sucede lo mismo con sus proyecciones. Aquí se abre una perspectiva incierta que motiva concepciones y proyectos en donde se juegan distintas apuestas políticas. Referente a esta cuestión y en línea con lo que expusimos, pensamos que las *dos concepciones* más significativas para el campo popular son, por un lado, las que promueven la recreación del Estado de Bienestar capitalista y por otro, las que propician una nueva política que transforme el orden social superando lo que produjo el socialismo.

Se presentan así *dos problemáticas* cualitativamente diferentes pues una se enmarca dentro del orden capitalista y la otra plantea romper con el mismo. Luego, una se adecua a las modalidades de la política realmente existente, de allí su "realismo", mientras que la otra toma distancia de dicha política e intenta construcciones por afuera de las reglas del sistema, tal su "utopía".

No obstante existen puentes entre ambas opciones pues deben gestar condiciones que, según el caso, alteren o se opongan a las leyes del proceso de acumulación y concentración del capital. El mismo que originó la unificación del mercado mundial y también, por ahora, la absorción de las

grandes diferencias socioculturales existentes en el planeta que producen una amplia gama de agudas tensiones. Por ejemplo, las referidas a Bolivia donde después de 500 años resurgen con fuerza los pueblos originarios con sus culturas comunitarias tan diferentes de las que engendra el capitalismo. En ese sentido el Estado moderno, como estructura, sigue siendo funcional al capital a pesar de las diferencias nacionales y de las contradicciones que generan los gobiernos de raigambre popular.

Ahora, para situar las problemáticas señaladas, tomaremos como referencia a Sudamérica y a nuestro país en particular. Y para no redundar en lo que desarrollamos en trabajos anteriores, transcribimos algunos párrafos de "Paradojas de nuestro tiempo" (Jorge Luis Cerletti, del 22/03/11) que, esquemáticamente, expresan las opiniones que nos merece la situación actual y perfilan nuestro enfoque acerca de aquellas problemáticas :

"Reseñamos nuestros puntos de vista: a) estimamos positiva la apertura que generan varios gobiernos sudamericanos referida a la supremacía `neoliberal´ de los noventa; b) esos gobiernos emergentes de grandes movilizaciones populares, a pesar de sus diferencias, realizan una política económica que en lo fundamental es de carácter neo desarrollista; c) el que las políticas estatales *se adecuen al orden existente no obsta a que, en determinadas circunstancias y dentro de los márgenes del sistema, surjan variantes que asuman parte de las demandas populares frente a las injusticias y contradicciones de dicho sistema; d)* las políticas de emancipación *deben construirse con independencia de las políticas estatales y una de las difíciles pruebas que deberán superar es convivir con ellas sin ser cooptadas; f) el Estado perdurará durante un período indefinido mientras no se creen alternativas anticapitalistas que logren un avance sustantivo en la socialización del poder"* (págs. 3 y 4). Y más adelante decíamos: *"La imprevista revalorización del Estado como dispositivo al servicio de los intereses populares, ha enfrentado a varios gobiernos con los sectores dominantes que alcanza distinto grado según los casos. (...) Se está a favor o en contra de esos gobiernos y de acuerdo a ello se apela a un repertorio panegirista o descalificador. Sin embargo, esa antinomia sustituye una ausencia clave, el de las alternativas emancipatorias"* (pág. 4).

Llegados aquí, no incursionaremos en el análisis relacionado con la primera problemática pues el propósito principal de aquí en más es reflexionar en torno a las dificultades que enfrenta la opción que asumimos. Respecto de la primera, nos limitaremos a formular algunos interrogantes de fondo referidos al proyecto (o modelo) que reivindica el kirchnerismo. Para lo cual recurrimos a su consigna *"hay que profundizar el modelo"* que apunta a

una reedición de la "Sociedad de Bienestar" peronista de 1946/55, adecuada a las circunstancias actuales. Y tomamos ese lema porque nos parece un buen disparador de preguntas. Aclaremos que nuestra intención no es descalificar sino proponer cuestiones que demandan respuestas y que instan a la reflexión colectiva:

- Dadas las relaciones de poder mundiales, un capitalismo de bienestar ¿es alcanzable mientras la hegemonía económica interna pertenezca a los grupos concentrados nacionales y extranjeros?
- ¿Qué significa hoy la burguesía nacional que debiera dar soporte a una industrialización tendiente a la independencia económica?
- En los países periféricos, la reversión del histórico deterioro de los términos del intercambio, ¿es coyuntural?
- ¿Cuáles son los sujetos de cambio atentos al heterogéneo conglomerado que hoy apoya al gobierno y al peso de los aparatos tradicionales?
- ¿Qué alcances tiene la participación popular en esta democracia representativa que gira alrededor de partidos estructurados piramidalmente?

Obvio que este breve listado responde a nuestro enfoque, pero con él queremos estimular debates tan necesarios como despojados de sectarismo. Es importante que prevalezcan las ideas y el respeto mutuo para no alimentar la fragmentación que inducen los predadores del establishment.

4) Utopía y política

Pasemos ahora a la cuestión de la *"utopía"*. El sentido que le dimos responde al propósito de contraponerla, con cierta ironía, a la "realidad" cuando es utilizada para disimular una cortedad de miras que amputa el futuro. Su inclusión, para nosotros, significa buscar nuevos caminos para el desarrollo de políticas anticapitalistas de emancipación.

No detallaremos aquí las experiencias referidas a esta vía pues han sido abordadas por una vasta literatura y también señaladas por nosotros en distintos trabajos. Ahora pondremos el acento en los problemas y obstáculos que presenta la orientación que asumimos.

Si nos atenemos a la hegemonía mundial del capitalismo y al eclipse del socialismo, sucesos que conmovieron las ideas y los sentimientos afines a la emancipación, pareciera que oponerse a este orden social constituye una utopía entendida en su acepción descalificante. Pero más allá del cono

de sombra que generaron ambos fenómenos, no cesan las resistencias y las luchas a las que se suman las sublevaciones populares en África y las del primer mundo que padece la grave crisis actual. Asimismo, los principios emancipatorios son un permanente alimento de rebeldías. Hablamos de los inextinguibles principios de auténtica justicia, igualdad, solidaridad social y libertad, asociados a una ética fundante. Mas, si no alcanzan encarnadura política eficaz quedan sin sustento real como tantas veces ocurriera. Y éste es un punto nodal de nuestra problemática.

Para enfocarla, aprovecharemos comentarios sobre el movimiento *zapatista* que nos parece lo más rico y emblemático de las nuevas tendencias. A tal fin seleccionamos algunos pasajes de Sergio Tichsler publicados en el libro *Zapatismo. Reflexión teórica y subjetividades emergentes* -Ediciones Herramienta-, donde intervienen Holloway, Matamoros y Tischler. De allí extraemos una primera cita que sintetiza lo que para nosotros es un punto clave: (a) *"La revolución no puede ser la creación de nuevas formas de dominación y de hegemonía"* **(**pág. 43).

Esto, llevado a las actuales circunstancias, pareciera una utopía idílica porque la política realmente existente, las instituciones y la cultura hegemónica dominantes en el mundo, son su antítesis. Y si tal situación la congeláramos en una fotografía o en un cortometraje, la utopía más bien sonaría a disparate. Pero si la proyectáramos en una serie de capítulos, la anticipación tomaría cuerpo en procesos de construcción política capaces de articular los distintos momentos. Con esta metáfora ilustrativa pretendemos hacer visible lo relativo de la utopía cuando se la aprecia en forma dinámica.

El carácter depredador del capitalismo demostrado a lo largo de su historia y que la mínima honestidad intelectual debiera reconocer, nos exime de mayores comentarios. Pero esa negación presenta dos caras. Su lado débil muestra todavía **una positividad embrionaria**. Porque **la gestación de cambios revolucionarios en la vida social así como en la política y la economía para que realmente estén al servicio de la sociedad, genera muchas más preguntas que respuestas. En suma, se trata de los arduos problemas del tránsito entre lo viejo y lo nuevo.**

Prosigamos. En pág. 63 dice: (b) *"Constituir la forma zapatista de la lucha es algo complejo. Es necesario traducirlo <u>en organización no vertical</u>, pero organización al fin y al cabo"* (subrayado nuestro).

Promover la horizontalidad sintetiza un punto insoslayable de nuestra concepción cuya mira apunta a la socialización del poder. Esto impele a

una participación real y plural que cuestiona la recurrente historia de las vanguardias y los liderazgos que al fundirse con la organización estatal terminan erigiéndose en nuevos amos. Pero avancemos un poco más.

En pág. 67 comenta: (c)*"La dimensión espacio-temporal del zapatismo es muy significativa y parte de la estrategia de desplegar el antagonismo en forma horizontal. La cuestión es cómo desde las luchas particulares contra la dominación capitalista despliegas una forma democrática y revolucionaria que haga entrar en crisis la totalidad de la dominación*" (subrayado nuestro).

La cita (a) alude a una tesis básica de nuestra concepción política; la (b) plantea la dificultad para gestar organizaciones de nuevo tipo; y la (c) abre interrogantes acerca de cómo desde lo particular se puede comprometer la dominación capitalista. En este contexto, "totalidad" tiene una connotación relativa que en el caso del zapatismo remite a México. Mientras que las tres citas convergen, tácitamente, al rechazo de las formas de dominación del Estado.

Con estas referencias quisimos señalar un núcleo importante de los problemas derivados de nuestra opción. Y los mismos nos inducen a las siguientes reflexiones a modo de introspección destinada a quienes, en sentido amplio, integramos el campo popular.

5) El "campo popular", un referente en situación

La mencionada hegemonía del capitalismo y el rol político del Estado, en lo previsible, perdurarán por mucho tiempo. Frente a este escenario mundial de dominación que nos involucra, nuestra opción es por una política plural, anticapitalista e independiente o a distancia del Estado. Pero esa distancia indefinida origina varias interpretaciones y debates que en vez de clarificar el panorama con frecuencia provocan confusión. A la que se suman los alcances polémicos del concepto de *"campo popular"*.

Nosotros entendemos que, en términos políticos, dicho campo está compuesto por distintos sectores que se oponen o contradicen a los designios de quienes responden al gran capital. En términos sociales, comprende a los de abajo, o sea, al amplio espectro de explotados y oprimidos. Y no resulta extraño que no coincidan ambos niveles. Es que este concepto resulta ambiguo y debe ser aplicado a cada situación concreta, terreno resbaladizo y propicio para las desinteligencias. Luego, para evitar equívocos, trataremos

de avanzar en nuestra interpretación sobre la etapa actual relacionada con las opciones que venimos considerando. Para lo cual nos apoyaremos en la historia reciente.

La crisis de 2001/02 en Argentina amplió el horizonte político a través de originales y conmocionantes experiencias cuya posterior declinación abrió un nuevo cauce a la incertidumbre.

En ese transcurso se concretó el bautismo de los movimientos que impulsan la opción que asumimos. Se pusieron en práctica ideas que ya circulaban en nuestra sociedad aunque fue la fuerza de la irrupción popular la que dejó huellas profundas. Partícipes de aquellas ideas y como si anticipáramos tal acontecimiento, decíamos ayer: "*En los regímenes democráticos y en este estadio del desarrollo capitalista, la distancia entre el sector político y el resto de la sociedad ha crecido notablemente problematizando una ancestral figura del dominio:* ***la representatividad***." (Ver *El poder bajo sospecha* de J. L. Cerletti, páginas 35/36, Editorial de la Campana, 1996).

Ese fenómeno que sacudió al país se gestó por la convergencia de dos crisis fundantes: la económica y la de la representación política. Y semejante combinación explosiva produjo efectos sin precedentes.

Originó un estallido masivo cuyo preludio se dio en la noche del 19 de diciembre de 2001 como espontánea reacción contra el Estado de Sitio anunciado en el discurso del presidente De la Rúa. Luego, el 20 detonaron los acontecimientos en los que la represión policial cobró numerosas víctimas. Ese día renunció De la Rúa y pasó a escribirse una página inédita en la historia del país: en diez días se sucedieron cuatro presidentes.

Tal suceso resultó una consecuencia de otros de mayor importancia. Éstos surgieron de la espontánea y multitudinaria rebeldía que abarcó una amplia gama de estratos sociales que se manifestaron de distintas formas. Lo más notable es que las luchas y protestas no fueron dirigidas ni encabezadas por ninguna fuerza política existente. Característica que se mantuvo y la diferenció de la mayor concentración popular en Argentina, la de Ezeiza del 20/6/73 que congregó a más de dos millones de personas. Convocada a raíz del retorno definitivo de Perón, fue organizada por los aparatos y por las distintas corrientes peronistas cuyo choque marcó el comienzo del deterioro del campo popular del que ese enfrentamiento sangriento resultó su acto inaugural. Pero aquí no se cuestionaba el sistema político sino la proscripción del peronismo a la que se ponía fin.

En tanto que en 2001/02 cimbró todo el andamiaje de representación política que hizo que sus beneficiarios "profesionales" tuvieran que ocultarse o, al menos, trataran de pasar inadvertidos. La consigna "que se vayan todos" condensó aquella situación.

La masividad asamblearia que surcó el país, en particular la Capital y el gran Buenos Aires, promovieron formas de democracia directa que abrieron múltiples espacios a la participación de la sociedad civil. Y de su seno afloraron los escraches y piquetes, crecieron los movimientos sociales, emergieron las cooperativas de las fábricas tomadas y se dieron numerosas manifestaciones de trueque. Sin embargo éstas y otras experiencias análogas, con el paso del tiempo, disminuyeron su energía aunque aportaran una simiente nueva a la actividad política.

En cambio, a partir de 2003 se dio otro fenómeno también sorprendente pero de distinta naturaleza. Imprevistamente asumió la presidencia Kirchner quien comenzó a gestar un proceso que fue revirtiendo el legado menemista y que con el correr de los años y la continuidad del gobierno de Cristina, fue conformando el movimiento kirchnerista. El cual, con sus luces y sombras, reconstituyó el tejido de la política estatal a través de un sesgo de recuperación nacional orientado a satisfacer necesidades populares. No obstante, no modificó la estructura económica realmente existente en la que se mantiene el primado del establishment.

Esos dos cursos tan disímiles y de sentido contrario respecto de la representación política, no alteraron las bases que sostienen la dominación actual: el poder del establishment. Una, por su debilidad embrionaria; la otra, por sujeción a las reglas del juego. Antes mencionamos que las dos concepciones tenían diferencias profundas pero que existían puentes entre ellas. Considerando la situación en nuestro país y las contradicciones del gobierno con sectores del capital concentrado, aparece uno de esos puentes. Y aunque el año electoral "no deje ver el bosque", abramos una picada sin perder de vista "el árbol."

El campo popular es un concepto dinámico cuya construcción se da en función de antagonismos y éstos varían de acuerdo a las etapas y a las situaciones que generan las fuerzas en pugna. Hay etapas en que persiste el antagonismo como fue el período signado por la contradicción peronismo-antiperonismo. Y otros donde se debilita, pues la hegemonía es tan fuerte que desdibuja políticamente al campo popular como ocurrió en los noventa. En cambio ahora, la reacción contra el "neoliberalismo" lo revitalizó.

Creemos que es erróneo antagonizar posturas entre los que propician la recuperación del Estado mediante un movimiento "nacional y popular" y los que impulsamos políticas independientes del Estado. Lo consideramos un antagonismo negativo e infecundo que estimula divisiones políticas dentro de lo que hoy consideramos el campo popular. Pensamos que es necesario clarificar el debate ideológico y evaluar sus proyecciones para no pasar de un "actualismo" cerrado a un "futurismo" que perpetúe una abstracción. Del lado kirchnerista se exaltan los aciertos amparados en un discurso donde "lo que falta" semeja más una versión propagandística que un proyecto político. Porque el discurso de "profundizar" se contradice con la forma de construcción y con el orden social al que remite. Del otro lado, el que nos comprende, el enjuiciamiento al Estado y a la política tradicional tiende a descalificar las acciones del gobierno que favorecen a los sectores populares. Pero si pasamos de un rechazo fácil a las propuestas concretas y al desarrollo de nuevas políticas de emancipación, ahí comienzan las verdaderas dificultades.

Acerca de ellas, un aspecto fundamental que exhibe la historia conocida es el papel que cumplen los liderazgos para cohesionar un campo y por lo tanto, para acrecentar su fuerza. Y la importancia de ese legado pesa sobre nuestra opción cuyo principio rector descansa sobre una construcción política horizontal donde circule el poder.

Mas, también hay que registrar otro legado histórico tan válido como el anterior: ningún liderazgo, individual ni grupal, puso fin a la dominación por más que produjera efímeros momentos liberadores y niveles de mayor igualdad social. Esto habla de lo increado y de los grandes obstáculos que acompañan a todo proceso de emancipación que, en definitiva, significa terminar con cualquier forma de opresión.

Evaluando las dificultades que hacen a nuestra problemática, reflexionemos ahora en torno a los tiempos de lo político y lo socio-cultural. Nos sentimos parte del campo popular pero con la perspectiva de su resignificación direccionada en contra del capital y sin que se engendre una nueva forma de dominación. Evidentemente aquí se plantean tiempos distintos. Uno, operativo y a nuestro alcance, remite al espacio de lo micro; el otro que se articula con aquél, involucra a lo macro, a la sociedad realmente existente. El desarrollo del primero posibilitará el avance en el segundo, pero mal se podrá avanzar en este último si no somos capaces de determinar antagonismos y de captar el movimiento de las contradicciones para intervenir en la dinámica interna del campo popular. Habrá que decidir entonces si se enfrentan los riesgos de la contaminación o se preservan los espacios asépticos.

A todo esto, mientras subsista el Estado y la hegemonía cultural-política en la que estamos inmersos, debemos prever que nuestra construcción política tiene que desenvolverse en dos planos diferentes e interrelacionados: el ámbito propio y el general. De allí el significado de la "distancia". Generar una política independiente del Estado no supone ignorar la realidad de su existencia que es determinante en la organización de la vida de la sociedad a la que pertenecemos. Dicha política, en esencia, implica revolucionar a la política en sí misma, o sea, disolver la privatización del poder y traspasarlo a la sociedad a la que dice representar. Porque la revolución socialista que prometía terminar con la dominación, no eliminó la privatización del poder sino que antes, durante y después, encarnó otro modo de realizarla.

Una nueva praxis de emancipación, necesariamente remite a un proceso de largo aliento operable desde lo micro que incluye, en primer lugar, la conversión cultural-política de quienes lo integran. Diríamos que se trata de una sostenida batalla en tres frentes simultáneos: el interno de cada uno, el grupal y la expansión a círculos cada vez más amplios de la sociedad. Pensemos que la historia de los "cómo" recién empieza a escribirse pero unas pocas décadas atrás no existía ni la pregunta.

Sabemos que los defensores del statu quo no tienen prejuicios ni limitaciones para defender sus intereses mientras que las barreras que se le opongan sólo pueden surgir del campo popular concebido como potenciación política de lo colectivo. Sentimos que es tan importante preservarlo como que se desarrollen aperturas que no sean asfixiadas por la lógica sistémica. Las coincidencias y desencuentros pueden variar a lo largo del tiempo, pero lo que debe primar es la disposición a construir un destino común que eleve a nuestra sociedad a niveles más dignos, justos e igualitarios.

18 de junio de 2011

Cambia, todo cambia (*)

"Vislumbrar otra economía, otras relaciones sociales, otros modos y medios de producción, y modos de vida pasa por `irrealista´, como si la sociedad de la mercancía, del salario y del dinero fuera insuperable." ("Ecológica" de André Gorz, Edit. Capital Intelectual; pág. 25)

Esa visión crítica y justa, paradójicamente, pareciera un devaneo ajeno a la "realidad". Es que transgrede el sentido común vigente moldeado por la hegemonía cultural capitalista. Y de ella surge el actual estrellato del "consumismo" que ha superado en importancia al paradigma del trabajo de épocas anteriores. Mas, ese desplazamiento que ha arraigado profundamente en la subjetividad social no es un producto circunstancial de la propaganda sino que proviene de necesidades sistémicas claves.

En la fase ascendente de la burguesía, durante buena parte del siglo XIX y de la posterior etapa "fordista", prevaleció la exaltación del trabajo. Es que dicha clase, en su lucha por dominar al proletariado, priorizaba enmascarar la expropiación a que lo sometía para lo cual identificaba el trabajo humano con el trabajo asalariado. Ensalzaba al primero, vital para la subsistencia del género, en tanto que encubría al otro, esencial para la explotación económica.

Después de la implosión del campo socialista se afianzó el capitalismo extendiéndose a todo el planeta. En este período la transnacionalización del capital hizo inviables las guerras entre las potencias aunque mantuvieron el negocio de las guerras de rapiña "neocoloniales" atribuyéndose el rol de paladines de la democracia. Luego, las disputas entre las gigantescas corporaciones se atuvieron a lo político-económico y debido a su enorme capacidad productiva, acrecentaron la necesidad de realización del capital potenciando el consumo. Consolidado el imperio de la mercancía y el poder del dinero y las finanzas, la "civilización" capitalista acentuó su peor rostro. La acumulación de riqueza de unos pocos en detrimento de la gran mayoría,

(*) Publicado en la revista Roles Nº 26

el éxito que premia la habilidad de imponerse al otro, el consumo como símbolo de diferenciación social y generador de enormes desperdicios que alimentan el despilfarro de recursos y de energía que conllevan la devastación del planeta y aquí paramos de enumerar "virtudes".

Frente a esa hegemonía opresiva surgen resistencias de distinta naturaleza y magnitud. Las grandes luchas de signo popular libradas en estos últimos años en Sudamérica horadaron el cerco "neoliberal" que parecía infranqueable. Sucesos que abrieron paso al ascenso de varios gobiernos que, limitaciones y diferencias aparte, engendran malestar y fricciones con el imperio y los establishment locales.

Si ahora enfocamos los atisbos de lo que está naciendo en contradicción con la cultura hegemónica, se notan cambios que semejan simientes de un futuro impredecible.

Al margen de las variaciones en las contradicciones de clase, materia de otro análisis, aparecen formas de relación social a contramano de las que engendra el capitalismo que ha impuesto en el mundo su marca "made in Occidente". Potenciado por lo económico que es determinante y base de su poder, ha exhibido una gran capacidad para absorber o neutralizar culturas diferentes. No obstante, las contradicciones que devienen de la explotación-dominación que ejerce, provocan reacciones en contra del sometimiento. Como ejemplo de esto emergieron las luchas de los pueblos originarios de América Latina y la "resurrección" de sus múltiples culturas que fueron soterradas durante cinco siglos. Entre ellas se destacan los pueblos andinos de Bolivia y los de Chiapas en México que produjeron experiencias muy ricas.

El tipo de relaciones que funcionan en esas comunidades así como las aperturas políticas que impulsan, en especial el zapatismo, resultan un cuestionamiento vivo a la lógica capitalista. A pesar de los cercos con que quieren aislarlos, han conmovido sus respectivos escenarios nacionales y trascendido a nivel internacional. Una muestra reveladora de sus concepciones se puede apreciar recurriendo al significado de dos de sus consignas: la del "*buen vivir*" y la de "*mandar obedeciendo*". La primera enuncia sintéticamente lo que se desprende de la cita de Gorz. Se concibe la vida como el bienestar del común ligado a relaciones humanas dignas en las que se practica el cuidado de la naturaleza y se enjuicia la voracidad del interés egoísta. La segunda, problematiza el poder y la representación proponiendo formas de participación efectiva opuesta a la opresión. Integradas ambas, constituyen un novedoso pronunciamiento contra la explotación y la dominación.

Se podría objetar que lo anterior procede de pueblos campesinos y que por tanto no se corresponde con el elevado nivel de urbanización mundial y la revolución tecnológica en marcha. Nosotros pensamos que expresan un alto contenido universal aportando aire fresco para la renovación de las políticas emancipatorias que tan necesario es repensar.

En esa tesitura también debemos reconsiderar los niveles micro de las relaciones humanas y los alcances de la revolución tecnológica en nuestras sociedades. Al respecto existen transformaciones "moleculares" cuyas proyecciones son un capítulo abierto. A eso se refiere la siguiente cita de Holloway: *"El cambio social es más bien el resultado de la transformación apenas visible de las actividades cotidianas de millones de personas."* (*Agrietar el capitalismo*; Ediciones Herramienta, pág. 13).

Convivimos inmersos en una cultura hegemónica alienante que incluso quienes nos oponemos a ella tenemos introyectada en variables dosis. Sin embargo, la dinámica vertiginosa de nuestro tiempo, acelerada por la revolución tecnológica, incluye importantes cambios en la vida social que sedimentan con distintos ritmos.

El avance manifiesto en la liberación femenina, aunque limitado, parece monumental comparado al papel de la mujer en la familia patriarcal de pocas generaciones atrás. Y luego de la conquista de la ley del divorcio, la familia misma ha perdido la hipócrita cohesión que aparentaba a lo que se suma la reciente legitimación de las relaciones homosexuales. Asimismo, el vínculo entre las parejas es mucho más libre y para amplios sectores de la población no pasa por lo institucional.

En el campo de la ecología, la formidable agresión al planeta ha encendido múltiples luces de alarma y generado una creciente conciencia colectiva impulsada por los movimientos ambientalistas. Hoy ya resultan impensables planteos que promuevan la emancipación sin incluir estas problemáticas.

Por último y lejos de agotar el tema, queremos señalar algunos efectos "colaterales" del vertiginoso desarrollo tecnológico que es direccionado y financiado por el gran capital pero que no puede impedir fisuras e instrumentaciones contrarias a sus intereses.

Las redes informáticas han crecido notablemente como vehículo de convocatorias de distinto tipo. Testimonios de ello son las manifestaciones actuales en países árabes y Europa, las ideas zapatistas que surcaron el globo, WikiLeaks y también nuestras propias experiencias. Y así como el capital financiero se conecta al instante en todo momento, las interconexiones

entre lo local y cualquier punto del planeta tienen una enorme potencialidad. Viabilizar la participación efectiva de la población controlando las burocracias estatales, intervenir en la elaboración de proyectos comunitarios, descentralizar y transparentar el poder, son algunas muestras de posibilidades futuras.

La desestructuración de los imperios se cuece a fuego lento. Quizá hayamos aprendido que la emancipación implica procesos azarosos, de largo aliento y que no se reducen al "asalto revolucionario". Las alternativas se van forjando al calor de las luchas y de las ideas renovadoras mientras el horizonte se perfila al ritmo de nuestros pasos. No existen garantías ni tiempos preestablecidos. Lo indispensable es el compromiso en la gestación de sociedades más justas, libres e igualitarias.

Septiembre de 2011

Crisis, la razón de la irracionalidad

"Todo lo real discurre con un `todavía no´ en su seno."
(*El principio esperanza,* de Ernst Bloch; tomo I, página 131)

La oleada de protestas que se suceden en distintos países de Europa y de los EE.UU., epicentro de la llamada "Civilización Occidental y Cristiana", cuna del capitalismo, refleja el malestar de sus "indignadas" poblaciones ya muy distantes de las penurias que debieron padecer durante la guerra y la reconstrucción europea. El crecimiento económico de las potencias neo coloniales que permitió elevar su nivel de vida general, incluidos los altibajos cíclicos y las obvias disparidades en el reparto de la abundancia, sufrió un abrupto corte en septiembre de 2008 con el estallido de la crisis en USA que luego se extendió a Europa. Su notable magnitud, de variable intensidad según las naciones, hoy problematiza la hegemonía yanqui y jaquea a la Unión Europea.

Si en el "centro" de la riqueza planetaria, pletórico de mercancías, se da este desplome, ni qué decir cuando las crisis económicas las sufren las sociedades periféricas explotadas por dicho centro en connivencia con minorías locales cómplices.

Mas, en la historia del capitalismo las crisis en sí mismas no suponen ninguna novedad. Son momentos en que se deja ver de forma transparente la irracionalidad de este orden social que, paradójicamente, exhibe sobradas razones de su irracionalidad. Lo novedoso suele darse en virtud de las semillas que aportan los movimientos de resistencia contra tal dominación. Germinan en distintos lugares del mundo con una gran diversidad que se manifiesta en sus variadas formas de oposición a la explotación y al sometimiento.

Ahora pondremos la mira sobre esta impactante crisis cuya crudeza afecta a sus pueblos y que se expande desnudando los turbios manejos de las elites capitalistas dominantes. Y aunque ***todavía no*** se le ve el fin a su imperio, se hace cada vez más acuciante la necesidad de gestar nuevas vías de superación.

(*) Publicado en revista *Tierra Socialista* Nº 3 (CEPPAS) y en Rebelión (rebelion.org)

El capital financiero en acción

El enorme despegue de la especulación financiera respecto de la actividad productiva es un dato insoslayable de la realidad[1]. Tan significativo como los garrafales errores de las "calificadoras de riesgo", palabra santa en las macro evaluaciones económicas que alimentan las operaciones del capital especulativo.

A más de tres años que detonara la burbuja hipotecaria que abrió la inconclusa crisis de los EE.UU., sumada a la que se desató en Europa, surgen "debates" en torno a la regulación de los mercados financieros. Debates que se revisten de "saberes" sobre una presunta "ciencia" económica que apenas disimula la lucha de intereses para transferir los daños producidos por la voracidad del gran capital. Pero al margen de sus conflictos, los amos del mundo no dudan de que la crisis deben pagarla las mayorías de la poblaciones mediante la gestión de los gobiernos que los representan. Basta ver lo que pasa en EE.UU., Grecia, España, Italia, etc., para no tener que "fatigar" la inteligencia.

Uno debiera preguntarse por qué ante tanto desmadre especulativo no se toman medidas de regulación financiera eficaces en lugar de premiar a los que se salvaron de la quiebra gracias a los formidables socorros estatales. Pero si se admite que reina en el mundo el capital financiero, las preguntas toman otro cariz. Esta gran crisis financiera, ¿difiere de una clásica crisis capitalista de sobre producción? En respuesta a ese interrogante acudimos a las siguientes citas:

"La crisis capitalista es una crisis de sobreproducción de valores de cambio. Se explica por la insuficiencia, no de la producción o de la capacidad física de consumo, sino de la capacidad de pago del consumidor. Una abundancia relativa de mercancías no encuentra su equivalente en el mercado, no puede realizar su valor de cambio, resulta invendible y arrastra a sus propietarios a la ruina." [*Tratado de economía marxista* (tomo I) de Ernest Mandel; pág. 320].

---

1 *"Las riquezas en bienes y servicios generadas en un año en la economía mundial y el circuito monetarios era de un ratio 1 a 1. Había correspondencia entre la producción y la masa de recursos financieros. Con la desregulación financiera global y la cada vez más sofisticada ingeniería especulativa, esa relación se distanció en una proporción de 1 a 4 hasta el estallido de la presente crisis."* [Art "Capital ficticio" de Alfredo Zaiat; *Página 12* del 24/09/11]

"El movimiento cíclico del capital sólo es, pues, el mecanismo a través del cual se realiza la caída tendencial de la tasa media de ganancia. Al mismo tiempo, constituye también la reacción del sistema contra esta caída, por la desvalorización del capital en las crisis. Las crisis permiten adaptar periódicamente la cantidad de trabajo efectivamente gastado en la producción de mercancías a la cantidad de trabajo socialmente necesario, el valor individual de las mercancías al valor determinado socialmente, la plusvalía contenida en esas mercancías a la tasa media de ganancia. Como la producción capitalista no es una producción conscientemente planificada y organizada, estos ajustes no se producen a priori sino a posteriori. De ahí que necesiten sacudidas violentas, la destrucción de millares de existencias y de enormes volúmenes de valores y riquezas creados." (...) "Las oscilaciones de la tasa de ganancia, revelan el mecanismo íntimo del ciclo económico." [Ibid., pág. 326]

Ahora bien, ¿cuáles son los lazos del capital financiero con las grandes corporaciones de la producción? ¿Éstas pueden resultar ajenas a los manejos financieros en boga? ¿Cuáles serán las tendencias emergentes post crisis? Y dentro de ellas, ¿qué se juega en Argentina y Latinoamérica hoy?

Antes de encarar las preguntas, realicemos un breve examen acerca del capital financiero que con sus nuevos instrumentos acrecentó su poder en esta etapa. En ello interviene su relevante conexión con otras formas de capital, el volumen que representa (real y ficticio), su funcionamiento en tiempo real que favorece la movilidad del capital y también su inserción en la sociedad por la subjetividad que genera.

En 1971 Nixon, presionado por la crisis de Vietnam, decretó la inconvertibilidad del dólar que sin el respaldo del oro rompió las reglas del juego del mercado cambiario mundial. Emergió así la flotación de las divisas que brindaron grandes "oportunidades" para la especulación. Después, bajo la hegemonía "neoliberal", se liberó la operatoria financiera y se crearon los Bancos y Fondos de Inversión que, bajo controles más que lábiles, posibilitaron crear y realizar operaciones que simultáneamente multiplicaban ganancias y riesgos de mucha mayor magnitud que las generadas por los Bancos Comerciales sujetos al encaje de su capital prestable y bajo un control más estricto sobre sus negocios.

El mercado de los derivados y el apalancamiento[2] son modernos expo-

2 *"Uno de los segmentos más complejos y de crecimiento vertiginoso del* ***mercado*** *es* ***de los derivados,*** *instrumentos de cobertura de riesgos, de apuestas a precios o tasas de interés futuros.*

nentes de especulación financiera y principal causa de la burbuja hipotecaria yanqui que estalló en septiembre de 2008 con la quiebra de Lehman Brothers. El mecanismo consistía en un encadenamiento de intereses y deuda asociada al valor creciente de los inmuebles. Se otorgaban créditos a los "compradores" cuyos pagos en realidad eran intereses que cobraban los bancos con un monto bastante inferior a una cuota normal pues no se amortizaba el capital en los primeros años. Y al tiempo que crecía el número de deudores aumentaba la construcción de viviendas y la masa ficticia de capital que empleaban los Fondos de Inversión apalancando y expandiendo el crédito lo que multiplicaba las ganancias licuando las garantías reales. Así la cadena crediticia se infló cual pompa de jabón. Mas todo comenzó a cambiar a partir de 2004 cuando la Reserva Federal fue subiendo la tasa de interés para contener la inflación. El crecimiento espectacular del precio de las viviendas se revirtió en un descenso sostenido acompañado de un incremento también sostenido de las cuotas que resultaron insoportables para los deudores, principio del fin del auge especulativo que se trocó en múltiples ejecuciones hipotecarias. La proliferación de ventas redujeron aún más el valor de mercado de los inmuebles que, finalmente, resultaron tan invendibles como incobrables las deudas hipotecarias lo que derivó en un generalizado derrumbe.

Otro aparente contrasentido del sistema es la existencia de los numerosos paraísos fiscales que permiten evadir impuestos y blanquear capitales de origen espurio sin que las potencias ni los organismos mundiales asociados lo impidan realmente.

Para ilustrar la magnitud con que opera el capital financiero transcribimos esta muestra: "*El diario* El País *de España brinda (estos) datos (...) La primera posición entre los inversores globales de mayor tamaño es ocupada por los fondos comunes de inversión que administran activos por un valor cercano a los 18 billones (millones de millones) de euros. Para tener una idea de su dimensión, Blackrock, el fondo más grande del planeta, maneja una suma de dinero equivalente a dos veces el Producto Bruto de España. (...) El 2º grupo son los fondos de jubilaciones con 14 billones de euros...*" (Carlos Weitz en el Suplemento Económico de *Página 12* del 14/08/11).

En su inmensa mayoría se realizan con propósitos puramente especulativos y con un gran dosis del llamado 'apalancamiento'...". [El imperio de las finanzas, de Julio Sevares, pág. 13].*"**El apalancamiento** consiste en hacer operaciones generalmente de alto riesgo y/o corto plazo con fondos prestados. (...) Es utilizado para financiar compras hostiles de empresas (no acordadas con los accionistas propietarios) o para operaciones a futuro sobre tipos de cambio, tasas de interés o cotizaciones de commodities. Este tipo de operaciones tuvo, en los últimos años, un enorme crecimiento."* [Ibid., pág. 155].

Como complemento ilustrativo de esta etapa del capitalismo, está el caso paradigmático de Grecia, país de "3ª categoría" según las implícitas jerarquías de la UE. El dúo Alemania-Francia junto a la burocracia financiera con sede en Bélgica y el FMI, son quienes concentran el poder de decisión sobre el conjunto. Y para financiar el innombrable default griego, le impusieron un feroz plan de ajuste a su pueblo que pagará en vez de los verdaderos responsables, los grupos dominantes. Pero este ejercicio de la "democracia" del primer mundo llegó al colmo de la transparencia y de la humillación nacional. El primer ministro Papandreu, a tono con el papel de la socialdemocracia en el mundo, jugó a la convocatoria de un plebiscito para salvar las apariencias y revestir de falsa legitimidad el desfalco financiero en el que se hallan comprometidos bancos germanos y francos. Tragicomedia oportunista que concluyó de inmediato con su marcha atrás y su renuncia no bien le bajaron el pulgar los reales amos. De un tenor semejante aunque algo más disimulado con un corto taparrabos, figuran los miembros de "2ª categoría", España e Italia, sometidos también a directivas y podas draconianas. Da lo mismo que en uno "gobernara" un socialdemócrata o, en el otro, un grotesco líder de derecha que debió renunciar luego de cumplir las órdenes. A estas "democracias globalizadas" no les hace falta apelar a las guerras "correctivas" al estilo yanqui, fabrican la "legalidad" necesaria como para digitar a quienes deben gobernar. Aquí no se trata de combatir a dictadores díscolos, alcanza con la obediencia de los genuflexos partidos políticos al servicio del gran capital.

El capital financiero y el productivo

En el punto anterior planteamos la pregunta sobre la relación entre el capital financiero y el productivo que es el único que genera valor porque es donde la explotación del trabajo asalariado produce bienes reales. Consideremos ahora los nexos entre el capital financiero y las corporaciones industriales partiendo de que el enorme crecimiento de aquél y de su inmenso poder no resulta ajeno a dichas corporaciones.

"La irrupción de los títulos y acciones como un componente destacado y crecientemente importante en el financiamiento de las grandes empresas ha sido el vehículo para modificar drásticamente la conducción de las mismas, en tanto los fondos de inversión y de pensión devinieron como los principales inversores institucionales en este tipo de activos... (...) De esta manera, el capital financiero, ya sea como accionista o acreedor, se volvió decisivo en el funcionamiento de las firmas e impulsó una creciente distribución de beneficios a través del pago de utilidades e

intereses, al tiempo que impuso un recorte de la inversión y de los costos, especialmente de los relacionados directa o indirectamente con los trabajadores, tendiendo las firmas a comprimir la masa salarial y los gastos vinculados a las condiciones laborales. Estrechamente vinculado al protagonismo que adquirieron los nuevos inversores institucionales en la dirección de las grandes firmas, se desplegó una transformación en sus activos, registrándose una expansión de los financieros en detrimento de los activos fijos o productivos. Esta modificación devino en un factor decisivo para determinar (...) la reducida y decreciente tasa de crecimiento que exhibió el capitalismo durante las últimas décadas (...) e indican tanto una disminución relativa muy significativa y creciente de la inversión productiva, como la vigencia de metas para la obtención de ganancias de corto plazo cada vez más generalizadas e, incluso, tendencias a un sobreendeudamiento de las firmas con el objetivo de incrementar sus propias inversiones financieras." [*Sistema político y modelo de acumulación,* de Eduardo Basualdo, páginas 20 y 21].

El formidable despegue del capital financiero respecto de la producción real que se expone en la nota 1, cuenta con la anuencia de los Estados y los gobiernos de los países hegemónicos. De éstos provino el fenomenal aporte público de fondos en auxilio de la banca para sostener el crédito, imprescindible para que el sistema funcione. Pero luego del colapso en que degeneró la liberalización del mercado financiero, no se explica que no se implemente una regulación efectiva del mismo, máxime en un momento de gran exposición negativa de sus responsables. En el mismo sentido tampoco es digerible que las calificadoras de riesgo salieran indemnes de las graves falencias exhibidas y que sigan gravitando tanto o más que antes. Si se tiene en cuenta que sus dictámenes influyen de modo decisivo en las tasas de interés que gravan los créditos de una nación y de las empresas, no resulta creíble que las grandes corporaciones industriales sean víctimas de un modus operandi semejante sin que participen de su usufructo.

El capital accionario[3] es un puente sustantivo entre las finanzas y la

3 [3] *"El valor fundamental de una acción es la suma actualizada de los dividendos futuros anticipados, valor que es difícil de prever por la incertidumbre que interviene en los dividendos. (...) Las Bolsas son mercados que sufren habitualmente el impacto de las expectativas de orden general, negativas o positivas, y el efecto manada..." [El imperio de las finanzas,* de Julio Sevares; págs. 117/118]. *"El desarrollo del* ***capital accionario*** *implica su socialización dentro de los límites del capitalismo. La condición que permite llevarlo a cabo es la existencia del* ***mercado de valores*** *que, al desarrollarse, consuma cada vez en mayor escala la contradicción entre la propiedad de las acciones y el control de la producción. Desaparece la dirección de la producción de manos de una gran parte de la clase capitalista y el proceso económico pasa a ser controlado por una verdadera oligarquía financiera que asienta su dominio en la posesión del `paquete´ accionario. La propiedad de las acciones y la dirección de la producción se divorcian*

producción, donde convergen los intereses sin que por ello se eliminen las contradicciones derivadas de la competencia monopólica y de las esferas de influencia.[4]

El carácter gerencial que asumió el capitalismo por sobre la vieja tradición familiar del *self man*, distanció sensiblemente la propiedad personal de la conducción de la misma. Esta despersonalización refleja el creciente grado de abstracción de la operatoria del capital y la sofisticación de los mecanismos de transferencia. Los directorios comandan las empresas y éstos son digitados por quienes controlan el capital accionario de la misma (se estima que podría alcanzar con la posesión de un 5% de las acciones). De tal modo, con una relativamente pequeña cuota parte del capital se está en condiciones de dirigir, por control remoto, el funcionamiento de la masa de ese capital productivo. Y no es que esto represente una originalidad sino que el fantástico crecimiento del capital financiero, con su operatoria en tiempo real, ha complejizado y acelerado el ritmo del mundo de los negocios. Paralelamente, se ha potenciado la concentración de poder posibilitando que muy reducidos grupos controlen gran número de empresas conformando grandes conglomerados de intereses. De allí que la separación entre capital financiero y productivo transita por una franja estrecha que en el nivel macro resulta por demás difusa. Y a juzgar por las políticas neoliberales de los gobiernos de los Estados hegemónicos, custodios de los intereses del gran capital, parece que los conflictos no anulan las conveniencias mutuas.

En ese sentido, **las corporaciones productivas** transfieren al circuito financiero importantes masas de dinero de la formación de capital fijo previo a su inversión y también trasladan una parte de sus ganancias. Así logran elevar su rentabilidad en el corto plazo, amen de eludir impuestos y blanquear capitales.

---

para reaparecer unidos en un nivel mucho más alto. El propietario de las acciones se convierte en un simple prestamista atomizado por el mercado, mientras que el capitalista que ejerce la dirección de la producción suele ser también un prestamista, pero capaz de controlar un capital líquido tal que, a través de él, puede dominar la producción." ["Ideas sobre el significado del capital accionario" de Carlos Favol, Revista Liberación del 07/12/62].

4 La política neoliberal que se impuso en el mundo *"dio lugar a la conformación de dos fracciones dentro del capital financiero: la que se especializó primordialmente en capital de préstamo y la que lo hizo en títulos de propiedad de las empresas. (...) La disputa por la apropiación del excedente entre ellas está ligada a la evolución de la tasa de interés, porque mientras la poseedora de capital de préstamo impulsa un aumento de la misma, las instituciones financieras que predominantemente tienen títulos de propiedad, por el contrario, reclaman un reducido nivel del precio del dinero porque su incremento limita las utilidades percibidas por la empresas que controlan." [Sistema político y modelo de acumulación*, de Eduardo Basualdo, página 21].

Por más diferencias que haya entre quienes detentan una u otra forma de capital, éstas se minimizan al mancomunarse sus intereses (y riesgos) en una operatoria "virtuosa" que agiganta ganancias hasta que la "virtud" se convierte en pecado y advienen las crisis. Crisis que aceleran la concentración y centralización del capital a la par que aumentan las quiebras y la incineración de valor. Pero a grandes males... aparece la socialización de las grandes pérdidas gracias a la intervención del Estado "democrático" que, "ecuánimemente", transfiere monumentales recursos públicos a los sectores capitalistas de elite en tanto reparte pobreza y privaciones a la mayoría de la población.

Aunque parezca extraño, no es casual que en EE.UU., Alemania y otros países del primer mundo, predomine entre sus habitantes la inversión de sus ahorros en acciones. Así, formalmente se convierten en propietarios de capital pero en realidad aportan crédito a las grandes corporaciones (industriales y financieras). Doblete del capitalismo: genera subjetividad social a su imagen y semejanza y a la vez utiliza una porción de los ingresos de buena parte de los sectores subalternos. Mas, cuando brota y se expande la crisis de sobreproducción, aparece la vulnerabilidad de estos sectores en función de la pérdida de sus "ahorros" especulativos, de la desocupación, del deterioro de sus salarios y de sus bienes. Como dijimos, la incineración de valor grava a las mayorías mientras las elites, cuando peligran, zafan con los aportes del Estado. Y todavía más, las calificadoras de riesgo siguen emitiendo notas que inciden en el crédito y en el valor de las acciones provocando corridas y nuevas oportunidades para la especulación. Porque, ¿quiénes ganan con el tobogán de subes y bajas de las bolsas? ¿Los laburantes y los giles advenedizos...? Y como los yanquis crearon esas criaturas omnipotentes, parece que ahora los europeos desean parir la suya mientras amagan con algunas restricciones en su jurisdicción.[5]

---

5 *"La Unión Europea (UE) analiza prohibir que las agencias de calificación de riesgo publiquen notas de países en crisis, dijo Financial Times Deutschland. (...) Los cambios permitirían a la Nueva Autoridad Busátil Europea (ESMA)* ***`prohibir de forma provisoria´*** *a las agencias que publiquen informes sobre la solvencia de un país. La UE piensa en especial en países que estén negociando ayudas financieras del FMI o del Fondo Europeo de Estabilización Financiera. El fin es impedir que la calificación traiga `efectos negativos para la estabilidad financiera del país'..." (Clarín* del 21/10/11). A propósito de la cuestión, consignamos otro despacho periodístico: *"Donde también hubo revuelo ayer fue en Francia, país que tiene la mejor calificación posible (AAA). La agencia de riesgo Standard & Poors le rebajó la nota el jueves y luego se rectificó argumentando que había sido un `error técnico´. El ministro de finanzas francés... exigió una investigación por parte de la autoridad europea de supervisión de los mercados financieros."* [Art. "Festejo por el ajuste", *Página 12* del 12/11/11].

En resumen, el proceso de acumulación del capital se desarrolla en función de la obtención y maximización de la ganancia que encubre la apropiación del excedente económico que se forma por el trabajo no retribuido, ergo, por la explotación. Esa es su "razón de ser" y el motor de la producción potenciada por la avidez especulativa. Y en esa carrera las grandes corporaciones (sin distingos sectoriales) se alzan con la nata del excedente, expanden su poder, financian en parte la revolución tecnológica que direccionan y usufructúan, aunque ésta no excluya "derrames" sobre la sociedad en proporción directa al poder adquisitivo de sus miembros. Justamente los avances tecnológicos cada vez más vertiginosos influyen directamente en la industria y en la vida de las personas y constituyen un componente sustantivo de la idea moderna de "progreso". Pero ese aspecto unilateral de la realidad nada dice de las aplicaciones nefastas como las industrias bélicas que provocan guerras y múltiples depredaciones humanas, ni de su gran contribución a la devastación del planeta. Tampoco evidencia la cultura alienante que la engendra ni las tremendas injusticias sociales que apaña. Entonces, cuando se habla de "progreso y progresismo", ¿a qué se alude?

Referente a la Tierra es oportuno resaltar que los daños no se circunscriben a los que genera el sistema sobre las diversas poblaciones, agudizados en las crisis económicas. La naturaleza del capital también agrede a la naturaleza del planeta lo que origina un proceso devastador que se va aproximando peligrosamente a un punto sin retorno. El efecto invernadero, la tala indiscriminada de bosques, el empleo de cultivos para paliar el monstruoso derroche energético, el uso abusivo del agua y su contaminación con arsénico y otros químicos en la minería a cielo abierto, el empleo generalizado del glifosato en los cultivos extensivos que envenena el medio ambiente, son algunas muestras de la gravedad del problema. Y hoy una política emancipatoria necesariamente debe luchar por la preservación del planeta. Asumir este mandato implica también una crítica al ex campo socialista pues su industrialización estuvo imbuida de la concepción positivista del "progreso" que omitía la problemática señalada.

Argentina y Latinoamérica

Después del anterior encuadre general del capitalismo y de la crisis actual, enfoquemos a nuestro país dentro del marco regional latinoamericano.

Vimos que la prédica "neoliberal" anti-Estado quedó tan desnuda como el rey del cuento pero, en la situación actual, despojada del lujoso traje que visten las economías del primer mundo. Las "ayudas" estatales otorgadas a las grandes corporaciones, en especial las financieras, alcanzaron niveles insospechados cuya difusión universal incluyó variadas críticas. Yendo a nuestro medio, parte de las mismas provienen de los llamados "economistas heterodoxos". Ciertamente justificadas, aunque pasan por alto o minimizan un aspecto sustantivo: la cuestión sistémica.

Las críticas en torno a los dictados "neoliberales" que responden a los intereses de las corporaciones y los establishment internacionales, en general siguen paradigmas teórico políticos que soslayan *la naturaleza del orden capitalista*. En ese sentido, en nuestro país y en varios de Latinoamérica, **se recicla el pensamiento desarrollista** que postula el crecimiento industrial autónomo apoyado en incorporación de tecnología de punta, el control de las variables macro económicas por parte del Estado, la redistribución de la riqueza que eleve el bienestar y la capacidad de consumo de la población impulsando la expansión del mercado interno, todo ello en consonancia con el desarrollo de un espacio latinoamericano que fortalezca a sus países y al conjunto dentro del escenario mundial. Esta perspectiva virtuosa que concita sanas adhesiones está inmersa en la lucha política actual que contiene diversos sesgos dignos de reflexión. Y lo primero que aflora son las características del proceso de acumulación capitalista y las relaciones de poder que lo acompañan.

Conviene recordar que Aldo Ferrer, miembro destacado del Grupo Fénix y reconocido por su producción intelectual, fue ministro de Economía y Finanzas (1970-1971) de la dictadura militar del General Roberto Marcelo Levingston (sucesor de Onganía) que se extendió a los inicios del relevo que encabezó el Gral. Lanusse. Dejando de lado su participación como ministro de la llamada "Revolución Argentina", aquí nos importa traer a colación su ley de "Compre nacional" de cuño desarrollista que lanzó en aquel momento y que prácticamente ni se llegó a aplicar frente a la oposición del bloque de poder económico. Desde entonces ha corrido mucha agua bajo el puente pero el poder económico del gran capital goza de buena salud a pesar de las medidas de gobierno que les incomodan y, sobre todo, algunas que lo perjudicaron.

Los sectores monopólicos (sean los grupos económicos o las transnacionales) tienen un peso decisivo en la economía y un gravitante poder político a través de las redes de intereses que atraviesan el aparato del Estado.

Un claro ejemplo de ello se hizo visible en el llamado "conflicto del campo" en 2009 que luego derivó en el enfrentamiento entre el gobierno y los influyentes grupos mediáticos, manipuladores de información y (de) "formadores" de opinión.

Como el poder del establishment no proviene del sufragio universal sino del capital que representan, su influencia marcha en paralelo con el proceso de acumulación y concentración del capital del que son sus principales protagonistas. Obviamente se dan contradicciones entre sectores pero, cuando se trata de dirimir quiénes controlan el proceso económico en el país, cierran filas y funciona el espíritu de cuerpo para imponer las conveniencias corporativas del gran capital. Esto se agudiza en situaciones en que los gobiernos que acceden al aparato del Estado desarrollan políticas que no responden cabalmente a los intereses hegemónicos. Entonces, a más distanciamiento, mayor enfrentamiento.

En estos últimos ocho años la emergencia del kirchnerismo volvió a tensionar una contradicción que, a partir del golpe militar del 76, pudo resolver el bloque de poder dominante no obstante sus diferencias y disputas internas. Hablamos de **la contradicción entre el poder económico del gran capital y la hegemonía política de sectores que no lo representan.** Testimonio de ello fue la historia viva argentina desde 1945 hasta el triunfo de la dictadura genocida del 76 que desmanteló el frente popular cuyo eje fue el peronismo que se fracturó violentamente tras la muerte del líder. La funesta política que consumó a sangre y fuego la dictadura, la legitimó después Menem en los noventa conduciendo al peronismo, disidencias aparte. Como esa historia es harto conocida, retornemos a la actualidad.

Con ese propósito exponemos estas sintéticas consideraciones que se apoyan en los siguientes supuestos: **a)** la crisis internacional, si bien provoca dificultades, por ahora no es determinante referida a lo que hoy se juega en la política nacional y en buena parte del ámbito latinoamericano. Respecto de las tendencias emergentes post crisis, a nivel hegemonías mundiales, dejamos las especulaciones para que se explayen los "augures"; **b)** a mediano plazo la contradicción entre el desarrollo nacional y la "globalización" abre proyecciones inciertas atentos al papel de los actores internos y al bloque regional en vías de construcción; **c)** situarse e interpretar con acierto las contradicciones politico-económicas actuales es muy importante para impulsar, desde el presente, políticas tendientes a la emancipación. Lo cual nos interpela a quienes asumimos ese horizonte desde un nuevo lugar en formación.

Explicitemos ahora los supuestos en cuestión.

a) En nuestro país hoy se recrea la contradicción que remarcamos más arriba, adaptada a las actuales circunstancias. La imprevista aparición del kirchnerismo generó un proceso de hegemonización política de rasgos discordantes con los planteos del poder económico concentrado. Aquí no nos detendremos en los distintos momentos y avatares que van desde las concesiones y negociaciones hasta las fricciones y enfrentamientos del gobierno con dicho poder. Lo que nos interesa destacar es la tensión que se mantiene a pesar del apoyo electoral del 54% obtenido por Cristina. Está claro que los representantes del gran capital, "local" y extranjero, ven con malos ojos al kirchnerismo, mas eso no les impide hacer buenos negocios ni beneficiarse de la bonanza económica ligada a la gestión oficial. Pragmáticos, inescrupulosos y paladines de la "ética de la ganancia", hoy se avienen a dialogar con el gobierno asumiendo, desde la derecha, la vieja consigna de Perón: "desensillar hasta que aclare."

El control del Estado como instrumento que balancee el poder económico concentrado, ha sido vital para el gobierno y ni qué decir si se propone "profundizar el modelo". "Profundización" que implica, antes o después, una disyuntiva ineludible: o se somete a los designios del establishment o recrudecerá el enfrentamiento. Máxime, si se produce una declinación económica que oxigene al alicaído mosaico político opositor y que, contradictoriamente, potencie la gravitación de la gran burguesía.

b) Como hemos planteado en otros trabajos[6], debido a la dinámica del proceso de acumulación capitalista que se refleja en la hegemonía de las grandes corporaciones en el mercado mundial, vemos escasas posibilidades para que prospere el neo desarrollismo a mediano y largo plazo. Sus expectativas resurgen dadas las actuales circunstancias que muestran en hibernación la viabilidad de proyectos revolucionarios al tiempo que el gobierno transita aquella senda cosechando hasta ahora buenos resultados. No obstante, pensamos que para llegar a un nivel que afiance la soberanía nacional a futuro, se precisa una cierta masa crítica de fuerza económica como apoyo de las decisiones de una política popular, masa crítica que, a nuestro entender, sólo alcanzaría Brasil aunque hoy esté maniatado por los grupos neoliberales que controlan su economía. Mientras que en la patria grande tendría que prosperar la movida regional en marcha, cosa difícil de lograr por la competencia de los capitales "locales" ávidos de mercados y

6 Ver mi ensayo *"Utopía y política"* del 18/06/11.

por la oposición de las transnacionales cuya gravitante y activa intervención atraviesa a nuestros países.[7]

Esa tendencia estructural puede ser contrarrestada por la lucha política en tanto tenga la capacidad de gestar y ampliar brechas a la dominación actual. De más está decir que la participación popular para cualquier perspectiva de ese tipo es crucial. En este plano, **el desafío tanto vale para los que impulsan las políticas estatales desde lo "nacional y popular", como para quienes sostenemos la necesidad de crear una nueva política anticapitalista y a distancia del Estado.** Desafíos asociados a la cuestión de los tiempos que relativizan las sustantivas diferencias que presentan una y otra postura. Justamente, ambos rumbos presentan coincidencias y contradicciones que hacen a la problemática que tratamos en el punto siguiente.

c) En esta apertura de futuro incierto que se transita en Argentina y en buena parte de Latinoamérica, lo que abundan son las contradicciones. Y para evaluar la incidencia de los tiempos sobre las distintas perspectivas, consideremos en principio un período corto, el que abarca al segundo mandato de Cristina.

Esa delimitación se centra en nuestro país por lo que significa en el ámbito latinoamericano y porque nosotros somos parte de su historia. Luego, lo tomamos como parámetro testigo del proceso general en el que aparecen, con distinto rango y alcances, las dos orientaciones señaladas.

En el primer caso, este período será el terreno de prueba del proyecto actual del neo desarrollismo, del cual hemos mencionado sus principales líneas programáticas a comienzos de este punto. Pues bien, llevarlas adelante siquiera en parte, será el mejor testimonio de su viabilidad. Y como ya emitimos nuestra opinión en el punto **b)** no abundaremos en ella pues nos interesa más vincularla a los desafíos que enfrenta nuestra concepción

---

7 *"`Los tratados bilaterales de inversión (TBI) y la vigente ley de inversiones extranjeras dan total libertad en forma explícita a las multinacionales para remitir utilidades cuando quieran, como quieran, cuanto quieran. El Gobierno está atado de manos, por eso no puede apelar a la ley sino actuar con una lógica de intercambio de favores. Incluso las multinacionales podrían acudir al Ciadi´, dijo a Página 12 Andrés Asiaín, investigador del Cemop. Argentina firmó más de 50 TBI, cantidad muy alta comparada con otros países. Restringen la soberanía del Estado."* [Art. "El costo de la extranjerización de la economía" de Javier Lewkowicz, del 13/11/11]. *"En 2009, el 55,4 % de las ventas totales de las 200 empresas de mayor tamaño del país corresponde a empresas extranjeras. Esto ha determinado un sensible aumento en la remisión de utilidades y dividendos al exterior. El flujo neto total de utilidades y dividendos pasó de representar 633 millones de dólares en 2003 a 7159 millones en 2010, monto que apunta a superarse este año. Suma que equivale a un tercio del total de la fuga registrada."* [Art. "Dólar y política" de Alfredo Zaiat, *Página 12* del 13/11/11].

política. La misma es consustancial al fenómeno que ganó las calles en Argentina y alcanzó gran vitalidad en los sucesos de 2001/02 cuya marca perdura. Tanto ha trascendido que, salvando las distancias, hoy suele aparecer como referente en varias de las movilizaciones sociales que se desarrollan en EE.UU., Europa y el norte de África.

Reiteramos que tiene suma importancia ponderar que en una y otra opción gravitan de modo diferente los tiempos articulados en un punto permanentemente móvil, el presente. En éste se condensa la interpretación del pasado y las proyecciones a futuro que son objeto de apuestas políticas que se traducen en correspondientes prácticas.

Es evidente que una política a distancia del Estado como alternativa emancipatoria es algo inédito y de largo aliento. Y si bien los proyectos implican anticipación, para que se hagan realidad requieren principio de ejecución en el presente. Lo cual nos plantea este interrogante: el gobierno kirchnerista, con sus logros parciales y las expectativas que genera, ¿beneficia, perjudica o resulta indiferente a nuestra opción?

Nosotros pensamos que a pesar de las contradicciones que conlleva, favorece a nuestra perspectiva pues no creemos en aquello de "cuanto peor, mejor". Y más allá de los recurrentes inventarios "al gusto", la mejoría de las condiciones de vida de la población (contradicciones incluidas), la limitación de la violencia estatal (dictaduras dixit) y la condena al "discurso único", suponen un piso a compartir en el presente. Pero ese piso se hace jabonoso en cuanto se enfoca la metodología de construcción, los alcances de la "democracia realmente existente" con sus partidos, el carácter del Estado y la representación, el capital como motor de "desarrollo". En fin, esto que para nosotros constituyen presupuestos básicos, en modo alguno lo son para la sociedad en su conjunto, ni en nuestro país ni en ningún otro del mundo. Pero si esto no fuera así, carecería de sustento real la hegemonía mundial del capitalismo y la superación de este orden social estaría en vísperas de consumarse.

Aquí no trataremos esta problemática que hemos abordado en diversos trabajos. Sólo queremos contribuir a que se instale un debate profundo y productivo entre los partidarios de ambas opciones y, en particular, entre quienes propiciamos la segunda. Las tendencias a la fragmentación y la incapacidad dialógica parecieran endemias difíciles de erradicar, al menos para los argentinos. Una virtud es saber distinguir posibles aliados de verdaderos enemigos según las distintas coyunturas políticas. Y ésta es una época en que la hegemonía de "lo peor" del planeta, capaz de sobrevivir a

cuanta crisis provoquen mientras no surjan alternativas que los vaya minando, reclama intercambiar ideas y experiencias para aunar esfuerzos y abrir surcos.

Para terminar, podemos resumir los desafíos apelando a dos categorías fundamentales: Capitalismo y Estado. Tan cierta es la dominación que engendra ese maridaje y su probable longevidad, como las reiteradas frustraciones de los intentos revolucionarios por la superación de ambos. Imaginar cambios "globales" hoy, además de inverosímil, adolece de ceguera frente las lecciones de la historia. Sin embargo, lo nuevo y promisorio brota en distintos y múltiples lugares. Las luchas avanzan, se estancan o retroceden según las circunstancias, pero no se detienen, porque este orden social depredador e injusto las provoca sistemáticamente. Cada fisura en el sistema que se logra en situación, son semillas de algo nuevo que está naciendo. Que se entrevere con luchas tradicionales e incluso que se combinen entre sí, es propio de épocas en las que, como decía Gramsci, lo nuevo no termina de nacer, ni lo viejo de morir.

16 de noviembre de 2011

El 19 y 20: una interrogación al futuro

1) Recuerdos

La noche del diecinueve, a poco de terminado el discurso del "aburrido" en el que declaraba el Estado de Sitio, percibimos movimientos en nuestro barrio y escuchamos los primeros cacerolazos. Con mi compañera y una de mis hijas salimos prestamente y caminamos hasta Beiró y Lope de Vega donde se reunía cada vez más gente. En ese trayecto comencé a palpitar esa insólita pueblada que iría creciendo por generación espontánea. No había "patrones" ni bajadas de línea; era un flujo colectivo contagioso que manifestaba su rabia casi alegremente y donde ya afloraba el "que se vayan todos". Así estuvimos hasta bien pasada la medianoche en que regresamos a nuestra casa mientras la TV mostraba las primeras escenas de reunión y represión en Plaza de Mayo.

A media mañana del 20 fuimos con mi hija menor para Congreso a encontrarnos con mi hijo. Allí la cosa se había puesto densa pues la intimidación represora estaba en funciones y la rabia colectiva crecía en paralelo. No aparecían banderas ni consignas partidarias, sí proliferaba a viva voz el sentimiento común del "*que se vayan todos*".

Casi en la esquina de Riobamba y Rivadavia advertí la presencia de una columna del CTA y para mi sorpresa, su máximo dirigente insistía en que debían regresar al sindicato porque la situación era muy riesgosa.

Pasado el mediodía decidimos marchar a Plaza de Mayo, un camino sembrado de policías y donde se hacían notar los "motoqueros" que cumplieron un rol solidario y digno en esa durísima jornada. Más nos acercábamos a

la plaza, mayor despliegue policial y más irrespirable se hacía la atmósfera por las emanaciones de los gases lacrimógenos. En Perú y Avenida de Mayo la humareda "disuasoria" imponía pero más aún las corridas de la Montada que cortinaba y perseguía a los más audaces en "la plaza histórica". Allí decidimos entrar a la misma como desagravio político simbólico ante la represión desatada sobre su suelo. Aprovechábamos los espacios que dejaba la galopante tropa entre sus variadas incursiones persecutorias. Así pudimos aproximarnos algo a las fuentes, pañuelo al rostro y respirando lo indispensable. Finalmente y con el sentimiento del deber de conciencia cumplido, nos retiramos sin sufrir daños que lamentar.

Más tarde regresamos mi hija y yo mientras que mi hijo se juntó con dos sobrinos y se prendieron en las batallas campales que se libraron contra las fuerzas de la represión movilizadas por el "demócrata" radical De la Rúa. Colofón: ese día él se fue en helicóptero pero dejó treinta y nueve muertos en todo el país.

Como es sabido, la marea popular generó el desfile de cinco presidentes en menos de 15 días (del 20/12/01 al 02/01/02 en que asumió Duhalde). Semejante cuestionamiento a la democracia representativa no tiene precedentes en la historia argentina. Durante un buen período los políticos tradicionales procuraban pasar desapercibidos para no ser escrachados públicamente. Un ejemplo ilustrativo fue que para ir del edificio del Congreso al nuevo del otro lado de Rivadavia, empleaban el túnel que cruza la avenida.

Este breve recordatorio que revive sensaciones propias, pretende ser una introducción a mis reflexiones sobre ese inédito acontecimiento que, en su décimo aniversario, ha suscitado variados comentarios e interpretaciones. Expondré entonces mi punto de vista que incluye antecedentes de ideas afines a dicho acontecimiento.

2) Ideas que ya circulaban en ámbitos reducidos

Corría el inicio de la década del noventa cuando se dio la convergencia de varios "veteranos" que veníamos de distintas trayectorias. Compartíamos dos niveles interrelacionados de frustraciones: la funesta reconversión del peronismo con Menem a la cabeza y la implosión del socialismo. Ergo, sufríamos la degradante "relación carnal" de aquel gobierno con el imperio sumado al desconcierto que había generado la desestructuración del

socialismo, fenómeno teórico y político que conmoviera al mundo durante casi 150 años y principal referente de los movimientos anticapitalistas del planeta y también del sector revolucionario del peronismo.

En una de las primeras reuniones, en el departamento del compañero mendocino que al cabo de varios años retornó a su provincia, su mujer e hijo nos bautizaron "La Mesa de los Sueños" inspirados en el film *Sur* de Pino Solanas. Es que, en medio de la desazón, comenzábamos a asumir una nueva "utopía" que recreaba la esperanza y que resistía cualquier tipo de conformismo.

Entre las variadas actividades de aquellos años, "La Mesa" se constituyó en editora de mi libro *El Poder y la necesidad de un nuevo proyecto* que salió en mayo de 1994. En él se exponían ideas que estábamos debatiendo y que en buena medida se anticipaban a las que circularon en 2001/02. Y ya en la presentación del libro planteábamos: ***"La ausencia de certezas inconmovibles o incuestionables, y una modalidad nueva de interrelación que intenta conservarse `horizontal´."***

Siete años y medio antes del acontecimiento del 19 y 20 de diciembre se vertían algunas ideas, en ese texto, que en aquellas jornadas se transformaron en acción. Y a título de ejemplo, transcribo varios párrafos ilustrativos:

"La **democracia representativa** impuesta en el mundo, con el peso de su aparato cultural e institucional, tiende a perpetuar el poder del gran capital bajo la apariencia de una legitimidad política que desmoviliza a los sectores populares. Y uno de sus grandes logros ha sido generar un fuerte consenso que incluye a la mayoría de sus víctimas." (pág. 60)

"**La representatividad** resultó siempre –voluntaria o involuntariamente- un instrumento de dominio. Pero la originalidad de la etapa consiste en que ha perdido su lazo interno." (...) "Se produce entonces un doble efecto. A la diferencia estructural entre representante y representado –dirigente y dirigido-, se suma un desplazamiento de campo: se trata de una dirigencia que se dice representativa de un sector pero que obra por cuenta de otro. Y la doble asimetría queda velada tras la figura del consenso que se obtiene al obturar el vacío real mediante el recurso de la *`legitimidad numérica´* controlada por el poder que la instrumenta." (pág. 62)

"Si no se crean caminos de efectiva participación popular con nuevas formas de autocontrol y horizontalización del poder, cualquier eventual fisura regenerará la cultura madre: la de la explotación y el dominio del capital. Para que germinen las posibilidades de que se rompa esa estructura hay que **crear `un afuera´**. Con otra lógica y con modalidades de cultura y relaciones sociales de diferente naturaleza." (pág. 65)

"Creemos que es posible intentar un camino de oposición al orden establecido que vaya creando condiciones de horizontalización del poder. Y que las distintas formas organizativas que se vayan creando deberán elaborar mecanismos de rotación de responsabilidades y de control de gestión que limiten los efectos de la representatividad. Evidentemente **la democracia directa** no está a la vuelta de la esquina. Como tampoco lo está la nivelación de las enormes diferencias socio-culturales entre las personas. Pero ningún abismo se puede salvar si no existe el propósito previo. Y entender la importancia del tema ya es un primer paso." (pág. 86)

En esos párrafos que cité se puede apreciar una matriz política afín con las ideas que proliferaron en los sucesos de 2001/02. Y no se trata de "autorías" sino que vivíamos un clima cultural político naciente donde debatíamos, en ámbitos minoritarios, la crisis de varias "verdades" revolucionarias en que habíamos abrevado y que fueron desvirtuadas por la implosión del campo socialista. Discutíamos acerca del poder, del Estado, de las vanguardias y la representación por citar algunas cuestiones relevantes. A todo esto, el 1º de enero de 1994 se produjo la irrupción del zapatismo que en esa sintonía empezó a difundir sus creativas ideas por el mundo. Tal experiencia original nos entusiasmó pues contribuía sustantivamente a la búsqueda de nuevos rumbos hacia la emancipación. Y bajo ese estímulo, la compañera de la Mesa Elsa González participó en Chiapas del Encuentro preparatorio continental "Por la humanidad contra el neoliberalismo" convocado por el EZLN. y que se realizó del 3 al 7 de abril de 1996.

3) El "infierno" que interpela al 2001

A diez años vista, relacionaré ahora lo anterior con el cambio de situación que produjo el kirchnerismo en nuestro país. El proceso que abrió, sin entrar en pormenores, revitalizó el rol del Estado nacional y realizó una gestión que generó una fuerte adhesión popular restituyendo la legitimidad de la democracia representativa. Emergente de la política tradicional, logró la recomposición económico-social del desmadre de 2001 al que enjuicia aunque omite el sentido innovador que traía aparejado. Y no es casual que lo omita a diferencia de quienes lo valorizamos, pues ambas interpretaciones responden a distintas concepciones de la política.

Una visión es la de quienes asumimos el significado innovador de ese acontecimiento, opción que abordaré luego. La otra, ampliamente

mayoritaria, es la que muestra sólo lo calamitoso de la crisis tal como lo expresa el gobierno y también gran parte de la oposición llamada "progresista" aunque ésta, a su vez, lo ningunea como promotor de la recuperación que posibilitó salir del "infierno" de la crisis.

Precisamente ***"infierno"***, término de gran relevancia simbólica, sintetiza la visión dominante. Concedamos que la invocación al averno resulta una referencia bíblica aceptable si sólo remite a las políticas "neoliberales" de Menem y De la Rúa que causaron efectos sociales devastadores y el vaciamiento económico del Estado.

Sin embargo, constituye una verdad a medias cuando se considera la responsabilidad de casi todo el arco político ante tamaño desastre. Es que las llamas alcanzan no sólo a los "enterradores" sino también a un buen número de los actuales "salvadores". Mas, la importancia del acontecimiento trasciende la nómina de "pecadores conversos". Lo significativo y original de la marca que dejó el 2001 fue el repudio generalizado a todo el sistema político responsable de la democracia representativa en colusión con los intereses de la gran burguesía local y extranjera. Semejante rechazo se puso de manifiesto en los niveles de participación popular y en la creatividad desplegada que, sin amos ni directrices mediáticas, dejaron huellas novedosas en nuestra historia política reciente que siguen vivas en las ideas y en diversas experiencias.

Ahora bien, tanto la salida definitiva del "infierno" que postula el kirchnerismo como la creación de alternativas emancipatorias, deben resolver *una cuestión clave* que las condiciona fuertemente. En el primer caso, lograr el desarrollo de un capitalismo benefactor "autóctono" supeditado a las leyes del proceso de acumulación del capital y conviviendo con los centros hegemónicos de poder mundial encabezados por el sector financiero. En el otro, crear nuevas políticas anticapitalistas que fisuren la dominación del gran capital en camino a sociedades más justas e igualitarias. Como se puede inferir, ambas opciones remiten al problema de los tiempos que más adelante trataré.

Antes de pasar al punto siguiente, una acotación que me suscita el simbólico "infierno". Su invocación conduce tácitamente a la existencia del *demonio* lo que demanda su caracterización política. Y en cuanto se va al fondo del asunto entramos al reino de las inmensas corporaciones que forman el núcleo principal de poder mundial que atraviesa prácticamente a todas las naciones. A pesar de esto, en nuestro país se produjo una evidente recuperación económico-social, fenómeno tan imprevisible como lo fue la emergencia de quien lo promovió, el kirchnerismo. Este suceso potenciado

por otros de signo similar producidos en varios países latinoamericanos, ha abierto expectativas e interrogantes de distinta magnitud.

Ahora no analizaré la política del gobierno pero dejo abierto el interrogante sobre la cuestión clave que señalé y que afecta a nuestro futuro y a la forma de encararlo. Volviendo a la metáfora aludida, pregunto: ¿se puede permanecer fuera del infierno sin erradicar las raíces del mal que lo instaló? O dicho de otro modo, ¿qué perspectivas tiene querer amoldar el sistema a los intereses populares en esta etapa de exacerbada concentración y centralización del capital hegemonizado por las transnacionales?

4) La otra mirada: 2001, un punto de partida hacia el futuro

El espacio de los que asumimos el acontecimiento de 2001 muestra un variado abanico de posturas y matices. En consecuencia, precisaré mi punto de vista en torno a la problemática actual que incluye mi visión sobre el gobierno.

A tal fin, me parece un método constructivo para nuestro campo considerar las aperturas privilegiando los principales *obstáculos propios* a superar. Lo cual presenta una doble ventaja: induce a pensar en los problemas comunes y ayuda a eludir diálogos de sordos. Y si primara ese criterio, se facilitaría la producción de debates positivos que contribuyan a la construcción colectiva.

Parto de la necesidad de superar el capitalismo dado que su matriz constitutiva se basa en la explotación y la dominación, su real razón de ser. E inherente a su genoma es la generación de injusticias y miserias que son por demás conocidas. Enfrentándolas, se libran múltiples luchas de distinta índole y entre las cuales se desarrollan nuestras apuestas políticas que apuntan al largo plazo pero que deben materializarse respondiendo a las exigencias del día a día.

Desde esa mirada y como señalé más arriba, 2001 resultó un acontecimiento (imprevisible como el que más) que puso en acto muchas de las ideas que circulaban en nuestro medio y que tenían gran sintonía con el cauce abierto por el zapatismo.

El nudo gordiano para los que nos oponemos al capitalismo y no queremos repetir frustraciones conocidas, *es gestar una construcción política que revolucione la concepción revolucionaria clásica*. Planteo que se centra en la problemática del poder y que exige correrse de la praxis tradicional. Ergo,

reformular el rol del Estado, la representación y el despegue cupular de las vanguardias. Pero esa apertura choca con la cultura hegemónica que nos bloquea y con el precedente histórico de la exitosa toma del poder revolucionario desgajado de su posterior derrumbe. El problema también lo trasluce esta pregunta: *¿cómo construir un poder que, negándose en interioridad, sea capaz de vencer al poder súper concentrado que engendra la dominación?*

Resulta evidente que hoy la infinidad de batallas de distinto calibre que asedian al capitalismo todavía no le impiden absorberlas. Y de la capacidad de absorción y supervivencia del sistema brotan los desafíos en torno a la gestación de nuevas formas de lo colectivo que socaven su dominación en camino a la emancipación. Pensemos que recién pasaron dos décadas del desmoronamiento del campo socialista y ya aparecen variadas experiencias locales y extranjeras que transitan nuevos caminos.

Según esbocé, las aperturas en curso conviven con una tensión entre el contexto en el que se desarrollan y las perspectivas a largo plazo que emanan de sus propuestas. Esa tensión se da hoy adaptada a las actuales circunstancias las que provocan distintas interpretaciones que con cierta frecuencia producen malos entendidos y fragmentación. Creo que no tenemos suficientemente en claro la cuestión de los tiempos, o sea, la tensión entre el corto y el largo plazo y esto perjudica los nuevos intentos.

Esa tensión alberga una ardua y controvertida dificultad relativa a *la relación entre las necesidades sociales y la política*. Y como ambas, con sus respectivas incumbencias, forman parte de la problemática de la emancipación, si *se las disocia* se obtura el lazo entre las relaciones de explotación y las relaciones de dominio. Diferentes sí, pero en simbiosis dentro del capitalismo a pesar de sus cambiantes momentos.

En ese plano, un aspecto a evaluar son los alcances de las políticas estatales respecto de la satisfacción de las necesidades sociales. Las aperturas emancipatorias no pueden permanecer ajenas a ese problema sin que ello implique confundir necesidad con asistencialismo. Por eso valorar las gestiones estatales que mejoren las condiciones de vida de la población no significa hacer concesiones al clientelismo que debe ser combatido allí donde se dé. La diferencia fundamental se da cuando las reivindicaciones provienen de una genuina participación popular que exige justicia frente a la explotación y opresión que ejercen los dueños del capital y sus servidores.

La disociación que mencioné influye en la evaluación de la "política realmente existente" induciendo posturas que tienden a subestimar la

complejidad de la situación actual al desconsiderar contradicciones y nivelar diferencias. En resumidas cuentas, *se exige a las políticas estatales lo que es objeto de creación de las corrientes emancipatorias.* Lo cual no supone desconocer que aquellas políticas se desarrollan según las reglas del juego del capital. Pero esto no anula las pugnas sectoriales, la incidencia de las relaciones de fuerza, ni los momentos políticos cambiantes, tantas veces impredecibles por más que se desarrollen dentro del marco sistémico. Por ejemplo, cuán previsible resultaba que un militar venezolano planteara el Socialismo del Siglo XXI; que un obrero metalúrgico de izquierda y luego una ex guerrillera gobernaran en Brasil bajo el imperio del gran capital; o que un ex gobernador que no confrontó con el menemismo, encabezara en su presidencia una franca oposición al neoliberalismo "carnal" del riojano.

A todo esto, no hay duda que una política independiente del Estado que asuma el legado de 2001 es opuesta a la construcción piramidal partidocrática del kirchnerismo y a sus vínculos contradictorios con el establishment. Pero exigirle a aquél lo que es ajeno a su naturaleza política, induce a error. Simétricamente y por la misma razón, obviar sus limitaciones crea falsas expectativas en sus sectores más radicalizados.

En suma, dentro de los condicionamientos hegemónicos actuales, las contradicciones de los sectores populares con el Estado se atemperan bajo gobiernos que contemplan sus necesidades mientras que si es piloteado por representantes directos o testaferros del gran capital, se agudizan y se antagonizan. En este período, un dato político no menor es que lo más conspicuo del establishment, abierta o encubiertamente, se opone al kirchnerismo. Y fueron los choques y roces recíprocos los que le granjearon una alta adhesión popular. Por eso es probable que las políticas a distancia del Estado, hoy y durante un tiempo impreciso, se desarrollen en tensión con el gobierno pero sin que se generen antagonismos. Claro, esto es fuente de desacuerdos en nuestro campo pues la estructura del Estado resulta condicionante y, como tal, es expresión de un orden jurídico legal y burocrático conformado desde y para el sistema capitalista. Empero, establecer quiénes conforman "el campo del pueblo" (Mao dixit), es una exigencia que debe responderse en situación y atentos a las características políticas de cada etapa.

Ahora bien, crear políticas superadoras del capitalismo es el gran desafío de la época pero aún no terminamos de desprendernos de las cargas del pasado y son relativamente recientes las nuevas ideas que afloran y circulan por el mundo. No obstante, con esa impronta se han ido gestando movimientos que cobijan experiencias muy diversas que a su vez mantienen un

sello común: el cuestionamiento a *la representación política* y, por extensión, a la democracia representativa made in occidente. Tal como está aconteciendo hoy en Europa con sus "indignados" y hasta en los Estados Unidos e incluso con las rebeliones en África con sus pueblada de distinto signo. En ese sentido, Latinoamérica resultó pionera y en nuestro país se cuentan numerosas experiencias que abrieron esa senda. Los inaugurales piquetes de Cutral Có, el acontecimiento de 2001, sus asambleas y las fábricas recuperadas, la defensa de los campesinos e indígenas de sus tierras invadidas por quienes se enriquecen con la burbuja de la soja, las batallas que libran tantas comunidades del interior por la preservación del medio ambiente y en oposición al extractivismo, son sólo algunas de las múltiples expresiones herederas de la larga tradición de lucha del pueblo argentino y donde hoy se vislumbran otras formas de construcción política. Diría que son nuevos embriones de cara al futuro.

5) Dificultades y posibilidades de lo que puja por nacer

Con la metáfora de los embriones sugiero dos cosas. Una, referente al estadio de su desarrollo y la otra, apunta a la vitalidad creadora que debe alimentar a las políticas que posibiliten su alumbramiento.

Asocio lo embrionario a esta etapa inaugural que presenta un terreno desconocido en el que las grandes revoluciones dejaron un imprevisible vacío. Mas, la vida continúa y ser fiel a la esencia de justicia e igualdad que portaban, demanda avanzar más allá de las limitaciones que evidenciaron e innovar creativamente. Exigencia que supone transitar por un territorio minado de dificultades.

La primera y gran dificultad deriva de la hegemonía del capitalismo que naturaliza sus relaciones sociales. Su discurso moldea la opinión publica y penetra también en la "izquierda", en el "progresismo" y en las corrientes "nacionales y populares". Quienes, al margen de sus notorias diferencias, conforman el amplio espectro de los que se titulan opositores de la "derecha". Pero todos comparten un suelo común que descansa sobre la concepción estatal de la política y la representación que la acompaña. En eso poco se diferencian de la "derecha", proverbial usufructuaria del Estado al que sólo denuncia si interfiere sus negocios. Así, los presumibles opositores corren el probado riesgo de resultar ejecutantes de un instrumento que termina instrumentándolos. Y allí reside un "enemigo estructural" de las

políticas que impulsan la emancipación. Testimonio de ello son los victoriosos movimientos libertarios más importantes de la historia que concluyeron sucumbiendo ante ese inesperado contrabando.

Corolario de lo anterior y como expresión de ese grave y perturbador problema irresuelto, nuestra apertura es enjuiciada por "la izquierda" que se cree la auténtica "vanguardia" anticapitalista. Bajan línea y repiten el consabido manual del poder sin reparar, en toda su dimensión, que "el último capítulo" remitió al punto de partida. Y sin proponérselo, se sujetan al statu quo al no asumir realmente la problemática clave de esta época: la gestación de una profunda transformación política. Como oficiantes de las políticas estatales, no sobrepasan los límites del sistema en este período en el que prima la incertidumbre porque todavía no emergen alternativas superadoras.

Para reflexionar en torno a ellas es preciso incorporar el problema de los tiempos, harto complejo pues se liga a lo múltiple y dinámico de las situaciones. Y de éstas brota la tensión que se da entre *un actualismo sin futuro y un futuro ajeno a la actualidad*.

Dentro de ese marco se inscribe la "realidad nacional" y las lecturas sobre el kirchnerismo que incide decisivamente en la situación actual. Aquí emitiré ideas complementarias a mis anteriores reflexiones para luego asociarlas a los obstáculos con que tropieza la apuesta política a distancia del Estado. Y Esta, para mí, es una cuestión central que apunta en otra dirección a los avatares que involucran a la gestión K. Me refiero a la naturaleza de las propuestas y a la metodología de construcción con independencia de quiénes sean sus protagonistas.

Comienzo por señalar algunos aspectos contradictorios de la concepción kirchnerista que, por sus implicancias, me interesa destacar.

- Lo *nacional y popular* hoy es una categoría política tan significativa como lo fuera ayer la d*el socialismo nacional*, dicho al margen de sus contextos y notorias diferencias.

  En esencia propone un *capitalismo nacional* basado en la producción y en el desarrollo tecnológico autónomos bajo el control regulador del Estado. Para lo cual impulsa la expansión del mercado interno alimentado por *el consumo* como categoría social virtuosa según reza su propaganda.

  Más allá de los fines económicos que se le adosen, quiero marcar las consecuencias político-ideológicas que se desprenden de dicha categoría. La apología del *consumismo*, indisolublemente unido al proceso de

acumulación del capital, tiende a la enajenación de las *subjetividades* invisibilizando la explotación y su desenmascaramiento y a la vez opera como caldo de cultivo de un individualismo nocivo.

- El discurso de *lo popular* tiene alto impacto y concita amplias adhesiones. Sin embargo, ese mensaje que moviliza y atrae a importantes sectores de la juventud, entra en franca contradicción con la metodología de construcción K, verticalista y piramidal al mango. En eso mantiene y acrecienta la fuerte tradición personalista del peronismo en un período de empobrecimiento general de la militancia comparado a otros momentos de gran influencia del activismo. Y por ahora predominan los acuerdos y negociaciones entre dirigencias de dudosa fidelidad a los intereses de las mayorías que "representan" y no es esperable que tales prácticas se modifiquen.
- Una de las consignas "político-económicas" de gran relevancia y que ilustra las características de la presente etapa, es *mantener y acrecentar los puestos de trabajo*. Y tanto el gobierno como el sindicalismo resultan sus encumbrados voceros al margen de sus desavenencias actuales. Esa legítima exigencia propia del tiempo que vivimos, a su vez expresa claramente el sometimiento del trabajo al capital. No sólo muestra los límites del neo desarrollismo, sino que también testimonia los cambios operados en las últimas décadas y trasunta la debilidad política de las corrientes emancipatorias.

Este sintético punteo referido a las contradicciones de la política K, en rigor remite al "capitalismo nacional" por el que aquélla apuesta. El cual dista de encarnarse como capitalismo de estado debido a la fortaleza del capital monopólico que rige nuestra economía sumado a los condicionamientos que generan quienes dominan a nivel mundial. Algo muy distinto es la potencia del capitalismo de Estado en China. Lo cual incluye el "pequeño detalle" de la magnitud de ese país "socialista" reconvertido en la segunda potencia mundial capitalista. Y justamente ese vuelco unido a la implosión del campo socialista, fueron sustantivos detonantes de nuestra apertura.

Al retomarla ahora, voy a contrariar expectativas que pretendan soluciones a corto plazo. En lo fundamental, porque pienso que no existe *una solución* sino múltiples experiencias e ideas que se ensayan en el "mosaico mundo" y que, con sus respectivas características, aportan a lo que está naciendo. Y este proceso llevará un impredecible tiempo de maduración. Asimismo, la orientación que asumo cuestiona las relaciones de poder y es contraria a las clásicas "bajadas de línea". En consecuencia, para mí sigue siendo válido aquello de "caminante no hay camino, se hace camino al andar".

6) Enfocando obstáculos

Al inicio del punto 4 sugerí, como método constructivo y plural para el intercambio de ideas, privilegiar *los principales obstáculos propios*. A tal fin, enfocaré de manera sintética los que considero de mayor gravitación. Por supuesto, los mismos tienen vasos comunicantes que los relacionan entre sí.

a) ***El Estado*** *como institución madre de la organización social, no parece tener sustituto a la vista ni da señales de mutar su papel de garante de dominación.*

Esto implica serias dificultades que aumentan en proporción directa al número de habitantes sobre los que aquél ejerce su soberanía. Las ciudades y ni qué decir las megalópolis, son conglomerados que potencian el obstáculo. En resumen, se plantea la problemática de la convivencia humana despojada de relaciones de explotación y de dominación en un momento histórico por demás contradictorio en que dichas relaciones han recrudecido notoriamente. En contraste, la producción global permite superar la "escasez" posibilitando condiciones de vida dignas a toda la población mundial. No obstante, el capitalismo no sólo desvirtúa esa posibilidad sino que genera otra grave agresión, la que "sus negocios" provocan en la naturaleza.

Cambiar esa situación a nivel macro, hoy parece inalcanzable. Es como tratar de erigir una torre de cincuenta pisos sin construir sus fundaciones. Y en eso estamos, tratando de acumular "materiales" con los que ya se están construyendo algunas bases. Sólo que en vez de pensar en obras monumentales debemos empezar por casas de barrio. O sea, partir de lo micro transitando hacia un cambio de escala. Y en ese sentido no debemos tabicar experiencias. El Estado como estructura es impermeable a las transformaciones de fondo, pero como lugar de conflicto presenta una "porosidad" proporcional a las presiones y luchas de que es objeto. Luego, no es indiferente que éstas le arranquen concesiones a la dirigencia política y a la burocracia administrativa, ni tampoco el grado de receptividad o de oposición de aquélla.

En ese nivel hay experiencias dignas de atención, tal el caso de Bolivia, quizás el más sugerente. Su Estado plurinacional exhibe contradicciones entre algunos movimientos sociales indígenas y el gobierno, aunque éste da muestras de voluntad por encauzarlas y para que se amplíen sus bases y la participación popular. Para ilustrar la complejidad y alcances de lo que allí se está ensayando, extractamos algunos párrafos del reportaje a García Linera que publicó *Página 12* el 16/01/12 y que brinda material para la reflexión:

"Y el imaginario en torno del cual partidos, dirigentes, universitarios y académicos organizamos la vida, es otro, es un trípode: plurinacionalidad, autonomía y economía plural, que organiza el imaginario colectivo de la sociedad."

"Un nuevo Estado no anula las luchas, ni las contradicciones; simplemente las desplaza. Esas contradicciones de la sociedad ahora atraviesan también al Estado. Por eso entramos en una nueva etapa que hemos denominado de tensiones al interior de la sociedad y del Estado."

"El porvenir sigue siendo incierto, y será una obra de creación colectiva, de debate, de duda y de avance colectivo. Nadie tiene definido el horizonte, ni está esperándonos en la esquina el comunismo."

"El Estado tiene sus formas, exige una representación del propio poder, por muy amplio que sea en la discusión, en la reflexión y en la consulta. Es parte de la propia retórica, de la propia catequesis del Estado. No debiera ser así, pero va a funcionar así un buen tiempo, porque así viene funcionando también hace un buen tiempo. Si no lo haces así, se te erosiona el principio de autoridad, por muy colectivamente que lo hayas construido."

b) ***La representación*** *que funciona como lazo político social, determina y congela los lugares de representante y representado estableciendo un vínculo que se convierte en sujeción del segundo respecto del primero.*

Hasta ahora la representación funcionó como vía regia de acceso al poder. Porque, de hecho, traslada la capacidad de decisión sobre unos pocos que se hacen cargo de los mandatos transferidos por los otros (que suelen ser los muchos). Y la historia de *la democracia representativa* refleja fielmente el fenómeno de transmutación de mandatos. Como organización macro institucional controlada por los sectores hegemónicos, en este período facilita la legitimación de las minorías propietarias del gran capital que así obtienen el necesario consentimiento de la población sobre la que ejercen su dominación. En general las crisis y en particular la actual que afecta a los Estados Unidos y Europa, corazón del poder mundial capitalista occidental, transparentan con nitidez las falacias de la representación. Los principales partidos políticos aparecen tal cual son, agentes de los establishment de cada país y de las grandes corporaciones.

Mas esa funcionalidad apta para las manipulaciones cobija un problema real. El de conciliar las decisiones que hacen a la vida del común con las dificultades que suscita el número de los afectados que debieran intervenir.

Luego, el problema deriva hacia las formas de intervención. Y una de las respuestas radica en *la democracia directa* que generalizaron las asambleas en los sucesos de 2001/02 y que cuenta con variados antecedentes internos y externos, comenzando por la antigua Grecia. Pero cuando el ámbito decisorio trasciende lo local con su espacio concreto y conocido, las dificultades crecen a medida que se amplían las áreas de influencia y su complejidad (intendencias, provincias, naciones...). Y esto bajo las acechanzas de cooptación del Estado y de las organizaciones privadas y públicas (grandes empresas, iglesias, partidos, etc.)

El cuello de botella de la representación es un permanente reto a la apertura de nuevas formas de participación donde la lucha cultural política debe librarse, de modo sostenido, entre todos y cada uno. Quizás el mayor desafío provenga de nuestro interior, de los propios liderazgos y de las vanguardias hasta ahora imprescindibles para lograr la victoria de los movimientos liberadores. Y esto es tan cierto como la "trampa" que encerró: la creciente distancia entre representantes y representados que desembocó en ruptura. ¡¡Vaya paradoja!!

c) *La extensión y raigambre* ***de la cultura mercantil*** *íntimamente vinculada a la historia y al presente del capitalismo.*

La enajenación y el fetichismo que caracteriza a la mercancía es una cuestión conocida, al menos de Marx a esta parte, y el dinero su mediador por excelencia. Sin embargo, no ocurrió ni ocurre lo mismo con su funcionalidad íntimamente asociada al desarrollo del capitalismo. Verbigracia, en el territorio material y también espiritual del socialismo, o sea de quienes se opusieron a la explotación del capital, no se pudieron superar las relaciones mercantiles entre las personas ni entre el Estado y su población. A punto tal que este último no dejó de ser un capitalismo de Estado que prohijó, con el correr de los años, a un capitalismo hecho y derecho.

Emerge entonces otra pregunta en busca de respuesta: ¿cuál es el significado que debe tener el socialismo hoy?

d) ***"Lo realmente existente"*** *remite a las políticas actuales y según sea el modo como se las encare, aparece el problema de la tensión que apuntamos anteriormente: "entre un actualismo sin futuro y un futuro ajeno a la actualidad".*

Los obstáculos que señalé convergen en este punto que nos sitúa de cara al presente. Al respecto, explicito mi postura para facilitar el intercambio

de ideas con los compañeros que comparten mi orientación (diferencias incluidas) o, a nivel más amplio, los que integran el campo del pueblo. A tal fin, expongo mi mirada acerca del período actual.

Parto de la base de que, a escala internacional como de las naciones, se ha producido un retroceso manifiesto referido a los movimientos de liberación que proliferaron durante casi todo el siglo XX y que dejaron la marca de sus grandes revoluciones. Hoy domina, urbi et orbi, el capitalismo con las políticas estatales de variado signo que asumen esa pertenencia con todas las variaciones que se quiera. Obviamente, políticas que siguen teniendo como eje fundamental el control del Estado, matriz de *la política realmente existente*, antes y ahora. En cambio, las semillas de lo nuevo se desarrollan en los poros de nuestras sociedades y nacen de las luchas populares con efectos de variable magnitud e incidencia según los casos. Mientras que en el ámbito estatal y dentro de los límites sistémicos, en Latinoamérica se dan situaciones con sensibles diferencias de acuerdo a los países que se consideren. A título de ejemplo, vale apuntar la distancia que existe entre lo que acontece en Bolivia confrontado a lo que sucede en Chile.

Ante las contradicciones que conlleva lo "realmente existente", considero erróneo descalificar en bloque las políticas estatales por las siguientes razones. *Primero*, porque todavía no aparece ningún país en el mundo en las que aquéllas no resulten hegemónicas y donde se hayan generado alternativas políticas que las comprometan realmente. *Segundo*, porque nuestra opción independiente del Estado es bastante reciente (alrededor de veinte años), y entiendo que estamos transitando por una etapa experimental. *Tercero*, porque mantenerse a distancia del Estado no significa ignorar las contradicciones que generan en su interior las luchas populares. Así también y como producto de ellas, se abren espacios que posibilitan marchar en sintonía con los compañeros de base que apoyan a gobiernos afines, tal como ocurre en nuestro país. *Cuarto*, porque creo que "demonizar" al gobierno es mucho más fácil que tender puentes con quienes lo apoyan sincera y desinteresadamente. *Quinto*, porque esa actitud contribuye a nuestro aislamiento, dificulta el diálogo con parte importante del campo del pueblo y estimula la nociva tensión que aludimos al principio. Y si se compara con lo que practican los pregoneros del gobierno que ubican al mismo en el "paraíso", posturas que aparecen en las antípodas vienen a resultar algo semejante, lucen un sectarismo simétrico pero de signo invertido.

En síntesis, no debemos desaprovechar los momentos y espacios favorables para ir desarrollando políticas a distancia del Estado lo que implica

difundir la problemática que sostenemos en círculos crecientes de nuestra sociedad. Lógicamente, ésta es una tarea de largo aliento mientras que en el día a día se protagonizan experiencias que a través de ensayo-error deberán aportar a ese crecimiento colectivo. Y para esto no existen fórmulas que garanticen resultados. Lo indispensable es no resignarse al statu quo, a sus injusticias y al inmovilismo que induce.

30 de enero de 2012

Sudamérica, socialismo y aperturas políticas (*)

Prolegómenos

Vivimos un período en el que cayeron las certezas que alimentaron la acción política de distintas generaciones durante casi un siglo y medio. Certezas ligadas a un fenómeno histórico que en sentido amplio se llama socialismo y que tiene varias ramificaciones. Por lo tanto, aclaro que cuando uso el término *socialismo* me refiero a las experiencias revolucionarias que signaron los siglos XIX y XX.

Tal señalamiento puede resultar una abstracción teórica si no se encarna en nuestra historia y la de los países hermanos. Como ser, las luchas que giraron alrededor de los movimientos de liberación nacional y le pusieron nombre y apellido a los sucesos de las décadas de los 60 y 70, lógicamente ligados a la etapa previa. Llámense Peronismo-Socialismo nacional o Socialismo a secas en nuestros pagos; João Goulart y Marighella en Brasil; gobierno de Torres en Bolivia; gobierno socialista de Allende en Chile; Velazco Alvarado y la revolución peruana; Tupamaros en Uruguay; por citar los casos de mayor notoriedad. Estos y muchos otros intentos comprometieron en aquellas décadas los regímenes dominantes tutelados por EE.UU.

Fue un período de altísima combatividad que estuvo atravesado, de manera predominante, por las ideas marxistas incorporadas según las

(*) *Agradezco a la revista Acontecimiento y a Raúl Cerdeiras en particular, el espacio que me brindaron.* Publicado en la Revista Acontecimiento Nº 43/44

características nacionales propias. Ese proceso plural de liberación fue aplastado, en casi todos los casos, a sangre y fuego por las dictaduras auspiciadas por los respectivos establishment, que contaron con el apoyo directo de los yanquis. Pero en el ámbito mundial aún restaba el derrumbe del campo socialista, detonante de la caída de las certezas que alimentaron el compromiso y la lucha de más de la mitad de la humanidad. Lo que trasladado al actual período de ensayos e incertidumbre deviene en la acuciante necesidad de replantear a fondo aquellos conceptos que fueron cuestionados por los hechos.

La construcción de vías anticapitalistas originales exige el desarrollo de un pensamiento crítico que a la vez explore, introspectivamente, los claroscuros de los movimientos emancipatorios nacientes. Y también supone estar atentos a este momento que se da en nuestro subcontinente que demanda claridad acerca de los sucesos que se están produciendo. Todo lo cual reclama una creciente participación que favorezca el intercambio de ideas y se despoje de actitudes sectarias.

De acuerdo a lo esbozado, a continuación abordaré sintéticamente *la problemática que plantean los sucesos que se dan en Sudamérica*, *los alcances actuales de la apelación al socialismo y las nuevas aperturas anticapitalistas.*

1) Problemática en Sudamérica

Enfocando ahora dichos sucesos, pienso que es bastante fácil abundar en críticas a los gobiernos que dicen o pretenden oponerse al llamado "neoliberalismo" dentro de un marco estructuralmente capitalista. Más difícil es evaluar sus perspectivas por un doble motivo: a) hoy no existe en el planeta un país que se desenvuelva al margen del capitalismo a pesar de las grandes diferencias entre sus sociedades; b) la complejidad que presenta prever los márgenes de independencia de las naciones (o de sus posibles asociaciones) considerando el entramado internacional, el poder económico interno y la expansiva crisis mundial originada en el epicentro del sistema.

Entre los gobiernos connotados como "progres", a saber, Bolivia, Venezuela, Argentina, Ecuador, Brasil y Uruguay, existen afinidades políticas por más que se den disparidades y contradicciones varias. Aunque en la relación con los otros, los de la "derecha", también se abrió un espacio de conveniencias mutuas cuyo caso más resonante fue lograr la convivencia de Colombia y Venezuela que habían orillado el conflicto bélico.

Con una lógica maniquea cabe descalificar a todos y cada uno de aquéllos por constituir variantes capitalistas. O también, sentirse ajeno a esa lógica empleando la peyorativa etiqueta de moda: *el populismo*. Mas, poco aporta ese desgastado mote que varias décadas atrás ya se empleó en nuestro país para ningunear al peronismo. Y no sólo apreciando que lo esgrime el poder económico y mediático de peso sustantivo en nuestras sociedades, sino porque su ambigüedad no ayuda a despejar las contradicciones existentes. Igual que titularse peronista sirve para cualquier uso. Luego, utilizar términos ambiguos posibilita encubrimientos y distorsiones. Evaluar la situación (el momento actual diría Lenin) no es enunciar una lista de virtudes o vicios "al gusto", por ejemplo, de partidarios "k o anti k". Es captar quiénes juegan y qué se juega en determinadas circunstancias, entender la naturaleza de los conflictos, sus contradicciones y proyecciones. Obviamente, las distintas interpretaciones provocan arduas polémicas, válidas si contribuyen a una mejor comprensión de la coyuntura.

Para resumir ahora mi posición sobre la actualidad en Sudamérica, tácitamente tomo a Argentina como caso testigo sin que ello signifique igualar las diferencias nacionales. Los principales sucesos abrieron un espacio insospechado en los noventa y por más que no alteraron sustancialmente el proceso de acumulación y concentración capitalista, desplazaron la hegemonía política de los mentores del gran capital. Controlaron algunos resortes del Estado y promovieron, ideológica y simbólicamente, un discurso de corte nacional repudiado durante la devastadora era "neoliberal". En esa línea reinstalaron una política desarrollista capitalizando la favorable coyuntura internacional para implementarla. Esto generó un amplio respaldo popular que se tradujo en la elección de varios gobiernos afines que tratan de construir un espacio común (Mercosur, Unasur, etc.) que fortalezca a la región y que balancee su histórica subordinación a USA.

En suma y a grandes rasgos, considero positivo este espacio que se abrió en Sudamérica debido al mejoramiento socio-económico de los mayoritarios sectores empobrecidos de la sociedad; al avance de los gobiernos en la capacidad decisoria local y regional; a la proliferación del debate político a pesar que se lo manipule desde arriba según la vieja tradición imperante; y a la reivindicación de lo nacional con sesgos antiimperialistas. En contraste, aparece un serio obstáculo para los gobiernos desarrollistas: la inexistencia de una "burguesía nacional" (quizás con la excepción de Brasil) capaz de darle encarnadura a sus proyectos.

Vale recordar que los númenes del desarrollismo, Frondizi y Frigerio, abrieron las compuertas a la invasión del capital extranjero. Y también que el prestigioso desarrollista Aldo Ferrer fue ministro de Levingston (presidente de turno de la dictadura militar auto titulada "Revolución Argentina") desde donde hizo el tímido esfuerzo de la ley del "compre nacional" que murió antes de nacer.

Es que este escenario atravesado por fuertes contradicciones es un híbrido por el peso de los sectores de capital concentrado que mantienen sus grandes utilidades y que forman parte del giro del capital internacional (grupos internos y extranjeros). Sectores que tienen una posición dominante en el aparato productivo y económico en general.

Encuadrar la situación y los debates e interpretaciones correspondientes, demanda precisar el tema de los tiempos que pone en juego la ligazón entre el corto y el largo plazo. El primero es más aprehensible y perentorio. El segundo, harto complejo, debe incorporar a su praxis las exigencias del presente. Y aquí se genera una tensión política entre el presente y el futuro. Mientras el desarrollismo se inscribe en la matriz del capital, las tendencias anticapitalistas la combatimos. Lo cual no obsta a que ambas, en orden a los conflictos que se presentan y las fuerzas que se enfrentan, transiten por carriles paralelos durante un lapso indeterminado en el que las corrientes emancipatorias deben conservar su identidad e independencia para crecer y no ser cooptadas.

La problemática que plantea la segunda opción nos interpela directamente. Comenzando por el significado y alcances del socialismo después de la implosión de los procesos revolucionarios que auguraban una nueva sociedad. Y no me refiero a lo programático sino a núcleos sustantivos que hacen a la política, a la estructura económica y a lo sociocultural. La mirada crítica sobre estas cuestiones está en la génesis de las diversas aperturas que procuran resignificar las políticas de emancipación y que producen experiencias originales, llámense zapatismo, ecosocialismo, comunalismo, etc. Aquellos núcleos clave señalan desafíos irresueltos que requieren la participación y el esfuerzo común para enfrentarlos.

2) Detrás de un vidrio oscuro: el socialismo

Considerando que la implosión del socialismo es una cuestión que trato desde hace tiempo[1], sólo cotejaré algunos enunciados relevantes de la teoría con los hechos producidos y apuntaré conclusiones vinculadas a la problemática que nos incumbe y que abordaré en el próximo punto.

Para resumir mi postura sobre el amplio abanico de la experiencia socialista, me referiré sólo a tres conceptos teóricos sustantivos: a) la hegemonía de la clase obrera (problema de las clases); b) el desarrollo de las fuerzas productivas (problema del productivismo y el determinismo); c) la extinción del Estado (problema de la representación, liderazgos y conducciones). Y como colofón: d) el desastre socio cultural del los ex países comunistas (la descomposición). Téngase en cuenta que la implosión del campo socialista se produjo más de siete décadas después de la Revolución Rusa; a cuatro de la Revolución China y a 14 años del formidable triunfo de los vietnamitas en la guerra contra el imperio yanqui (tomo 1989 como fecha simbólica de referencia).

a) Problema de las clases

Ya en el *Manifiesto Comunista* (fines de 1848) Carlos Marx señalaba: "*Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.*" Y más adelante afirma: "*...sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria.*"

Lo anterior suena a premonición si lo comparamos a lo que dice en la nota 6 de *El Capital*: "*Sólo a partir de 1850, aproximadamente, empieza a fabricarse a máquina, en Inglaterra...*" (Tomo I, pág. 304, edit. FCE.)

Luego, la apuesta por el proletariado es esencialmente política pues, cuando se enunció, estaba en los albores la gran industria y prevalecía la manufactura y el artesanado en Occidente. Recién en la segunda mitad del siglo XIX aquélla se desarrolla y se generan las grandes luchas del movimiento obrero. Después, en las revoluciones triunfantes del siglo XX, fue el campesinado la clase ampliamente mayoritaria. El leninismo asume esa

1 *Ver "El poder y el eclipse del socialismo"* (Centro Editor de América Latina, 1993); *"El Poder y la necesidad de un nuevo proyecto" (Ediciones La Mesa de los Sueños, 1994); "Políticas emancipatorias. Crítica al Estado, las vanguardias y la representación"* (Editorial Biblos, 2003).

realidad pero exalta la potencialidad de la clase obrera y la erige en prima entre pares. Sólo que introduce una mediación tan exitosa como problemática, las vanguardias y el partido se arrogan la representación y la conducción de los procesos. Pero las previsiones fallaron: las revoluciones sucumbieron en el Occidente industrial y las que vencieron, sin excepción, se consumaron en algunos de los llamados países "atrasados" ("el eslabón más débil", según la justificación de Lenin).

Esta historia insta a reflexionar en torno a las clases sin necesidad de incluir los cambios contemporáneos operados en la producción. La importancia económica de la contradicción capital-trabajo funcionó en desmedro de la política y alcanzó notoria influencia ideológica. Y eso que el talentoso líder ruso condenó sistemáticamente al economicismo construyendo un dispositivo exitoso para la toma del poder pero, como dije, gestando otro problema aún más agudo. Y sus efectos fueron letales para la hegemonía de la clase obrera y las masas pues lo imaginado como dictadura del proletariado devino dictadura de los dirigentes del aparato partido-Estado.

Primera conclusión. La clase obrera no resultó realmente hegemónica en los procesos revolucionarios triunfantes. Lo cual no niega su importante papel en los momentos culminantes de la Revolución Rusa cuyo mayor exponente fueron los soviets. Papel que se iría diluyendo luego de la toma del poder. Existe una apreciable distancia entre las clases y las vanguardias que conducen en su nombre. Distancia que se agiganta desde el poder desvirtuando el rol atribuido a las clases.

b) Problema del productivismo y del determinismo

De acuerdo a los presupuestos básicos, el desarrollo de las fuerzas productivas generaría las condiciones materiales para la transformación de las relaciones sociales de producción. Este principio de tinte determinista-economicista, funcionó a pleno en el campo socialista y se instaló como indiscutible verdad. Pero el derrumbe de la ex URSS. cuando ya era la segunda potencia económica mundial, desvirtuó tal "verdad".

Aún en Marx se puede rastrear ese concepto productivista que se incrustó en el imaginario socialista. Por ejemplo, en el siguiente pasaje del "Prólogo" de *La contribución a la crítica de la economía política*: *"Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción;(...) Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de*

la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana."

Este último pasaje dio sentido político al anterior y situó al socialismo en la antesala de la historia (primera fase que remataría en la segunda, la comunista). Sin embargo, inesperadamente, la prevista transición retrocedió a la salvaje "prehistoria".

El intercambio de mercancías siguió funcionando en las sociedades del "socialismo realmente existente". El obrero siguió trabajando como tal y el clásico patrón fue sustituido por el funcionario del Estado (y el partido) que arbitraron el excedente y planificaron la economía alejados cada vez más de la producción, de "la clase" y de los sectores populares. Lograron el "éxito" de pasar del "Coloso de los pies de barro" (Rusia) a la ex URSS, segunda potencia mundial gracias al "sangre, sudor y lágrimas" de las masas soviéticas. Así la planificación socialista, conductora del desarrollo de las fuerzas productivas que brindarían "las condiciones materiales" al socialismo-comunismo, se fue convirtiendo en proyectos burocráticos discrecionales, ineficientes y de diferenciación socioeconómica. Proceso corrosivo que desembocó en el retorno explícito del capitalismo donde los nuevos patrones fueron ex funcionarios del PC o gerentes de las empresas del Estado. El fenómeno se ha dado también en China, nada menos que la patria de la revolución cultural que inspiró Mao. Pero en este caso el aparato del partido no perdió el poder (Tiananmen mediante), conservó el nombre "comunista" e impulsó un formidable proceso de acumulación y concentración del capital. Y hoy ya alcanzó el mismo "honor" de la ex URSS como segunda potencia mundial aplicando similar receta sólo que adaptada a la actual "globalización".

Al respecto, resulta ilustrativo el artículo de Alfredo Zaiat en *Página 12* del 16/03/13 en el que reproduce estadísticas sobre las mayores fortunas en diez países poderosos donde indica la cantidad de multimillonarios junto a la sumatoria de sus riquezas. Allí aparecen: **China,** con 147 potentados que acumulan en conjunto 380.000 millones de dólares y **Rusia,** con 97 magnates que también reúnen 380.000 millones de dólares. (Esta suma representa poco menos de 4/5 del PBI de Argentina).

En realidad, el desarrollo de las fuerzas productivas que habilitaría el nacimiento de un nuevo orden social, terminó alimentando a sus enterradores...

***Segunda conclusión*.** El Capitalismo siguió demostrando su gran capacidad de revolucionar las fuerzas productivas lo que es proporcional a su aptitud para destruir la naturaleza y envilecer las relaciones humanas

(ganancia y "consumismo", sustanciales patrones de conductas). Y con aquella "virtud" venció al socialismo que, en rigor, no pasó del capitalismo de Estado.

c) Problema de la representación, liderazgos y conducciones

El Estado, como institución milenaria, sufrió profundos cambios a través de la historia. Empero, hasta ahora, ha conservado un atributo esencial: constituir una estructura imprescindible para hacer viables sociedades sometidas a la explotación de minorías dominantes. Esto no significa negar que haya momentos en que se atempere ese carácter puesto que el control del Estado es objeto de luchas entre diferentes sectores políticos y sociales que pugnan por su gobierno y que representan distintos intereses. Mas, legitimado en los períodos de bonanza o comprometido en situaciones de gran conflictividad, a lo largo del tiempo se mantuvo el entretejido jurídico-político que le da entidad y lo exhibe como árbitro y ordenador de la vida en sociedad.

El anarquismo combatió el poder del Estado en tanto que el marxismo planteó la teoría de la extinción del mismo. Y al margen de sus disputas y diferencias, ninguno de los dos llegó a construir una institucionalidad realmente participativa en la que la libertad, la justicia y la igualdad en la vida social alcanzase un nivel superior y sin retroceso. Sí han existido y existen experiencias localizadas cual gérmenes de algo nuevo.

Cuanto más numeroso es un grupo de personas se acrecienta la necesidad de representación frente a otros colectivos. Por ejemplo, en una ciudad esto se potencia notablemente, máxime tratándose de Estados-Nación. La experiencia histórica muestra que cuando surgen liderazgos y conducciones fieles a los intereses de las mayorías sometidas, en general se da al precio de sustituir su participación efectiva y dificultar el desarrollo político de quienes "representan".

Los problemas que giran alrededor del Estado no son una entelequia ni un devaneo "utopista". Tienen el sustento real de la sociedad civil inmersa en la trama jurídico-política, económica, social y cultural, producto de la hegemonía de las clases o sectores dominantes. Los conflictos y luchas, una constante histórica, requieren un tratamiento particular. En tanto que lo universal remite al perdurable carácter del Estado.

c) Tercera conclusión. "El gobierno del pueblo", una de las consignas clave de la revolución burguesa, asumida luego por los revolucionarios socialistas en nombre de la clase obrera, es una asignatura pendiente de la

emancipación. La democracia representativa, hoy la variante edulcorada de la dominación del gran capital, tiene una vigencia determinante en el Occidente que nos incluye. Mientras que la dictadura del proletariado se transformó en otro disfraz de la opresión. Luego, el problema de la representación y las vanguardias es uno de los grandes desafíos de las políticas emancipatorias que aspiran a la transformación del Estado.

d) La descomposición

Para quien quiera enterarse, son públicos y notorios los niveles de descomposición de las ex sociedades comunistas. En la URSS y los países comunistas del este se dio un largo proceso de degradación antes y después de la muerte de Stalin. Más actual y sorprendente fue el viraje de China. Bajo la conducción de Mao Tse Tung y desde principios de 1960, se combatió al revisionismo soviético y se enfrentó a sus mentores internos. Fue quien planteó la posibilidad de la regresión del socialismo y como antídoto, impulsó la Revolución Cultural (una entre tantas necesarias, afirmaba). Aquí dejo de lado las fuertes contradicciones que conllevó tal intento y que concluyó en un rotundo fracaso. Sí quiero subrayar la lucidez política de Mao ante el fenómeno en ciernes y la importancia de la lucha cultural-política para las transformaciones de fondo.

Concluyo ilustrando los niveles de descomposición de ambas sociedades. Además de los datos que incluí en el punto b), recomiendo para el caso de la ex URSS ver el actual film ruso "Elena" y, a modo de "radiografía" del Socialismo del Siglo XXI chino, transcribo lo que publica el diario *Página 12* en su portada del 1º de abril de 2013:

"Según la revista Forbes, en la República comunista de China hay 10,3 millones de personas que pueden ser consideradas millonarias. La mayoría de ellos son hombres de entre 30 y 40 años y son activos en los campos de las finanzas, el comercio y la industria. A diferencia de magnates de otros países asiáticos, no tienen pensado emigrar de esta forma tan particular de comunismo, aunque todos tienen en mente que sus hijos deben estudiar en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos."

Cuarta conclusión. La transformación de un orden social es una tarea de largo aliento que trasciende la toma del poder del Estado. Un cambio revolucionario deberá ir gestándose partiendo de lo micro en el incierto camino que vayan construyendo actores plurales que no se erijan en nuevos amos.

3) Reflexiones sobre las nuevas aperturas anticapitalistas

Emergen numerosos brotes desde abajo y a distinta escala que preanuncian otras formas de relacionarse, de asumir la solidaridad y de canalizar esfuerzos comunes. No se trata de una meta final sino de nuevos caminos de construcción colectiva.

Las aperturas innovadoras vienen surgiendo desde hace bastante tiempo. Y para poner una referencia tomaré el 1º de enero de 1994, día del pronunciamiento armado zapatista que conmocionó a la sociedad mexicana y repercutió en distintos lugares del mundo. A posteriori de la implosión del campo socialista apareció ese movimiento que, en mi opinión, fue el que más aportó y mejor expresó las nuevas ideas que comenzaban a circular y que practican de un modo consecuente.

Por ese entonces y salvando las distancias, en la Mesa de los Sueños veníamos desarrollando un pensamiento afín, a punto tal que la compañera Elsa González viajó a la comunidad de La Realidad en Chiapas -principios de abril de 1996- y participó del Encuentro preparatorio continental "Por la humanidad contra el neoliberalismo" que organizó el zapatismo.

Son varias las experiencias locales en pos de abrir nuevos rumbos aunque aquí solamente remarcaré los sucesos de 2001-2002 que sacudieron a nuestro país. La tremenda crisis a que nos condujo el "neoliberalismo" local y foráneo tuvo una respuesta impredecible: casi toda la sociedad argentina repudió al sistema político tradicional, fenómeno que sintetizó la consigna "que se vayan todos".

El zapatismo y la marca que dejó 2001 resultan un acicate para la reflexión acerca de lo actuado y sobre las dificultades que enfrentan los procesos emancipatorios. Por ejemplo, el zapatismo a pesar de sus múltiples y valiosas iniciativas para desarrollarse en el seno de la sociedad mexicana, padeció y padece toda suerte de cercos que en buena medida lo aíslan. Y en nuestro país, la avalancha de participación plural, las asambleas y el cuestionamiento al poder político tradicional se han ido diluyendo, sea por cooptación o por dificultades propias.

Mas, los principios que alientan esas experiencias enriquecen y actualizan la idea de **emancipación** que sintetizo así: *oposición al capitalismo y a todo tipo de dominación; política independiente o a distancia del Estado; igualdad, justicia y libertad para toda la sociedad; cuidado de la naturaleza y del ser*

humano como parte de ella; participación real en las decisiones constitutivas de la comunidad. A la vez, las políticas emancipatorias son indisociables de una ética fundada en esos principios.

Empero, vivimos un presente cuya realidad muestra una gran distancia con la mayoría de aquellos principios lo que nos interpela en profundidad a quienes los asumimos. Luego, el complejo escenario existente origina variadas interpretaciones y polémicas en el amplio espectro de oposición al capitalismo.

Las conclusiones que figuran en el apartado anterior y que exponen mi punto de vista acerca de la desestructuración del socialismo-comunismo, me parecen antecedentes necesarios para situar las siguientes consideraciones.

Plantear **la política a distancia del Estado** se debe a que éste constituye uno de los mayores exponentes institucionales garantes de dominación. De allí que cuestionar al mismo implica otro tipo de construcción político-organizativa, algo que se infiere de la tercera conclusión. Pero a su vez, tal "distancia" supone una larga, contradictoria y conflictiva convivencia con el Estado. Y aquí subyace el quid de la cuestión. No debemos confundir al mismo, consagrado como la institución rectora de una nación, con los partidos que disputan su control y que responden a diversos intereses de la sociedad. Lo cual no significa que éstos impulsen la ruptura del orden social en el que anidan.

De acuerdo a los momentos y a las situaciones concretas, varían los alcances de las contradicciones y conflictos al interior del sistema y algunos sectores pueden alterar la preponderancia política de los grupos hegemónicos. Pienso que es lo que está ocurriendo hoy en varios países de Latinoamérica, incluyendo el nuestro. El reverso de tal enfoque es erigirlos en líderes de procesos de emancipación subordinándose a la política tradicional y suscribiendo una carta de crédito al capitalismo.

Ahora señalaré algunas dificultades que provocan debates y malentendidos en nuestro campo. Referente a esas dificultades, expondré mis opiniones en torno a las que se relacionan con el principio clave de "la política a distancia del Estado". De éste derivan varias cuestiones que se entrelazan: *"el mal menor", "la necesidad", "gestión y política" y "el problema de la representación"*. Las mismas se asocian al presente y de modo más mediado, al futuro. La articulación de los tiempos genera arduas discusiones relacionadas con la aplicación de los principios en el corto y mediano plazo, vale decir, con la construcción política.

Creo que el concepto de "*mal menor*" confunde y tiende a minimizar las falencias propias en torno a la situación política del presente. Opino esto al ponderar dos condicionamientos que resultan irrefutables. La hegemonía absoluta del capitalismo en el mundo y la vigencia del Estado, sin excepciones. Presumiblemente, ambos perdurarán durante largo tiempo forzando azarosos trayectos hacia la emancipación.

Al restarle importancia a esos condicionamientos, cobra fuerza la descalificación en bloque de las políticas de los partidos sistémicos. Y cuando se subestiman o se evalúan erróneamente las situaciones concretas, las diferencias entre aquellas políticas se menosprecian cual escudo que ampara los principios. Desde esa lógica, los gobiernos sudamericanos "progres" serían responsables de retrasar los procesos que tienden a la emancipación. Es como querer curarse en salud respecto del mal de la cooptación o de la dependencia política de los partidos sistémicos.

En suma, creo que la crítica al mal menor no sólo confunde por implícita igualación sino que, quizás involuntariamente, transfiere a los partidos estatales una cuota de responsabilidad que depende de nuestra capacidad creativa.

De modo vinculante aparece la cuestión de *la necesidad*, la que sigue siendo un componente irrenunciable de la política. Desde lo más elemental, la subsistencia material de la vida humana, hasta cubrir las necesidades relativas a cada período que se considere. Y esto nada tiene que ver con el exacerbado consumismo que engendra y alimenta el capital ubicado en las antípodas de la racional asignación de los recursos y de la preservación de la naturaleza.

Sobre la necesidad convergen la explotación y la dominación anudando lo económico y lo político. En tal sentido, hasta el día de hoy y supongo que por mucho tiempo, la lucha por superar las múltiples necesidades de las mayorías sometidas es una constante histórica y sigue siendo insoslayable para cualquier política de emancipación. Diametralmente distinto es el asistencialismo o la pasividad que porta el rol de víctima. Y acudo a un par de ejemplos para clarificar conceptos: "Paz, tierra y pan" fue la consigna convocante de la Revolución Rusa y en lo contemporáneo, las guerras del gas y del agua fueron libradas por el pueblo de El Alto en Bolivia. Ambos sucesos mostraron la movilización y el protagonismo de masas en luchas reivindicativas que generaron efectos políticos de gran magnitud. Sin duda, la emancipación trasciende largamente las reivindicaciones inmediatas, lo cual no las excluye ni las desmerece.

Otra cuestión equívoca surge de antagonizar *política y gestión*. Obviamente no son lo mismo. Mientras aquélla refiere al amplio campo de las disputas de poder, la segunda remite a la administración de la cosa pública. Sólo que se realiza desde un lugar de poder político que caracteriza a su correspondiente gestión que debe responder a los conflictos y a las necesidades reales de la vida en sociedad. Justamente, según quién gestione así serán las consecuencias. Ejemplificando, las Juntas de buen gobierno zapatista llevan adelante las administraciones comunales fundadas en la política emancipatoria del movimiento. Entonces, la diferencia sustancial radica en la política que sostiene a la gestión y define las modalidades que le imprime. Y ya estamos orillando la última cuestión.

La representación tiene su raíz fundamental en el poder que atraviesa a la política y cuyo dispositivo mayor de dominación es el Estado. Mientras que la representación directa (presentación) no ha trascendido más allá de núcleos de población reducidos, la representación basada en el distorsionado vínculo entre representantes y representados, al ser funcional a la dominación, es la que prevalece en la historia. Sus respectivas formas paradigmáticas son la democracia directa y la democracia representativa.

Ampliando lo que esbocé en la tercera conclusión, el problema se arraiga en la misma gestación del proceso de construcción política. Y se vincula con el desligamiento de los representantes de los mandatos de los representados. Tal fenómeno se da en proporción directa al crecimiento de las atribuciones políticas de aquéllos y a los beneficios que les reporta, sean materiales y/o de prestigio. Contrapuesta a la representación piramidal (jerárquica) se da la horizontal (asamblearia). La primera, "galardonada" por su eficacia para hacerse del poder bajo la conducción de líderes y vanguardias. Sin embargo, tales éxitos revolucionarios trajeron aparejado su fin, la corrosión interna que desembocó en la contrarrevolución.

Al día de hoy sigue vigente esa irresuelta contradicción. Frente a ello, la participación real, la circulación del poder (modelo heterárquico) y la transparencia de los mandatos constituyen requisitos que prefiguran un salto de nivel en las aperturas que promueven la emancipación.

No ignoramos la gravitación de la cultura dominante que, de un modo o de otro, condiciona a la sociedad y nos asedia a nosotros también a la vez que nos aísla. Romper los cercos internos y exteriores es una tarea convocante. Lo cual exige situarse en la coyuntura de modo tal de mantener la independencia y los principios apreciando lo que contribuye a la causa de la

emancipación. Y aquí se suceden los interrogantes. ¿Qué debemos rescatar de los acontecimientos actuales en Sudamérica y en nuestro país? ¿Cómo articular los tiempos políticos? ¿Qué significa el socialismo para un proyecto de nueva sociedad? ¿Cómo desarrollar organizaciones emancipatorias eficaces sin recrear el vanguardismo? ¿Cómo federar esfuerzos?

Las preguntas que apuntan a núcleos clave son tan necesarias como la gestación de respuestas. Asimismo, esclarecer las limitaciones propias supone una labor que despeja la senda para potenciar nuestra capacidad de superarlas. Con ese propósito, espero que este trabajo resulte útil para promover inquietudes que ayuden al intercambio fecundo de ideas.

25 de abril de 2013

La transición... ¿hacia dónde?

1) La transición de acuerdo a la concepción clásica marxista

Según el pensamiento marxista-leninista, la transición señala el tránsito de una sociedad capitalista a otra sociedad cuya transformación habilita la creación de un orden social superior, el comunista. El motor de los cambios es la lucha de clases donde la burguesía es enfrentada por los explotados que son encabezados por la clase obrera. Desencadenado un proceso revolucionario y con la toma del poder por el partido de vanguardia que se asume representante del proletariado y demás sectores oprimidos, se inicia *la primera fase* comunista (o la etapa socialista). Ésta comienza con un triunfo político que deberá ser refrendado, a posteriori, por las respectivas transformaciones sociales, económicas, y culturales anudadas en un entramado complejo. Después, y superada esa inédita y difícil etapa, recién se abriría *la segunda fase*, la comunista.

Veamos el concepto de transición y de las fases según la palabra del mismo Marx:

"El derecho del productor es *proporcional* a la cantidad de trabajo que suministra; la igualdad consiste en que la medida se hace con una *escala igual*: el trabajo. (...) Este derecho igual es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce diferencia de clases, porque todo miembro de la sociedad es un trabajador como los demás, pero admite tácitamente como privilegio natural la desigualdad de aptitudes individuales y por consiguiente la desigualdad de la capacidad productiva. Así, pues, *por su contenido, como todos los derechos, es un derecho de la desigualdad*. (...) Por ejemplo, sólo considerarlos como *trabajadores,* no ver en ellos otra cosa y prescindir de todo

lo demás. (...) Para evitar todas estas dificultades, el derecho tendría que ser, no igual, sino desigual.

Mas, estos son defectos inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal como ha surgido de la sociedad capitalista después de un prolongado y doloroso alumbramiento. El derecho no puede jamás estar a un nivel superior al de la forma económica de la sociedad y de su correspondiente desarrollo cultural.

En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la sumisión esclavizadora de los individuos a la división del trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo se convierta no solamente en medio de vida, sino en la primera condición de existencia; cuando al desarrollarse en todos sus aspectos los individuos, se desarrollen también las fuerzas productivas y fluyan con todo su caudal los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en su bandera De cada uno, según su capacidad, a cada uno según sus necesidades." (*Critica del programa de Gotha,* de Carlos Marx; mayo de 1875, Editorial Lautaro, páginas 17, 18 y 19). [subrayados nuestros]

Esta extensa cita testimonia el pensamiento de Marx acerca del tránsito del capitalismo al comunismo la que luego es asumida por Lenin en *El Estado y la Revolución* y por el marxismo en general. Como se desprende de dicha concepción que anticipáramos al principio, la primera fase remite al período de luchas en el que aún subsisten relaciones capitalistas y cuyo objetivo es erradicarlas. Recién después de la culminación de ese proceso comienza la segunda fase. Por lo tanto, la *transición* propiamente dicha corresponde a la primera fase que se desarrolla en medio de una subjetividad social y de estructuras permeadas por formas capitalistas que deberán ser transformadas desde el poder del Estado sujeto al control revolucionario.

En cuanto a la segunda fase, la comunista, vale citar esta sugestiva reflexión de Lenin:

"El problema de cómo seguir adelante, de cómo pasar de la igualdad formal a la igualdad de hecho, es decir, a la realización del principio `de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades´. A través de qué etapas, por medio de qué medidas prácticas llegará la humanidad a estos objetivos elevados, es cosa que no sabemos ni podemos saber." (*El Estado y la revolución,* de V. I. Lenin, agosto de 1917, Editorial Anteo, página 88).

Un registro actual acerca de ese proyecto de transición puede constatar que no existe lugar en el mundo donde aparezca siquiera una aproximación a la segunda fase. Y en cuanto a la primera -la fase socialista-, concluyó en una abrumadora frustración tras la imprevista hegemonía planetaria del capital ligada al derrumbe del campo socialista víctima de su propia corrosión. Ergo, la propuesta política de la transición quedó girando en vacío, no así los principios que la inspiraron y permanecen vigentes.

Tal desenlace conmovió las ideas acerca del socialismo, de la revolución y la toma del poder del Estado, la representación y las vanguardias, por nombrar algunas de las cuestiones relevantes que integraron los procesos revolucionarios. En este trabajo intentaremos resituar el problema de la transición en función de la experiencia vivida y trataremos de relacionarlo a nuestro país y Latinoamérica.

2) La transición, ¿qué significa hoy en Latinoamérica?

Tras el ocaso de las revoluciones del siglo XX y de los movimientos de liberación nacional en Latinoamérica y en otros lugares del mundo, se produjo el arrollador avance del capital con grandes cambios en la sociedad, en la política y en el imaginario social. Esa formidable regresión universalizó el sistema capitalista que se rige por la ganancia, genera explotación, dominación y deteriora la naturaleza por más que, al calor de las luchas y en determinadas situaciones, surjan variantes que atenúan esos efectos.

En los países capitalistas centrales *la hegemonía* la tienen las grandes corporaciones que concentran fabulosas masas de capital y compiten por el reparto del mercado mundial. En ese escenario irrumpió el fulminante ascenso de China como segunda potencia planetaria, máximo exponente de reconversión capitalista de los ex "socialismos reales" donde la mayor concentración económica la controla el Estado conducido por el partido y los funcionarios de sus empresas. En definitiva, en los países líderes del planeta, la hegemonía se articula entre lo económico y lo político en sintonía con los intereses del capital concentrado que, directa o indirectamente, maneja el Estado. Mientras que en los países de menor envergadura varía el grado de su dependencia respecto de las grandes corporaciones y de las potencias rectoras. Esto agudiza los conflictos y la pugna de intereses sectoriales lo que provoca enfrentamientos de variable intensidad.

En la última década se produjo un imprevisible viraje en varios países sudamericanos que alteró la hegemonía política neoliberal, de máxima voracidad, sin que esto implique un cambio de sistema. En varias naciones se fortaleció el rol del Estado al ser controlado parcialmente por corrientes políticas que tienen contradicciones con el gran capital externo-interno. A consecuencia de ello se generó una fisura entre el poder económico y algunos gobiernos indóciles. Lo cual entorpece la supremacía política del gran capital y perturba su dominación.

Contrariando a los sectores de alta concentración económica-financiera integrados al giro del capital internacional (transnacionales y grupos monopólicos internos), dichos gobiernos, con sus variadas contradicciones, apoyan los intereses nacionales y favorecen a las mayorías populares. Existen antecedentes semejantes aunque en otras circunstancias y con finales adversos. Mientras que la situación actual presenta ciertas particularidades originales y contradictorias: por un lado cayeron las dictaduras genocidas en nuestros países y en los últimos años emergieron varios gobiernos de tinte popular; por otro, ya no existe el campo socialista y se extendió mundialmente el dominio del gran capital. Paralelamente y a nivel simbólico, aparece una aparente novedad: varios de aquellos gobiernos levantan como bandera el Socialismo del siglo XXI (Venezuela, Ecuador y Bolivia). Empero, se hallan sujetos a estructuras capitalistas que condicionan y acotan su acción política. Entonces, tal novedad resulta más enunciativa que real en este complejo período que exhibe múltiples conflictos y diversas interpretaciones.

Ahora bien, dentro del espacio popular remarcamos dos visiones contradictorias sobre lo "realmente existente": una, mayoritaria, procura construir una alternativa capitalista más justa y equitativa; la otra, notoriamente minoritaria, rechaza la vía capitalista. Sin embargo, en una primera etapa de imprevisible duración ambas tienen que enfrentar al mismo enemigo por más que mantengan diferencias sustantivas en su concepción y política.

El principal escollo para "mejorar" a este orden social proviene de la esencia del sistema que engendra la hegemonía económica del gran capital, base de su opresiva influencia política. Esa empinadísima barrera obstruye a los gobiernos y movimientos que se sujetan a la lógica capitalista. Mientras que oponerse al capitalismo plantea problemas de otra magnitud que exigen su superación y la de los agotados modelos que lo combatieron. Nudos clave porque un "capitalismo humanitario" parece inalcanzable y más aún la gestación de un orden social superior. Luego, por defecto se aproximan pero desde lugares y fines diferentes que los distinguen. Se diría que cada

tendencia, referida a sus propias aspiraciones y objetivos, debe enfrentar la problemática de la transición.

Tratando de explorar tal enfoque, conjeturamos que la etapa actual resulta un momento de un proceso de transición, presumiblemente prolongado, en el que coexisten dos concepciones políticas de distinta naturaleza: la "humanización del capital" y la oposición al sistema. Y al asumir ésta que sufre el acoso de un actualismo desbordante, debemos contribuir a una construcción colectiva que desbroce tan espinoso camino y que en el debate de ideas sepa privilegiar la creatividad capaz de potenciar las energías transformadoras de la sociedad.

En los setenta veíamos cercano el triunfo del socialismo en nuestro país y en el mundo. Mas, diluida esa gran ilusión, las consignas fundamentales de ayer ahora parecieran utopías inviables. Sin embargo, hoy sigue siendo tan necesario romper la hegemonía del gran capital como desarrollar alternativas políticas capaces de abrir nuevos rumbos a la emancipación. Y esto que es tan fácil de enunciar constituye una tarea mayúscula.

3) La transición... ¿hacia dónde?

Transitamos un período en el que no es el comunismo quien cohabita con el capitalismo sino las incipientes aperturas que impulsan la emancipación en un mundo sumergido en relaciones capitalistas. Las cuales, a su vez, atraviesan a los procesos que gestionan varios gobiernos populares latinoamericanos, de allí que nos preguntáramos por sus alcances. Empero, los problemas en torno a la emancipación son de una complejidad mucho mayor por la mutación que supone. Complejidad que incluye este momento favorable a la causa popular a pesar de sus limitaciones políticas y estructurales. Etapa que plantea varios interrogantes, como ser: ¿qué perspectivas tiene la relativa recuperación de los Estados nacionales latinoamericanos? ¿Remiten sólo al capitalismo o abonan el terreno para el desarrollo de futuras alternativas emancipatorias? Y acerca de quienes proponemos nuevos caminos fuera de la política tradicional, ¿cómo superar las contradicciones que conlleva el poder? ¿qué tipo de organizaciones crear para que sin ignorar al Estado no sean fagocitadas por él? Y *asumiendo que la negación del capitalismo define una orientación pero no construye... ¿hacia dónde marchar?*

Esta pregunta acerca del devenir de los tiempos políticos que interrelaciona pasado, presente y futuro, forma parte de la crítica al determinismo

positivista que prescribía el porvenir. En contraposición, plantear que la incertidumbre es connatural a la política significa que no existen garantías a futuro y que el azaroso trayecto emprendido debe validarse a través de la praxis. Esto, a su vez, supone situaciones cambiantes e interpretaciones que interactúan con aquéllas. Los principios fundamentales y la fidelidad a la causa de la emancipación son los que sostienen y dan coherencia a esa azarosa marcha. Tales principios de libertad, igualdad y fraternidad vienen de lejos pues fueron estandartes inaugurales de la Revolución Francesa, tantas veces invocados como desvirtuados. El posterior triunfo del socialismo los recreó en su oposición a la explotación y la dominación que hizo visibles a los ojos del mundo. Por eso su derrumbe sigue siendo una deuda pendiente así como las causas que lo motivaron y que no admiten reproducciones ni explicaciones superficiales.[1]

El panorama general muestra numerosas situaciones que proliferan en el orden capitalista mundial y conllevan variadas luchas, algunas de las cuales abren expectativas esperanzadoras en función de las acciones que protagonizan y de las ideas que ponen en juego.

Pues bien, la pregunta "hacia dónde marchar" las incluye y a la vez nos interroga sobre las cuestiones que giran alrededor de la emancipación y la experiencia histórica cuyo último y deteriorado eslabón involucra al socialismo.

Con ese propósito retomaremos un problema político irresuelto que gravita sobre las actuales aperturas emancipatorias. Como dijimos, la coronación de la revolución representó la hora cero de la transición. Nos referimos a la toma del poder del Estado bajo la conducción de los cuadros del partido (o de la guerrilla) encolumnados detrás de su cúpula. Así la transición se iniciaba con aquel triunfo, tenía una duración incierta y su final se consideraba garantizado por el proceso revolucionario. Sin embargo, la desestructuración del mismo abortó la transición prevista lo cual insta a rever esa problemática desde otro lugar.

El triunfo de la revolución contra el orden capitalista fue un verdadero acontecimiento y no hay duda de su relevancia ni de la marca que dejó. No obstante, su eclipse cuestionó varios de sus presupuestos y uno muy importante fue *la extinción del Estado* que al subsistir y agigantarse desdijo uno de

1 "La detención del movimiento revolucionario en cualquier etapa intermedia, esto es, que el comunismo no haya superado por completo al capitalismo y conviva con él o lo promueva como parte subsidiaria sólo puede provocar que el capital vuelva a devorar al trabajo y las fuerzas del comunismo se enajenen como fuerzas del capitalismo." (*La potencia plebeya*, de Álvaro García Linera; editorial Prometeo, página 119)

los fundamentos principales que preconizaban el fin de la transición. Entonces, la revolución que se valdría del Estado para realizarse y finalmente "desaparecerlo", terminó devorada por aquél. El problema resulta sumamente complejo y proviene de la neurálgica *cuestión del poder* constitutivo de la política, la representación y la organización y *devenida en la matriz de la dominación*. Lo cual potencia las incógnitas porque las vanguardias, los liderazgos y el Estado han escrito la historia y hoy siguen en plena vigencia. Lo paradojal es que esa sostenida historia que debía ser revertida, sufrió la impactante defección de las conducciones herederas de la revolución a la que vaciaron en vez de terminar con la dominación.

Ese desenlace es uno de los disparadores de las experiencias que ensayan nuevos caminos revitalizadores de los ideales de la emancipación. A su modo, todas tienen el mismo hilo conductor anudado a la cuestión del poder. Numerosos movimientos masivos en distintos lugares del planeta que se oponen al sometimiento, reivindican otras formas de organización política, al margen del poder estatal que cuestionan.

Tal concepción originó una "disputa" ideológica-simbólica alrededor de la categoría *"antipolítica"*. Los partidos estatales nos acusan de negar la política porque la concebimos a distancia del Estado y aquéllos sólo actúan en función del mismo. O sea, luchan por controlar el Estado y nosotros por independizarnos de él, evitar su cooptación y construir movimientos masivos que promuevan la participación y conducción efectiva del común. Y precisamente, uno de los mayores obstáculos para el desarrollo de nuestra opción es la cuestión del poder. Porque lo propio de la política es la disputa de poder la que no se agota sólo en torno al Estado, su mayor construcción institucional. La experiencia indica que "el huevo de la serpiente" también se aloja en las entrañas de las vanguardias que preconizan la emancipación. Es que la diferenciación de las capacidades humanas y de sus respectivos roles se potencian exponencialmente por obra de la cultura dominante. Ésta no sólo moldea a quienes hablan por su boca sino que también acecha a quienes la enjuiciamos.

En consecuencia, nos hallamos frente a *un verdadero* ***dilema***. De un lado *se necesita acumular poder para tener posibilidades de modificar el orden existente regido por el capital*. De otro, *esa misma acumulación tiende a regenerar las condiciones que instauran la dominación*. Sigue en pie entonces el gran problema de la mediación organizativa aunque resulten alentadoras ciertas novedades emergentes en las últimas décadas. Éstas afloran en algunos movimientos diferenciados de los precedentes en varios *aspectos*: 1) la aparición de nuevos

protagonismos; 2) la pluralidad de su composición social y la incorporación de sus reivindicaciones; 3) la gravitación política de lo micro. Aquí destacamos lo cualitativo por sobre lo cuantitativo y el grado de importancia que puede alcanzar respecto del tejido en su conjunto. O sea, cuando la articulación y el efecto demostración de lo micro producen resultados que potencian la energía de lo masivo y lo cohesionan sin sometimiento de las partes. Para ilustrar esos tres aspectos que se interconectan, veamos algunos ejemplos:

1) El pronunciamiento zapatista de 1994 con sus comunidades indígenas; 2001 en Argentina; los sucesos originarios de la plaza Tahir en Egipto y las manifestaciones masivas en varios países de África, Europa, EE.UU. y Brasil. Más allá del detonante de sus respectivas crisis, se distinguen porque se producen en momentos en que la hegemonía del capitalismo es universal, porque presentan cuestionamientos variados a la política tradicional que involucra también al Estado y porque resultan expresiones gravitantes de masiva participación popular. Y aunque sean reabsorbidos por el orden vigente, dejan invalorables huellas en la memoria colectiva.

2) La resistencia del pueblo de Gualeguaychú contra la instalación de la pastera transnacional; las guerras del agua y del gas en Bolivia que vinculan lo étnico con los recursos naturales; las puebladas en Esquel contra la explotación del oro que envenena y agota los recursos acuíferos y recientemente; las de Famatina que por similares razones se opusieron a la minería a cielo abierto y frenaron la connivencia de la gran empresa transnacional con el gobierno provincial.

3) Las luchas de los campesinos y comunidades indígenas contra la expropiación de sus tierras. Las desarrolladas a favor de la igualdad de géneros y contra la discriminación. Los casos comentados de Esquel y Famatina. Asimismo, lo micro que a veces llega hasta lo puntual puede tener gran repercusión e importancia como el notable caso de Mandela en Sudáfrica; las denuncias de Assange con Wikileaks y más recientemente, las de Snowden en torno al fenomenal espionaje electrónico mundial desplegado por la NSA, agencia de "seguridad" de EE.UU.

Esos "nuevos aires" son esperanzadores e invitan a la reflexión porque es tan fuerte la dominación del gran capital que a veces pareciera que el mundo se ha detenido en una estación terminal (el proclamado fin de la historia). Pero si se considera lo que ha producido materialmente la humanidad y el uso que de ello se hace, emerge un hiato absurdo. Así la cultura hegemónica que nos condiciona con su falaz "racionalidad", queda al desnudo cuando se la analiza y se aprecia la subjetividad que ha engendrado. Basta

considerar la realidad existente y ver que la riqueza generada en el planeta alcanza y sobra para proporcionarle una vida digna a *toda* la población mundial. O pensar en el inmenso desperdicio que induce el consumismo rampante del sistema que agrede a la naturaleza, a las generaciones actuales y compromete a las futuras. Hasta la fantástica revolución tecnológica que nos deslumbra y abre increíbles posibilidades, contribuye a las calamidades mencionadas dado que su principal motor es la ganancia.

Las razones de semejantes despropósitos responden a las particularidades estructurales del capitalismo, tema que hemos tratado en otras oportunidades y que señalamos al pasar pues ahora pondremos el acento en la problemática de nuestro campo. Luego, en busca de clarificar ideas, consideraremos algunas características de la política vigente relacionadas con las dificultades y los desafíos que engendra la cuestión del poder sobre las nuevas tendencias.

4) Acerca de nuevos caminos

"¿Es posible concebir una transformación de la sociedad si se acepta como insuperable una forma de organizar la vida económica y social de los hombres que produce aquellos resultados que precisamente se quieren reformar? ¿Se puede imaginar una democratización radical de la sociedad si no se incorpora de algún modo la hipótesis-límite de otra sociedad en la que se vuelva innecesaria la existencia de gobernantes y gobernados? (*La cola del diablo,* de José M. Aricó, Siglo Veintiuno Editores, página 27)

Muchísimo se ha escrito críticamente sobre el capitalismo a partir del formidable legado teórico de Carlos Marx pero, en contraste, escasean las ideas que no convalidan el sistema e intentan reposicionarse frente a la agobiante hegemonía actual. Esa escasez se hace más evidente en torno a la creación de un orden social no capitalista y al carácter del poder que debe cohesionarlo para que sean viables nuevos procesos emancipatorios. Lo cual expone las limitaciones propias que se reflejan en que aún no hemos terminado de saldar lo relativo al derrumbe del campo socialista y de los movimientos de liberación nacional. Ergo, recrudecen los interrogantes sobre el socialismo y el tipo de construcción política que es necesario impulsar para que no se reiteren las frustraciones vividas.

Como ya apuntamos, existen valiosas experiencias que abren nuevos caminos pero resulta difícil sostenerlas cuando se amplía el escenario socio

político pues crecen las dificultades y se agudizan los interrogantes. Es lo que ocurre, en mayor o menor grado, con los aperturas más ricas, verbigracia: el zapatismo, los movimientos asamblearios de 2001 en Argentina y los más recientes de África, Europa, EE.UU. y Brasil.

El funcionamiento del sistema a nivel estructural, a pesar de su complejidad, está suficientemente estudiado como para no constituir un enigma. Pero éste empieza a perfilarse en cuanto nos remitimos a las políticas de emancipación inmersas en el entramado socio-cultural existente.

Al reflexionar en torno a la transición y buscar trascender el nivel de la negación, surge la cuestión de los proyectos y dado que las previsiones del determinismo finalista sucumbieron junto al "socialismo real", se hace necesario refundar los proyectos emancipatorios y más en este período en el que cayeron certezas fundantes. Es que el triunfo del socialismo y su pasaje al comunismo fue asumido como una suerte de predestinación y de ese modo se fetichizó la historia orillando una visión cuasi religiosa. En oposición a esa equívoca idea empleamos una categoría metafórica, *la apuesta*, aplicada a la política y a los proyectos orientativos que recusan las "garantías de la historia". Esto significa que el ejercicio de la praxis política, sin finales preestablecidos, opera en términos de ensayo-error. Lo cual resulta familiar a la formulación clásica de "la práctica como criterio de verdad", sólo que concebida como parte de una construcción que plantea nuevos sujetos y un futuro abierto. Aquí es oportuno remarcar que la retro alimentación entre los niveles teóricos y las acciones que inducen va gestando el proceso que debe validar los principios que lo sostienen.

El finalismo de la concepción clásica contribuyó a nutrir el velo que obturó la autocrítica en torno a varios de sus fundamentos y a la vez empobreció su pensamiento. Esto dicho sin desmedro de quienes, con su talento y en su tiempo, aportaron a los mejores logros del campo revolucionario.

Hoy existe un corrimiento conservador mundial ligado a la carencia de alternativas y a lo embrionario de los movimientos en torno a la emancipación. En estas circunstancias la reformulación de la problemática de la transición reinstala un concepto en "desuso" que, sin embargo, creemos, ayuda a pensar las aperturas innovadoras.

La no ruptura como coronación de la toma del poder del Estado dejó un vacío político que aún perdura y demanda crear otro tipo de construcción. Ante tal exigencia, pensamos que el tránsito hacia la emancipación es parte de un proceso de prolongada duración en el que se irán generando múltiples

micro fisuras del orden existente. Las mismas, si se extienden y entrelazan, conformarán el basamento de los profundos cambios que implican las políticas emancipatorias que deben articular las realizaciones presentes y sus proyecciones futuras. Con ese horizonte, resolver la cuestión del poder y sus variadas facetas, es una clave cultural-política para la construcción de alternativas superadoras.

En esa sintonía, las ideas que trajeron aparejadas las recientes aperturas tienen mucha riqueza y un potencial prometedor como es el caso del zapatismo. No sólo por sus realizaciones concretas sino también porque con sus propuestas desmitifican los "cantos de sirena" de la cultura hegemónica y de sus más preciadas y falaces premisas. Por ejemplo, *"el buen vivir"* de los pueblos originarios contradice al exacerbado consumismo que agiganta el egoísmo y la devastación de la naturaleza. El *"mandar obedeciendo"* que impacta en el centro de la dominación resignifica el sentido de esos polos contradictorios. O sea, subvierte el "mandar" como ejercicio del poder y el "obedecer" como espejo de la sumisión. Rica experiencia que articula mandatos con participación y control colectivo y que cuestiona la hipocresía de las democracias representativas del capitalismo hegemónico. Todo lo cual constituye un importante intento hacia la socialización del poder y la organización de la vida comunitaria.

Obviamente, hoy pretender su encarnación en instancias macro sin que medien cambios sustantivos, resulta una suerte de esterilización. Es que modificar la institucionalidad de los Estados o lograr la socialización en las grandes urbes, implica un largo y azaroso trayecto. Trayecto impredecible que supone formas de transición nacidas en medio de lo viejo pero que incuban lo nuevo. Así, las resistencias y cambios a escala de lo micro no desdicen ni invalidan los procesos revolucionarios sino que abonan el terreno para el desarrollo de nuevas políticas. Las grandes mutaciones de la historia, generalizando, fueron precedidas por largos períodos de variaciones moleculares de la sociedad que detonaron en acontecimientos que signaron cambios de época. Como ser, los siglos transcurridos para que el cristianismo de las sectas primitivas pasara a ser la religión oficial del Imperio Romano de Oriente. O la morosa historia de los orígenes del capitalismo hasta la Revolución Francesa. A partir de ella y acorde a la esencia del sistema, se aceleran los tiempos que hoy marchan a vertiginosa velocidad. Lo anterior no significa suscribir un evolucionismo social afín a la idea de "progreso", sino destacar la relación entre los cambios político-culturales "imperceptibles" y los acontecimientos que inauguran transformaciones de fondo. Algo que subvaluamos antes de la

implosión del campo socialista y que vino a cuestionar de hecho la escisión conceptual entre estructura y superestructura.

Este planteo que apresuradamente podría descalificarse como "minimalista", llama a la reflexión sobre posturas revolucionarias universalizadoras como el "internacionalismo proletario" que en verdad se ancló en lo nacional. Sus contradicciones llegaron a provocar guerras entre regímenes conducidos por supuestos "camaradas" como los de los vietnamitas y los camboyanos y también apañó el avasallamiento de múltiples pueblos y etnias como ocurrió en la ex URSS. Lo cual no significa desvalorizar los principios universales inherentes a la emancipación sino que éstos no deben servir para justificar y menos encubrir formas de sometimiento. El concepto de humanidad inspirado en los mejores valores de nuestro género, aún no pudo superar lo nacional cuando se constituye como barrera entre los pueblos. En tanto que hoy se impuso la globalización del capital que genera una humanidad con abismales desigualdades, desgarrada y con guerras de rapiña localizadas.

Concebimos el par "transición-minimalismo" como un período de maduración que pueda sostener un proceso revolucionario, cualquiera sea su escala, que no resulte desvirtuado por sus propios protagonistas o por sus herederos. Y aquí surge la necesidad de crear inéditas vanguardias que reviertan el clásico "ordene y mando" y las bajadas de línea cupulares. Resurge entonces el interrogante acerca de cómo transitar de minorías ilustradas a movimientos masivos que no las sufran. Ante lo cual no sirven recetas sino construcciones colectivas que posibiliten avanzar en conjunto derribando mitos propios y ajenos.

Para cerrar este trabajo o si se prefiere, para dejarlo abierto, recapitulemos las dos visiones que venimos considerando. La "realista" sostiene que la potencia del capitalismo es tan grande que inhibe las posibilidades de un cambio de sistema o, en su variante edulcorada, concede que su negación no es más que un ejercicio utópico e inconducente. La otra es la de quienes pensamos que "utopía" significa "no lugar". El no lugar para un capitalismo depredador y hegemónico como futuro de la humanidad. Sabemos que un nuevo salto hacia la emancipación está rodeado de obstáculos pero también que constituye un legado histórico irrenunciable.

En cuanto a la pregunta que titula este trabajo es una incitación para el debate colectivo y una demanda para el pensamiento de quienes descreemos de las bondades y la indefinida perdurabilidad del capitalismo.

12 de septiembre de 2013